CLAUDIA GRAY

AUTORA DE LA SAGA MEDIANOCHE



Lectulandia

Mil universos. Mil posibilidades. Un destino.

Marguerite tiene una misión: perseguir a Paul Markov para vengar la muerte de su padre.

Los padres de Marguerite Caine son genios de la física. Sus teorías sobre los universos paralelos han sido muy discutidas, pero por fin han podido demostrar la existencia de otros mundos: han inventado el Pájaro de Fuego, un colgante que permite saltar de una realidad a otra. Cuando el padre de Marguerite aparece muerto, su joven y enigmático ayudante Paul, huye a otra dimensión con los datos de la investigación y el prototipo del Pájaro de Fuego. Marguerite no puede permitir que escape de la justicia e inicia su persecución a través de mundos muy distintos del nuestro. Cada vez que Marguerite encuentra a Paul, le surgen más y más dudas de que sea realmente el asesino de su padre... Y no solo eso, sino que está segura de que es el destino lo que enlaza sus vidas. ¿Podrá finalmente confiar en Paul o descubrirá que su historia de amor siempre acaba en traición?

Lectulandia

Claudia Gray

Mil lugares donde encontrarte

Firebird - 1

ePub r1.0 Titivillus 26.04.16 Título original: A Thousand Pieces of You

Claudia Gray, 2014

Traducción: Laura Martín de Dios

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Me tiembla la mano, apoyada en la pared de ladrillo. La fría lluvia se precipita y azota mi piel desde un cielo que jamás había visto. A duras penas consigo recobrar la respiración, hacerme una idea de dónde me encuentro. Lo único que sé es que el Pájaro de Fuego ha funcionado. Cuelga de mi cuello, y aún desprende luz a causa del calor que se ha producido durante el viaje.

No hay tiempo. No sé si dispongo de minutos, de segundos o incluso menos. Desesperada, tiro de esta ropa desconocida; el vestido corto y la chaqueta brillante no tienen bolsillos, pero llevo un pequeño bolso colgado al hombro. Rebusco en su interior: no encuentro nada con que escribir, pero sí un pintalabios. Con dedos temblorosos, lo desenrosco y garabateo unas palabras en un póster hecho jirones, pegado en la pared del callejón. Se trata del mensaje que debo transmitir, lo único que debo recordar después de que haya dejado de ser quien soy.

MATA A PAUL MARKOV.

Luego ya solo queda esperar la muerte.

«Muerte» no es la palabra adecuada. Este cuerpo seguirá respirando, el corazón continuará latiendo, pero dejaré de ser la Marguerite Caine que lo habita.

No, su verdadera dueña recuperará este cuerpo, la Marguerite que pertenece a esta dimensión. La dimensión a la que he viajado gracias al Pájaro de Fuego. Sus recuerdos tomarán el mando de nuevo, ya, en cualquier momento, y aunque sé que tarde o temprano volveré a despertar, me aterra la idea de... perder el conocimiento. De perderme. De quedar atrapada en su interior. Lo que sea que le ocurra a la gente que procede de otra dimensión.

En ese momento caigo en la cuenta: el Pájaro de Fuego funciona de verdad. Es posible viajar a dimensiones alternativas. Lo acabo de demostrar. En medio de la tristeza y el miedo arde un pequeño rescoldo de orgullo que siento como el único calor o esperanza que queda en el mundo. Las teorías de mi madre son ciertas. Acabo de demostrar empíricamente el trabajo de mis padres. Ojalá mi padre hubiera llegado a verlo.

«Theo.» No está aquí. Era poco realista esperar lo contrario, pero era lo que deseaba.

«Por favor, que Theo esté bien», pienso. Sería una plegaria si todavía creyera en algo, pero mi fe en Dios también murió anoche.

Me apoyo en la pared de ladrillo, con las manos separadas sobre un coche de policía, como un sospechoso antes de ser esposado. El corazón late con fuerza en mi pecho. Nadie ha hecho nunca algo así... Lo cual significa que nadie sabe qué va a pasarme. ¿Y si el Pájaro de Fuego no puede devolverme a mi dimensión?

¿Y si muero así?

Es probable que mi padre se hiciera ayer la misma pregunta, a la misma hora.

Cierro los ojos con fuerza y la lluvia helada se mezcla con las lágrimas ardientes sobre mi cara. Aunque intento no pensar en cómo murió mi padre, las imágenes se abren camino entre mis pensamientos una y otra vez: el coche llenándose de agua; el río turbio batiendo contra el parabrisas; mi padre, seguramente aturdido por el accidente, luchando por abrir la puerta, sin conseguirlo. Engullendo los últimos centímetros cúbicos de aire que quedan en el coche, pensando en mi madre, en Josie y en mí...

Debió de pasar mucho miedo.

El vértigo hace que el suelo que piso zozobre, me siento flaquear. Ha llegado el momento. Me hundo.

Me obligo a abrir los ojos para volver a ver el mensaje. Es lo primero que quiero que vea la otra Marguerite. Quiero que se le quede grabado, pase lo que pase. Si lo lee, si no deja de darle vueltas a la cabeza, estoy segura de que esas palabras me despertarán en su interior del mismo modo que podría hacerlo el Pájaro de Fuego. El odio que siento sobrepasa las dimensiones, sobrepasa los recuerdos, sobrepasa el tiempo. En estos momentos, ese odio es lo más genuino que hay en mí.

El mareo aumenta y el mundo se vuelve borroso y gris, difumina el mensaje MATA A PAUL MARKOV...

... Y vuelvo a ver con claridad. La palabra MATA se dibuja con nitidez ante mí una vez más.

Confusa, me aparto de la pared de ladrillo. Me siento completamente despierta. De hecho, incluso más que antes.

Y allí de pie, con la mirada clavada en los altos tacones que tengo hundidos en el charco, me doy cuenta de que no voy a ninguna parte.

Empiezo a confiar en mi suerte y, finalmente, me alejo un poco más de la pared. La lluvia me golpea la cara con mayor fuerza que antes cuando levanto la vista hacia el cielo plomizo. Un aerodeslizador se cierne sobre la ciudad, a poca altura, como un nubarrón más. Por lo que parece, su única función es la de proyectar publicidad holográfica sobre el horizonte. Muda de asombro, contemplo cómo el vehículo planea por esta dimensión nueva y extraña mientras unos anuncios en 3D se intercalan en el cielo que lo rodea: Nokia. BMW. Coca-Cola.

Se parece mucho a mi mundo, pero, aun así, no lo es.

¿Este viaje significa tanto para Theo como para mí? Seguro que sí. Aunque mi padre solo era su asesor, su dolor es casi tan hondo como el mío; además, esto es por lo que Theo y mis padres han trabajado durante los últimos años. ¿También habrá conservado la memoria? Si es así, llevaremos las riendas durante todo el viaje, será nuestra conciencia la que guíe a los yoes que han nacido en esta dimensión alternativa. Eso significa que mi madre se equivocaba en algo, cosa que no deja de sorprender, teniendo en cuenta que todas sus otras teorías han resultado ciertas. Sin embargo, agradezco que sea así, al menos durante ese segundo que una nueva explosión de rabia tarda en desintegrar mi gratitud.

Ya nada puede detenerme. Si Theo también lo ha conseguido y puede encontrarme (lo que espero con toda mi alma), entonces lo lograremos. Llegaremos hasta Paul. Recuperaremos el prototipo del Pájaro de Fuego que ha robado. Y nos vengaremos por lo que le ha hecho a mi padre.

No sé si soy capaz de matar a un hombre a sangre fría, pero voy a averiguarlo.

2

No soy física como mi madre. Ni siquiera estoy haciendo un doctorado en física como Paul y Theo. Soy la hija de dos científicos que me han educado en casa y que me han dado una gran libertad para escoger mi propio camino curricular. Como único miembro de la familia con aptitudes artísticas, he acabado concentrándome en mi pasión por la pintura bastante más de lo que nunca me ha dado por estudiar ciencias. En otoño entraré en la Escuela de Diseño de Rhode Island, donde me especializaré en restauración artística. De modo que si quieres mezclar óleos, preparar un lienzo o hablar sobre Kandinski, has dado con la persona indicada; pero si deseas charlar acerca de los fundamentos científicos sobre los que se sostienen los viajes interdimensionales..., mala suerte. Aun así, por lo menos sé lo siguiente: el universo es en realidad un multiverso. Existen innumerables realidades cuánticas que se superponen unas a otras y que, para abreviar, llamaremos «dimensiones».

Cada dimensión representa un conjunto de posibilidades. Básicamente, todo lo que tiene posibilidad de suceder, sucede. Existe una dimensión en la que los nazis ganan la Segunda Guerra Mundial. Una dimensión en la que los chinos colonizaron América mucho antes de que Colón llegara con sus barcos. Y una dimensión en la que Brad Pitt y Jennifer Aniston siguen casados. Incluso una dimensión igual que la mía, idéntica en todo salvo un día en que Marguerite, de cuarto curso, decidió llevar una camiseta azul, mientras que yo preferí ponerme una verde. Cada posibilidad, cada vez que el destino lanza una moneda al aire, divide las dimensiones y se crean nuevas capas de realidad. Es un proceso que nunca se detiene, continúa hasta el infinito.

Estas dimensiones no se encuentran vete a saber dónde en el lejano espacio exterior, sino literalmente a nuestro alrededor, incluso en nuestro interior; sin embargo, al existir en otra realidad, no podemos percibirlas.

Al principio de su carrera, mi madre, la doctora Sophia Kovalenka, planteó la hipótesis de que no solo podríamos ser capaces de detectar esas otras dimensiones, sino también de observarlas, incluso de interactuar con ellas. Todo el mundo se rió. Pero mi madre siguió escribiendo artículos y ampliando su teoría año tras año, a pesar de que nadie le hacía caso.

Hasta que un buen día, cuando ya parecía que la considerarían una chiflada el resto de su vida, consiguió publicar un artículo en el que establecía los paralelismos entre la teoría ondulatoria y su trabajo sobre la resonancia dimensional. Seguramente solo hubo un científico en todo el planeta que se tomó aquel artículo en serio: el doctor Henry Caine, un oceanógrafo británico. Y físico. Y matemático. Y, cómo no, un cerebrito. Cuando lo leyó, comprendió el potencial que tenía la teoría y que nadie más había sabido ver hasta ese momento. Lo cual fue una suerte para mi madre, porque una vez que se convirtieron en compañeros de investigación, su trabajo pareció encontrar la buena dirección.

E incluso más para Josie y para mí, porque el doctor Henry Caine se convertiría en nuestro padre.

Avancemos veinticuatro años. El trabajo de ambos había llegado a un punto en que empezó a atraer la atención, incluso fuera de los círculos científicos. Investigadores de Stanford y Harvard habían reproducido los experimentos mediante los que mis padres habían hallado indicios de la existencia de dimensiones alternativas; ya nadie se reía de ellos. Estaban listos para intentar viajar a otras dimensiones o, al menos, para diseñar un dispositivo que lo permitiera.

Según la teoría de mi madre, los objetos físicos apenas tendrían capacidad para moverse entre dimensiones, pero la energía debería poder hacerlo con bastante facilidad. Ella también dice que la conciencia es una forma de energía, lo que ha conducido a todo tipo de desvaríos especulativos, pero mis padres consiguieron concentrar la mayor parte de su atención en diseñar un dispositivo que convirtiera el viaje entre dimensiones en algo más que un sueño, en algo que permitiera a la gente trasladarse a otra dimensión cuando quisiera y, por si eso no fuera bastante, regresar del mismo modo.

Era temerario. Incluso peligroso. Los dispositivos deben fabricarse con materiales específicos que se mueven con mayor facilidad que otras formas de materia; tienen que proteger la conciencia del viajero, algo que, por lo visto, es bastante complicado, y han de tener en cuenta como un millón de consideraciones técnicas más para las que se necesitaría tropecientos títulos en física para entenderlas. De ahí que mis padres diseñaran varios prototipos antes de llegar a plantearse ni una sola prueba.

Por eso, qué menos que celebrarlo cuando por fin dieron con uno que parecía que funcionaría, y de eso solo hace un par de semanas. Mis padres, que lo más fuerte que están acostumbrados a beber es té de Darjeeling, abrieron una botella de champán. Theo me tendió una copa a mí también, pero a nadie pareció importarle.

—Por el Pájaro de Fuego —brindó Theo. El prototipo final descansaba en la mesa alrededor de la cual nos encontrábamos, mientras las intrincadas capas de metal, que componían su mecanismo y que se superponían unas sobre otras como las alas de un insecto, lanzaban suaves destellos—. Llamado así por la legendaria criatura rusa que envía a los héroes en pos de aventuras increíbles. —Theo inclinó la cabeza brevemente en dirección a mi madre antes de proseguir—. Y, cómo no, por mi potente deportivo, porque, sí, lo flipan igual. —Theo es de esas personas que dicen «potente deportivo» de forma irónica. Prácticamente lo dice todo de forma irónica. Sin embargo, esa noche había verdadera admiración en su mirada cuando se dirigía a mis padres—. Por vivir unas cuantas aventuras.

—Por el Pájaro de Fuego —convino Paul. En ese momento ya debía de estar tramando lo que iba a hacer, al tiempo que alzaba la copa y la entrechocaba con la de mi padre.

Resumiendo, después de décadas de esfuerzos y de ser objeto de burla, mis padres por fin se habían ganado el verdadero respeto de todos... y estaban a punto de dar un

salto muy importante que los llevaría aún más lejos. Mi madre sería considerada una de las científicas más importantes de toda la historia. Mi padre lograría el prestigio de Pierre Curie como mínimo. Tal vez incluso podrían permitirse enviarme un verano a Europa, donde visitaría el Hermitage, el Prado y todas esas otras maravillosas galerías de las que tanto había oído hablar pero que no había visto. Teníamos ante nosotros todo aquello con lo que habíamos soñado alguna vez.

Y entonces, el ayudante de investigación en el que confiaban plenamente, Paul Markov, robó el prototipo, mató a mi padre y huyó.

Podría haberse salido con la suya al saltar a otra dimensión, lejos del alcance de la ley: el crimen perfecto. Desapareció de la habitación de la residencia sin dejar rastro, con la puerta cerrada con llave por dentro.

(Por lo visto, cuando la gente viaja de una dimensión a otra, su forma física «deja de ser observable»; cosas de la mecánica cuántica, que, para entenderla, tienes que contar la historia de la caja en la que hay un gato que está vivo y muerto a la vez hasta que la abres, y la verdad es que se complica bastante. Nunca, ¡nunca!, le preguntes a un físico por ese gato.)

Nadie podría encontrar a Paul, nadie podría atraparlo; sin embargo, Paul no contaba con Theo.

Theo vino a hablar conmigo esa misma noche, un poco antes, cuando estaba sentada en la vieja y descuidada tarima del patio trasero. La única luz la proporcionaban la luna llena que brillaba en el firmamento y las lamparitas que Josie había colgado en la barandilla el verano pasado, unas con forma de peces tropicales que emitían un resplandor de tonalidades aguamarina y anaranjadas. Me había puesto una de las viejas chaquetas de punto de mi padre sobre el vestido de encaje de color marfil. A pesar de estar en California, las noches de diciembre pueden llegar a ser frías; además, la chaqueta todavía conservaba su olor.

Creo que Theo había estado observándome antes de decidirse a salir, esperando a que me recompusiera. Tenía las mejillas encendidas y cubiertas de lágrimas, me había sonado la nariz tantas veces que la notaba en carne viva cada vez que respiraba y me dolía la cabeza. Había llorado hasta hartarme.

Theo se sentó en los escalones, a mi lado, inquieto, nervioso, con un tembleque en un pie.

- —Mira, estoy a punto de hacer una tontería —espetó.
- —¿Qué?

Sus ojos oscuros me miraron con tanta intensidad que, por un disparatado momento, y a pesar de lo que ocurría, creí que iba a besarme.

En lugar de eso, me tendió una mano. En ella sostenía las otras dos versiones del Pájaro de Fuego.

—Voy a buscar a Paul.

- —¿Todavía...? —Se me quebró la voz, temblorosa y forzada de haber llorado. Tenía tantas preguntas que, al principio, no sabía ni por dónde empezar—. ¿Todavía tienes los prototipos antiguos? Creía que los habíais destruido.
- —También Paul. Y... bueno, en teoría, tus padres también. —Vaciló. La sola mención de mi padre, un día después de su muerte, era causa de un gran dolor. Casi tanto para Theo como para mí—. Pero me quedé los componentes que no reutilizamos. He estado enredando con ellos y he tomado prestado equipo de los laboratorios de Triad. He utilizado los avances que hemos hecho en el último Pájaro de Fuego para mejorar estos dos. Hay bastantes posibilidades de que alguno funcione.

Bastantes posibilidades. Theo estaba a punto de asumir un riesgo inimaginable porque le ofrecía «bastantes posibilidades» de poder vengarse de lo que Paul había hecho.

Con lo simpático que era siempre y con la de veces que habíamos tonteado, en alguna ocasión me había preguntado si, debajo de todas esas camisetas de grupos indie, del gorro hipster y del Pontiac de 1981 que había reparado él mismo, no habría solo un fanfarrón. En ese momento me sentí avergonzada de haber dudado de él.

—Cuando la gente viaja de una dimensión a otra —explicó, con la mirada clavada en los prototipos—, deja rastros. Indicios subatómi... Vale, iré al grano: el caso es que puedo perseguir a Paul. Da igual las veces que salte o por cuántas dimensiones intente moverse, siempre dejará un rastro, y sé cómo reajustarlos para que lo sigan. Puede huir, pero no puede esconderse.

Los pájaros de fuego brillaban en la palma de su mano. Parecían unos medallones de bronce, extraños y asimétricos, tal vez joyas de estilo modernista, pertenecientes a una época en que las formas orgánicas estaban en boga. Uno de los metales del interior era tan raro que solo había un valle en todo el mundo en cuyas minas pudiera encontrarse, pero alguien que no poseyera esa información se limitaría a pensar que simplemente eran bonitos. Sin embargo, los pájaros de fuego eran la llave que abría el universo. No, los universos.

- —¿Puedes seguirlo a cualquier parte?
- —A casi todas partes —contestó Theo, y me miró—. Conoces las limitaciones, ¿verdad? No siempre desconectabas cuando hablábamos de estas cosas durante la cena, ¿no?
 - —Conozco las limitaciones —aseguré, molesta—. Me refería dentro de ellas.
 - —Entonces sí.

Los seres vivos solo pueden viajar a dimensiones donde ya existen. ¿Una dimensión en la que mis padres no llegan a conocerse nunca? Esa es una dimensión que no podré visitar jamás. ¿Una dimensión en la que haya muerto? No puedo llegar a ella desde aquí, porque cuando una persona viaja a otra dimensión, en realidad se materializa en el interior de su otro yo. Allí donde esté esa otra versión de uno mismo, esté haciendo lo que esté haciendo, allí estará uno.

—¿Y si Paul salta a algún lugar al que no puedes seguirlo? —pregunté.

Theo se encogió de hombros.

—Supongo que acabaré en el siguiente universo; pero no pasa nada, cuando Paul vuelva a saltar, tendré ocasión de recuperar el rastro.

Les daba vueltas a los pájaros de fuego que sostenía en la mano, con la mirada perdida.

Tuve la impresión de que la mejor opción de Paul era saltar una y otra vez, lo más deprisa posible, hasta encontrar un universo donde no existiera ninguno de nosotros. Luego podría quedarse allí todo lo que quisiera, sin que nadie lo atrapara nunca.

Sin embargo, el caso es que Paul quería algo más, aparte de acabar con mis padres. Aunque había resultado ser una persona despreciable, no era tonto, y por eso estaba convencida de que no haría una cosa así por pura crueldad. Si solo hubiera querido dinero, le habría vendido el dispositivo a alguien de su propia dimensión, no habría huido a otra.

Quisiera lo que quisiese, no podía esconderse para siempre. Tarde o temprano, Paul iría detrás de su verdadero y oculto objetivo y, cuando lo hiciera, nosotros lo atraparíamos.

Nosotros. No Theo solo, sino los dos. Theo tenía dos prototipos en la mano.

La brisa helada me despeinó y las luces de la barandilla se balancearon adelante y atrás, como si los peces de plástico quisieran alejarse a nado.

—¿Y si el Pájaro de Fuego no funciona? —pregunté.

Rascó las Doc Martens contra la vieja madera de la tarima, de la que se desprendió un trozo.

- —Bueno, igual no hace nada. Igual acabo ahí de pie, como un idiota.
- —¿Eso en el peor de los casos?
- —No, en el peor de los casos acabo descompuesto en una sopa atómica.
- —Theo...
- —No va a pasar —aseguró, tan envalentonado como siempre—. Al menos, lo dudo bastante.
- —Pero estás dispuesto a asumir ese riesgo —repuse con un hilo de voz—. Por mi padre.

Nuestras miradas se encontraron cuando dijo:

—Por todos.

Me quedé sin respiración.

Aunque Theo apartó la vista casi al instante, añadió:

- —Como te he dicho, no va a pasar. Seguramente funcionará alguno de los dos. A ver, los reconstruí yo y los dos sabemos que soy un genio.
- —Cuando os planteabais probar uno de estos dispositivos, tú dijiste que ni hablar, que ni siquiera debíais considerarlo.
- —Sí, bueno, a veces exagero mucho. A estas alturas, ya debes de haberte dado cuenta. —Puede que Theo sea un fanfarrón, pero hay algo que no puede negársele: al menos lo reconoce—. Además, eso fue antes de que me pusiera a trabajar en ellos.

Los pájaros de fuego son mucho mejores ahora.

No tomé una decisión en ningún momento en concreto. Pero cuando Theo salió a la terraza a hacerme compañía, me sentía tan impotente ante la tragedia que había destrozado a mi familia, que cuando por fin hablé fue como si hiciera mucho tiempo que supiera exactamente lo que pretendía hacer.

- —Si tan seguro estás, entonces, de acuerdo. Me apunto.
- —Eh, eh, espera. Yo no he dicho que fuera un viaje para dos.

Señalé los colgantes.

—Cuéntalos.

Cerró el puño sobre los pájaros de fuego y se quedó mirando la mano como si deseara no haber traído los dos y haberme dado la idea, pero... era demasiado tarde.

—Tú no tienes la culpa —dije con suavidad—, pero tampoco vas a convencerme de lo contrario.

Theo se acercó un poco más; la sonrisita de suficiencia había desaparecido.

- —Marguerite, ¿has pensado en el riesgo que asumirías?
- —El mismo que estás dispuesto a asumir tú. Mi padre ha muerto y mi madre merece que se haga justicia, por lo tanto, hay que detener a Paul. Yo puedo ayudarte a detenerlo.
- —Es peligroso, y ya no hablo solo de saltar a otra dimensión y todo eso. Me refiero a que no sabemos a qué tipo de mundos iremos a parar. Lo único que sabemos es que, acabemos donde acabemos, Paul Markov estará allí, y es un malnacido imprevisible.

Paul, imprevisible. Dos días antes, me habría echado a reír. Paul siempre me había parecido tan callado e imperturbable como los precipicios que escalaba los fines de semana.

Ahora sabía que Paul era un asesino. Si había sido capaz de hacerle a mi padre lo que le había hecho, tampoco se detendría ante nosotros, pero nada de eso importaba ya.

- —Tengo que hacerlo, Theo —dije—. Es importante.
- —Lo es, por eso voy yo, pero no significa que tú también tengas que venir.
- —Piénsalo. No puedes saltar a una dimensión en la que no existes. Seguramente hay dimensiones en las que yo existo, pero tú no.
 - —Y viceversa —replicó.
- —Aun así... —Le tomé la mano libre, como si apretándosela con fuerza pudiera convencerlo de que hablaba muy en serio—. Yo puedo seguirlo a lugares a los que tú no puedes. Conmigo amplías terreno, conmigo aumentan las posibilidades de encontrarlo. No discutas, sabes que es verdad.

Theo lanzó un suspiro, me devolvió el apretón, me soltó la mano y se pasó los dedos por el pelo, que lo llevaba de punta. Parecía igual de inquieto y nervioso que siempre, pero yo sabía que estaba replanteándose la situación.

Cuando sus ojos oscuros volvieron a encontrarse con los míos, suspiró de nuevo.

—Si tu madre tuviera la menor idea de lo que estamos hablando, me despellejaría vivo. Y no es una forma de hablar. Creo que sería capaz de despellejarme, literalmente. A veces lanza miradas asesinas. Me juego lo que quieras a que por sus venas corre sangre cosaca.

Vacilé un instante al pensar en qué suponía todo aquello para mi madre. Si algo salía mal, si me convertía en una sopa atómica, nos habría perdido a mi padre y a mí en un intervalo de dos días. Ni siquiera existían palabras para describir lo que sería para ella.

Sin embargo, si Paul salía impune, estaba igual de segura de que eso acabaría matándola... Y a mí también. No iba a permitirlo.

- —Hablas de la venganza de mi madre. Eso significa que vamos a hacerlo juntos, ¿no?
 - —Solo si estás convencida del todo. Por favor, primero piénsatelo un momento.
- —Ya me lo he pensado —contesté, lo que no era del todo cierto, pero no importaba. Lo de antes se lo había dicho tan en serio como en ese momento—. Me apunto.

Así es como he llegado hasta aquí.

Aunque, exactamente, ¿dónde está este «aquí»? Intento analizar lo que me rodea mientras camino por la calle, atestada de gente a pesar de lo tarde que es. Esté donde esté, no se trata de California.

Picasso podría haber pintado esta ciudad, con sus ángulos afilados, su rigidez y el modo en que unas líneas oscuras de acero parecen acuchillar los edificios, como si fueran puñaladas. Me imagino como una de esas mujeres que dibujaba, con el rostro dividido en dos, asimétrica y contradictoria, una mitad sonriente mientras la otra grita en silencio.

Me detengo en seco. He logrado encontrar el camino hasta el río y allí, al otro lado de las aguas oscuras e iluminado por focos, se alza un edificio que conozco: la catedral de Saint Paul.

«Londres. Estoy en Londres.»

Vale. Muy bien. Tiene sentido. Mi padre es..., era inglés. No se trasladó a Estados Unidos hasta que mi madre y él empezaron a trabajar juntos. Supongo que, en esta dimensión, ha sido ella quien se ha trasladado a la universidad de él y ahora todos vivimos en Londres.

La idea de que mi padre vuelva a estar vivo, en algún lugar cerca de aquí, bulle en mi interior hasta tal punto que me impide pensar en otra cosa. Quiero correr a su lado de inmediato, ahora mismo, y abrazarlo con fuerza y disculparme por todas las veces que le he contestado mal o me he burlado de sus pajaritas de empollón.

Sin embargo, esta versión de mi padre no será mi padre. Será otra versión. El padre de esta Marguerite.

No importa. Es lo más cerca que volveré a estar nunca de él y no pienso desperdiciar la oportunidad.

Está bien. Siguiente paso: descubrir dónde se encuentra la versión autóctona de mi casa.

Los tres viajes que he hecho a Londres para visitar a mi tía Susannah han sido bastante fugaces. La tía Susannah es muy dada a las compras y los chismorreos, y a pesar de lo mucho que mi padre quería a su hermana, no aguantaba más de una semana con ella, si no era a riesgo de perder los papeles. Con todo, he estado en Londres lo suficiente para saber que no se parece en nada a esto.

Mientras camino por el South Bank del Támesis, veo que aquí los ordenadores se han inventado un poco antes, porque están bastante más avanzados. A pesar de la llovizna, varias personas se han detenido para sacar unos pequeños cuadrados luminosos, parecidos a pantallas de ordenador, aunque en este caso se han materializado en el aire, delante de sus usuarios. Una mujer está hablando con un rostro; debe de tratarse de una llamada holográfica. En ese momento, uno de mis brazaletes empieza a emitir un resplandor. Me acerco la muñeca a la cara y leo lo que hay escrito en la parte interior, en letra pequeña y metálica:

Seguridad Personal ConTech DEFENDER Modelo 2.8 Creado por Verizon

No sé muy bien qué significa, pero diría que esta pulsera no es un simple brazalete.

¿De qué otro tipo de avances tecnológicos disfrutan aquí? Para la gente de esta dimensión, todos esos chismes forman parte de su día a día. Tanto los aerodeslizadores que planean sobre Londres como el monorraíl sin riel que serpentea por encima de sus cabezas están atestados de pasajeros aburridos para quienes esto no es más que el final de otro día anodino.

«No hay nada como estar en casa», pienso, aunque el chistecito no me hace gracia. Vuelvo a echar un vistazo a los tacones que llevo, tan diferentes de mis bailarinas planas. Desde luego no son unas zapatillas rojas.

En ese momento me recuerdo que llevo el dispositivo tecnológico más importante de todos, el Pájaro de Fuego, colgando del cuello. Lo abro y contemplo el mecanismo del interior.

Es complejo. Muy, muy complejo. Me recuerda a nuestro mando a distancia universal, con tantas teclas, botones y funciones que nadie en mi casa (en la que viven varios físicos, entre ellos mi madre, supuestamente la próxima Einstein), ni uno solo de nosotros, es capaz de averiguar cómo cambiar de la PlayStation al reproductor de DVD. Sin embargo, igual que con el mando a distancia, he aprendido varias funciones, las fundamentales: cómo saltar a otra dimensión, cómo retroceder si acabo en un lugar que resulta peligroso o cómo activar un «recordatorio», en caso de

ser necesario.

(En teoría, se supone que quien viaja de una dimensión a otra no conserva la conciencia en todo momento, sino que más o menos permanece dormido en el interior de sus otras versiones. Por eso puedes utilizar el Pájaro de Fuego para crear un recordatorio, lo que te permitiría conservar la conciencia durante mayor tiempo. En fin, para fiarse de las teorías. Por lo que a mí respecta, no se necesitan recordatorios.)

Miro el reluciente Pájaro de Fuego que tengo en la mano y me digo que si he aprendido a hacer funcionar este artilugio, puedo encargarme de cualquier cosa que esta dimensión me ponga por delante. Con energía renovada, empiezo a observar a la gente que me rodea con mayor atención. «Observa y aprende.»

Una mujer toca una plaquita metálica que lleva prendida en la manga y una pantalla holográfica de ordenador se enciende delante de ella. Sin perder tiempo, me paso las manos por la ropa. No encuentro nada parecido en las mangas de la chaqueta plateada, pero sí algo similar en la solapa. Lo toco con cuidado... y doy un respingo cuando una pantalla holográfica cobra forma delante de mí. El holograma salta conmigo, unido a la plaquita metálica.

De acuerdo, es... muy guay. ¿Y ahora qué? ¿Órdenes de voz, como el Siri de mi teléfono? ¿Puede ser táctil si no hay nada que tocar? Alargo una mano a modo de prueba y un teclado holográfico se materializa delante de la pantalla. Entonces, si finjo que tecleo algo...

Pues sí, las palabras que introduzco aparecen en la pantalla, en la casilla de búsqueda: PAUL MARKOV.

En cuanto se muestran los tropecientos mil resultados, me siento como una tonta. Markov es un apellido bastante común en Rusia, de donde emigraron sus padres cuando él tenía cuatro años. Su nombre, que también tiene su equivalencia rusa (Pável), es asimismo muy habitual, y de ahí que miles y miles de personas se llamen igual.

Vuelvo a probar de nuevo, aunque esta vez busco «Paul Markov» y añado «físico». Nada me garantiza que Paul estudie física aquí, pero tengo que empezar por alguna parte y está visto que la física es la única empresa humana por la que siente alguna inclinación.

Los resultados parecen más prometedores. Casi todos proceden de la Universidad de Cambridge, así que pruebo con la pestaña «Profesorado». Se abre el currículo de un docente con un nombre completamente distinto, pero se enumeran sus ayudantes de investigación y, ¿cómo no?, ahí aparece la foto de Paul Markov. Es él.

Cambridge. Eso también está en Inglaterra. Podría llegar allí dentro de un par de horas...

Lo que significa que él podría llegar aquí dentro de un par de horas.

Podemos seguir el rastro de Paul porque los pájaros de fuego nos informan de cuándo se produce una brecha dimensional; sin embargo, eso quiere decir que Paul

también puede seguir el nuestro.

Si estoy en la dimensión correcta (si Paul ha huido aquí después de cortar los frenos de mi padre y robar el último Pájaro de Fuego), entonces ya sabe que he llegado.

Tal vez salga corriendo y escape a la siguiente dimensión.

O quizá ya viene en mi busca.

3

Me arrebujo en la chaqueta mientras camino entre la niebla. Tengo la sensación de fragmentarme en distintas direcciones a la vez: tristeza, luego rabia, después pánico. Lo último que necesito ahora mismo es desmoronarme, así que redirijo mis pensamientos hacia la única cosa que siempre me tranquiliza y me centra: la pintura.

Si fuera a pintar la dimensión que tengo enfrente, llenaría la paleta de ocres oscuros, negro opaco y varios grises, nada vivo y colorido. Tendría que triturar alguna sustancia e incorporarla a la pintura con el pulgar, polvo o ceniza, porque la mugre de este lugar traspasa las superficies. Incluso tengo la sensación de que el aire mancha la piel. Hay menos piedra antigua en este Londres de lo que recuerdo, más metal. Y también menos árboles y plantas. El aire es frío y cortante. Estamos a principios de diciembre y, aun así, solo llevo un vestido negro y corto y una chaquetita fina, más brillante que el papel de aluminio.

(Sí, sin duda alguna estamos en diciembre. Los dispositivos permiten viajar de una dimensión a otra, pero no en el tiempo. «Eso es un premio Nobel completamente distinto», comentó mi madre una vez con tono alegre, como si fuera a ponerse con ello en cuanto tuviera un hueco.)

Imaginarme pintando ayuda un poco, pero solo logro controlar los nervios cuando el anillo empieza a parpadear.

Sorprendida, miro la tira plateada que rodea mi dedo meñique, recorrida por una luz. Lo primero que se me ocurre es que se trata de algo con leds para presumir en la discoteca. No obstante, si las plaquitas metálicas de la chaqueta abren ordenadores holográficos, ¿qué hará esto?

Acerco la otra mano y le doy un toquecito al anillo. El resplandor que emite se expande en espiral, como si fuera un foco en miniatura, y un holograma se forma delante de mí. La sorpresa dura el instante que tardo en reconocer la cara que aparece en medio de la luz trémula de color azul plateado.

- —¡Theo!
- —¡Marguerite! —Sonríe, y el alivio ilumina su expresión con tanta intensidad como los haces del holograma—. Eres tú, ¿verdad?
 - —Soy yo. Dios, lo has conseguido. Estás vivo. Estaba muerta de miedo.
- —Eh. —Tiene una voz muy cálida cuando quiere. A pesar de su falsa arrogancia, y también de la auténtica, Theo se preocupa por la gente más de lo que deja traslucir
 —. No pierdas el tiempo preocupándote por mí, ¿de acuerdo? Yo siempre caigo de pie. Como los gatos.

Aun en la situación en la que nos encontramos, Theo intenta hacerme reír; sin embargo, de pronto siento un nudo en la garganta. Después de las últimas veinticuatro horas (en las que mi padre ha muerto, un amigo nos ha traicionado y yo he abandonado mi dimensión de origen para viajar a lugares desconocidos) ya no me

quedan fuerzas.

- —No sé si hubiera soportado perderte —digo.
- —Eh, eh, estoy bien. Estoy de maravilla, ¿lo ves?
- —Ya lo creo. —Intento decirlo con tono insinuante. Tal vez funcione, tal vez no. Ligar se me da fatal. En cualquier caso, la tentativa me tranquiliza.

Se pone serio, o al menos todo lo serio que alguien como Theo puede ponerse. Sus ojos oscuros, de una transparencia extraña a través del holograma, escudriñan mi rostro.

- —Vale, es evidente que has utilizado un recordatorio hace poco, porque me recuerdas. Eso o menuda primera impresión que te he causado.
 - —No, no he necesitado un recordatorio, lo he recordado todo sin ayuda.
- —¿Estás diciendo que has recordado quién eres sin más? —Se inclina hacia delante, con atención, y distorsiona la imagen holográfica un instante—. ¿Sin momentos de confusión?
- —Nada. Parece que a ti te pasa lo mismo. Supongo que mi madre se equivocaba en eso de que los viajeros dimensionales olvidan quiénes son.

Sin embargo, Theo niega con la cabeza.

—No. Yo lo he necesitado... He utilizado un recordatorio en cuanto he llegado aquí.

—Qué raro...

Theo parece estupefacto por el hecho de que yo recuerde las cosas con tanta facilidad. Es algo que va en contra de todas las teorías de mi madre (y, por lo visto, de la experiencia personal de Theo), pero supongo que viajar entre dimensiones es distinto para cada uno. Las teorías solo pueden perfeccionarse a través de la experimentación. Eso es lo que mis padres me han enseñado.

- —Bueno, ya era hora de que tuviéramos un golpe de suerte —se limita a decir—, porque nos hacía mucha falta.
 - —¿Dónde estás?
- —En Boston. Parece ser que en esta dimensión estudio en el MIT. No sabes el trabajo que he tenido para encontrar una camiseta que no fuera de los Red Sox en este armario. —A Theo no le interesan los deportes, al menos en nuestra dimensión—. Y yo que pensaba que me había alejado bastante, pero, maldita sea, Meg, tú has acabado nada más y nada menos que en Londres.

Hacía un par de meses que Theo había empezado a llamarme Meg. Todavía no sé si me resulta irritante o halagador, pero me gusta el modo como sonríe cuando me llama así.

—¿Cómo has dado conmigo tan deprisa? ¿Has buscado información personal sobre mí o algo por el estilo?

Enarca una ceja.

—Te he buscado en internet, he encontrado tu perfil público y he enviado una solicitud de llamada, cosa que permite el equivalente autóctono de Facebook. Cuando

te he llamado, has contestado. No hay que ser un científico de la NASA, y te lo dice alguien que se planteó enviar una solicitud.

—Ah. Está bien. —Bueno, es un alivio. Igual no todo tiene que ser difícil. Tal vez la suerte nos sonría de vez en cuando, como en esta ocasión.

Aunque nuestros dispositivos están programados para seguir los pasos de Paul, no hay garantías. Podríamos acabar separados en cualquier salto, aunque esta vez no. Esta vez, Theo está conmigo. Lo miro a la cara, difusa en el resplandor que emite el anillo, y pienso que ojalá ya estuviera a mi lado.

—¿Has conseguido…? —Aunque mi voz se va apagando, porque por primera vez estoy lo bastante calmada para caer en la cuenta de que tengo acento británico. Como mi padre.

Lógico, por otra parte, ya que vivo aquí. Supongo que el habla es una especie de recuerdo muscular que prevalece aun cuando la conciencia de la otra Marguerite vaya en el asiento del copiloto, por decirlo de alguna manera. Aun así, me resulta lo más raro, flipante y gracioso que pueda imaginar.

—Baño —digo, deteniéndome en la a breve de mi nuevo acento—. Baaaño. Privacidad. Aluminio. Laboratorio. Tomate. Horaaario.

Me entra la risa tonta y no puedo seguir; me llevo la mano al pecho, intentando recuperar la respiración. Sé que me río porque me niego a rendirme y a echarme a llorar. El dolor que siento por mi padre no tiene vía de escape y retuerce cualquier estado de ánimo hasta convertirlo en un nudo. Además..., tomaaaaaate. Es que me hace mucha gracia.

—No estás bien del todo, ¿verdad? —pregunta Theo mientras me enjugo las lágrimas de la risa.

Me sale una voz chillona cuando intento controlarla.

- —Supongo que no.
- —Bueno, por si te lo preguntabas, tienes un acento encantador.

La tontería se me pasa con la misma rapidez con que se ha apoderado de mí, y la suplen la rabia y el miedo. Así debe de sentirse uno cuando está al borde de un ataque de histeria; tengo que aguantar.

- —Theo, Paul está muy cerca de Londres. Si descubre que hemos venido a esta dimensión, ahora mismo podría estar de camino hacia aquí.
 - —¿Qué? ¿Cómo lo sabes?
- —No eres el único que ha utilizado un ordenador alguna vez. He localizado a Paul en Cambridge.

Vuelvo la vista hacia el nocturno e inhóspito paisaje urbano al otro lado del río, donde las líneas oscuras y escarpadas de los rascacielos empequeñecen la cúpula de la catedral. Paul ya podría estar aquí. ¿Cuánto tardaría en llegar a Londres?

Furiosa, me recuerdo que si Paul me busca, me ahorra la molestia de tener que salir a buscarlo yo. La próxima vez que nos veamos, uno de los dos va a arrepentirse, y esa no voy a ser yo.

Debo de haber puesto cara de pocos amigos, porque Theo dice:

—Hay una cosa que no podemos olvidar, ¿vale? Existe una pequeña posibilidad de que no calibrara bien el dispositivo y podríamos haber saltado a la dimensión equivocada. Puede que el Paul Markov de esta dimensión no sea nuestro Paul, por lo que debemos controlarnos hasta estar seguros.

Lo que está diciendo en realidad es que no puedo matar a un hombre inocente. Ni siquiera estoy segura de que sea capaz de matar al culpable, aunque estoy decidida a intentarlo. Debido a mis escasos conocimientos sobre el funcionamiento del Pájaro de Fuego soy incapaz de diferenciar a nuestro Paul de cualquier otro; otra de las razones por las que necesito a Theo a mi lado.

—¿Cuánto tardarás en llegar aquí? —pregunto.

Theo me dirige su típica sonrisa traviesa.

—Ya he comprado el billete, Meg. No había mucho donde elegir al viajar en el último minuto, por eso tengo que ir hasta Alemania y luego volver hacia atrás, dale las gracias a Lufthansa, pero debería de estar ahí mañana a medianoche. ¿Es lo bastante rápido para ti?

Theo ya ha cruzado una dimensión para ayudarme, y ahora que va a cruzar medio planeta a la mayor velocidad humanamente posible, lo único que me pregunta es si creo que va a tardar demasiado.

- —Gracias —susurro.
- —Estamos juntos en esto —dice Theo, como si no fuera nada del otro mundo—. Escucha, si me he enterado bien de cómo funcionan estos anillófonos, y creo que sí, puedes darme acceso de seguimiento.
 - —¿Qué es eso?
- —Mantén el anillo hacia arriba, hacia el holograma, ¿vale? —Lo hago. El anillo se ilumina y en la pantalla holográfica veo que su anillo también se enciende. Theo sonríe—. Bien, ahora puedo encontrarte siempre que lleves puesto el anillo, o tú a mí. Es decir, cuando te aclares con la interfaz. Está bien, ¿adónde te diriges?
- —A casa, creo. En cuanto averigüe dónde está. —Me echo a reír. De pronto, Theo parece profundamente triste. ¿Por qué pone esa cara?
 - —Marguerite... —Lo dice en voz baja, muy serio, algo muy poco habitual en él.

El miedo se aviva en mi interior y me apresuro a buscar HENRY CAINE Y SOPHIA KOVALENKA. Los resultados aparecen al instante: artículos sobre física, unas cuantas imágenes de cuando eran más jóvenes e iban a la universidad y vídeos.

Un vídeo del accidente de aerodeslizador de hace unos años, en el que murieron casi cuarenta personas, entre ellas dos científicos de carrera prometedora y su hija mayor.

No he recuperado a mi padre. Aquí también ha muerto. La única diferencia es que tampoco está mi madre. Ni Josie.

He perdido a toda mi familia.

Hago una breve inspiración, como si me hubieran golpeado. Oigo la voz de Theo,

que parece proceder de muy lejos.

—¿Marguerite? ¿Estás bien?

No contesto. No puedo.

La pantalla holográfica empieza a mostrarme de manera solícita el vídeo del accidente, que por lo visto ocupó todos los telediarios. Ahora mismo es como si esa explosión se produjera en mi cabeza, un calor abrasador, una luz cegadora, y todo lo que amo, todas las personas que me han querido de verdad (papá, mamá y Josie), quedaran reducidas a cenizas.

Sucedió sobre San Francisco. Los artículos dicen que incluso en Las Vegas aparecieron pequeños restos del accidente, transportados por el viento hasta posarse en el suelo, a veces acompañados por la lluvia.

—¿Marguerite? —El parpadeo del holograma no oculta la expresión preocupada de Theo—. Tu familia... Lo siento. Lo siento de veras. Cuando llegué a esta dimensión, lo primero que hice fue buscarlos... Pensé que igual podrían ayudarnos, ¿sabes? No he caído en que todavía no sabías qué les había pasado.

He estado llorando a lágrima viva por mi padre, sin descanso, desde el mismo instante en que la policía llamó a casa. Incluso había albergado la pequeña esperanza de volver a verlo aquí, al menos una versión de él.

Sin embargo, sigue estando muerto, y ahora también he perdido a mi madre y a Josie, igual que a él.

«¡Están bien! —intento decirme—. Eso ha ocurrido en esta dimensión, no en la tuya. Cuando vuelvas a casa, mamá y Josie estarán esperándote, no es como aquí, no has perdido nada, absolutamente nada, todo irá bien…»

Pero no es cierto. Mi padre sigue estando muerto.

- —¿Para qué querrá nadie viajar de una dimensión a otra? —Se me quiebra la voz. Las uñas se hunden en la carne de mis brazos, cruzados delante de mí a modo de escudo. El dolor físico me impide llorar; pase lo que pase, me niego a llorar—. No han pensado en lo que pueden encontrarse.
- —Lo siento —repite Theo. Da la impresión de que desearía salir del holograma y llegar hasta mí—. Lo siento mucho.

«¿Era esto lo que querías, Paul? ¿Los odiabas tanto que has huido a un mundo donde ya estaban muertos? ¿Donde ya tenías el trabajo hecho?»

Una vez más, recuerdo el rostro serio de Paul, esos ojos grises que parecen atravesarte. Recuerdo el día que me observaba mientras yo pintaba y cómo su mirada seguía los movimientos del pincel sobre el lienzo. Se me revuelve el estómago solo de pensar que por un instante yo casi...

Theo habla de nuevo, esta vez con voz más firme.

—Ese accidente ocurrió hace mucho tiempo, hace una eternidad. Es mejor que lo pienses así, ¿de acuerdo?

Sus palabras se abren paso a través de mi tristeza y me devuelven al presente.

—De acuerdo. Sí. Es que no me lo esperaba. No volveré a dejar que me afecte.

Theo tiene la gentileza de fingir que me cree.

—Hasta mañana, quédate ahí y procura que no te pase nada. Y si ves a Paul…, que él no te vea a ti.

El holograma se apaga. Aunque me quedo mirando el anillo con la vana esperanza de que vuelva a llamar, el metal permanece apagado, mudo y oscuro.

Así que me voy a casa.

El anillo parpadeante también lleva incorporado un GPS y cuando le pido que me guíe hasta casa, lo hace. Sigo sus indicaciones sin tener la menor idea de dónde acabaré.

Resulta que mi hogar se encuentra en un edificio bastante elegante, menos llamativo que muchos de su alrededor, pero no menos impersonal. El ascensor es uno de esos de cristal instalados en el exterior, cuyo diseño sospecho que está pensado específicamente para aterrar a los acrofóbicos. Espero sentirme algo reconfortada cuando entre, porque su apartamento también tendría que ser el mío, al menos en parte. Sin embargo, nada más verlo, creo que nunca he estado en un lugar en el que me sintiera menos como en mi casa.

Parece una galería de arte, aunque de esas que solo exhiben obras raras y *pop-kitsch*, tipo el cráneo de una vaca con circonitas incrustadas. O tal vez uno de esos hospitales donde los famosos van a hacerse la cirugía estética. Blanco y acero inoxidable, ni un asiento mullido, nada que sea cómodo o acogedor, y la iluminación es tan intensa que se podría ver hasta una mota de polvo, aunque creo que de eso se trata. Me quedo allí, chorreando por culpa de la lluvia, consciente de que parezco sucia, incómoda y fuera de lugar.

Jamás hubiera considerado esto mi hogar.

—¿Marguerite? —La tía Susannah aparece en el pasillo con una bata de un blanco tan prístino como la decoración. Supongo que me dejaron bajo su tutela, precisamente de ella.

A punto de irse a la cama, lleva el pelo suelto, aunque la melena le cae sobre los hombros con suma elegancia, como si ni un solo cabello se atreviera a desmandarse. No parece muy distinta en esta dimensión.

—Esta noche has vuelto prontísimo —dice mientras se embadurna la cara con una crema nada barata.

Es más de la una. ¿A qué hora suelo volver a casa?

- —Estaba cansada.
- —¿Te encuentras bien?

Me encojo de hombros.

La tía Susannah decide pasarlo por alto.

- —Entonces será mejor que te vayas a la cama. No vayas a ponerte enferma.
- —Vale, buenas noches, tía Susannah.

Se detiene. ¿No suelo decírselo a menudo? No percibo afecto maternal por su parte, no es de ese tipo de personas. No es que no la quiera, la quiero, y ella a mí también, pero creo que lo de hacer de madre no le sale de manera natural.

—Muy bien. Buenas noches, cariño —se limita a contestar la tía Susannah.

Mientras se aleja por el pasillo sin hacer ruido en dirección a su habitación, yo me vuelvo hacia la otra puerta, la que debe de conducir a la mía.

Es tan... anodina... No resulta tan lujosa como el resto del apartamento, pero tampoco hay nada que me haga sentirme en mi dormitorio. Podría tratarse de la habitación de un hotel de lujo sin ningún problema.

Aunque, claro, ese debe de ser el objetivo.

La Marguerite que ha perdido a su familia siendo tan pequeña es una persona que ha pasado toda su vida intentando no volver a amar a nadie ni a nada del mismo modo.

No he decorado un tablero de corcho con postales e imágenes que me resultan inspiradoras. En la esquina no hay un caballete con mi último lienzo; ¿ni siquiera pinto en esta dimensión? No hay estanterías. No hay libros. Aunque me gustaría creer que esta Marguerite lleva en los pendientes un lector de libros electrónicos tecnológicamente avanzado o algo por el estilo, empiezo a creer que es poco probable. No parece de las que leen.

Entre la ropa del armario hay muchas prendas de marca que reconozco y otras que no, aunque me apostaría lo que fuera a que estas últimas también son de las caras. Ninguna se acerca a lo que llevaría en casa; son todas de metal, de cuero o de plástico, duras y brillantes. Tal vez debería de alegrarme de que el dinero de la familia Caine haya durado un par de generaciones más en esta dimensión, pero solo puedo pensar en lo fría que resulta esta vida.

Y ahora tengo que vivirla.

Cierro la mano alrededor del colgante del Pájaro de Fuego. Me lo podría quitar si quisiera, ya que parece que no necesito los recordatorios, pero me aterra la sola idea de separarme de él. En su lugar, cierro los ojos e imagino que podría ayudarme a huir a otra parte, no a este mundo o al anterior, sino a una realidad más nueva y reluciente donde todo esté bien y nada pueda volver a hacerme daño.

Siento que las piernas me flaquean y me dejo caer en la cama, impecablemente hecha. Permanezco tumbada largo rato, hecha un ovillo, deseando estar en casa (en mi verdadera casa) con mayor desesperación de la que nunca me he creído capaz de sentir.

Mientras sigo tumbada en una dimensión que no es la mía, en una cama de un blanco nuclear, más intimidante que cómoda, intento pintar mi casa con la imaginación. Quiero tener ante mí hasta el último rostro, el último rincón, la última sombra, el último rayo de luz. Quiero pintar mi realidad sobre esta otra hasta que sea imposible ver el blanco cegador.

Mi hogar, mi verdadero hogar, se encuentra en California.

Nuestra casa no está en la playa, sino enclavada al pie de las colinas, a la sombra de árboles de gran altura. Siempre está limpia, aunque nunca ordenada. Hay dos hileras de libros en los estantes de las librerías que atestan casi todas las habitaciones, las plantas de mi madre crecen lozanas hasta en el último rincón y, hace años, mis padres cubrieron todo el pasillo con esa pintura de pizarra típica de las habitaciones infantiles y que va muy bien para plantear ecuaciones físicas.

De pequeña, mis amigos se entusiasmaban cuando les decía que mis padres realizaban casi todos sus trabajos científicos en casa, y cuando la visitaban por primera vez, buscaban por todas partes vasos de precipitado burbujeantes, dínamos o cualquier cachivache que esperaran encontrar por los programas de ciencia ficción. En realidad, en su mayor parte su trabajo consiste en tener papeles apilados por todas partes. Sí, últimamente hemos tenido algunos aparatos, pero muy pocos. A nadie le interesa oír que la física teórica poco tiene que ver con objetos brillantes que lanzan rayos láser y mucho más con números.

En medio de la sala principal está la mesa de comedor, una mesa de madera, enorme y redonda que mis padres compraron en una tienda de segunda mano, muy barata, cuando Josie y yo éramos pequeñas. Nos la dejaron pintar con los colores del arcoíris, embadurnándola con las manos, porque les encantaba oírnos reír, y también porque no hay dos personas en la tierra a las que les importara menos el aspecto de sus muebles. Josie pensó que sería divertido dibujar espirales con los dedos. Yo, en cambio... Aquella fue la primera vez que me fijé en lo distintos que parecían los colores cuando los mezclabas, cuando los ponías unos junto a otros. Tal vez fue entonces cuando me enamoré de la pintura.

- —Supongo que crees que la pintura no es tan importante como la física —le dije en una ocasión a Paul, sentada ante el caballete, mientras este me observaba trabajar.
 - —Depende de lo que consideres importante —contestó.

Podría haberlo echado de allí en ese momento. ¿Por qué no lo hice?

Mis recuerdos se transforman en sueños cuando caigo dormida sin enterarme. Veo

la cara de Paul delante de mí toda la noche, mirándome fijamente, haciéndome preguntas, planeando algo que soy incapaz de adivinar. A la mañana siguiente, cuando despierto en esta cama fría y extraña, no recuerdo qué he soñado, solo sé que intentaba ir detrás de Paul, pero que no podía moverme.

Aunque parezca extraño, no me siento desorientada. Desde el mismo instante en que abro los ojos, sé dónde estoy, quién soy y quién se supone que soy. Recuerdo qué ha hecho Paul y que no volveré a ver a mi padre. Echada entre las sábanas blancas y arrugadas, me doy cuenta de las pocas ganas que tengo de moverme. Es como si la tristeza se hubiera convertido en unas sogas que me amarran a la cama.

—¡Vamos, cariño! —me llama la tía Susannah—. ¡Hora de ponerse guapa!

Como los avances tecnológicos de esta dimensión no rayen en lo milagroso... Me incorporo, atisbo el reflejo de mis rizos alborotados en la ventana y gruño.

Por lo visto, vamos a una «comida de caridad», aunque a mi tía le importa bien poco el motivo del almuerzo; ni siquiera recuerda para qué es. Se trata de un acto social, un lugar donde ver y dejarse ver, que es lo único que le interesa a la tía Susannah.

Aun así, sé que debo quedarme aquí y esperar a Theo. Si quiero detener a Paul, necesitaré toda la ayuda posible y Theo es la única persona que puede ayudarme, así que debo llevar la vida de esta Marguerite durante un día entero.

Y por lo que he visto hasta el momento, no es muy divertida.

- —Vamos, cariño. —La tía Susannah avanza a paso ligero por la calle adoquinada encaramada a sus zapatos de tacón con la misma gracilidad que una cabra montés—. No podemos llegar tarde.
- —Ah, ¿no? —La idea de tener que arreglármelas en un acto social en la piel de una versión de mí misma… resulta bastante intimidante.

Vuelve la cabeza y me lanza una mirada extrañada.

- —Quería que conocieras a la duquesa. Su sobrina Romola está en Chanel, ¿sabes? Si algún día quieres llegar a ser diseñadora de moda, ahora es el momento de conocer a la gente adecuada.
- ¿Quiero ser diseñadora de moda en esta realidad? Bueno, al menos es algo creativo.
 - —Ya, claro.
- —No finjas que eres demasiado sofisticada para que te impresione un título dice la tía Susannah. A veces es así cuando se la cuestiona: categórica y un tanto despectiva—. Eres incluso más esnob que yo, y lo sabes. Igual que tu madre.
 - —¿Qué has dicho?
- —Lo sé, lo sé, para ti tus padres son unos santos, y seguro que era así. No estoy diciendo que no fueran unas personas absolutamente adorables, pero ¡mira que tu madre se ponía pesada con eso de que descendía de la nobleza rusa! Cualquiera diría que fue ella misma quien huyó del Ejército Rojo con las joyas de los Romanov en sus brazos.

—Su familia pertenecía a la nobleza y sí huyeron de la revolución. Vivieron como expatriados en París durante cuatro generaciones, antes de que sus padres acabaran trasladándose a Estados Unidos. Ella nunca mentiría diciendo algo que no es. —En ese momento recuerdo que se supone que en esta dimensión no he llegado a conocer muy bien a mi madre y que aquí la he perdido para siempre, igual que a mi padre—. Es decir, no creo que lo hiciera.

Mi madre no lo haría. Solo le importan dos cosas: la ciencia y la gente a la que quiere. La que lleva el pelo de rizos rebeldes recogido con el primer lápiz o bolígrafo que ha encontrado por ahí tirado. La que me dejó pintar la mesa con los dedos. No hay en el mundo nadie menos esnob que mi madre.

Nos detenemos en medio de la calle, a una manzana del hotel donde la duquesa y ciento cuarenta de sus amigas más íntimas van a ir a tomar el té. La tía Susannah se lleva una mano al pecho como una actriz en una película antigua de serie B; aun así, sé que es sincera. Al menos todo lo sincera que sabe ser.

—No estaba criticando a tu madre, lo sabes, ¿verdad?

Viniendo de la tía Susannah, «esnob» es prácticamente una medalla al mérito.

- —Sí, lo sé —digo suspirando.
- —Bien, no me gustaría que nos enfadáramos. —Mi tía se acerca y me rodea con sus brazos—. Siempre hemos estado solas. Las dos juntas contra el mundo, ¿eh?

De no haber estado en ese apartamento frío e impersonal, casi habría podido creer que llevábamos una buena vida juntas. O si no hubiera visto a través de los cristales translúcidos de las gafas de sol de la tía Susannah su mirada aburrida e impaciente.

No he tardado ni un día en descubrir que le fastidia tener que desempeñar la función de madre sustituta de la Marguerite de esta dimensión. ¿Qué ha debido de suponer para esta Marguerite vivir toda su vida sabiendo algo así? ¿Sintiéndose tan rechazada por la única familia que le queda en el mundo?

—Tú y yo —repito, y la tía Susannah sonríe como si eso fuera motivo de felicidad.

En mi verdadero hogar, nunca hemos sido «solo nosotros».

Desde que tengo uso de razón, los ayudantes de investigación de mis padres han pasado casi tanto tiempo en mi casa como yo. De muy pequeña, pensaba que eran mis hermanos, igual que Josie, por eso lloré tanto el día que Swathi me explicó con suma delicadeza que regresaba a Nueva Delhi porque allí tenía trabajo y a su familia. ¿Quién era aquella gente? ¿Cómo podía ser su familia si su familia éramos nosotros?

Mis padres empezaron a ser más claros respecto a sus ayudantes a partir de entonces, pero lo cierto es que, más o menos, han acabado adoptando informalmente a la mayoría de ellos. Mis padres siempre quisieron tener millones de hijos, pero los embarazos de mi madre eran delicados y decidieron parar después de mí. Supongo que los estudiantes de posgrado han llenado el hueco que debían de haber ocupado

mis hermanos. Dormían en nuestros sofás, escribían sus tesis en la mesa arcoíris, lloraban sus desamores y se bebían nuestra leche directamente del envase. Seguimos en contacto con todos ellos y algunos son personas que tienen gran importancia en mi vida. Diego me enseñó a ir en bicicleta. Louis me ayudó a enterrar a mi pez de colores en el patio trasero a pesar de que llovió a cántaros durante todo el «funeral». Xiaoting era la única que estaba en casa el día que me vino la regla por primera vez y manejó la situación a la perfección: me explicó cómo se utilizaban todos los productos de nuestros amigos de Tampax y luego me llevó a la heladería de Cold Stone Creamery.

Sin embargo, con Paul y Theo ha sido distinto desde el principio. Estaban más unidos a nosotros que cualquiera de los anteriores. Eran especiales.

Sobre todo Paul.

Mi madre bromeaba con que le gustaba porque los dos eran rusos; decía que solo los compatriotas rusos podían entender su típico humor negro. Mi padre siempre comía con él en el campus y, una vez, le prestó incluso el coche. Cuando por lo general, no me lo dejaba tocar ni a mí. A pesar de lo callado, distante y serio que era Paul, para mis padres era perfecto.

(«Es un chico raro —protesté un día, poco después de su llegada—. Parece un cavernícola de antes de que la gente supiera hablar.» «No está bien decir eso —me reprendió mi padre mientras le añadía leche a su té—. Marguerite, recuerda que Paul acabó el instituto con trece años e inició los estudios de doctorado con diecisiete. No tuvo nada que se le pueda llamar infancia, ni la oportunidad de hacer amigos de su edad, y Dios sabe que no recibe mucho apoyo en casa. Eso lo hace un poco... torpe, pero no significa que no sea buena persona.» «Además —intervino mi madre—, ya te refirieras a los cromañones o a los neandertales con eso de "cavernícolas", no hay razón para suponer que carecían de la capacidad del habla.»)

Paul fue su ayudante de investigación solo durante un año y medio, pero le cogieron más cariño que a cualquiera de los demás. Prácticamente vivía en nuestra casa o en sus clases. Le prestaban libros, se preocupaban cuando veían que no tenía una chaqueta para pasar el invierno, incluso le hicieron un pastel de cumpleaños (de chocolate con glaseado de caramelo, su favorito).

Theo Beck trabajaba igual de duro para ellos. Jamás han sido desagradables con él, y siempre he tenido la sensación de que era uno más de la familia. Además, sin duda es mucho más divertido que el extraño y observador Paul. Theo lleva el pelo, negro azabache, un poco despeinado, se lo toma todo a broma y, de acuerdo, tontea un poco conmigo, pero creo que a mis padres nunca les ha importado. Ni siquiera sé si lo han notado. Por eso Theo debería haber recibido el mismo aprecio por su parte.

Sin embargo, Paul es más listo. Más único. Está un paso más allá de la línea que separa al «excepcionalmente inteligente» del «genio». También sospecho que mis padres creían que Paul los necesitaba más. Theo es descarado; Paul es tímido. Theo sabe contar chistes; Paul parece tristón. De ahí que Paul despertara su lado protector

de un modo que Theo jamás habría conseguido. Sé que, a veces, cuando Theo veía el modo en que mis padres se desvivían por Paul, tenía celos.

Quizá, a veces, yo también.

No han pasado ni veinte minutos desde que hemos llegado a la comida y ya me han presentado a la sobrina de la duquesa, Romola, la de Chanel. No trabaja de diseñadora, solo de publicista, pero, como dice la tía Susannah, «todos los contactos son pocos, ¿verdad?».

Sorprendentemente, Romola no me trata como a una chupóptera; al contrario, es ella quien se pega a mí.

—Vamos a divertirnos —me susurra—. Ya era hora de que apareciera alguien interesante.

Diez minutos después, me hallo en el cuarto de baño viendo a Romola meterse una raya de coca. Me ofrece un poco y le digo que no, pero sospecho que la Marguerite de esta dimensión habría aceptado sin pensárselo dos veces.

Por eso, un cuarto de hora más tarde, cuando Romola me invita a champán (a las dos del mediodía), digo que sí. Si quiero parecer convincente en la piel de esta Marguerite, tengo que interpretar su papel.

La tía Susannah ve que doy un primer trago y no dice nada. Creo que está acostumbrada.

Es la fiesta más rara en la que he estado, sofisticada a la vez que hortera. La cirugía estética ha adulterado el rostro de todas las mujeres mayores de treinta años; no parecen más jóvenes, simplemente sus facciones carecen de cierta humanidad, un hecho que la sociedad ha decidido fingir que no ve. La mitad de los invitados hablan más con los hologramas que proyectan sus anillos o sus plaquitas que con quienes tienen al lado. Y por lo que oigo, casi todas las conversaciones giran alrededor de chismorreos: quién se está tirando a quién, quién está ganando dinero, quién lo está perdiendo, quién no está invitado a la siguiente fiesta...

Quizá la tecnología que emplean sea distinta, pero la superficialidad de la escena seguramente es universal. Así que esta es la vida de la que huyó mi padre cuando decidió dedicarse a la ciencia, irse de Gran Bretaña y formar equipo con mi madre en California... Era incluso más listo de lo que creía.

«Por ti, papá», pienso, mientras acepto otra copa de champán.

Siete horas después de la comida, estoy al volante del coche de Romola, un vehículo plateado y reluciente, con forma de lágrima, que prácticamente se conduce solo, cosa de la que me alegro, considerando lo achispada que voy. Romola me habla de las discotecas increíbles a las que iremos esta noche. Hemos andado por ahí todo el día. Actúa como si ahora fuéramos amigas, como si fuera a conseguirme un trabajo en prácticas en Chanel, pero sé, igual que ella, que ambas lo utilizamos como excusa para emborracharnos. No creo que me dejara darle plantón si lo intentara.

Odio esto. Preferiría volver a casa, vomitar y desmayarme; a ser posible, en ese orden.

Sin embargo, cada vez que miro la ciudad de Londres oscura, recortada y futurista que se alza ante mí, recuerdo que Paul está aquí. Recuerdo que volveremos a vernos y lo que debo hacer cuando eso ocurra. No hay vuelta atrás, ni para él ni para mí.

Paul diría que es nuestro destino.

- —¿Qué es lo que pretendes? —preguntó Theo en cierta ocasión, fulminando con la mirada a Paul, que estaba sentado frente a él. Las piezas que formarían parte del primer prototipo del Pájaro de Fuego estaban esparcidas delante de ellos, sobre la mesa arcoíris—. ¿Es que quieres que Sophia vuelva a convertirse en el hazmerreír de la gente en cuanto su teoría quede demostrada?
- —¿A qué te refieres? —quise saber. Acababa de llegar de mis clases de piano y me deshice rápidamente de las partituras para no parecer tan cría. Theo solo me lleva tres años y medio, y Paul dos. Eran los primeros estudiantes de posgrado que consideraba más parecidos a mí que a mis padres, y quería que a ellos les pasara lo mismo—. ¿Por qué iba la gente a reírse de mi madre?

Los ojos grises de Paul se desviaron apenas un instante de su trabajo para encontrarse con los míos.

—La teoría no es suya, es mía. Yo asumo la responsabilidad.

Theo se recostó en la silla y señaló a Paul con el pulgar.

- —Aquí el señor está dispuesto a poner en entredicho su credibilidad científica y, diga lo que diga, también la de su asesora, defendiendo que existe el destino.
- —¿El destino? —Aquello sonaba extrañamente... romántico, viniendo de alguien como Paul.
- —Existen patrones dentro de las dimensiones —insistió Paul, sin volver a levantar la vista—. Paralelismos matemáticos. Cabe dentro de lo posible que dichos patrones se vean reflejados en sucesos y personas en todas las dimensiones. Que las personas que se conocen en una realidad cuántica acaben conociéndose en otra. Ciertos sucesos ocurrirán una y otra vez, de modos distintos, pero con mayor asiduidad de lo que podría explicar la simple casualidad.
 - —Dicho de otro modo —resumí—: intentas demostrar que existe el destino.

Estaba bromeando, pero Paul asintió despacio, como si hubiera dicho algo sensato.

—Sí, eso exactamente.

—¡Tendrías que venir conmigo a París la semana que viene! —grita Romola para hacerse oír por encima de la música de la discoteca. Creo que se trata de la misma junto a la que aparecí la noche anterior, cuando llegué a esta dimensión.

—¡Claro! —¿Por qué no iba a aceptar? Ni ella va a llevarme ni yo voy a ir, y ambas lo sabemos—. ¡Sería genial!

Me he puesto un vestido que me ha prestado: es de cuero gris plateado y mate, y me queda muy ajustado a pesar de que soy un palillo. No podría quedar más patente que prácticamente no tengo pecho, pero también enseño bastante pierna y, según los chicos de la discoteca, una cosa compensa la otra. No me dejan ni a sol ni a sombra, e insisten en invitarme a copas, y justo más copas es lo que no necesito.

Además, no soporto el modo como me miran, con admiración pero escudriñándome al mismo tiempo, igual que harían con un deportivo caro, una valoración fría y ávida. Ninguno me ve a mí en realidad.

- —Seguro que crees que no tiene uso práctico, en el mejor de los casos —le dije a Paul la noche que se quedó mirando cómo pintaba—. El arte.
 - —No creo que el uso práctico sea lo más importante.

Por un momento, sus palabras habían sonado a cumplido, hasta que caí en la cuenta de que básicamente había admitido no encontrarle el uso práctico a que estudiara pintura en la universidad. Había decidido ir a clases de restauración artística para no acabar viviendo en el sótano de mis padres con treinta años, pero no me dio por justificarme, me dio por responder al ataque.

Estábamos a finales de noviembre, poco después de Acción de Gracias. De eso hace solo una semana y media, y sin embargo tengo la sensación de que haya pasado una eternidad. La noche era inusitadamente calurosa, el último estertor del veranillo de San Martín, o, utilizando una expresión rusa, del «verano de las ancianas», como prefiere llamarlo mi madre. Llevaba una vieja camisola manchada de pintura de cientos de tonalidades distintas, producto de muchas tardes de trabajo, y unos tejanos que me había cortado yo misma. Paul estaba en la puerta de mi dormitorio, muy cerca de invadir mi espacio.

Era muy consciente de su presencia. Es más grande que la media, y ya no digamos si la media se hace entre estudiantes de posgrado: alto, ancho de espaldas y muy musculoso, supongo que de practicar escalada en roca. Era como si su cuerpo ocupara todo el vano. Aunque continué trabajando y apenas aparté la mirada del pincel y el lienzo, era como si lo sintiera detrás de mí, como si percibiera el calor de un fuego sin estar frente a las llamas.

—Vale, puede que los retratos ya no estén en boga en el mundo del arte —admití. Otros estudiantes exponían *collages* y móviles realizados con «objetos encontrados», o retocaban con el ordenador anuncios de los años sesenta para hacer una crítica de la sociedad actual, y demás cosas por el estilo. A veces tenía la sensación de que me quedaba atrás, porque lo único que podía yo ofrecer eran mis retratos al óleo—. Aunque muchos artistas ganan bastante dinero pintando retratos. En algunos casos, llegan a cobrar diez mil dólares el cuadro, cuando ya tienen cierta fama. Podría

dedicarme a eso.

—No —repuso Paul—. No creo que pudieras.

En ese momento me volví hacia él. Tal vez mis padres adoraran a aquel chico, pero eso no significaba que pudiera pasearse por mi habitación e insultarme.

- —¿Perdona?
- —Quería decir... —Vaciló. Era evidente que sabía que se había equivocado, y era igual de evidente que no sabía en qué—. La gente que encarga un retrato, la gente rica, quiere salir agraciada.
- —Si estás intentando salir del jardín en el que te has metido, vas por el camino equivocado. Que lo sepas.

Paul hundió las manos en los bolsillos de sus tejanos desgastados, pero me miró a los ojos con suma tranquilidad.

—Quieren salir perfectos, solo desean mostrar su lado bueno. Creen que un retrato debería ser... como la cirugía plástica, pero realizada a su imagen en lugar de a su rostro. Demasiado hermosos para ser reales. Tus retratos... a veces son hermosos, pero siempre son realistas.

Tuve que apartar la vista. Volví la cabeza hacia la galería de óleos que en ese momento colgaba de las paredes de mi dormitorio, desde donde mis amigos y mi familia me devolvían la mirada.

- —Igual que tu madre —prosiguió Paul con voz más suave. Estudié el retrato de mi madre mientras él hablaba. Había intentado que saliera lo mejor posible porque la quería, pero no me había limitado a reproducir sus ojos oscuros y almendrados o su sonrisa franca, sino también el modo como el pelo siempre se le encrespa de manera indomable y apunta en cientos de direcciones distintas y la rotundidad de sus pómulos en su fino rostro. Si no hubiera añadido esos detalles al retrato, no habría sido ella—. Cuando lo miro, la veo tal como es a las tantas de la noche, después de llevar diez, catorce horas trabajando. Veo su genialidad. Veo su impaciencia. Su cansancio. Su bondad. Y vería todo eso aunque no la conociera.
- —¿En serio? —Me volví hacia Paul, y él asintió. Ver que había entendido su punto de vista le produjo un claro alivio.
- —Míralos. Josie está impaciente por vivir una nueva aventura. Tu padre está como ausente, absorto en una de sus reflexiones, y es imposible adivinar si está perdiendo el tiempo o a punto de salir con algo brillante. Theo... —Se interrumpió un instante, mientras yo observaba el retrato de Theo que estaba acabando y al que no le faltaba el pelo negro y engominado, peinado de punta, los ojos castaños bajo unas cejas enarcadas y unos labios carnosos que podrían haber sido los de un Cupido renacentista—. Theo está tramando algo, como de costumbre.

Me eché a reír. Paul sonrió abiertamente.

—Y luego está tu autorretrato.

Aunque he participado en algunas exposiciones de arte e incluso he presentado una propia en una galería pequeñísima, nunca he expuesto mi autorretrato en ningún lugar que no fuera mi habitación. Es personal como ningún otro cuadro podrá serlo jamás.

—Tu pelo... —dijo, aunque su voz se fue apagando. Hasta Paul tenía suficiente tacto para saber que no era demasiado prudente llamar «desastre» al pelo de una chica. Aunque lo era (incluso más rizado, grueso e indomable que el de mi madre) tal cual lo había pintado—. Veo todas esas cosas en las que te pareces a tu madre.

«Seguro —pensé—. Un palillo, demasiado alta, demasiado blancucha.»

—Y todas en las que te diferencias de ella.

Intenté tomármelo a broma.

- —¿Quieres decir que no ves la misma mente portentosa?
- -No.

Me dolió. Me pregunto si arrugué el gesto.

Paul se apresuró a añadir:

—Puede que en un mismo siglo solo nazcan cinco personas con una mente como la de tu madre. No, no eres tan inteligente como ella, ni yo tampoco, ni nadie más que vayamos a conocer en nuestras vidas.

Eso era cierto. Ayudaba, pero las mejillas me seguían ardiendo, ruborizadas. ¿Cómo podía sentirlo justo al lado?

Tenía una voz más suave de lo que cabría esperar de alguien de su corpulencia y con la mirada tan fría.

—Veo... tus ansias de experimentación. El rechazo que te produce lo falso o lo simulado. Lo madura que eres para tu edad, aunque sin dejar de ser... risueña, como una niña pequeña. Que siempre estudias a la gente, o te preguntas qué ven en ti cuando te miran. Los ojos. Todo está en tus ojos.

¿Cómo era posible que Paul viera todo aquello? ¿Cómo podía saber esas cosas solo a través de un retrato?

Sin embargo, no era solo a través del retrato. Eso también lo sabía yo.

Aunque tendría que haber dicho algo, no podría haber articulado palabra. Se me había formado un nudo en la garganta. No aparté la vista del autorretrato ni me volví hacia Paul.

—Pintas la verdad, Marguerite —observó—. Creo que no podrías trabajar de otra manera.

Y se fue.

Después de eso, empecé el retrato de Paul. Tiene unas facciones sorprendentemente difíciles de reflejar. La frente ancha; las cejas rectas y marcadas; el mentón pronunciado; el pelo castaño claro, con un tono cobrizo dorado que me tuvo mezclando pinturas durante horas tratando de dar con la tonalidad exacta; el modo en que inclina ligeramente la cabeza, como si pidiera disculpas por ser tan alto y tan fuerte; esa mirada un tanto desesperanzada, como si supiera que nunca encajará y creyera que ni tan solo vale la pena intentarlo... Sin embargo, los ojos eran lo que me desconcertaba.

Hundidos, intensos; sabía qué aspecto tenían, pero el caso era que... Siempre que retrataba a alguien, incluso a mí misma, lo pintaba de modo que no mirara directamente al espectador. La expresión se vuelve más reveladora y, además, proporciona al retratado un halo de misterio, la sensación de que es imposible plasmar la verdadera esencia del ser humano que hay en su interior. Eso también forma parte de pintar la verdad.

No obstante, con Paul fue imposible. Cada vez que intentaba pintar su mirada, se negaba a apartarla del espectador. Del artista.

Me miraba. Me miraba constantemente.

Al día siguiente de la muerte de mi padre, en cuanto supimos que Paul era el culpable, entré en mi habitación, cogí uno de mis cuchillos de paleta e hice jirones su retrato.

Me había hecho confiar en él.

Me había hecho creer que veía lo que había en mí.

Y todo formaba parte del juego de Paul, otro pequeño movimiento de un plan mayor, el de destruirnos a todos.

Algo más de lo que tendrá que responder.

Cerca de medianoche, la cabeza me da vueltas y tengo la sensación de que voy a vomitar, pero no paro de bailar. El sordo aporreo de la música reverbera en mi interior e incluso consigue ahogar el martilleo de mi pulso. Es como si no estuviera viva. Soy poco más que una marioneta hueca sujetada por hilos.

La mano de un chico se cierra sobre mi hombro y me pregunto de quién será. ¿Va a invitarme a otra copa? Si es así, me desmayaré. Creo que en este momento preferiría perder la conciencia.

Sin embargo, cuando me doy la vuelta y veo de quién se trata, doy un grito ahogado y revivo de pronto.

- —Bonito vestido, Meg. —Theo sonríe con sorna mientras me repasa con la mirada—. ¿Dónde está el resto?
- —¡Theo! —Me abalanzo sobre él y me devuelve el abrazo. Continuamos así durante una eternidad, en medio de la pista de baile.
- —¿Estás borracha? —murmura junto a mi cuello—. ¿O ahora hacen colonias que huelen a tequila?
 - —Sácame de aquí.

¿Por qué me cuesta tanto hablar? Y entonces me doy cuenta de que estoy sollozando.

He estado reprimiéndome todo este tiempo. He estado reprimiéndome porque tenía que hacerlo, soportando la tristeza y el miedo incluso cuando creía que el peso me aplastaría. Sin embargo, ahora que Theo está aquí, por fin puedo dejar salir todo el peso oprimido.

Theo me estrecha con mayor fuerza (tanta que me levanta del suelo) y me saca de la pista de baile, lejos de las luces. Me deja en uno de los sofás bajos y alargados que hay en un rincón. No puedo parar de llorar, así que se limita a abrazarme mientras me acaricia el pelo y la espalda. Me mece con la misma delicadeza con que acunaría a una criatura. A nuestro alrededor, las luces de la discoteca parpadean mientras la música continúa retumbando.

La visión del rostro de Theo, el calor con que me arropan sus brazos, me transmiten la sensación de que todo tendría que empezar a ir mejor de inmediato.

Y tal vez así habría sido de no haber bebido tanto.

—No pasa nada —me tranquiliza Theo, frotándome la espalda mientras estoy apoyada en la barandilla del puente Millennium, desde donde acabo de vomitar sobre el Támesis—. Sácalo todo.

El rostro me arde de vergüenza.

- -Menudo bochorno.
- —¿Por qué? ¿Porque te he visto devolver? ¿Sabes?, si me vieras cualquier sábado por la noche, sabrías que esto no es nada. En esto en concreto, no soy quién para ir sermoneando a nadie.

No se trata de una broma más. A pesar de su inteligencia, Theo nunca ha podido ocultar su vida desenfrenada. Aunque nunca ha llevado sus problemas a casa, sé que mis padres habían oído rumores acerca de las borracheras de Theo y que a veces se ausentaba durante horas, incluso se había saltado algún día entero. Habían mencionado que bebía, aunque en realidad les preocupaban otras sustancias mucho menos legales que las latas de cerveza que pudiera tomarse. Incluso Paul había sugerido discretamente en alguna ocasión que Theo debería tomarse las cosas con más calma.

¡Al cuerno con Paul! Esta noche Theo está al frente de la situación y es él quien cuida de mí. Siento su cálida mano sobre mi espalda desnuda, sin apartar la mirada de las aguas oscuras del río, mientras intento recuperar la compostura.

En ese momento distingo mi reflejo fragmentado, que el agua ondulante se encarga de esparcir.

—¿Crees que esto es lo último que vio mi padre? —murmuro. Me noto un sabor de boca espantoso. No me tengo en pie. Una sensación parecida a la derrota—. El río, delante de él, ¿fue así?

Theo guarda un largo silencio. Cuando contesta, parece incluso más cansado que yo.

- —No pienses en eso.
- —No puedo evitarlo.
- —Estoy seguro de que no fue así, ¿de acuerdo? Venga, te llevo a casa.
- —Espero que fuera así. Espero que mi padre viera el río abalanzándose sobre él y que luego... que luego se terminara todo. —Me tiembla la voz—. Porque eso significaría que se golpeó la cabeza en el accidente o que cuando el coche cayó al agua perdió el conocimiento, o que murió al instante. No le habría dado tiempo a tener miedo. —¿Cuánto tarda uno en ahogarse? ¿Tres minutos? ¿Cinco? Lo suficiente para resultar horrible, eso seguro. Tanto, que espero que mi padre no pasara por ese

trance—. Lo mejor sería que no se hubiera dado cuenta. ¿No crees?

—Déjalo ya —contesta Theo con aspereza. Sus manos bajan hasta mis brazos y me sujeta como si temiera que fuera a tirarme por la barandilla—. No te hagas esto. No va a ayudarte.

Theo se equivoca. Necesito pensar en la muerte de mi padre. No puedo empezar a llorarlo todavía, necesito que el dolor me mantenga enfadada. Despierta. Centrada.

Cuando encontremos a Paul, el dolor será lo que me dé fuerzas para acabar con él. Suelto un brazo para limpiarme la boca.

—Está bien —digo—, vamos a casa.

Damos un paseo hasta el apartamento de la tía Susannah. Cuando el ascensor empieza a subir, siento que las rodillas me flaquean; todavía queda bastante champán en mi organismo. Theo me sujeta por un codo y apoyo la cabeza en su hombro.

- —Todavía puedo buscarme una habitación en un hotel —dice en voz baja cuando llegamos a la puerta.
- —Si no hacemos ruido, no despertaremos a mi tía —respondo mientras pongo la palma de la mano sobre la cerradura electrónica. Me reconoce y abre—. Además, dudo que le importe.

Y necesito a Theo a mi lado más que nunca.

En la oscuridad, el apartamento blanco sobre blanco tiene una tonalidad azul plateada, como si estuviera hecho de luz de luna. Todo me parece surrealista mientras acompaño a Theo por el pasillo hasta mi habitación, sin hacer ruido, y cierro la puerta para aislarnos en su interior.

El dormitorio no es muy grande; la cama ocupa casi todo el espacio. A Theo no le queda más remedio que dormir en el suelo, y tampoco tiene dónde sentarse. Me digo que soy idiota pensando que puede sentirse incómodo, imaginando que tiene la cabeza en algo que no sea la situación demencial en que nos encontramos, que la pequeña atracción que existe entre nosotros pueda tener importancia en medio de todo esto.

Pero en ese momento nuestras miradas se encuentran y lo sé: no soy solo yo.

—Vale —digo señalando el lavabo—. Voy a, bueno, refrescarme.

Theo asiente mientras se acerca a la ventana.

—Claro. Adelante, date una ducha.

Solo había pensado en lavarme los dientes, pero lo de la ducha no está mal. El pelo y la ropa huelen a tabaco y a champán rancio, como la vida de la otra Marguerite. Ahora mismo necesito volver a ser yo.

Entro en el cuarto de baño de baldosas blancas y cierro la puerta detrás de mí. El vestido de cuero sale a regañadientes; la piel me pica cuando consigo arrancármelo. En ese momento caigo en la cuenta de que se trata de una prenda de diseño que cuesta miles de libras y, por lo tanto, Romola seguramente querrá que se lo devuelva.

Bueno, ya se lo enviaré mañana. Lo dejo caer al suelo de cualquier manera, como si se tratara de un pellejo después de mudar la piel. Cierro la mano sobre el Pájaro de Fuego y me lo quito.

Hasta que no entro en la ducha y el agua caliente corre sobre mi cuerpo no soy consciente, vívidamente consciente, de que estoy desnuda y de que Theo se halla a pocos pasos de mí. Me digo que no hay razón para que me resulte raro; al fin y al cabo, podría decirse que Theo ha estado viviendo en mi casa estos últimos años. Me he bañado, he dormido y me he cortado las uñas de los pies con Theo en la habitación de al lado.

Sin embargo, ahora es distinto.

El vapor me envuelve cuando me agacho bajo la alcachofa y noto que el agua caliente penetra en mis rizos y me cae por la cara. Intento concentrarme en deshacerme del olor a tabaco; sin embargo, mis pensamientos insisten en regresar al momento en que Theo me ha estrechado entre sus brazos en la discoteca o en el hecho de que apoyarme en su pecho cuando subíamos en el ascensor me ha resultado la cosa más natural del mundo.

Siempre ha habido... algo entre Theo y yo. No porque tonteara conmigo; de hecho, tontea con todas las mujeres que conoce, e incluso con algunos chicos. Hasta con Romola, a la que se ha llevado a un aparte, en la discoteca, antes de sacarme de allí. Tontear es algo que Theo hace de manera natural, sin pensar, del mismo modo que los demás respiramos. De hecho, estaba convencida de que los sentimientos de Theo hacia mí estaban cambiando porque había empezado a tontear menos conmigo. Cuando lo hacía, las palabras tenían mayor peso; la atención que me prestaba ya no era gratuita, y ambos lo sabíamos.

Siempre había pensado que nunca pasaría nada entre nosotros. Theo es mayor que yo. Es sarcástico, egoísta, y de no ser por su inteligencia, su arrogancia resultaría del todo insoportable. A veces, cuando lleva en pie un par de días seguidos y se pasea por nuestra casa hablando más en matemático que en nuestro idioma, hay algo temerario en él, como si estuviera dispuesto a llevar sus límites al borde de la autodestrucción, y tal vez sobrepasarlos. Por eso me había dicho que quería a Theo solo como amigo. Vale, un amigo que está como un tren, pero, aun así, solo un amigo.

Sin embargo, en las dos últimas horas, he conocido una faceta de Theo completamente nueva. Tal vez por fin he visto al verdadero Theo. ¿Por qué había llegado a dudar de él? Quizá por la misma razón por la que había confiado en Paul: por lo visto, no soy buena calando a la gente.

Paul sigue ahí fuera. Ahora, lo único que puedo hacer si quiero enfrentarme a él es dormir la mona. Theo está conmigo, y eso es suficiente.

Cierro el grifo, me seco, me lavo los dientes por segunda vez. El Pájaro de Fuego vuelve a rodear mi cuello incluso antes de envolverme el pelo en una toalla. Hay una camiseta larga en uno de los colgadores de la puerta, así que me la pongo. El color rosa pálido es un poco translúcido y no he pensado en coger una muda. Aunque en la

habitación hay menos luz, así que no importa.

Cuando salgo del lavabo, Theo está junto a la ventana, con las manos apoyadas en el alféizar. La luna baña su pelo azabache haciéndolo brillar con mayor intensidad. Tarda un instante en volverse y mirarme, pero cuando lo hace, saltan chispas entre nosotros y tengo la sensación de que la camiseta es transparente. Pero me quedo inmóvil, frente a él.

Theo es el primero en romper el silencio.

- —Por si te interesa, no hay nadie en la calle que parezca vigilar el edificio. Tampoco nos han seguido desde la discoteca. Al menos, que yo sepa.
- —Ah, bien. De acuerdo. —¿Por qué no se me ha ocurrido a mí? Justo en ese momento, noto que en mi organismo corre bastante más alcohol del que debiera. Me dejo caer en la cama, atontada y mareada—. ¿Crees que Paul sabe que estamos aquí?
 - —Si se le ha ocurrido comprobarlo, sí.
- «¿Cómo no va a comprobar si alguien va detrás de él?», estoy a punto de replicar, pero me contengo. Una sonrisa se dibuja en mi cara.
- —Paul no sabe lo de los otros pájaros de fuego —digo—. No se lo has contado a nadie, ni siquiera a él.
- —A veces compensa ser reservado. —Theo me devuelve la sonrisa. Sin embargo, sé que no las tiene todas consigo—. Aun así, no podemos asegurar que Paul no esconde más ases bajo la manga. Ya lo hemos subestimado una vez, no volvamos a hacerlo.
 - —Tienes razón.

La rabia que me inspira Paul amenaza con abrirse paso una vez más, pero me obligo a aparcarla. Me duele todo el cuerpo y tengo la cabeza embotada, estoy confusa, no soy yo. Necesito dormir.

Theo suaviza la voz.

—Eh, pásame una almohada, ¿quieres? Voy a hacerme un catre aquí en el suelo.

Le tiro uno de los almohadones y él coge una manta que hay al pie de la cama. Estamos tan callados que incluso oigo el frufrú del roce de la tela. Cuando meto los pies debajo de la colcha, apaga la luz y volvemos a encontrarnos a oscuras.

Me tumbo poco a poco, pero soy muy consciente de su presencia. Respiro de modo más acelerado; tengo la sensación de que el corazón está a punto de salírseme del pecho.

Qué idiotez estar nerviosa. Confío en Theo. No tengo razones para temer que pueda hacer algo.

Y entonces caigo en la cuenta de que no es de Theo de quien no me fío, sino de mí.

Sería tan fácil, me sentaría tan bien, olvidar todo lo que se encuentra más allá de esta cama y mi propia piel.

Y más tratándose de Theo. La única persona en el mundo en la que puedo confiar, de la que no me quiero separar...

Mi susurro es lo único que se oye en la habitación.

—No tienes por qué dormir en el suelo.

Por un momento, el silencio es lo único que obtengo por respuesta. Hasta que Theo se incorpora al pie de la cama. Su cuerpo se recorta contra la luz de la luna y me doy cuenta de que se ha quitado la camiseta para dormir.

Sin decir nada, rodea la cama hasta mi lado y se sienta; su cadera toca mi pierna. El colchón se hunde bajo su peso y ruedo unos centímetros hacia él. Theo apoya una mano cerca de mi almohada. Con la otra, aparta los rizos húmedos de mi cara. Quiero decirle algo, pero no se me ocurre nada. Únicamente soy capaz de continuar allí tendida, con la respiración agitada, los ojos clavados en él, deseando que vuelva a tocarme y, al mismo tiempo, temiendo que lo haga.

Despacio, Theo se inclina sobre mí. Mi camiseta se ha deslizado ligeramente sobre un hombro, donde posa sus labios, con los que recorre la línea de la clavícula. El beso dura apenas un instante, pero restalla en mi interior como un relámpago.

—Vuélvemelo a pedir en otro momento, cuando los dos seamos nosotros mismos —me susurra. A continuación, levanta la cabeza y esboza una sonrisa—. La próxima vez no me detendré en el hombro.

Sin más, se levanta de la cama y regresa a donde estaba. Sé que no volverá a decir nada hasta mañana.

¿Debería sentirme humillada o halagada? En cualquier caso, mi pulso empieza a acompasarse; me siento segura con Theo, más segura de lo que me he sentido desde que supimos lo de mi padre. Así es fácil cerrar los ojos, relajarse y abandonarse al sueño.

Unas risas me despiertan.

Por un instante creo que estoy de nuevo en casa. Muchos días me han despertado las voces alegres de mis padres y de mi hermana en la cocina, y también las de sus ayudantes de investigación; voces que llegan hasta mí acompañadas del aroma de gofres de arándanos. Pero no. Sigo en el dormitorio de la otra Marguerite, en su cuerpo, en su mundo.

No pienso llevar esta camiseta rosa a la luz del día, así que rebusco en la cómoda con la esperanza de encontrar algo que ponerme. Mis dedos tocan algo de seda y saco una bata de color amarillo cremoso que parece un quimono, profusamente bordado. Me sorprende, es raro, porque se acerca bastante a algo que llevaría yo. La Marguerite de esta dimensión había visto esta bata de seda y había reaccionado como habría hecho yo porque, de un modo que aún se me hace difícil de comprender, somos la misma persona.

Me envuelvo en la bata de seda y corro hacia la cocina. El sueño de mi otra vida ha debido de dejarme una honda impresión porque juraría que todavía huelo a gofres de arándanos...

- —Qué malo eres —susurra mi tía con coquetería, y todavía ríe entre dientes de su comentario cuando entro en la cocina y la veo sentada en la isla mientras Theo trastea con los fogones. Luce camiseta, bóxers, una barba más que incipiente y una sonrisa burlona.
- —Acabamos de conocernos y ya me has calado —dice Theo mientras vierte la masa en una sartén. Ya está terminando cuando levanta la vista y me ve—. ¡Buenos días, Meg!
- —Esto... hola —respondo con un hilo de voz—. ¿Estás... preparando el desayuno?
- —Crepes de arándanos. Aprendí la receta del maestro. —Theo se refiere a mi padre—. Iba a preparar gofres, pero, aunque parezca extraño, aquí Susannah no tiene plancha.
 - —Me declaro culpable de todos los cargos.

Mi tía Susannah tiene las manos entrelazadas debajo de la barbilla, un gesto que incluso parecería infantil en alguien de mi edad, así que no digamos ya en alguien de la suya. Recuerdo de mis anteriores viajes a Londres que lo hace para ocultar las arrugas del cuello.

«Ay, mi madre, está tonteando con Theo.» Estaría celosa si no fuera tan esperpéntico.

Theo, cómo no, también tontea.

- —Mujer, alguien tiene que llevarte de compras.
- —No creas que no he buscado un viejo ricachón que me mantenga —contesta mi tía—. Aunque tampoco nos va tan mal. Igual tendría que probar hacer de ricachona, para variar.
- —Una idea interesante. —Theo enarca una ceja como solo sabe hacer él y le da la vuelta a la crepe.

Todo tiene un límite.

—Voy a vestirme —les informo, y me vuelvo rápidamente a mi habitación.

El armario de mi casa está lleno de vestidos, faldas largas y sueltas, de estampados florales y colores vivos, de prendas de ganchillo y encaje. Da la impresión de que este armario lo ha llenado una revista de moda para mostrar las prendas de diseño más caras y poco prácticas del mundo. Aun así, encuentro una camiseta negra, unos pantalones anchos y grises que pueden pasar y un par de zapatos que tal vez no me hagan demasiadas mataduras.

Cuando reaparezco, me cruzo en el pasillo con la tía Susannah, que se vuelve a su dormitorio con un plato en una mano y un tenedor en la otra; solo queda una crepe. Me sonríe abiertamente y me dice, en un aparte:

—Este me gusta. Es más inteligente que los chicos con los que sueles salir.

¿A quién más se habrá traído la otra Marguerite de la discoteca? No quiero ni pensarlo.

Un plato de crepes me espera en la isla de la cocina y mi ansioso estómago ruge

de gratitud. Theo está junto al fregadero, con las manos apoyadas en la encimera. No levanta la vista cuando entro.

- —Gracias —digo, y me siento a desayunar—. Está bien ponerse en marcha tan temprano, pero podrías haberme despertado.
- —Ya. Supongo. —Parece distraído, más cansado que antes. Seguramente no ha dormido bien, tumbado en el suelo.
- —¿La masa de las crepes es la misma que la de los gofres? —Cuando la pruebo, saben igual—. ¿Tú ya has desayunado?

—¿Qué?

Levanto la vista y veo que Theo me mira fijamente. Parece confuso, incluso nervioso...

Entonces lo entiendo todo. No lleva el Pájaro de Fuego en el cuello. Debió de quitárselo anoche, cuando se fue a dormir, y la memoria está empezando a fallarle. En algún momento de esos últimos minutos, mi Theo ha empezado a perder el control de su cuerpo, de su conciencia.

Después de todo, mi madre no estaba completamente equivocada en cuanto a la conservación de la conciencia en dimensiones alternativas.

—Necesitas un recordatorio. —Dejo el tenedor, me acerco a él y le tomo de la mano. Todavía queda suficiente de mi Theo para que no se resista o me haga preguntas mientras lo conduzco de vuelta a la habitación.

Lo empujo con suavidad y se deja caer en la cama. Por un momento vuelve a parecer él y sonríe.

- —¿Esto no lo hicimos ya anoche?
- —Ay, de verdad, por una vez en tu vida deja de tontear. —Rebusco entre la ropa que hay en el suelo y encuentro el colgante del Pájaro de Fuego. Se lo abrocho rápidamente al cuello—. Tú póntelo y ya está, ¿entendido?
 - —¿Que me ponga qué?

Ya no se acuerda del dispositivo. Y tampoco parece haberse fijado en el Pájaro de Fuego idéntico que llevo yo. Mi madre me explicó una vez que a los habitantes de otras dimensiones les costaría mucho identificar los pájaros de fuego porque no pertenecían a la suya. En teoría, Theo puede verlo en el momento en que llamo su atención sobre él, pero hasta entonces el colgante se mantiene por debajo de su nivel de percepción.

Menos mal que es así; si no, la gente alucinaría cuando los pájaros de fuego aparecieran de pronto alrededor de su cuello y se los quitarían, con lo que desestabilizarían a los aspirantes a viajeros dimensionales que acabaran de saltar a esa otra realidad. Por así decirlo, la gente podría llevarlos durante meses sin darse cuenta. La física es un misterio.

—Espera —digo al tiempo que levanto su Pájaro de Fuego y busco la secuencia que programa un recordatorio. Lo suelto un instante antes de que la luz blanca azulada parpadee a su alrededor.

Me habían dicho que dolían, lo que no me habían dicho era cuánto. Theo se sacude, casi se convulsiona, antes de lanzar un juramento entre dientes y desplomarse hacia delante. Por un momento tengo la impresión de que va a perder el conocimiento.

(«¿Una descarga? —le pregunté a mi madre, cuando me lo contó—. ¿Un recordatorio no es más que una descarga eléctrica?» Mi madre me sonrió, como si habláramos de mariposas y arcoíris. «Para nada. Un recordatorio es un cambio de resonancia bastante complejo, aunque produce la misma sensación que una descarga eléctrica.»)

- —¿Theo? —Me inclino y lo cojo por los hombros—. ¿Estás bien?
- —Sí. Estoy bien. —Alza la vista, jadeando y con los ojos abiertos como platos, y repite «Estoy bien» como si lo hubiera puesto en duda.
 - —Por los pelos.

Me llevo una mano al pecho para recordarme que el Pájaro de Fuego sigue en su sitio. La curva del duro metal contra la palma de la mano me infunde confianza y me hace reflexionar. ¿Yo también acabaré necesitando un recordatorio?

Theo está pálido y se ha acurrucado contra la cama como si esperara que se produjera un terremoto en cualquier momento.

- —Dame unos minutos, ¿de acuerdo? —dice, al ver que lo miro con curiosidad.
- —Claro.

Ha tenido que ser tan aterrador como doloroso, así que le alboroto con afecto el pelo ya de por sí despeinado y me vuelvo a la cocina, donde me acabo las crepes mientras voy pensando en una estrategia.

«Si Paul aún no está de camino, nosotros lo estaremos en menos de una hora. Debe de haber monorraíles que puedan llevarnos a Cambridge en un santiamén, ¿no? Incluso podemos ir en tren. Lo encontraremos antes de que él nos encuentre a nosotros. Y luego...

... lo mataremos.»

No se me ha pasado por alto que, ahora mismo, el Paul que debo destruir es un pasajero en el cuerpo de un Paul Markov completamente distinto. Aunque en estos momentos estoy convencida de que alguien tan despreciable como Paul sería igual de despreciable en cualquier dimensión, no lo sé a ciencia cierta. Así que la cosa no es tan sencilla como dar con él y, no sé, pegarle un tiro o algo por el estilo.

Sin embargo, hay cosas que pueden hacerse con el Pájaro de Fuego que son peligrosas para el viajero. Eso dijo Theo.

«De hecho, tendríamos que hablarlo antes de hacer nada, incluso antes de irnos de aquí.»

Decidida, dejo el plato en el fregadero y me vuelvo a la habitación para discutirlo con Theo. Sin embargo, cuando entro, no está en el dormitorio. La ropa sigue en el suelo, salvo la fina chaqueta negra, que no veo por ninguna parte.

—¿Theo? —Entro en el cuarto de baño, y apenas doy unos pasos cuando caigo en

la cuenta de mi falta de educación al entrar sin llamar antes a la puerta.

Justo entonces lo veo, y comprendo que quería estar solo y también por qué.

Porque Theo, mi guía, está despatarrado en el suelo de baldosas, pinchándose.

—¿Theo? —Doy un paso más y me detengo. Debo de ser tonta, pero me incomoda verlo así.

Y un instante después, la incomodidad da paso a la ira. ¿De qué debería avergonzarme? No soy yo la que se chuta en mitad de una situación tan peligrosa, tan importante...

En ese momento, Theo lanza un gruñido y se desploma hacia un lado, sobre el suelo del lavabo. Está completa y absolutamente fuera de combate.

—¡Mierda! —Me dejo caer de rodillas y le doy la vuelta. Theo ni siquiera parece darse cuenta de que estoy ahí—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Enfoca la mirada en mí un solo instante y consigue pronunciar dos palabras.

- —Lo siento.
- —¿Que lo sientes?
- —Sí —contesta. Ya veo que, ahora mismo, mi ira se encuentra a años luz de él. En estos momentos, el mundo entero está a años luz de Theo.

Cojo la botellita que veo en el suelo del cuarto de baño; todavía está medio llena de un líquido de un color verde esmeralda brillante. ¿Qué tipo de droga es esta? Debe de tratarse de algo de esta dimensión, porque nunca había visto nada parecido.

Intento moverlo para que no se recueste de cualquier manera contra el lavamanos, y se vuelve de lado, hasta que descansa la cabeza en mi regazo. Con un suspiro, me acomodo en las frías baldosas, apoyo la espalda en la pared y desato la goma que lleva alrededor del brazo. No debe de ser bueno llevarla puesta mucho rato.

Oigo su respiración, profunda y regular, al tiempo que su pecho se hincha sobre mis muslos.

Apoyo la cabeza en el lavamanos e intento serenarme. Aunque cuesta. Theo... no es estable. Ya lo sabía. Todos habíamos empezado a darnos cuenta. Su valor y su lealtad no cambian la cruda realidad.

La persona en la que he estado confiando para superar esta situación es alguien en quien no puedo confiar en absoluto.

Aunque odio admitirlo, Paul había sido la primera persona que me había advertido acerca de Theo, la primera que se había percatado de que cada vez iba a peor, que había insinuado algo al respecto. Y aunque debía de sospecharlo desde hacía tiempo, se lo había guardado para él. El Accidente fue lo único que lo empujó a hablar.

Había ocurrido hacía dos meses, y fue la única vez que vi a mis padres enfadados con Theo. Hicieron las paces y, al final, no pasó nada, pero aun así estaba presente.

Esa tarde estaba con mi hermana, Josie, que iba al Scripps, el Instituto de

Oceanografía de San Diego, y había venido a casa a pasar el fin de semana. Me estaba ayudando a estudiar para los exámenes AP, que pueden resultar un poco peliagudos si resulta que te has educado en casa sin seguir una planificación específica con vistas a superar dichas pruebas.

Conozco las imágenes estereotipadas que le vienen a la cabeza a la gente la primera vez que oyen lo de la «educación en casa». Dan por sentado que se trata de un tipo de enseñanza ultrarreligiosa y poco exigente, como si nos pasáramos todo el día ganduleando mientras aprendemos que Dios creó a los dinosaurios para que los montaran los cavernícolas.

Sin embargo, en mi caso, mis padres sacaron a Josie de la escuela pública cuando su maestra de primaria dijo que era imposible que mi hermana leyera un libro para niños, cuando era evidente que solo había aprendido a pronunciar las palabras sin entender su significado. Yo ni siquiera llegué a pisar una escuela. (Por lo que he oído, tampoco me he perdido mucho.) En lugar de eso, mis padres ficharon a una serie de tutores —sus ayudantes y estudiantes de posgrado de otros departamentos de la universidad— y nos hicieron trabajar más que a nadie. De vez en cuando, traían a los hijos de otros catedráticos para que estuviéramos «socialmente bien adaptadas». Esos niños han pasado a convertirse en mis amigos, pero la mayor parte del tiempo estábamos solo mi hermana y yo. Así aprendimos literatura contemporánea con una estudiante de doctorado que básicamente nos hizo estudiar su tesis sobre Toni Morrison. Recibimos clases de francés de una serie de hablantes nativos, aunque con una mezcla de dialectos y acentos (parisino, haitiano, quebequés). Y no sé cómo sobrevivimos a las asignaturas de ciencias impartidas por mi madre, lo más difícil de todo sin duda alguna.

Era una tarde de un sábado ventoso y nublado. Mis padres estaban en la universidad, trabajando en el laboratorio, y se suponía que Paul y Theo debían estar con nosotras, repasando ecuaciones, pero Theo había convencido a Paul para que saliera a ver las últimas modificaciones que le había hecho a su queridísimo deportivo. Así que Josie y yo teníamos la casa para nosotras solas.

Sin embargo, en lugar de ayudarme a estudiar, Josie se dedicaba a darme la lata.

- —Vamos —dijo Josie mientras jugueteaba con uno de los largos tallos del filodendro de mi madre—. El Instituto de Arte te encantará.
 - —En invierno hace mucho frío en Chicago.
- —Bua, bua, bua. Pues cómprate un abrigo. Además, hablas como si nunca hiciera frío en Rislee o Rismee...
- —Rizdee. —Así era como la mayoría de la gente abreviaba el nombre de la Escuela de Diseño de Rhode Island—. Y sí, lo sé, pero sigue siendo la mejor academia de restauración de arte del país, con diferencia.

Josie me miró. Somos muy distintas, para ser hermanas. Ella es de estatura media, mientras que yo soy alta; ella es atlética, mientras que yo no. Ella ha heredado el amor de nuestros padres por la ciencia y sigue los pasos de mi padre para convertirse

en oceanógrafa; yo soy la rara avis de la familia, la artista. Josie es una persona muy tranquila mientras que yo pierdo los nervios por cualquier tontería. Y, a pesar de nuestras diferencias, a veces me conoce a la perfección.

- —¿Por qué vas a estudiar para ser restauradora cuando vas a ser artista?
- —Voy a intentar ser artista...
- —Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes —ordenó Josie, en su mejor imitación de Yoda. Le sale tan bien que da miedo—. Quieres ser artista. Una gran artista. Pues selo. ¿No te parece que el Instituto de Arte de Chicago sería el lugar ideal para conseguirlo?
- —Ruskin. —La palabra abandonó mis labios antes de que pudiera hacer nada, y por la mirada de Josie supe que no iba a dejarlo correr—. La Ruskin School of Fine Art de Oxford. En Inglaterra. Eso sí sería… lo máximo.
- —Está bien; aunque no sabes cuánto te echaría de menos si te fueras a Inglaterra, ¿no crees que al menos tendrías que aspirar a lo máximo? Porque, créeme, nadie lo va a hacer por ti. —Sin embargo, algo la distrajo en ese momento—. ¿Qué es eso?

Como ya he dicho, nuestros padres no suelen trabajar con aparatitos que parecen sacados de una película de ciencia ficción, pero aquella era una de las excepciones.

—Algo que se les ha ocurrido a los de Triad Corporation.

Josie frunció el ceño.

- —No lo había visto nunca. ¿Qué es?
- —No es un producto de consumo. Sabes que Triad financió la investigación de papá y mamá, ¿no? Bueno, esto sirve para medir... la resonancia dimensional, creo.
 —A veces desconecto cuando emplean toda esa jerga técnica. Es un mecanismo de supervivencia.

—¿Tiene que lanzar destellos rojos?

No desconecto del todo.

-No.

Me acerqué corriendo a Josie. El aparato de Triad era una caja metálica bastante anodina que recordaba a un equipo estéreo antiguo, pero en el panel frontal solían aparecer ondas sinusoidales de tonalidades azules y verdes. En ese momento lanzaba destellos rojos.

Puede que no sea científica, pero no se necesitan demasiados estudios avanzados para saber que el rojo no es una buena señal.

Mi primer impulso fue el de abrir la puerta del garaje y llamar a Paul y a Theo a gritos, pero Theo a veces acababa aparcando en la otra punta de la calle, así que me decidí por el móvil. Marqué el número de Paul y este contestó, seco y brusco, como siempre:

—¿Sí?

-Esa... esa cosa de Triad, la del rincón, ¿debería lanzar destellos rojos?

Apenas tardó un segundo en responder, y cuando lo hizo, la intensidad de sus palabras me produjo un escalofrío.

—Salid de ahí. ¡Ya!

Me volví hacia Josie.

—¡Corre!

Mi hermana arrancó al instante, Josie es muy lista. ¿Yo? Yo no tanto. Me había quitado los zapatos, así que perdí tres preciosos segundos en volvérmelos a poner antes de volar hacia la puerta. Sin embargo, cuando llegué al umbral...

El destello fue tan breve como el *flash* de una cámara, pero cien veces más intenso. Grité, porque me hirió la vista, y me invadió una sensación de mareo, tal vez de moverme tan rápido. Perdí el equilibrio y alcancé los escalones de la entrada con paso tambaleante, tratando de coger aire, aunque me costaba; era como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

En ese momento, unas manos grandes y fuertes se cerraron sobre mis hombros, y cuando conseguí volver a enfocar la vista, tenía los ojos de Paul justo enfrente.

—¿Marguerite? ¿Estás bien?

—Sí.

Me incliné hacia delante, intentando encontrar un ángulo que me permitiera recuperar el equilibrio. Había empezado a caer una lluvia fría, aunque muy fina, que casi formaba una neblina. Apoyé la frente en el ancho pecho de Paul y sentí el veloz latido de su corazón a través de la camiseta húmeda, como si el asustado fuera él.

—¿Qué ha pasado? —Theo atravesó el patio a la carrera, con sus Doc Martens salpicando entre el barro—. Marguerite, ¿qué ha pasado?

Josie también se acercó corriendo.

- —¡Ese maldito aparato de Triad es lo que ha pasado! —Paul continuó sujetándome, pero para entonces ya me sorprendió su ira..., tal vez porque dejaba entrever al verdadero Paul—. ¿Lo programaste para que realizara una prueba de sobrecarga?
 - —¡No! ¿Estás loco? Sabes que no haría algo así y lo dejaría sin vigilancia.
 - —Entonces ¿por qué se ha sobrecargado? —preguntó Paul.
- —¿Qué? ¿En serio? —Theo parecía sinceramente afectado—. Por Dios, ¿cómo ha podido pasar?
 - —¿Qué hubiera ocurrido? —preguntó Josie—. Aunque no sé si quiero saberlo.
- —No, mejor que no lo sepas. —Los dedos de Paul se cerraron sobre mis hombros; me cogía con tanta fuerza que me hacía daño. No sé cómo pudo resultarme intimidante y reconfortante al mismo tiempo, pero así fue. Ya no me miraba—. Theo, ¿quién te lo dio? ¿Fue Conley? Alguien de Triad podría haberlo programado sin que lo supiéramos.

Theo resopló.

- —Deja de ser tan paranoico, ¿vale? Aunque solo sea por una vez. —Suavizó la voz al añadir—: Respira hondo, Meg. ¿Estás bien?
- —Estoy bien —repuse, y así era. Me solté de los brazos de Paul para tenerme en pie sola. Josie se acercó, pero sabía que no me gustaba que fueran condescendientes

conmigo, por lo que se limitó a quedarse a mi lado.

Paul atravesó la neblina en dirección a Theo; aunque le saca más de diez centímetros y es bastante más fornido que él, Theo ni se inmutó, ni siquiera cuando Paul le clavó un dedo en el esternón.

—Alguien programó una prueba de sobrecarga. Si no fuiste tú y yo tampoco fui, entonces fue Triad. No son paranoias, son hechos reales.

Aunque era evidente que a Theo le habría gustado replicar, contestó:

- —Está bien, de acuerdo, puede que cometieran un error.
- —¡Un error que podría haber pagado Marguerite! Un error que habrías identificado si hubieras prestado atención, pero no lo has hecho, ¿verdad?
 - —Ya he admitido que la he pifiado...
- —¡No basta con admitirlo! Tienes que hacerlo mejor, tienes que estar despierto. Si cometes otro desliz y vuelves a poner a Marguerite en peligro, habrá consecuencias. —Paul se cernía sobre Theo, utilizando su tamaño y su rabia para intimidarlo—. ¿Me entiendes?

Theo se puso tenso y, por un instante, pensé que iba a apartar a Paul de un empujón; sin embargo, la chispa se extinguió tan rápido como había prendido.

—Te entiendo, hermanito —contestó en voz baja—. En serio. Sabes que me siento fatal por lo que ha ocurrido, ¿vale?

No eran hermanos, apenas hacía dos años que se conocían, pero aquel apelativo tenía una gran importancia para ellos. Theo también había tomado a Paul bajo su protección, y casi parecía que Paul lo idolatraba, que admiraba más que envidiaba el buen humor y la alocada vida social de Theo. Es difícil imaginar que Paul no hablara en serio ese día, cuando su mirada se suavizó y dijo:

- —Sé que nunca harías algo así aposta, Theo, pero no puedes distraerte. Por nada.
- —Mira, deja que sea yo quien se lo explique a Sophia y a Henry. Se lo contaré todo. Es que... Merezco escuchar lo que tengan que decirme, ¿vale? —dijo Theo, mirándonos alternativamente a Paul y a mí.
- —De acuerdo —contestó Paul, y luego se volvió hacia mí en busca de confirmación. Asentí. Josie estuvo pensándoselo un buen rato, hasta que al final también asintió. Theo inclinó la cabeza, casi como si hiciera una reverencia, y luego se alejó penosamente en dirección a su coche.

Paul regresó a mi lado y me acompañó de vuelta a casa. Por lo visto, ya no había peligro. Josie nos siguió y señaló el aparato.

- —¿Podemos poner ese chisme en otra parte?
- —Buena idea —repuso Paul—. Saquémoslo de aquí. Para empezar, no tendríamos ni que haberlo metido en casa.

Josie lo levantó con esfuerzo: aquel cacharro pesaba lo suyo, y se lo llevó de allí, con lo que Paul y yo nos quedamos solos.

Me retiró el pelo de la cara y de pronto me sentí cohibida. Intenté quitarle hierro tomándome la situación a broma.

- —¿Y ahora qué? ¿Soy radiactiva o algo así? ¿Tengo superpoderes?
- —No, lo dudo.
- —¿Esa cosa ha estado a punto de enviarme a otra dimensión?
- —Debilitó las fronteras de modo temporal, eso es todo. Cualquier otro efecto sería... teórico. —Paul pestañeó y luego apartó las manos, yo me abracé y retrocedí un paso, y justo cuando pensaba que a ninguno se le ocurriría qué más decir, Paul añadió—: Creo que las... actividades extracurriculares de Theo están escapándosele de las manos.
 - —No quiero ni pensarlo. No ha pasado nada, ¿no?
 - -No.

Me miró a los ojos y recordé cómo me había estrechado entre sus brazos. En cómo me había tocado el pelo. Era la primera vez que habíamos estado tan cerca... y a partir de entonces pensé en aquello como «la primera». No la única.

Empezaba a preguntarme qué más podríamos acabar siendo el uno para el otro...

«Nada —me digo con furia—. No, no está bien. Él te ha traicionado. Y tú acabarás con él.»

En aquella ocasión me dije que el Accidente no era una señal de que sucedía algo más en la vida de Theo, que todo había sido cosa de mucho ruido y pocas nueces, pero me equivocaba.

Lo sé ahora que estoy aquí sentada, en el suelo del cuarto de baño, con la espalda recorrida de calambres, media hora después de haber encontrado a Theo hecho un guiñapo. Tal vez Paul mentía acerca de todo lo demás, pero quizá era cierto que consideraba a Theo como a un «hermano», al menos un poco. Quizá Theo le importaba lo suficiente como para desear que buscara ayuda.

O quizá Paul solo quería que desconfiara de Theo para que confiara en él por completo.

Apoyo las manos en la cabeza de Theo. Su pelo es grueso y sedoso, noto las ondulaciones bajo mi palma. Tiene un brazo extendido sobre mis piernas. Busco el pequeño tatuaje que lleva más arriba de la muñeca, ese del que siempre me dice que me explicará por qué se lo ha hecho, aunque nunca encuentra el momento... Qué tontería. Por lo visto, al Theo de esta dimensión no le va el arte corporal.

Se remueve despacio, se acurruca en mi barriga como si fuera una almohada y, de pronto, se incorpora y se sienta a mi lado. Tiene una mirada somnolienta, sensual y desenfocada, y aun así sé que, más o menos, vuelve a ser él.

- —Hummm... ¿Cuánto tiempo he estado fuera de combate?
- —Una media hora. —Theo ha agotado el único respiro que pienso concederle. Levanto el frasquito de sustancia verde—. ¿Qué narices es esto?

Justo al instante me arrepiento de haber sido tan dura con él al ver lo avergonzado que parece.

—Una sustancia casera —contesta en voz baja—. Lo que se mete este Theo... Debe de haberle ayudado algún químico. Menudo viaje te pega.

¿Está bromeando sobre lo bueno que ha sido el «viaje» metidos como estamos en algo tan peligroso? ¿Tan importante? Tendría que haber llamado una ambulancia, porque Theo va a necesitarla de todos modos cuando acabe con él.

Sin embargo, añade:

- —Y también te hunde sus garras, con fuerza. Él... Nosotros... Necesitaba un chute. He intentado resistirme, pero este cuerpo pertenece a esta dimensión y, bueno, necesita lo que necesita. Mientras esté aquí, tendré que jugar según las reglas de este mundo.
- —Pero no te ocurre solo aquí, ¿verdad? —pregunto. Si hubiera sido así, tengo la sensación de que Theo me habría contado lo de la adicción de este otro yo, por lo que mantenerlo en secreto parece indicar algo más—. También consumes en casa, ¿verdad? Todos lo sospechábamos.

Theo se pasa una mano por la cara; su mirada está recuperando su claridad habitual.

- —No soy adicto —dice al fin—. En casa, no. En realidad es... más mental. A veces necesito salir de mi cabeza, silenciar las voces que me dicen lo gilipollas que soy. —La vergüenza ensombrece su rostro con mayor severidad—. No me gusta sentir esta dependencia, pero es así.
 - —¿Cuánto hace que consumes?

Tuerce el gesto, pero su voz se mantiene firme cuando responde:

—Solo hace unos meses, y nunca ha afectado a mi trabajo. Nunca. Te lo juro.

¿Ha olvidado el Accidente? Mis padres se pusieron hechos unas furias cuando se lo contó. El brazo me hormiguea y me lo froto; casi se me ha quedado dormido de tener a Theo recostado sobre él.

- —Está bien.
- —Siento haber desconectado estando contigo —prosigue Theo. Hace ademán de tomarme la mano, pero se detiene—. Ya ha pasado, ¿de acuerdo? Del todo.

Asiento mientras me pongo en pie.

- —Solo una cosa...
- —¿Sí?
- —Confío en ti. —La voz me tiembla ligeramente, pero no intento controlarla. Quiero que Theo vea hasta qué punto me siento dolida—. Hay que parar los pies a Paul, como sea. No puedo hacerlo sin ti, y tú tampoco si vas a estar colocado todo el tiempo, así que tú verás como te las arreglas.

Parece ofendido, pero me niego a sentirme culpable. Theo siempre consigue salir del atolladero poniendo ojitos de cordero degollado, pero esta vez no.

—Te necesito. Te necesito al cien por cien. Ni se te ocurra volver a colocarte estando conmigo. —Lo miro muy seria—. ¿Entendido?

Él asiente y me devuelve la mirada con una expresión parecida al respeto.

—Aséate —digo indicándole la ducha—. Te doy quince minutos, luego nos largamos de aquí. Tenemos cosas que hacer.

Theo sale de mi dormitorio como nuevo. Se ha cambiado la camiseta por otra que llevaba en la mochila, una gris con el dibujo de un grupo de *rock* que no conozco, tal vez de los años sesenta, The Gears. Se ha afeitado y huele a jabón; y se ha peinado el pelo húmedo hacia atrás de tal modo que, si se tratara de otro, casi le daría un aire respetable. Esperaba que siguiera abochornado al mirarme a los ojos; sin embargo, Theo parece decidido. Centrado. Bien. Necesito eso más que su arrepentimiento.

Al principio, ninguno de los dos sabe qué decir, y él no tarda en desviar la mirada. Bajo la vista hacia la camiseta porque me resulta menos incómodo que mirarlo a él, y en ese momento me doy cuenta de que conozco a un par de los miembros de los Gears.

- —Espera. Esos son Paul McCartney y George Harrison, pero... ¿y esos otros?
- —Ni la más remota idea. —Theo se despega la camiseta del cuerpo mientras le echa un vistazo—. Por lo visto, no llegaron a conocer a John Lennon, ni a Ringo Starr, así que los Beatles nunca han existido. Aunque parece que a estos tipos tampoco les ha ido mal por su cuenta.

No hay Beatles en este universo. Eso me entristece, la inexistencia de un grupo que se separó décadas antes de que yo naciera. Gracias a mi padre, me sé de memoria todas sus canciones. Era uno de sus mayores fans. Su canción preferida era «In My Life», y solía tararearla mientras fregaba los platos, después de cenar.

Los recuerdos duelen, y lo odio, odio que los buenos recuerdos se hayan convertido en algo doloroso, pero necesito el dolor.

Mi tía Susannah está secándose el pelo, así que podemos abandonar el apartamento sin más tonteos vomitivos entre Theo y ella. Intento organizarnos mientras el ascensor nos conduce a la planta baja.

- —Bien, lo primero es averiguar si Paul sigue en Cambridge o...
- —Olvídalo. —Theo se pone la chaqueta—. Si todavía está en Cambridge, no es el Paul Markov que estamos buscando. Si ha saltado a esta dimensión, si está en esta versión de Paul, entonces ya viene hacia aquí. Créeme.

Me parece una suposición muy aventurada.

- —¿Sabes algo que yo no sé?
- —Sé que Paul llevaba el último par de meses rayando en la paranoia con Triad Corporation —contesta Theo—. Como si los tipos que nos financiaban hubieran saboteado la investigación que pagaban. No tiene sentido, ¿no? Sin embargo, supongo que ahora sabemos que Paul no… pensaba con claridad. Por así decirlo.

Tal vez sea eso: Paul ha ido enloqueciendo poco a poco durante los últimos meses. Nosotros pensábamos que se comportaba con normalidad, pero es tan callado, tan introvertido, que a saber lo que ocurría en su interior.

—Podría ser, pero ¿de qué nos sirve?

- —Puede que Triad Corporation sea una de las mayores empresas de tecnología, pero es de dominio público que todo se reduce a un tipo: Wyatt Conley. —Triunfante, Theo levanta la muñeca y proyecta la imagen holográfica de una noticia frente a nosotros. La novedad del ingenio tecnológico pasa a un segundo plano cuando leo el titular: CONLEY DARÁ UNA CONFERENCIA SOBRE TECNOLOGÍA EN LONDRES.
 - —Está aquí —digo al leer la fecha—. Wyatt Conley está hoy en Londres.
- —Lo que significa que no hace falta que busquemos a Paul. Busquemos a Conley, porque si nuestro Paul está aquí, primero irá a por Conley.

Es lógico que Conley también sea aquí un genio de la tecnología. Solo tiene treinta años, pero está considerado uno de los gigantes, en gran parte porque desarrolló los componentes esenciales del teléfono inteligente cuando solo tenía dieciséis años. Es probable que Triad sea la compañía de mayor prestigio mundial; está construyendo unas oficinas ultramodernas y deslumbrantes cerca de mi casa, en Berkeley Hills, y fabrica esos aparatos y equipos por los que la gente hace cola durante dos o tres días cuando salen a la venta. Personalmente, me parece un poco tonto emocionarse de ese modo por un teléfono que es, no sé, dos milímetros más fino que el anterior; aunque no lo critico, porque el dinero del Departamento de Investigación y Desarrollo de Triad ha hecho posible el trabajo de mi madre.

Supongo que Paul se volvió de repente contra todo aquel que alguna vez lo había ayudado.

Las puertas del ascensor se abren y salimos al elegante vestíbulo revestido de espejos. Sonrío al portero al pasar por su lado, y ya en la calle el frío aire de diciembre me revuelve el pelo y agita la chaqueta de Theo. El portero parece sorprendido; creo que la Marguerite de aquí no se esfuerza demasiado en mostrarse amable con la gente.

—¿Cómo sabes que Paul no vendrá primero a por nosotros? —pregunto en cuanto volvemos a estar a solas.

Theo se encoge de hombros.

—No lo sé, pero, en cualquier caso, no hace falta que perdamos el tiempo buscándolo. Él vendrá a nosotros.

La conferencia sobre tecnología se celebra en un hotel de superlujo, situado en el centro de la ciudad. Theo y yo nos dirigimos hacia allí en uno de los deslumbrantes monorraíles que se deslizan por encima de la cabeza de los londinenses.

- —¿Cómo entramos? —pregunto tan pronto como ocupamos nuestros asientos de plástico. Unos anuncios holográficos brillan y se suspenden en lo alto, como adornos alucinógenos de Navidad—. Las entradas para este tipo de conferencias no se compran en taquillas, ¿no?
- —Mierda, no. Si Wyatt Conley es el principal conferenciante, es posible que una plaza cueste mil pavos por cabeza.

Abro los ojos como platos. Soy más rica en esta dimensión, pero, aun así, eso es mucho dinero... Y tratándose de un evento tan caro, lo más probable es que las entradas se compren por adelantado, no en persona.

- —¿Qué vamos a hacer?
- —Vamos a colarnos. —Me mira de soslayo y sonríe—. Ya que soy el único de este equipo con instinto criminal, esa parte déjamela a mí, ¿de acuerdo? Siempre que sepamos guardar la calma, nadie se fijará en nosotros cuando hayamos cruzado la entrada principal.

El público que acuda a la conferencia estará compuesto por grandes empresarios, millonarios y gente por el estilo, y Theo me pide que no me preocupe llevando como lleva unos tejanos gastados, una parka y una camiseta.

- —¿Y la ropa?
- —Tú eres la que no va vestida para acudir a una conferencia sobre tecnología, aunque eso no significa que no estés igual de espectacular que siempre. —Vuelve a ser el mismo creído que de costumbre, como si una hora antes no lo hubiera visto colocado y hecho un guiñapo tendido en el suelo del cuarto de baño. ¿Me saca de quicio o resulta un alivio? Theo señala los tejanos desgastados—. Seguramente voy demasiado mudado, pero pasará. No te separes de mí, ¿de acuerdo?
 - —De acuerdo.

La tensión va en aumento a medida que se acerca el enfrentamiento con Paul. O no... Podríamos habernos equivocado. No tenemos por qué encontrarnos en la dimensión de nuestro Paul Markov. ¿Y si ha huido a un lugar distinto?

Entonces tendríamos que saltar a otra dimensión, con reglas nuevas y tal vez con distancias aún mayores que recorrer para reunirnos. La cabeza me duele solo de pensarlo.

Con todo, una dimensión nueva podría ofrecerme la oportunidad de estar con mis padres. Con ambos. En estos momentos, la sensación de haber perdido a mi madre es casi idéntica a la de mi padre.

¿Qué estará haciendo en casa? Theo y yo le hemos dejado un mensaje donde le explicábamos lo que íbamos a hacer. Ha debido de ponerse como una furia después de leerla, pero no puede seguirnos sin un Pájaro de Fuego. Me siento fatal al pensar en lo angustiada que debe de estar por mí y por Theo con lo de mi padre aún tan reciente, pero cuando decidimos irnos, no me detuve a calcular el tiempo que nos ausentaríamos de nuestra propia dimensión. Hasta el momento, llevamos fuera un día y medio.

Me pregunto si habrán celebrado una misa por mi padre; ni siquiera habrán podido ofrecerle un verdadero entierro, ni siquiera habrán podido darle un verdadero lugar de descanso...

No. Debo sobreponerme. Con lo cerca que estamos de nuestro objetivo, debo mantenerme firme.

-Enséñame cómo funciona el Pájaro de Fuego -digo mientras me lo saco de

debajo de la camiseta.

- —Ya conoces lo básico, ¿no?
- —No me refiero a lo básico. —Incluso me resulta difícil decirlo en alto—. Me refiero a que me enseñes cómo funciona para matar a Paul. A nuestro Paul.
- —¿Te importaría bajar la voz? —Theo lanza una mirada furtiva a nuestro alrededor. Estamos rodeados de personas que se dirigen al trabajo, pero están demasiado absortas en sus propias holopantallas y sus auriculares para haber oído ni una palabra.

Insisto.

- -Enséñamelo.
- —Mira, por tu seguridad y para mi tranquilidad, esa parte déjamela a mí, ¿entendido?
 - —Mi seguridad no es una de nuestras prioridades.
- —Habla por ti —contesta, y lo hace con tanta pasión que una vez más me hace ilusión y me angustia lo que pueda significar.

Suavizo el tono de voz, pero no mi determinación.

—Tienes que enseñarme cómo se hace, por si acaso. —En mi fuero interno sé que me corresponde a mí encargarme de Paul, es mi deber, mi obligación, pero también sé que se trata de un razonamiento que Theo no quiere escuchar. Le preocupa mi seguridad, perfecto, pues hablemos de mi seguridad—. Si te ocurre algo, tengo que ser capaz de defenderme.

Pese a esta argumentación, no parece del todo convencido.

—Eres consciente de que no es fácil, ¿verdad? Antes de hacer nada, o Paul está fuera de combate o tú le has arrancado el Pájaro de Fuego del cuello. Eso suponiendo que lo lleve encima, que podría ser que no.

Tal vez Paul lo haya metido en una caja fuerte, a buen recaudo, pero me jugaría lo que fuera a que no es así. Theo y yo aún llevamos los nuestros porque este dispositivo es demasiado valioso, demasiado importante, para tenerlo en otra parte que no sea junto al corazón.

—Lo entiendo —digo—. Enséñame cómo se hace.

Al final, Theo acerca la cabeza y me muestra una combinación bastante intrincada de giros y vueltas que deben efectuarse con las capas y los engranajes del Pájaro de Fuego, aunque solo con gestos, claro está. La operación se compone de tantos pasos que es imposible memorizarlos todos.

- —¿Por qué se tarda tanto? ¿Cómo te vas a poner a hacer todo eso en un momento crítico?
- —Porque no estaba pensado para esto, y punto —contesta. Nuestras cabezas están tan cerca que uno de mis rizos le roza la mejilla, aunque no lo aparta—. Buscábamos el modo de viajar a otras dimensiones, no máquinas de matar. Lo que estoy enseñándote no deja de ser un reinicio, algo que solo debería hacerse en la dimensión de origen para que el Pájaro de Fuego pueda… conectar con otra persona, con una

resonancia dimensional distinta. ¿Sabes lo que te digo?

- —Más o menos. —Noto que me supera la frustración—. Solo digo que ojalá fuera más sencillo.
- —Tiene que ser complicado, porque resulta letal para la persona que no se encuentra en su dimensión de origen. No queríamos que alguien lo hiciera por accidente mientras estábamos viajando.

Observo las manos de Theo repitiendo la combinación, una y otra vez, y vuelvo a pensar en ello, en el hecho de que voy a matar a alguien. A alguien real, aunque no se encuentre en su cuerpo en ese momento.

«Está en el cuerpo de otra persona, me recuerdo. Liberarás al Paul de esta dimensión.» Sin embargo, no puedo sentirme demasiado justificada en mi indignación cuando yo misma he ocupado el cuerpo de otra persona sin su consentimiento.

Además, no se trata de un extraño cualquiera. Se trata de Paul. El mismo que dio muestras de no haber recibido nunca un regalo de cumpleaños mejor que el pastel torcido que le hizo mi madre. El mismo del que una vez me burlé por comprarse la ropa en tiendas de segunda mano... y después me sentí tan mal al ver lo incómodo que estaba, ya que no la compraba allí para ir de moderno, sino porque no tenía dinero. Paul, con sus ojos grises, su risa suave y su mirada desvalida, el mismo que me estrechó contra su pecho cuando estaba tan asustada...

Paul había sabido ver todo lo bueno que encerraba mi padre, todo el amor que este le había profesado, y aun así había sido capaz de asesinarlo sin pestañear. ¿Por qué yo no puedo hacer lo mismo? ¿Por qué no puedo ser tan dura como él? Yo sí tengo un motivo, yo sí tengo derecho a matar a alguien. No debería ser la que se siente mal, culpable y asqueada.

«Por papá», me digo, aunque, por primera vez, me suena falso.

Se me revuelve el estómago; hace demasiado calor en el vagón del monorraíl. Respiro hondo tratando de serenarme y Theo me lanza una mirada.

- —¿Estás bien?
- —Sí —contesto con sequedad—. Creo que ya lo tengo.
- —Ten cuidado cuando realices la combinación —advierte, devolviendo el Pájaro de Fuego a su configuración inicial. Las finas capas de metal encajan unas con otras como las alas de un insecto—. Diseñamos este chisme para que fuera fácil de reparar y adaptar, por eso, cuando lo tienes abierto del todo, puede desmontarse por completo. Si sabes hacerlo, es bastante fácil volver a montarlo, pero eso no puedo enseñártelo en una hora. Ni en un mes.
 - —De acuerdo. Es complicado. No hace falta que sigas recordándomelo.

Los ojos castaños de Theo se topan con los míos, amables y cómplices.

- —Alguien está de malhumor.
- —Vamos a matar a un hombre. ¿Tendría que estar animada?

Alza las manos, en señal de que se rinde.

—Sé que esto es duro, ¿vale? Tampoco es fácil para mí.

«Hermanito.» Theo solía llevarse a Paul para darle, según él, «clases de recuperación de Adolescencia», durante las cuales intentaba familiarizarlo con la música, las discotecas e incluso con las chicas, con todo lo que se había perdido cuando empezó a estudiar física avanzada con trece años. ¿Cómo no?, en parte, Theo lo hacía para disfrutar del culto al héroe, porque Paul pensaba que Theo le daba ochocientas mil vueltas a cualquier otra persona sobre la faz de la tierra.

O al menos eso creíamos. Al final, Theo acabó tan profundamente defraudado con Paul como el resto de nosotros. Igual de traicionado.

- —Lo siento. —Apoyo la cabeza contra el respaldo del asiento de plástico y alzo la vista hacia los brillantes anuncios holográficos que se ondulan sobre nosotros, pidiéndome que compre productos de los que nunca he oído hablar—. Ya sé que no hago más que quejarme. Es que estoy cansada.
- —No es fácil —admite—. Dejemos las «buenas maneras» para más tarde. Para después.
 - —Está bien.

El monorraíl llega a nuestra parada. Theo y yo salimos juntos del vagón sin pronunciar palabra. Tal vez sigue pensando en lo de dejar las buenas maneras para más tarde. Tal vez es lo que también debería estar haciendo yo, y, sin embargo, el hecho de no saber qué nos encontraremos cuando veamos a Paul, incluso si lo veremos y, lo que es peor, las dudas acerca de mi resolución, me aturullan.

Ni siquiera me atrevo a mirar a Theo por miedo a que vea lo alterada que estoy, así que echo un vistazo a la gente que pasa por nuestro lado a toda prisa en esta estación de rejillas metálicas y señales holográficas, con la esperanza de apartar un momento mis pensamientos de la siniestra misión que tenemos por delante.

Una figura se detiene en seco. Un hombre corpulento, con un abrigo largo y negro, se detiene en medio de la estación para consultar el mapa holográfico de la zona, que se suspende en el aire. Mientras la acción se desarrolla en la periferia de mi visión, me vuelvo hacia allí y lo primero que pienso es: «Está sufriendo un ataque al corazón».

Hasta que veo de quién se trata.

He seguido a Paul Markov de una dimensión a otra. Y ahora lo tengo a solo seis metros de mí.

Alargo la mano con la intención de avisar a Theo, pero no es necesario.

—Hijo de puta —musita Theo.

Echa a andar, pero lo agarro por la camiseta.

- —No. Theo, no.
- —¿Qué...? —Al principio se enfada por haberlo detenido, tanto que me sorprende, pero enseguida se relaja visiblemente—. De acuerdo. No es el mejor sitio para un enfrentamiento. Es probable que haya cámaras de seguridad y policía de tráfico a la vuelta de cada esquina.

No es esa la razón por la que he detenido a Theo. Es porque ver a Paul me ha recordado los primeros instantes después de que la policía pronunciara su nombre y dijera que era sospechoso de la muerte de mi padre. Por extraño que parezca, no me enfadé al momento, estaba demasiado aturdida para sentir algo tan coherente como la ira. Seguía pensando que debía de haber un error. Que las cosas horribles que estaba oyendo no podían ser ciertas.

Con la policía en el comedor y mi madre llorando con el rostro oculto tras las manos mientras le hablaban de las «actividades sospechosas» de Paul, yo seguía pensando que debería llamarlo para que pudiera explicar lo que sucedía de verdad.

Y ahora, al mirarlo, no veo al asesino de mi padre. Veo al Paul que conocía.

El mismo del que creí que podría acabar enamorándome.

En mi casa, el día de Acción de Gracias siempre es un poco extraño. No tenemos mucha más familia aparte de la tía Susannah, para quien, por lo visto, Acción de Gracias es una costumbre estadounidense de bárbaros que acabarían pegándole la peste, por lo que mis padres invitan a un grupo de lo más variopinto, compuesto de estudiantes de física, profesores y vecinos. Los estudiantes, procedentes de todas partes del mundo, siempre contribuyen con algún plato, lo que significa que podemos acabar cenando *kimchi* o empanadas junto con el pavo. Una vez, Louis —que era de Mississippi— trajo algo llamado «pastel de barro». Personalmente, creo que ningún plato debería insinuar que lleva «barro», pero resultó ser un pastel de chocolate, y debo admitir que estaba delicioso. En realidad, el pastel de barro fue una de las mejores ofrendas. A veces son un poco tristes, como este año, en que Theo ha traído *cupcakes* y todos hemos fingido no saber que los había comprado en una tienda.

Paul había preguntado si podía utilizar nuestra cocina, porque él no tenía horno, y allí estaba yo, viéndolo cocinar.

- —¿Lasaña? —Me senté en la encimera dándome impulso—. Lo que solían cocinar los primeros colonos.
 - -Es lo único que sé hacer. -Paul torció el gesto ante la salsa de tomate que

había en el tarro, como si lo hubiera hecho para ofenderlo—. Al menos, lo único que vale la pena traer.

Reprimí las ganas de señalarle que si cocinaba en nuestra casa, no lo estaba trayendo precisamente. Por fin habíamos llegado a ese punto en que empezaba a sentirme a gusto con él, en que empezaba a creer que podría hurgar bajo el silencio y la incomodidad para descubrir al verdadero Paul Markov.

Mis padres estaban en la universidad, Theo se había ido de fiesta y Josie no saldría de San Diego hasta la mañana siguiente porque, por lo visto, se había pasado el día haciendo surf con sus amigos. Así que, por una vez, Paul y yo estábamos solos. Él llevaba sus típicos tejanos desgastados y una camiseta. (De verdad, es como si no supiera que la gente puede ponerse algo que no sea negro, blanco, gris o vaqueros.) Aun así, en cierto modo me hizo sentirme demasiado arreglada con mi túnica y mis mallas.

—¿Por qué no pasas con tu familia el día de Acción de Gracias? —Conseguí no añadir «como una persona normal»—. ¿No te apetece ver a tus padres?

Paul apretó los labios hasta que estos formaron una fina línea.

- —No demasiado.
- —Ah. —Ojalá hubiera podido retirar aquellas palabras, pero no podía. Añadí con un hilo de voz—: Lo siento.
- —No pasa nada. —Tras un nuevo silencio incómodo entre nosotros, dijo—: Mi padre... no es una buena persona, y mi madre nunca le planta cara. No entienden el tipo de vida que he escogido. Están encantados de que me concedan becas, así ya no les cuesto dinero. No hay mucho más que contar.

Obviamente, aquello era una mentira como una casa (¿cómo no iba a haber nada más que contar con una historia así?), pero no pensaba ser más grosera de lo que ya había sido insistiendo. Tendría que contentarme con imaginar a qué tipo de padres horribles les parecería un problema que su hijo fuera un físico brillante. O qué había detrás de la frase «no es una buena persona».

Intenté encontrar el modo de desviar la conversación hacia otro tema.

- —Bueno, esto... ¿qué estás escuchando?
- —Rajmáninov. La decimoctava variación de *Rapsodia sobre un tema de Paganini*. —Sus ojos grises me miraron con cierto recelo—. No es muy actual, ya lo sé.
- —Theo es el que te toma el pelo con lo de la música clásica, no yo. —Y ya que Theo no estaba por allí, por fin lo admití—. De hecho, me gusta. La música clásica.
 - —Ah, ¿sí?
- —No soy una experta en compositores ni nada por el estilo, pero sé algo de las clases de piano —me apresuré a añadir—. Es... Cuando la oigo, me parece preciosa.

De hecho, Rajmáninov era increíble, contundentes notas de piano en un crescendo infinito.

—Siempre te disculpas por lo que no sabes. —Paul ni siquiera levantó la vista del

cuenco donde estaba dándole vueltas a la *mozzarella* y el queso fresco—. No deberías.

Dolida, se la devolví en el acto.

—Disculpa si no he nacido sabiéndolo todo.

Se detuvo, respiró hondo y me miró.

- —Me refería a que no tendrías que avergonzarte por no saber de algo. No se puede aprender hasta que no se admite lo poco que se sabe. No pasa nada si no estás familiarizada con la música clásica. Yo no estoy familiarizado con la música que escuchas tú, como Adele and the Machine.
- —Es Florence and the Machine. Adele canta en solitario. —Le lancé una mirada maliciosa—. Aunque tú ya lo sabías, ¿verdad? Solo querías que me sintiera mejor.
- —Está bien —admitió Paul, y entonces me di cuenta de que se había equivocado de verdad.

Antes de que pudiera burlarme de él, se concentró en el molde de lasaña como si fuera un experimento que hubiera salido mal. La pasta del fondo se estaba abarquillando, como si quisiera escapar.

- —Has comprado de esa pasta que no se necesita hervir, ¿verdad? —pregunté, bajando de la encimera de un salto—. A veces le pasa eso.
 - —¡Pensé que iría más rápido!
- —Igualmente puedes acabar de poner las láminas sin cocinarlas... Está bien, espera. —Cogí uno de los delantales del colgador y me lo puse sin más—. Te ayudo.

Los siguientes minutos trabajamos codo con codo: Paul iba poniendo el queso, la pasta y la salsa mientras yo utilizaba la cuchara de madera para impedir que las láminas se enrollaran hasta que pusiéramos el relleno. El vapor me encrespaba el pelo, Paul lanzaba palabrotas en ruso y ambos reímos a más no poder. Antes de esa noche, ignoraba que Paul fuera capaz de reír de esa manera.

Estábamos acabando cuando ambos alargamos el brazo al mismo tiempo para coger el papel de aluminio con que cubrir el molde y hornearlo. Nuestras manos se tocaron, apenas un instante. Nada del otro mundo.

Había estado con él prácticamente todos los días durante más de un año, pero en ese momento fue como si lo viera por primera vez, como si nunca antes hubiera sabido interpretar la claridad de su mirada o la dureza de sus facciones. Como si, de pronto, su cuerpo hubiera pasado de ser grande y desgarbado a ser corpulento. Masculino.

Atractivo.

No. A estar cañón.

¿Qué vio él cuando me miró? Fuera lo que fuese, le hizo separar los labios ligeramente, como si algo lo hubiera sorprendido.

Apartamos los ojos de inmediato. Paul arrancó un trozo de papel de aluminio y, en cuanto la lasaña estuvo en el horno, dijo que tenía que trabajar en unas ecuaciones. Yo me fui a mi habitación a pintar, cosa que en realidad se redujo a quedarme

mirando los tubitos de óleos mientras intentaba recuperar el aliento.

«¿Qué había ocurrido? ¿Qué significa? ¿Significa algo?»

Desde la muerte de mi padre, he deseado poder borrar ese momento con Paul. Pero no puedo.

«Paul Markov es peligroso. Mató a tu padre. Lo sabes muy bien. Si eres incapaz de odiarlo después de lo que hizo, ¿eso no te convierte en un pelele? No desperdicies otra oportunidad. La próxima vez que lo veas, no vaciles. No pienses en la lasaña que preparasteis juntos o en que escuchasteis a Rajmáninov.»

«Actúa.»

Conseguimos seguir a Paul hasta el exterior de la estación de metro sin que nos vea.

—¿Sabes lo que has visto? —murmura Theo—. Un recordatorio, seguramente. Ahora nos reconocerá. Quédate detrás de mí.

La intuición de Theo era acertada: Paul se dirige a la conferencia a la que asistirá Wyatt Conley. Para tratarse de un evento dedicado a lo último en avances tecnológicos, se celebra en un lugar extraño, un edificio que debe de tener doscientos años de antigüedad, con cornisas y motivos eduardianos. El público que hace cola para entrar también se compone de una mezcla curiosa de gente: hay profesionales de aspecto impecable, vestidos con trajes de color gris oscuro o negro, que van hablando con varias pantallas holográficas abiertas delante de ellos al tiempo que suben los escalones, mientras que otros parecen estudiantes universitarios recién levantados, aunque llevan más aparatos encima que los propios ejecutivos.

- —Ya te he dicho que iba demasiado elegante para la ocasión —murmura Theo cuando Paul cruza la puerta.
- —¿Cómo va a entrar? —pregunto—. ¿Tiene un pase o va a saltarse el control de seguridad?
- —Ya nos preocuparemos de cómo va a entrar cuando ya hayamos entrado nosotros. Déjamelo a mí, ¿vale, Meg?

Por lo visto, Theo ha aprovechado el viaje a Gran Bretaña para estudiar el funcionamiento de estos sistemas informáticos tan avanzados. Consigue acceder a la base de datos del organizador mientras subimos los escalones, pegados el uno al otro y fingiendo que nos trae sin cuidado entrar o no. Por eso, cuando nos presentamos en la mesa de inscripción y nos mostramos indignados, indignadísimos, al ver que no tienen nuestros pases listos para recogerlos, como habíamos solicitado, encuentran nuestros nombres en el sistema. Dos pases temporales e impresos a toda prisa después, estamos dentro.

Theo me ofrece el brazo y paso la mano por debajo para entrar en la sala de conferencias. Se trata de un espacio amplio, con las luces atenuadas para que pueda lucir en todo su esplendor la gigantesca pantalla de tamaño cine que espera en el

escenario.

- —Tengo que admitirlo —le susurro a Theo—, ha sido muy fácil.
- —Facilón es mi segundo nombre. En realidad es Willem, pero te advierto que si se lo dices a alguien, me vengaré.

Nos sentamos cerca del fondo, desde donde podremos ver mejor toda la sala y lo que sea que haga Paul, suponiendo que haga algo. Por el momento, no se encuentra entre el público.

Si Theo se ha dado cuenta de mi bajo estado de ánimo, no da muestras de ello.

—Me alegro de haberme familiarizado con esta dimensión todo lo que he podido en cuanto he tenido oportunidad. La cosa cambia. —Está claro que aquí podemos hablar con la misma tranquilidad que en el metro: casi todo el mundo está rodeado de pantallas holográficas diminutas mientras mantiene una o dos conversaciones a la vez —. Tendremos que incluirlo en la guía del viaje interdimensional que algún día escribiremos entre los dos: *La guía del autoestopista multiversal*.

No es buena idea dejar que un científico inicie la subrutina Douglas Adams, así que le pregunto algo a lo que llevo dándole vueltas desde poco después de llegar aquí.

- —¿Cómo es posible que esta sea la dimensión más cercana?
- —¿A qué te refieres? —Theo tuerce el gesto.
- —Supongo que creía... Bueno, que la dimensión siguiente se parecería mucho a la nuestra. Tal vez con un par de diferencias, pero resulta que es completamente distinta.
- —Primero de todo, ¿estamos hablando de la misma dimensión? Esta dimensión no es «completamente distinta». Las fronteras nacionales son las mismas. La mayoría de las marcas más importantes parece que también, a excepción de esta compañía. Se refiere al logo de ConTech, proyectado en la pantalla del escenario. En nuestro universo, hablar de Wyatt Conley es lo mismo que hablar de Triad—. Créeme, las dimensiones aún pueden ser mucho más distintas que esta.
- —Vale, claro. —Lo entiendo. No es que los dinosaurios sigan correteando por aquí ni nada por el estilo.

Theo, que nunca desaprovecha la oportunidad de alardear de cuánto sabe, prosigue:

—Segundo, en teoría, no hay ninguna dimensión más lejos o más cerca de otra. Al menos no en términos de distancia. Algunas dimensiones son matemáticamente más similares entre ellas que otras, pero eso no significa que deba existir una correlación en la similitud de una dimensión con otra.

Cuando la palabra «correlación» hace aparición, sé que la conversación está a punto de llenarse de tecnicismos, así que corto por lo sano.

- —Estás diciendo que si Paul quisiera huir «a la puerta de al lado», esta podría ser esa puerta, aunque esta dimensión sea distinta en muchísimos sentidos.
 - -Exacto. -La sala se queda a oscuras y Theo se sienta erguido mientras el

murmullo general se apaga y las llamadas holográficas se desvanecen—. Empieza el espectáculo.

En la pantalla, el logo de ConTech es sustituido por un vídeo promocional en el que la típica gente sonriente, de edades y razas variadas, utiliza aparatos de alta tecnología para hacer su vida, ya de por sí maravillosa, incluso mejor. Lo único que cambia son los productos: coches sin conductor, como el de Romola; pantallas holográficas y otros ingenios que todavía no había visto, como escáneres clínicos que diagnostican al contacto y una especie de juego parecido al simulador electrónico de tiro con láser, aunque con láseres de verdad. El atracador más pulcro de todos los tiempos asalta a una mujer y esta se vuelve con seguridad y se toca la pulsera. El atracador se convulsiona como si lo hubieran electrocutado y, a continuación, cae al suelo mientras la mujer se aleja tan campante.

Miro de reojo la pulsera que rodea mi muñeca, la que lleva escrito «Defender» en la parte interior. Ahora lo entiendo.

La música de fondo alcanza su punto álgido e inspirador al tiempo que la imagen se apaga lentamente y el presentador anuncia: «Señoras y señores, el pionero de nuestros tiempos, fundador y director de ConTech: Wyatt Conley».

Aplausos, un foco y Wyatt Conley aparece en el escenario.

A pesar de que lleva más de un año financiando el trabajo de investigación de mis padres, no lo conozco en persona. Sin embargo, sé cómo es, igual que cualquiera que haya utilizado internet o haya visto la televisión en la última década.

Aunque roza la treintena, Conley no parece mucho mayor que Theo o Paul; lo envuelve un aire aniñado, como si nunca se hubiera visto obligado a crecer y no pensara empezar a hacerlo ahora. El rostro, fino y alargado, tiene un toque de excentricidad que le da cierto atractivo. Josie incluso decía que estaba como un tren. Lleva los típicos tejanos y camiseta de manga larga superinformales que sabes perfectamente que cuestan mil dólares. Tiene el pelo tan rizado e indomable como el mío, aunque el suyo es más claro, casi rojo, a juego con las pecas de la nariz y las mejillas. Entre eso y las famosas bromas pesadas que ha gastado a otros famosos, la gente también lo conoce como «uno de los gemelos Weasley suelto en Silicon Valley».

—Nos hemos embarcado en un nuevo viaje —dice Conley con una sonrisita—. Vosotros, yo, todos los habitantes de este planeta. Y ese viaje es cada vez más veloz, se acelera por momentos. En concreto, me refiero al viaje al futuro, el futuro que construimos gracias a la tecnología.

Mientras cruza el escenario con paso decidido y arrogante, la pantalla muestra a sus espaldas una infografía titulada «Ritmo del cambio tecnológico». Durante gran parte de la historia de la humanidad, la línea crece a un ritmo lento, hasta que, a mediados del siglo XIX, sufre un ascenso pronunciado, que en las últimas tres décadas se vuelve casi completamente vertical.

—A pesar de lo distintas que fueron las épocas en que vivieron, Julio César habría

comprendido en lo fundamental el mundo de Napoleón Bonaparte, un general que vivió casi dos mil años después —prosigue—. Napoleón podría haber comprendido a Dwight D. Eisenhower, que fue a la guerra apenas ciento cincuenta años después de Waterloo. Sin embargo, no creo que Eisenhower fuera capaz de asimilar conceptos como guerra de drones, satélites espía ni ningún otro tipo de avance tecnológico en el que se fundamenta la seguridad de nuestro mundo en estos momentos.

Como lección de historia, resulta interesante. Tal vez se deba al modo en que gesticula con las manos, como un niño excitado. Sin embargo, justo cuando estoy a punto de quedar realmente enganchada, veo a Paul enfilando el pasillo lateral a toda prisa, en dirección a la salida.

La mano de Theo se cierra sobre mi brazo con fuerza, a modo de aviso.

—¿Tú también lo has visto? —pregunta en voz baja.

Asiento. Se levanta, todo lo agachado que puede para dejar ver a la gente y no armar jaleo, y lo sigo del mismo modo en dirección a uno de los laterales de la sala.

Algunas personas nos miran con fastidio, pero lo único que se sigue oyendo es la voz de Conley.

—Durante generaciones, se ha temido la Tercera Guerra Mundial, aunque de un modo equivocado, porque se espera que la guerra se parezca a las de antes.

No hay mucha gente pululando por los pasillos de fuera, salvo algunos ayudantes, bastante atareados, que están preparando una especie de recepción para después de la charla. De ahí que Theo y yo pasemos inadvertidos mientras intentamos averiguar dónde ha podido ir Paul. En un edificio tan antiguo, nada está donde uno esperaría encontrarlo.

—¿Qué te parece por aquí? —Theo abre una puerta que conduce a una habitación en penumbra, donde no se ven ni sillas ni mesas.

Lo sigo. Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, de no ser por el débil resplandor que emiten los aparatos que llevamos, como los holoclips o mi pulsera de seguridad, nos envolvería una oscuridad total. Volvemos a escuchar el discurso de Conley, aunque amortiguado.

—Los retos a los que se enfrentará la humanidad serán radicalmente distintos de cualesquiera a los que se haya enfrentado antes. Nuevas amenazas, sí, pero también nuevas oportunidades.

En ese momento, escuchamos algo más. Pasos.

Theo me rodea la cintura con el brazo y tira de mí hacia atrás, hasta que acabamos pegados a la pared, ocultos en la negrura más absoluta. La adrenalina corre por mis venas; siento que se me eriza el vello y me cuesta respirar.

Los pasos se acercan. Theo y yo nos miramos, en medio de la oscuridad. Su mano sigue sujetándome con firmeza. Apenas se ve nada para poder descifrar la expresión de sus ojos.

Entonces me susurra:

—El rincón del fondo. Ve hacia allí.

Nos separamos. Corro hacia el rincón, como ha dicho, mientras él se dirige derecho hacia los pasos... que resultan ser de un hombre alto y uniformado, sin aparente sentido del humor.

Sabía que alguien como Wyatt Conley llevaría seguridad.

—Solo quería que después me firmara un autógrafo —dice Theo mientras sigue caminando, alejando al guardia de mí—. ¿Cree que me firmará el brazo? ¡Podría tatuarme el autógrafo para siempre!

Seguramente, Theo lo hace con intención de que yo salga de allí mientras él distrae al guardia; sin embargo, decido avanzar con sigilo y acercarme al escenario, y a Paul.

Desde la tarima, Conley prosigue su discurso:

—Los peligros que debemos temer no son los mismos a los que estamos acostumbrados. Proceden de direcciones que jamás hemos imaginado.

Theo protesta cuando el guardia lo acompaña fuera de la habitación.

—Venga ya, no hace falta exagerar...

La puerta se cierra una vez más y en ese momento dejo de oírlo. Echo un vistazo atrás, como si Theo fuera a entrar con solo buscarlo... momento en el que las manos de Paul Markov se cierran sobre mi boca.

—No grites —susurra el asesino de mi padre.

Paul tira de mí hacia atrás. Me rodea la cintura con una mano mientras mantiene la otra sobre mi boca. Me tiemblan las piernas e intento no desmayarme.

¿Y ahora qué hago? Siempre me he imaginado atacándolo, no siendo atacada. ¿Cómo he dejado que me sorprendiera de esta manera? ¿Cómo he podido ser tan tonta?

—¿Qué haces aquí? —susurra. Estamos detrás del telón—. ¿Cómo es posible que estés aquí?

Lo cojo por el brazo, aunque sé que no tengo suficiente fuerza para retirar su mano, pero en ese momento reparo en la pulsera que llevo en la muñeca.

«Defender.»

Me apresuro a tocarla del mismo modo que ha hecho la mujer del vídeo y una descarga blanquiazul recorre la mano de Paul al instante.

Paul grita de dolor y, al apartarme de él, atravieso el telón dando un traspié y aparezco en medio del escenario. Me quedo quieta unos instantes, bajo los focos, conmocionada, a apenas unos pasos de Wyatt Conley, con quien intercambio una larga mirada mientras el sorprendido público murmura y yo trato de encontrar algo que decir.

En ese momento, la mano de Paul se cierra sobre mi codo y chillo.

—¡Seguridad! —llama Conley a voz en cuello, al tiempo que Paul me saca del escenario y varios asistentes al acto empiezan a gritar. Sin embargo, los empleados de seguridad no se hallan cerca porque están ocupados sacando a Theo del edificio. Eso significa que me las tengo que apañar sola.

Forcejeo con todas mis fuerzas para soltarme. Paul debe de seguir debilitado por culpa de la descarga eléctrica, porque consigo desasirme de él. Y echo a correr como alma que lleva el diablo.

¿Cómo he podido ser tan tonta? ¿Cómo he podido dudar ni un segundo de que Paul era peligroso? Ha matado a mi padre y aun así quería concederle el beneficio de la duda. Imbécil, imbécil, imbécil. Nunca más volveré a dejarme atontar por un chico de esta manera.

Abandono el edificio como una exhalación y salgo a la lluvia, en dirección al metro.

Por los pasos que oigo sobre la acera y los gritos de la gente que es apartada a empujones, sé que Paul me pisa los talones.

```
—¡Marguerite! —grita—. ¡Para! ¡Venga ya!
```

La lluvia me golpea la cara. Las aceras se oscurecen delante de mí con cada gota. La brillante señal en 3D del metro me anima a seguir y me da la fuerza necesaria para acelerar.

Me lanzo escaleras abajo, con el pelo chorreando, y ni siquiera vacilo antes de saltar el torniquete. Si llama la atención de la policía de tráfico, mejor que mejor.

Aunque sigo corriendo, oigo que Paul salta el torniquete detrás de mí.

Mi anillo empieza a parpadear; solo puede llamarme una persona. Consigo activarlo de un manotazo y el rostro de Theo aparece delante de mí, tembloroso y borroso.

- —He oído... Espera... ¿Qué está pasando?
- —¡Paul! ¡Lo tengo detrás! ¡Estamos en el metro!

La pantalla se apaga al instante. Theo viene tan deprisa como puede, lo sé, pero no estoy tan segura de que pueda llegar a tiempo.

El pasillo del metro se divide en varios túneles con diferentes destinos. Enfilo a la carrera el que me queda más cerca, sin importarme o pensar cuál es mejor, y maldigo entre dientes cuando oigo que un tren está entrando en la estación. Aunque la gente podría protegerme de Paul, también lo protegerá a él de mí.

Sin embargo, sigo corriendo. Ya no hay tiempo para volver atrás.

Los pasajeros se dirigen hacia mí en masa; las llamadas y los juegos holográficos los envuelven en una especie de niebla electrónica. ¿Cómo puede haber tanta gente después de la hora punta? Me pongo de lado y me muevo de aquí para allá para esquivarlos... cuando Paul me coge por el hombro.

Me doy la vuelta al instante y lo golpeo en la cara.

¡Ay! ¡Mierda! ¿Por qué nadie te explica que propinar un puñetazo a alguien duele tanto como recibirlo? Paul se tambalea hacia atrás y algunos pasajeros dan un respingo, ajenos a lo que estaban viendo hasta ese momento.

Paul me mira, se lleva una mano a la mandíbula enrojecida, y da toda la impresión de... de no estar entendiendo nada. ¿Cómo no va a entenderlo?

Detrás de mí, el tren abandona la estación acompañado de una ráfaga de aire y un rugido que está a punto de ahogar sus palabras.

—¿Quién te ha traído aquí?

Ni siquiera me da tiempo a contestar. Theo se abre paso entre la gente, a empujones, y se abalanza gritando sobre Paul.

—¡Hijo de mala madre!

Paul vuelve la cabeza hacia Theo de inmediato, una milésima de segundo antes del encontronazo. La gente que aún queda en la estación se aparta al instante y empieza a chillar y a dispersarse, alejándose en distintas direcciones a la vez. Un tipo corpulento choca conmigo con tal ímpetu que me golpeo contra uno de los separadores de rejilla metálica.

Sin aliento, miro a través de la rejilla y veo a Paul y a Theo en el suelo. Al principio, Theo lleva las de ganar, está de rodillas mientras que Paul sigue tendido de espaldas, y su puño impacta contra la mandíbula de Paul con tanta fuerza que incluso oigo el crujido.

Theo intenta golpearlo de nuevo, y la expresión de Paul cambia en el preciso

momento en que detiene la mano de Theo con la suya; su cara pasa del resentimiento y el desconcierto a la rabia.

Las luces rojas de seguridad empiezan a parpadear. Las rejillas proyectan sombras extrañas que parecen abrir surcos a través de nosotros a nuestro alrededor. La policía del metro no tardará en llegar. «¡Mierda!»

Sin embargo, nada de todo eso importa cuando veo que Paul le da un empujón a Theo con todas sus fuerzas para sacárselo de encima. Theo acaba tan lejos que atraviesa una de las señales holográficas, un anuncio que anima a visitar Italia. En cuanto Theo desaparece detrás de una versión translúcida del Coliseo, Paul se levanta de un salto y se arrodilla sobre la figura encogida de Theo.

—Tú... —dice con un gruñido, asiéndolo por la camiseta. Jamás hubiera imaginado que Paul pudiera tener una expresión tan desalmada, transformada por la ira—. ¿Cómo me habéis seguido?

Theo le da una patada en el pecho, pero eso solo lo detiene un momento. Paul se recupera en un abrir y cerrar de ojos y golpea a Theo en la mandíbula. Y otra vez. Y otra. No es que no supiera que Paul es más corpulento que Theo, pero, por así decirlo, hasta ahora nunca me había dado cuenta de lo grande que es. Y de que Theo nunca podría detenerlo él solo.

Pero, por suerte, he recuperado el aliento. Theo ya no volverá a estar solo.

Corro hacia ellos, atravieso la señal holográfica de un salto y aterrizo sobre las anchas espaldas de Paul, quien profiere un grito, sorprendido, e intenta sacárseme de encima, pero le he rodeado el cuello con una mano y lo tengo cogido por el pelo con la otra. ¿Qué más da que tirar del pelo sea propio de chicas? Duele, y vaya si funciona.

—¿Qué…? —Paul intenta soltarse, pero cuando me ase del brazo, se detiene—. Marguerite, para.

Apenas alcanzo a oírlo por encima del rugido del tren que se aproxima.

—Vete a la mierda —le espeto.

Llevo la pulsera *Defender* en la muñeca que tengo libre. Cuando la estampo contra el costado de Paul, funciona y le propina una nueva descarga. Paul grita de dolor.

Theo se ha puesto en pie y va detrás del colgante del Pájaro de Fuego de Paul. Eso es, claro, eso es, lo único que tengo que hacer es sujetar a Paul mientras Theo acaba con él.

En ese momento, Paul vuelve la cabeza y me mira. Dirige sus ojos grises hacia arriba, me buscan, y leo en ellos un sentimiento de traición y un dolor profundos que reconozco, porque reflejan los míos.

Durante un instante, la duda empaña todo lo demás y dejo de asirlo con tanta fuerza.

Un instante es lo único que Paul necesita.

Se suelta de un tirón y propina un codazo en la cara a Theo, que cae al suelo de

nuevo. Intento que Paul no escape, pero es inútil: se ha puesto en pie y concentra hasta la última fibra de su ser en mí, para contenerme.

- —¡¿Qué estás haciendo?! —grita. Las luces de seguridad parpadean sobre nosotros y el hilo de sangre que le cae de la boca alterna entre el rojo y el negro constantemente.
 - —¡Detenerte! —Intento golpearlo, pero su manaza detiene la mía sin esfuerzo.

Theo se pone en pie con dificultad. Paul lo ve. Al instante, me coge —me levanta en vilo, literalmente— y se cuela entre las puertas del vagón justo antes de que se cierren. Consigo soltarme a tiempo de ver las manos de Theo sobre la puerta de cristal. Sin embargo, es demasiado tarde. El tren se ha puesto en marcha.

Por un instante pongo mi mano sobre la de Theo, el vidrio es lo único que las separa. Theo parece desolado, pero no dice nada. ¿Qué va a decir? No puede impedir que el tren coja velocidad y se aleje de él; solo quedarán sus huellas.

El vehículo se adentra en el túnel, en la oscuridad. El vagón va vacío. Y allí estamos Paul y yo, jadeando, iluminados únicamente por los anuncios holográficos del techo. Todavía lleva el Pájaro de Fuego. Estamos solos.

—¿Cómo te ha traído Theo hasta aquí? —pregunta Paul en voz baja—. ¿Y por qué?

Alzo la barbilla.

- —Theo rediseñó los prototipos del Pájaro de Fuego por su cuenta. No lo creías capaz de hacerlo, ¿verdad?
- —Los prototipos, claro —murmura, y casi parece alegrarse—. Pero... pero ¿por qué te ha traído con él? ¿No ves lo peligroso que es?
 - —Eso no importa. Si creías que podías matar a mi padre y salir impune, estás...
- —¿Qué? —Empalidece de modo tan repentino que, por un momento, creo que va a desmayarse—. ¿Qué…? Has dicho que… ¿Henry ha muerto? ¿Está muerto?

La conmoción y el dolor que veo son muy reales. Hay personas a las que se les da bien simular sorpresa, pero el tímido e inseguro Paul Markov nunca ha sido un buen actor. Es imposible que pueda fingir tal desolación, o las lágrimas que anegan sus ojos.

Y entonces me doy de bruces con la realidad, con mayor asombro que dureza: Paul no ha matado a mi padre.

—Dios mío. —Paul se enjuga las lágrimas con rapidez. Intenta no dejarse llevar, con todas sus fuerzas—. ¿Cómo va a estar muerto?

Todos esos momentos que me han atormentado durante los últimos días: Paul sonriendo ante su pastel de cumpleaños, escuchando a Rajmáninov, en la puerta de mi habitación... Eran reales. Paul es real.

Pero, entonces, ¿qué narices ocurre? Si Paul no ha matado a mi padre, ¿quién ha sido?

—Espera. ¿Tú creías que yo había matado a tu padre? —dice Paul, sin un ápice de la rabia que yo sentiría en su lugar. Solo está completamente desconcertado, como

si no supiera cómo he podido llegar a creer algo tan absurdo—. Marguerite, ¿qué ha pasado?

- —Su coche cayó al río. Alguien había manipulado los frenos de mi padre. Apenas me sale la voz, ni siquiera parece mía.
 - —Tienes que creerme: yo no le he hecho nada a Henry. Jamás haría una cosa así.
- —Todo apuntaba a ti. —Y cuando reparo en lo que acabo de decir, caigo en la cuenta de algo incluso peor—. Creo que alguien te ha tendido una trampa.

Paul maldice entre dientes.

- —¿Por qué narices te ha traído Theo con él?
- —¿Por qué das por sentado que esto es cosa suya? He sido yo la que ha insistido en venir. Tengo que averiguar quién le ha hecho esto a mi padre.

Entonces una oleada de rabia bate contra mí. Antes creía saber a quién culpar por la muerte de mi padre, creía saber a quién odiar. Ahora ya no. En los últimos días, mi odio ha sido lo único que me ha empujado a seguir adelante. Me siento desnuda, desarmada.

El tren toma una curva y el suelo se balancea adelante y atrás. Los anuncios parpadean ligeramente. El rostro de Paul queda medio oculto entre las sombras, como la tapa del álbum *Rubber Soul*.

- —Descubriré quién ha matado a Henry. —Paul da un paso hacia mí—. Te lo juro.
- —¡Si Theo no tiene por qué encargarse de todo, tú tampoco! Está bien, pongamos que no has matado a mi padre ni has destruido la información. Entonces, ¿quién lo ha hecho? ¿Por qué has huido?

Vuelve a sorprenderme.

- —Yo no he matado a Henry, pero sí he destruido los datos del laboratorio.
- —¿Qué? ¿Por qué?

Paul me sujeta por los hombros. Doy un respingo; no puedo evitarlo. Aparta las manos de inmediato, como si creyera que ha podido hacerme daño.

- —Dile a Theo que lo siento. Al verlo pensé... Lo culpaba de algo que no había hecho. Ahora me doy cuenta de que solo intentaba hacer algo por Henry... —Se le quiebra la voz de nuevo. El dolor compartido nos atraviesa a la vez, una descarga eléctrica de emoción que viaja de uno a otro, recorriéndonos por dentro—. Pero dile también que debe llevarte de vuelta a casa. Cuanto antes mejor. De todo lo que está en su mano hacer, eso es lo más importante.
 - —No. Antes tendrás que explicarte.
 - —Vuelve a casa. Yo lo arreglaré —se limita a contestar.

En ese momento, el tren se balancea sobre los raíles con tanta brusquedad que me tambaleo. Un instante antes de recuperar el equilibrio, Paul cierra la mano sobre su Pájaro de Fuego y...

Es difícil describir con exactitud lo que ocurre a continuación. Aunque no se mueve nada, tengo la vaga sensación de que sopla una pequeña ráfaga de aire que cambia el aspecto de Paul de un modo indefinido. Él levanta la cabeza, como si estuviera sorprendido, y se lleva una mano al labio cortado, con una mueca de dolor. Cuando ve la sangre en sus dedos, da la impresión de que no recuerda cómo ha llegado aquí.

Entonces veo que ya no lleva el Pájaro de Fuego alrededor del cuello. Las luces han dejado de parpadear, no se oyen ruidos inexplicables, nada de nada. El Pájaro de Fuego ha desaparecido como por arte de magia.

Paul se ha ido. Ha saltado a otra dimensión.

Eso significa que el tipo que ahora tengo frente a mí es... Paul Markov, pero el Paul de este mundo.

El tren entra en la siguiente estación. Me sujeto a una de las barras para no caerme; Paul hace lo mismo, aunque con torpeza, como si no lograra comprender qué está sucediendo. Y entonces me doy cuenta de que así es. Se encuentra en este tren sin tener la menor idea de cómo hemos llegado hasta aquí ni de quién soy yo.

- —¿Qué está pasando? —pregunta este Paul, que no es Paul.
- —Yo... —¿Cómo se explica algo así?—. Bajemos del tren, ¿de acuerdo?

Aunque parece comprensiblemente receloso, me sigue, cruzamos la estación y salimos a la calle.

Nos encontramos en una zona muy distinta de Londres, o esa es la impresión que tengo. Esta se parece bastante a la ciudad que recuerdo, con más edificios viejos y sin aerodeslizadores en las alturas. Ha empezado a llover de nuevo. Nos cobijamos debajo del toldo de una tienda, y ahora Paul parece menos confuso, más incómodo.

- —¿Dónde estoy?
- —En Londres.
- —Ya, claro —contesta, y el modo que tiene de entornar los ojos cuando duda de algo y está irritado me resulta tan familiar que me cuesta creer que no se trate de mi Paul—. He venido esta mañana para asistir a la conferencia sobre tecnología a cargo de Wyatt Conley. Llevo semanas planeándolo, pero juraría que recuerdo haber bajado del tren. Después de eso… nada.

Hubiera asistido a la conferencia sobre tecnología de todas maneras. Pues claro. ¿Cómo no iba a interesarle a un físico uno de los innovadores más importantes de todos los tiempos?

- —¿No recuerdas nada de los últimos… dos días?
- —Recuerdo... algunas cosas —responde Paul. Sus expresiones, el modo como se mueve... Es todo un poco distinto de nuestro Paul, el que conozco, el que acaba de huir. Resulta extraño ser capaz de diferenciarlos por el modo como ladea la cabeza—. Además, ¿quién eres? ¿Quién me ha pegado?
- «Yo. Theo y yo te hemos pegado, y tú eres un extraño que nunca nos ha hecho daño a ninguno de los dos.»
 - —Hubo una pelea, pero ya está. No ha pasado nada.
- —¿Cómo…? —Se mira las manos y se percata de que tiene los nudillos magullados. De pronto, su cara de desconcierto se parece tanto a la de Paul que me

quedo sin respiración.

Ojalá pudiera explicarme.

Por eso le digo con toda la delicadeza de que soy capaz:

—No me creerías si te lo contara. Tú solo… ve a casa. No pasa nada. No volverás a verme.

Aunque es evidente que desea saber más, debe de ser mayor el deseo de alejarse de una loca extraña. Retrocede, se aleja del toldo de la tienda, hasta que la lluvia golpetea contra el largo abrigo y su pelo alborotado. Acto seguido, da media vuelta y se pierde entre la gente; una vez más, desaparece al instante.

Hasta ese momento no soy consciente de que el anillo lleva vibrando un buen rato. Le doy un toquecito, con la esperanza de que se trate de Theo. Cuando su rostro aparece delante de mí en una luz tridimensional, me invade el optimismo, hasta que veo que se trata de un mensaje: «Marguerite, de verdad espero que estés bien. —Su expresión lo dice todo: está preocupado por mí. Theo prosigue—: Paul ha huido de esta dimensión hace unos segundos. Supongo que ya lo sabes. Tenemos que ir tras él. No te preocupes, programé tu Pájaro de Fuego para que lo siguiera allí donde fuera, exactamente igual que el mío. Me siento... más que raro adelantándome a ti, pero sé que me dirías que no dejara escapar a Paul bajo ningún concepto. Buscar justicia para Henry, eso es lo que importa».

Asiento, como si su mensaje pudiera verme, pero solo se trata de un holograma hablándole al vacío.

Theo sonríe, tenso y nervioso.

«Nos vemos en el universo de la puerta de al lado, ¿de acuerdo, Meg?»

—Sí —murmuro—. En la puerta de al lado.

A pesar de que cierro mi mano sobre el Pájaro de Fuego, no lo ajusto para realizar el salto de inmediato. Primero contemplo este Londres más sucio que se alza ante mí, el de los portentos tecnológicos que la gente lleva prendidos en la ropa o que flotan delante de ella, aunque está demasiado distraída y agobiada para darse cuenta. Intento imaginar cómo se sentirá esta Marguerite cuando vuelva a ser ella de aquí a unos segundos y se pregunte por qué el corazón le late de esta manera.

Por lo visto, apenas recordará nada. Aunque... yo no necesito los recordatorios, a diferencia de Theo, y parece que también de Paul. Mi experiencia es distinta a la de ellos; tal vez la de esta Marguerite también lo sea. Seguramente conservará fragmentos, una imagen o una sensación que me haya pertenecido y que ahora ambas compartimos.

Por eso inundo mi mente de pensamientos sobre mis padres, los que ella perdió mucho tiempo atrás. Los recuerdo riendo mientras pinto la mesa de arcoíris. A mamá llevándome sobre los hombros en el Museo de Historia Natural para que pudiera mirar a la cara el cráneo de un Triceratops. A papá paseándome en su bici por la ciudad, cuando yo todavía era lo bastante pequeña para ir en el asiento para niños (uno de mis primeros recuerdos), y riendo juntos mientras bajábamos una cuesta en

picado.

Espero que esta Marguerite los recuerde un poco. Que abra una pequeña grieta en el terrible dolor que ha construido una muralla a su alrededor... y, tal vez, la anime lo suficiente para escapar.

A continuación, empiezo a manipular el Pájaro de Fuego, muevo el último engranaje y pienso: «Ay, Señor, ¿y ahora qué? ¿Ahora qué?».

Tropiezo conmigo misma, con mi otro yo, y esta vez pierdo el equilibro por completo. En la fracción de segundo que me suspendo en el aire, veo que estoy bajando una escalera. Por lo visto, no es un buen momento para que un viajero interdimensional salte a tu cuerpo, porque entonces pierdes pie y...

Consigo poner las manos delante durante la caída, lo cual no evita que me golpee con fuerza contra los escalones, pero al menos me permite ir amortiguando el golpe mientras ruedo hasta que logro detenerme. El collar que llevo se rompe y oigo cómo las cuentas se alejan en todas direcciones. En torno a mí, la gente se apresura a ayudarme. Confusa, levanto la cabeza.

Lo primero en lo que me fijo es en la alfombra de terciopelo rojo que cubre los peldaños. Cosa que agradezco, ya que parecen de mármol, y eso habría dolido. Lo segundo es que las cuentas que corren escaleras abajo no son cuentas. Son perlas.

Me toco la frente dolorida mientras levanto la vista, y mis dedos rozan algo que me adorna el pelo, la tira de algo pesado que llevo en lo alto de la cabeza...

¿Es una tiara?

Por último me fijo en las personas que se apiñan a mi alrededor, todas ataviadas con trajes de noche sumamente elegantes: hombres con uniformes militares desconocidos, espléndidos con sus medallas y bandas, y mujeres de blanco, con vestidos largos hasta el suelo, similares al que se me ha enredado en las piernas.

- —¿Marguerite? —pregunta un joven de cara afable, apenas unos años mayor que yo, alguien con el pelo tan oscuro y rizado como el mío, aunque él lo lleva corto. Por su gesto de preocupación, sé que me conoce bien, aunque yo es la primera vez que lo veo. Sin embargo..., tiene algo que me resulta raramente familiar...
- —Estoy bien —respondo. Aparte de asegurarles que no me pasa nada, no sé qué más hacer. Me llevo una mano al pecho para tranquilizarme, aunque ahogo un grito en cuanto bajo la vista.

Las piezas del Pájaro de Fuego están desperdigadas por mi regazo y por los escalones. Solo la caja del mecanismo de un reloj sigue colgando de mi cuello.

Se ha roto.

El Pájaro de Fuego se ha roto y no tengo ni idea de cómo arreglarlo. «Mierda.»

- —¿Marguerite? —El joven de pelo castaño se arrodilla junto a mí y me toma de la mano. Ambos llevamos unos guantes blancos tan finos y suaves que parecen una segunda piel—. Margarita, ¿estás bien?
- —Estoy bien, de verdad. Soy un poco patosa. —Ay, madre, ¿dónde estoy? ¿Qué está ocurriendo? Pensaba que el último universo era distinto, pero este... no tiene nada que ver.
 - —Te preocupas como una vieja, Vladímir. De nuevo.

El hombre más corpulento de nuestro grupo tuerce el gesto. Tiene una voz profunda y retumbante, y por el modo como habla, adivino que está acostumbrado a que le obedezcan sin rechistar. Luce más medallas en la chaqueta del uniforme de color marfil que ningún otro. Y supera el metro ochenta de estatura.

- —Pues seré una *babushka* —contesta el joven, Vladímir, sonriéndome para infundirme seguridad. Me apresuro a recuperar los fragmentos del Pájaro de Fuego. Llevo un bolsito de seda colgando de una muñeca y los meto dentro.
- —¿Por qué te preocupas por esa baratija? —pregunta con voz perentoria el hombretón que parece estar al frente de esta... fiesta de disfraces. O lo que sea—. Las perlas Tarasova están por todas partes y no has movido un dedo para recuperarlas.
- —Ya nos ocupamos nosotras, Su Alteza Imperial —susurra una mujer, mientras ella y otras cuantas (vestidas con menos fastuosidad que el resto, incluida yo) se disponen a recoger hasta la última de las perlas. Me llevo una mano al cuello y descubro que, además del Pájaro de Fuego y del hilo donde iban ensartadas las perlas, que ahora cuelga roto, llevo una especie de gargantilla muy pesada.

«¿Su Alteza Imperial?»

—Padre, si yo tuviera unas perlas así de bonitas, no tropezaría y las rompería — dice una chica más joven que yo. Y aunque tampoco la había visto nunca, ella también me resulta conocida.

Se parece un poco a Vladímir y un poco a...

- —Si tuvieras unas perlas tan bonitas, Katia, las habrías perdido mucho antes del baile. —El hombre alto ni siquiera la mira cuando habla, y Katia baja la cabeza—. Marguerite, ¿todavía puedes bailar? ¿O te excusamos?
 - —Estoy bien, de verdad. Solo necesito recuperarme un poco.

Un momento, ¿qué estoy diciendo? ¿Bailar? ¿Qué tipo de baile? Tal vez somos actores y estamos en una especie de función. Eso explicaría los disfraces, ¿no?

Sin embargo, sé muy bien lo que ocurre en realidad. La escalera de mármol, la alfombra de terciopelo rojo, todo está en consonancia con la vasta estancia que nos rodea, con techos de más de diez metros de alto y molduras doradas con lo que parece auténtico pan de oro. Esto es un palacio. Y nosotros no somos turistas haciendo cola mientras nos avisan de que está prohibido utilizar el *flash*.

—Margarita tiene criados para que la ayuden, Vladímir —dice el hombre alto cuando Vladímir me ayuda a ponerme en pie—. El hijo de un zar no debería rebajarse a… hacer de niñera.

Sin embargo, Vladímir le lanza una mirada encendida y alza la barbilla.

—¿Cómo puede estar por encima de la dignidad de cualquier hombre ayudar a su hermana? ¿Acaso la hija del zar no debería recibir la ayuda de quien sea en todo momento?

«Hermana.» Abro los ojos de par en par al comprender la razón por la que Vladímir me resulta tan familiar. Él (y Katia, ahora que vuelvo a estudiar su rostro), se parecen mucho a mi madre.

¿Nuestra madre?

No. Bajo ningún concepto. Son hijos del zar (ay, mierda, ¿aquí todavía hay zares? ¿Qué clase de dimensión es esta?), vale, este tipo es el zar y estos son sus hijos, pero yo no puedo ser hija suya. Es imposible que nadie, salvo el doctor Henry Caine, sea mi padre. Igual que todo el mundo, mi código genético es único, no puede volver a crearse. Solo puedo ser hija, en cualquier dimensión, de los padres que siempre he conocido.

«¿Mamá?» Miro a mi alrededor con la esperanza de encontrarla entre el grupo de vestidos suntuosos.

Sin embargo, no la veo por ninguna parte.

Está bien. Si algo sé seguro es que no puedo salir de esta haciéndome pasar por otra. Ahora mismo necesito estar un rato a solas para averiguar qué está ocurriendo.

Me dejo caer sobre el hombro de Vladímir fingiendo un desmayo, aunque solo a medias.

- —Estoy muy mareada —susurro.
- —¿Te has golpeado la cabeza? —Vladímir me sostiene entre sus brazos, con la frente arrugada por la preocupación. Es obvio que cree que es mi hermano mayor, y su atento interés me resultaría sumamente reconfortante si lo conociera de hace algo más de tres minutos—. Padre, habría que llamar al médico.
- —No me he golpeado la cabeza —protesto—, pero hoy no me he encontrado bien. Creo... creo que he comido algo que me ha sentado mal.

El zar lanza un suspiro exasperado, tal vez irritado al comprobar que hay algo en el mundo que escapa a su control.

—Tendrías que haber tenido el sentido común de guardar cama. Vuelve a tus aposentos. Vladímir y Katia tendrán que representar a la familia.

A salvo, detrás del brazo doblado del zar, Katia me saca la lengua. Tiene pinta de ser una auténtica niñata.

- —Permítame acompañarla —dice Vladímir. No me puedo creer lo mucho que se parece a mi madre… y a mí—. Vuelvo enseguida.
- —Esto ya es ir demasiado lejos —se exaspera el zar—. ¿Para qué tiene damas de honor? ¿Para qué tiene guardia personal? Ellos son los que deben ocuparse de ella.

Ya deberías saberlo.

—Estoy bien, Vladímir —le susurro. No quiero ser motivo de una discusión familiar y, además, necesito estar sola—. Ve.

Vladímir no parece demasiado convencido, pero asiente y me suelta. Las manos de mis damas de honor se afanan a mi alrededor, intentando sostenerme sin atreverse a tocarme.

El zar le hace un gesto a otra persona del grupo para que se acerque, a alguien que se encuentra detrás de mí.

—Teniente Markov, acompáñela a su habitación.

Al instante, una mano firme me ase por el codo.

Me vuelvo y veo a Paul, junto al corro que me rodea.

En un primer instante me asusto; sin embargo, la esperanza da paso al miedo de inmediato al ver que me reconoce. Se trata de mi Paul, está aquí, y no me encuentro tan sola como creía.

Va muy elegante con su uniforme de infantería; la barba bien recortada le define la línea de la mandíbula y lleva unas botas altas y una espada, que cuelga a un lado. En el cuello veo el destello de una cadena: el Pájaro de Fuego.

Paul hace una reverencia con la cabeza y me conduce escaleras arriba. El resto de la comitiva real observa mi partida: Vladímir, con preocupación; Katia, con alegría mal disimulada ante el hecho de ser ella la que acudirá al baile y no yo, y el zar, mi supuesto padre, con desdén y aburrimiento.

- —¿Estamos haciéndolo bien? —pregunto en un susurro.
- —¿Cómo voy a saberlo? —contesta Paul en el mismo tono de voz—. Nadie dice nada. Tú sigue.

Al llegar a lo alto de la escalera, me veo un momento reflejada en los espejos grandes y dorados que cubren la pared. La gargantilla de diamantes que envuelve mi cuello está compuesta de varias hileras de piedras relucientes, como los rubíes de la tiara. El vestido blanco y vaporoso también lanza ligeros destellos, porque parece cosido con auténtico hilo de plata. Tal vez Paul sea un simple soldado, pero el uniforme de chaqueta de color escarlata es tan espléndido como cualquiera de las prendas que llevo yo. Tengo la sensación de que vamos disfrazados para Halloween, o para el baile de fin de curso más exagerado de la historia.

En cuanto estamos solos, Paul se vuelve hacia mí, furioso.

- —Te dije que volvieras a casa.
- —¡Tú no me das órdenes! ¿Crees que estás al mando porque, no sé, eres un genio y yo no?
- —Debería estar al mando porque soy mayor que tú y sé lo que ocurre, a diferencia de ti —replica.
 - —Si no lo sé únicamente es porque tú no me lo explicas.
- —Mira, Conley es peligroso. Tienes que volver a casa —repite, y hay algo en la manera de decirlo que me hace comprender a qué se refiere. Paul no intenta

quitárseme de en medio. Lo que está diciéndome es que existe una razón por la que debo estar en casa, una razón por la que mi presencia es importante.

Aun así, no va a librarse de mí tan fácilmente, ni por asomo, pero me tranquiliza lo suficiente para centrarme en el mayor problema al que nos enfrentamos. Vacío el bolsito de seda en mi mano y le muestro a Paul los fragmentos del colgante del Pájaro de Fuego.

—No puedo volver a casa con esto.

La mayoría de los chicos habrían soltado una palabrota. Paul se limita a apretar los labios.

- —Esto no es bueno.
- —Eso es quedarse corto.

Paul coge el bolso y empieza a examinar las piezas una por una. Reprimo las ganas de seguir discutiendo con él: si va a arreglar el Pájaro de Fuego (es decir, la única oportunidad de no quedarme a vivir en esta dimensión para siempre), lo mejor es dejar que se concentre.

- —Tiene arreglo —dice al fin.
- —¿Estás seguro?
- —Casi seguro —contesta Paul, como si con eso valiera. Aunque ni por asomo. Debe de verlo en mi cara porque añade—: Los pájaros de fuego están pensados para que puedan volver a montarse con facilidad. La idea era que se desmontaran sin problemas para repararlos, reajustarlos, ese tipo de cosas. Eso es lo que parece haberle pasado a este.
 - —Entonces, ¿puedes volver a montarlo?

Me invade tal alivio que me siento mareada. Esto sí que ha sido esquivar una bala.

—Necesito más luz, y me gustaría comprobarlo guiándome con el mío. —Paul me devuelve el bolsito de seda y le da un tirón a la cadena que lleva al cuello. El colgante desprende un brillo apagado sobre la chaqueta de color escarlata del uniforme—. Vamos. Acabemos con esto de una vez para que vuelvas a casa.

Me echo hacia atrás con brusquedad.

—¡No pienso volver a casa hasta que me digas por qué estás aquí!

Paul no es de los que se ponen a gritar cuando se enfadan, sino de los que hablan más bajo. Se queda inmóvil.

- —Esta no es la dimensión que buscaba, eso es bastante obvio. Tengo que continuar, pero no puedo irme hasta que tú…
 - —¿Qué significa esto?

Ambos nos ponemos derechos, sorprendidos al ver a un oficial ruso dirigiéndose hacia nosotros. Tiene el pelo canoso, una barba que rivaliza con la del zar y un monóculo. Paul se pone firme, o al menos lo que yo llamaría ponerse firmes. Creo que ninguno de los dos sabe mucho sobre el protocolo militar ruso.

-Markov, me sorprende viniendo de usted -dice el oficial-. Importunando a

Su Alteza Imperial de esta manera en vez de cumplir con su deber.

Vaya, esa soy yo. Soy la Alteza Imperial. Tengo que reprimir una carcajada.

—Yo... le he pedido que echara un vistazo a una cosa que he roto.

Le tiendo las piezas del medallón del Pájaro de Fuego para que lo vea.

El pecho henchido del oficial se desinfla un poco. Parece más bajito, privado de su indignación; sin embargo, sus ojos se iluminan cuando encuentra qué decir.

—¿Y qué es esto? ¿Saltándose el reglamento estando de servicio?

Y atrapa el Pájaro de Fuego que Paul lleva al cuello.

Ahogo un grito. Paul abre los ojos de par en par. Estamos demasiado sorprendidos para pensar, tanto más para movernos.

—Ahora sí va reglamentariamente uniformado, teniente Markov, ya puede continuar —dice el oficial, metiéndose el medallón del Pájaro de Fuego de Paul en el bolsillo mientras se aleja por el pasillo.

Lo vemos marchar, horrorizados. Soy la primera en recobrar el habla.

- —Mierda.
- —Tenemos que recuperar el Pájaro de Fuego. —Paul inspira hondo—. Tengo que ir tras él.
 - —Seguro que te lo devolverá. En algún momento, ¿no?
- —¡Y yo qué sé! Además, no tenemos mucho tiempo. Mi memoria... empieza a difuminarse. El Paul Markov de esta dimensión regresará en cualquier momento.

Y entonces caigo en la cuenta de todo lo que eso implica: si Paul es incapaz de recordar quién es en realidad, no podrá arreglar mi Pájaro de Fuego, y eso significa que estaremos aquí atrapados hasta que Theo nos encuentre (si es que Theo siquiera existe en esta dimensión). Puede que para siempre.

—Está bien, ve tras él y... —Me llevo las manos a la cabeza, intentando pensar, pero hasta que mis dedos tocan la tiara no recuerdo quién soy aquí, lo que puedo hacer—. ¡Espera! No, iré yo tras él y le ordenaré que te devuelva el medallón. Tendrá que hacerlo. ¡Soy una princesa! O una gran duquesa, o como sea que las llamen en Rusia...

—¡Sí! Bien. De acuerdo. Ve.

Paul asiente tan rápido que casi resulta cómico.

Recorro el pasillo a toda prisa hacia las escaleras, y las bajo todo lo rápido que puedo, que no es mucho dado que llevo un vestido largo de falda estrecha, además de unos zapatos de tacón alto que ni siquiera llevan una tira para que no se me salgan. Las joyas tintinean alrededor de mi cuello, la tiara se ladea y la sujeto con una mano para mantenerla en su sitio.

—¡Señor! —grito, lamentando no haberle preguntado el nombre. Con un nombre sería más sencillo. ¿O podía limitarme a decir: «Le ordeno que se detenga»?

Sin embargo, al llegar al pie de la escalinata y doblar la esquina, veo un gran grupo de personas cruzando un amplio vestíbulo. No se trata del lugar donde se celebrará la fiesta, sino de la entrada para la mayoría de los invitados. Decenas de

mujeres ataviadas con vestidos de múltiples colores y joyas prácticamente tan majestuosas como las mías, desde chicas de mi edad con tocados de plumas a viudas de la nobleza y de edad avanzada que parecen ir encorvadas por culpa del peso de los diamantes; jóvenes que lucen elegantes trajes de etiqueta y pañuelos de vivos colores anudados al cuello... y oficiales militares. Al menos una cincuentena, y todos ellos ataviados con un uniforme prácticamente idéntico al del hombre que se ha llevado el Pájaro de Fuego de Paul. Intento localizarlo (llevaba monóculo, no todos van a llevar algo así, ¿no?), pero soy incapaz de distinguirlo entre la multitud. Debe de estar ya en el salón de baile.

¿Entro corriendo y monto una escena? Algo me dice que eso no va a llevarme a ninguna parte.

Vuelvo a subir las escaleras todo lo deprisa que puedo. Paul está apoyado contra la pared, como si estuviera agotado.

- —¡Le he perdido! —digo—. Está en la fiesta, pero tú sabrías reconocerlo, ¿verdad? ¿Me ayudas a encontrarlo?
 - —Creo... Creo que sí.

Tuerce el gesto y se lleva los dedos a la sien, como si le doliera la cabeza. Su confusión me recuerda a Theo en Londres, poco antes de estar a punto de olvidar por completo quién era.

- —¡Paul, no! Tienes que quedarte conmigo. —Lo cojo por los hombros y me pongo frente a él—. Mírame. ¡Mírame!
- —Tienes que recuperar el Pájaro de Fuego —dice despacio, poniendo atención en cada palabra, como si no confiara en ser capaz de pronunciarlas—. Tienes que usarlo para traerme de vuelta.
- —¿Cómo voy a encontrar a ese tipo? —¿Cómo funcionan las cosas en esta dimensión? Me tiemblan las manos, y la gargantilla de diamantes me ahoga como un nudo corredizo—. Ay, Señor, ay, Señor, tenía barba, y llevaba un monóculo...
 - —Coronel Azarenko —dice Paul con aire distraído.

Me lo quedo mirando.

—¿Qué?

Se vuelve hacia mí como si no me hubiera visto antes. A continuación, yergue la espalda y se me escapa de las manos.

—Su Alteza Imperial.

Ya no es mi Paul. Es el teniente Markov.

- —Discúlpeme, Su Alteza Imperial —prosigue—. No sé por qué, pero… no recuerdo cómo he llegado hasta aquí. ¿He caído enfermo?
- —Se... ha mareado. —Disimulo como puedo—. Yo tampoco me sentía bien, así que debía llevarme a mi habitación, para poder descansar.
 - —Muy bien, mi señora.

Asiente y echa a andar con paso vivo por el pasillo. Sus botas negras y relucientes se recortan sobre la alfombra de terciopelo rojo. Medio aturdida, lo sigo.

Al menos uno de los dos sabe dónde está mi habitación.

Paul y yo estamos atrapados aquí. Y no tengo la menor idea de cómo ponerme en contacto con Theo, si es que puedo. Solo dispongo de un nombre: coronel Azarenko.

«Mañana —me digo—. Mañana preguntaré por él, lo haré llamar y recuperaré el Pájaro de Fuego de Paul.»

Si no lo consigo... No. Ahora no puedo pensar en eso. Me recoloco la tiara y finjo saber qué narices estoy haciendo.

11

Más tarde, esa misma noche, después de que mis doncellas (tengo tres) me hayan puesto un camisón amplio y me hayan metido en la cama, dispongo las piezas de mi Pájaro de Fuego sobre la colcha bordada. La enorme cama de madera es muy alta y las mantas y las sábanas son de un blanco prístino, de modo que tengo la ligera sensación de estar sopesando mis opciones mientras descanso sobre una nube.

Me dejo caer sobre los almohadones mullidos que hay apilados en la cabecera de la cama. La habitación que me rodea no es tan grande como cabría imaginar, ni la decoración demasiado llamativa; sin embargo, resulta imposible pasar por alto la opulencia y la elegancia que la envuelven. Las paredes y el techo son del frío y suave tono verde del cobre envejecido. Enredaderas taraceadas trepan por el escritorio del rincón, como si el bosque lo reclamara hoja a hoja. Frente a la cama, el fuego que caldea mi habitación se refleja en las baldosas esmaltadas de una amplia chimenea.

Las joyas están de vuelta en sus joyeros de terciopelo, junto con todas las demás.

Al menos esta versión de mí misma tiene libros, algunos de los cuales ahora mismo se hallan dispuestos a mi alrededor. Muchos están en ruso... pero aquí no tengo problemas para leerlo, ni para hablarlo. Por lo visto, ese tipo de memoria se integra en la mente de modo distinto a las emociones y las experiencias.

Por los libros que he ojeado, del mismo modo que la dimensión de Londres estaba tecnológicamente mucho más avanzada que la mía, aquí ocurre justo lo contrario. Por mi entorno, parece que estamos más en 1900 que en el siglo xxI. Aunque algunos elementos de este mundo están más o menos igual de avanzados que en mi dimensión en la misma época, la sensación general es la de haber retrocedido un siglo. En este mundo, el siglo xxI tiene un aspecto muy distinto. La gente viaja en ferrocarril o barco de vapor, incluso a veces a caballo o en trineo. El teléfono existe, pero se trata de una invención tan novedosa que solo disponemos de unos cuantos en palacio, y son para uso oficial exclusivamente; a nadie se le ha ocurrido telefonear a un amigo solo para charlar. Internet ni siquiera es un sueño. En su lugar, la gente escribe cartas. Veo una pila de papel de color crema esperando en mi escritorio.

Estados Unidos existe, pero se considera un país lejano y provinciano. (No tengo ni idea de si es cierto o no, pero todo el mundo en San Petersburgo estaría de acuerdo con dicha afirmación.) La realeza sigue gobernando en Europa, entre otras, por descontado, la casa Romanov. El hombre al que todo el mundo considera mi padre es el zar Alejandro V, emperador y autócrata de todas las Rusias. Por lo que he podido averiguar hasta el momento, esta dimensión todavía no cuenta con el equivalente de un Lenin o de un Trotski. Menos mal, porque no tengo el menor interés en hacer de Anastasia; es decir, acabar fusilada en un sótano y que todas las locas de Europa se pasen los siguientes cincuenta años asegurando ser yo.

La enciclopedia que hay en un estante bajo, compuesta de varios tomos y

encuadernada en cuero, contiene una entrada sobre la casa de Romanov. Allí, leo bien clarito que el zar Alejandro se casó con una joven noble llamada Sofía Kovalenka, con la que tuvo cuatro hijos: el zarévich Vladímir, la gran duquesa Margarita (es decir, una servidora), la gran duquesa Catalina (un nombre bastante sofisticado para la mocosa que me sacó la lengua) y, finalmente, el gran duque Pedro.

Mi madre murió al dar a luz su cuarto hijo.

Mis padres siempre habían dicho que sus embarazos nunca habían sido «fáciles»; nunca me había detenido a pensar que aquello quisiera decir «peligroso». Pararon después de Josie y de mí, por la salud de mi madre. En cambio, veo que aquí el zar continuó pidiendo hijos, presionándola a quedarse embarazada una y otra vez hasta que, al final, murió en el parto de su hijo pequeño.

Lo sacaron después de que ella muriera. Ojalá no hubiera leído esa parte.

Mi madre es científica. Es un genio. Es fuerte y tenaz y, de acuerdo, tal vez un poco torpe en lo que al día a día se refiere, pero aun así es mi madre. Me cuesta imaginar a alguien con tanto que ofrecer al mundo como ella.

El zar Alejandro creía que solo servía para dar herederos al trono, así que... la hizo criar hasta matarla.

Cojo una foto enmarcada en plata de la mesita de noche. En el retrato ovalado, en blanco y negro y ligeramente difuminado, aparece mi madre acompañada de versiones más pequeñas de Vladímir, Katia y de mí. Lleva un vestido muy elaborado de manga larga, pero el modo como sus brazos se curvan en un gesto protector sobre Vladímir y sobre mí, el modo como sonríe a la pequeña Katia, sentada en su regazo..., y también algo en ella es idéntico en este universo.

Aunque no del todo. Aquí, mi madre nunca ha tenido la oportunidad de estudiar ciencias. ¿Qué le interesaba? ¿En qué ocupaba su brillante mente inquieta? ¿Había mirado al zar Alejandro alguna vez con algo que pudiera parecerse al amor y a la confianza que le profesaba a mi padre?

Además, aquí ni siquiera ha nacido Josie. Mi padre ha debido de ser alguien pasajero en su vida, cosa que me resulta muy difícil de imaginar.

Devuelvo la fotografía a su sitio con mano temblorosa. Ahora mismo, incluso pensar en lo ocurrido con mi madre me resulta imposible de soportar. Me desplomo sobre los almohadones de plumas apilados y respiro hondo, despacio.

Mis ojos se dirigen hacia la rendija de luz que se cuela por debajo de la puerta. Hasta poco antes, dos líneas oscuras interrumpían esa luz, las sombras de los pies de Paul, que hacía guardia fuera. Sin embargo, parece ser que incluso a la guardia personal de una de las grandes duquesas se le permite dormir. La enciclopedia me ha informado de que vivo en San Petersburgo, en estos momentos en el Palacio de Invierno.

¿Y qué hay de Theo? Si existe en esta dimensión, es probable que esté en Estados Unidos, o tal vez en Holanda, de donde son sus abuelos. El alma se me cae a los pies al darme cuenta de que, en un mundo en el que el tren es el medio de transporte más

rápido, no hay modo de que Theo pueda reunirse conmigo ni hoy, ni mañana, ni siquiera dentro de unas semanas. Conociendo la famosa rigurosidad de los inviernos rusos, sería del todo imposible que pudiera llegar aquí antes de primavera. Y aunque consiguiera viajar hasta San Petersburgo, ¿cómo iba a obtener una audiencia con una de las grandes duquesas?

«No pasa nada, me digo. Mañana buscarás al coronel Azarenko. Al fin y al cabo, Paul está aquí. No necesitas a nadie más.»

A partir de ese momento, Paul ocupa todos mis pensamientos. ¿Cómo he podido equivocarme tanto con él?

—Dicho de otro modo —dije—, intentas demostrar que el destino existe.

La escena me resulta tan vívida en este instante como el día que ocurrió: Theo llevaba una camiseta de RC Cola lavada a la piedra y Paul una de esas de color gris jaspeado que solo se ponía porque, estoy convencida, no tenía la menor idea de lo mucho que le marcaba los músculos. Me retiré el pelo detrás de las orejas, intentando parecer y sentirme tan adulta como ellos. Estábamos todos en el salón, rodeados de las plantas de interior de mi madre y del calor estival que se colaba por las puertas abiertas de la terraza.

Estaba bromeando con eso del destino, pero Paul asintió despacio, como si hubiera dicho algo profundo.

—Sí, eso exactamente.

Aunque sabía que para Theo era una idea absurda, me intrigó. Siempre que las conversaciones sobre física que se entablaban a mi alrededor pasaban de ecuaciones complejas a conceptos que tuvieran sentido para mí, aprovechaba la oportunidad. Así que me senté junto a Paul en la mesa arcoíris y dije:

—¿Y cómo funciona? Lo del destino, me refiero.

A pesar de que llevaba más de un año prácticamente viviendo en mi casa, agachó la cabeza, azorado. No obstante, al igual que cualquier científico, las ideas bullían tanto en su interior que no podía permanecer callado demasiado tiempo. Juntó las manazas por las puntas de los dedos y las sostuvo ante mí, como ilustración de una imagen invertida.

- —Los patrones se reproducen en una dimensión tras otra. Esos patrones reflejan ciertas resonancias…
- —Y cada uno de nosotros posee una distinta, ¿no? —Hasta ahí creía haberlo captado.

Paul sonrió, animado. No lo hacía a menudo, sonreír parecía fuera de lugar en alguien tan grande, torpe y serio.

—Eso es. Parece ser que el mismo grupo de personas se encuentran una y otra vez. No siempre, pero bastante más de lo que podría sugerir la mera casualidad.

Theo, que se encontraba en la otra punta de la habitación, ensimismado en sus

propias operaciones, hizo una mueca.

- —Mira, hermanito, si redactas tu teoría tal cual y aportas los cálculos necesarios, tienes el Nobel asegurado; pero cuando empiezas con todas esas tonterías sobre el alma y el destino, hundes la teoría. En serio, ¿vas a plantarte ante el comité y defender eso?
- —Deja de criticarlo —le espeté a Theo. En ese momento, la idea de Paul me resultaba tan fascinante que ni siquiera tomé en cuenta una buena objeción—. Aquí todo el mundo tiene derecho a defender teorías alocadas. Norma de mi madre.

Theo se encogió de hombros, volvía a estar demasiado absorto en su trabajo para seguir discutiendo. Sin embargo, Paul me miró como si me agradeciera que lo hubiera apoyado. Me percaté de lo cerca que estábamos sentados el uno del otro (más de lo habitual, tanto que mi brazo casi rozaba el suyo), pero no me aparté.

- —Entonces ¿el destino crea las matemáticas o las matemáticas crean nuestro destino? —pregunté.
- —Datos insuficientes —contestó Paul, aunque en ese momento supe lo mucho que él deseaba creer en el destino. Fue la primera vez que pensé en él como alguien que, a pesar de las apariencias, podía guardar algo de poesía en su interior.

Tal vez esa fue la única vez que llegué a comprenderlo de verdad.

Al día siguiente, descubro qué es tener gente que te levante y te prepare por la mañana.

Pero del todo. Mis doncellas aparecen alrededor de mi cama cuando me despierto, me sirven té en una bandeja de plata, me bañan en una bañera de mármol gigantesca llena de agua caliente e incluso me enjabonan la espalda.

(Sí, es muy, muy violento bañarse con público, pero parece que Marguerite lo hace a diario, así que tengo que apechugar. Supongo que ya saben cómo soy desnuda, cosa que... tampoco ayuda demasiado.)

Estas mujeres incluso me ponen la pasta de dientes en el cepillo.

Me escogen un vestido, uno de un color amarillo clarito como el de la cera de las velas, largo hasta el suelo y tan formal para un día de diario que casi no puedo reprimir una carcajada. Me recogen el pelo en trenzas, que sujetan con horquillas de pequeñas rosas blancas esmaltadas. Me miro en el espejo sin dar crédito a lo que veo: mis rizos salvajes e indomables han sido dominados y acomodados en un peinado tan complejo como bonito.

Casi podría llegar a creerme guapa; aunque, en realidad, no es más que el testimonio de lo que un estilista personal (o sus equivalentes novecentistas) puede conseguir.

El maquillaje es imperceptible, pero me aplican cremas fragrantes en la cara y en el cuello y luego me acicalan con polvos que huelen a lilas. Cuando terminan de ponerme los pendientes de perlas, me siento como una gran duquesa de verdad.

—Gracias, señoras —digo. Se supone que la realeza es educada, ¿no? Sintiéndome imponente a la par que ridícula, abro la puerta y veo a Paul. Corrijo: al teniente Markov.

Guarda posición de firmes, correcto y en su sitio. Sus ojos grises se topan con los míos, casi con aire culpable, antes de apartarlos. Quizá esté prohibido mirar a la realeza. Me parece recordar que las grandes estrellas como Beyoncé a veces incluyen cláusulas adicionales en sus contratos para que nadie pueda mirarlas a los ojos. Beyoncé es a nuestra dimensión lo que una gran duquesa a esta.

Paul (el teniente Markov, será mejor que piense en él de este modo) no dice nada. Claro. Seguramente será por el imperativo de que no puede hablar hasta que yo diga algo.

- —Buenos días, Markov.
- —Buenos días, mi señora. —Tiene una voz muy grave y, al mismo tiempo, muy suave—. Espero que se encuentre mejor.
- —Así es, gracias. Dígame, Markov, ¿dónde puedo encontrar al coronel Azarenko?

Me mira con el ceño fruncido.

- —¿Mi superior?
- —Sí. Exacto. El mismo.

Tal vez Paul no habría podido encontrar a Azarenko anoche en el salón de baile, pero ahora se sabrá la rutina diaria de los oficiales y todas esas cosas. Habremos recuperado su Pájaro de Fuego antes de comer y tendremos el mío arreglado esta noche.

—El coronel Azarenko salió esta mañana temprano para Moscú, mi señora.

¿Moscú? ¿Ya ni siquiera está en San Petersburgo?

—¿Le ha devuelto su...? ¿Le ha devuelto algo antes de irse?

A estas alturas, el teniente Markov debe de pensar que me he vuelto loca. A pesar de que arruga la frente (el único atisbo del ceño que reprime), contesta con educación:

—No, mi señora. ¿Qué tendría que haberme devuelto el coronel?

No pienso entrar en ese tema ni de refilón, así que pregunto en su lugar:

- —¿Cuándo estará de regreso?
- —Después de Año Nuevo, mi señora.

¿Año Nuevo? Casi faltan tres semanas.

«Tres semanas.»

¿Cómo voy a fingir que soy una princesa durante tres semanas?

Trago saliva con dificultad y pienso: «Supongo que lo descubriré».

«TRANQUILA. RESPIRA HONDO.»

Recorro los pasillos de palacio medio aturdida. Es como si mi cuerpo ni siquiera fuera capaz de responder al pánico. En realidad, me siento como si me hubieran drogado. Voy dando traspiés a medida que el intrincado dibujo del brocado de la alfombra me marea.

—¿Está segura de que está recuperada del todo, mi señora?

Paul (el teniente Markov) me sigue a pocos pasos, guardando una distancia respetuosa.

—Casi del todo, gracias, Markov.

«En realidad, estoy a cinco segundos de subirme por las paredes, pero sigamos caminando, ¿de acuerdo?» Ese es el mensaje entre líneas. Tal vez lo entienda; en cualquier caso, se mantiene en silencio mientras continuamos adelante.

Ayudaría tener una ligera idea de adónde se supone que debo ir. El Palacio de Invierno es gigantesco y sería incapaz de encontrar el camino aunque supiera lo que me toca hacer a continuación.

Por suerte, no tardo en tener compañía.

—¡Estás aquí! —Vladímir se acerca por un pasillo lateral, dando saltitos para acomodar su paso al mío. A pesar de haberse acostado tarde y del champán que debió de beber, rebosa energía—. ¿Te encuentras mejor?

—Bastante.

Sonreír a Vladímir me resulta completamente natural. Sus andares desenvueltos y su sonrisa afectuosa me encandilan, y además, el afecto que siente por su hermana es evidente. ¿Qué diría una hermanita adorada en un momento así? Veamos. Anoche estuvo en una gran fiesta, ¿no? Josie se había saltado la hora de vuelta a casa y había salido lo suyo de noche (más que yo), así que le digo lo que le habría dicho a ella:

—¿Y tú qué? Me sorprende que no estés debajo de las sábanas, lloriqueando y con una bolsa de hielo en la cabeza.

Vladímir levanta la vista hasta el techo y suspira de modo melodramático.

- —No vas a dejar que lo olvide nunca, ¿verdad?
- —No, nunca.

Esto de fingir es más sencillo de lo que pensaba. Se me escapa una sonrisa.

- —Una noche hago demasiados brindis con vodka y, por primera y única vez en toda mi intachable y virtuosa vida, acabo vomitando en una urna decorativa prosigue Vladímir—. ¿El precio? La condena eterna de mi hermana.
 - —Condena no, pero ¿mofa eterna? Sin duda.

Vladímir se echa a reír. Tiene una risa muy parecida a la de mi madre. Bueno, así que esto es tener un hermano. Me habría gustado tener uno, y Vladímir parece el que siempre he deseado: protector, divertido y amable.

En ese momento noto que alguien me pellizca el brazo con fuerza.

- —¡Ay! —Me vuelvo enseguida y me encuentro con Katia, que parece bastante ufana con su vestido rosa. Calculo que tendrá unos trece años, y aunque es la que más se parece al zar de todos nosotros, tiene los indomables rizos Kovalenka—. ¿A qué ha venido eso?
- —Por pensar que era demasiado pequeña para asistir al baile. Pues te fastidias, ;he bailado con hombres toda la noche!

Miro a Vladímir en busca de confirmación. Vladímir se vuelve hacia Katia.

—Nuestra pequeña Kathy bailó exactamente cuatro piezas, una de ellas conmigo y dos con sus tíos, pero es cierto que un oficial muy apuesto la sacó a bailar, y lo hizo muy bien.

Katia alza su testaruda barbilla, como si no la hubieran contradicho. Niego con la cabeza.

- —Crecen tan rápido... —digo.
- —El tiempo pasa volando... —coincide Vladímir, sumándose a la pantomima.

Lo que nos granjea la mirada de pocos amigos de Katia.

- —No sois tan mayores —protesta, y sale corriendo por mi lado, con el extremo de la faja de mi vestido en las manos. La tira se desata, revolotea hasta caer en la alfombra y Katia la suelta sin dejar de correr, muerta de risa.
 - —De verdad...

¿Siempre es así de irritante? La Marguerite de esta dimensión no debe de soportarla.

Sin embargo, hay algo en la risa de Katia que me recuerda una vez, ya hace años, en que me acerqué a Josie por la espalda, sin hacer ruido, mientras ella hablaba por teléfono, y le quité la pinza con que se sujetaba el pelo. Estuvo persiguiéndome por toda la casa durante diez minutos como mínimo hasta que consiguió pillarme. ¿Por qué me pareció tan divertido cuando tenía nueve años? Ni idea, pero fue genial. Incluso hubo un momento en que salté por encima del sofá y no pude aguantarme de la risa cuando Josie intentó imitarme y cayó al suelo al perder el equilibrio.

Recuerdo a Josie gritando: «¡Las hermanas pequeñas son lo más molesto del mundo!». Muy a mi pesar, no puedo menos de darle la razón.

Paul se adelanta y se arrodilla para recoger la faja. Cuando me la tiende, me mira a los ojos como... como si estar pendiente de mí no fuera únicamente un deber. Como si me conociera. ¿Ha recordado quién es en realidad? Mi esperanza se reaviva apenas un instante, antes de comprender que sigue tratándose del teniente Markov.

- —Mi señora —se limita a decir.
- —Gracias, Markov.

Las palabras salen sin demasiado esfuerzo, pero es muy extraño mirar a Paul y ver a alguien que es él y no es él al mismo tiempo.

Alguien que se parece mucho al hombre que, en mis fantasías, creía que podría ser Paul...

Vladímir no da la impresión de haber notado que ocurra nada fuera de lo normal entre nosotros.

- —Ahora que he visto que vuelves a ser tú, tendría que regresar al cuartel —dice mientras Paul vuelve a colocarse detrás de mí y yo me apresuro a atarme la faja—. Diviértete en clase.
 - —Nos vemos en la cena.

Ay, mierda, ¿y si no cenan juntos? ¿O debería haber dicho en el almuerzo? Sin embargo, no parece que me haya equivocado, porque Vladímir asiente. Le ofrezco la mejilla para que me dé un beso, y su bigote me hace cosquillas en la piel.

Al final del pasillo, descubro una biblioteca. No, un aula.

- —¿Hoy vas a dejarme participar? —pregunta Katia mientras toma asiento disimuladamente en uno de los pupitres, que son grandes e imponentes, más parecidos a lo que verías en una tienda de antigüedades y menos a lo que encontrarías en un colegio público—. ¿O serás otra vez la favorita del maestro? Se supone que es el tutor de todos, no solo tuyo.
- —Nos turnaremos —prometo con aire distraído. Se oyen unos pasos en el pasillo, cortos y ligeros.

A continuación, un niño de expresión alegre y sincera aparece en la puerta.

—¡Marguerite!

La enciclopedia me proporciona el nombre que necesito. El hecho de que se trate de una criatura completamente adorable proporciona la emoción.

—Piotr.

Tiendo las manos a mi hermano pequeño, que se dirige corriendo hacia ellas. Se parece a mi madre incluso más que yo: menudo, casi frágil, demasiado pequeño para los diez años que tiene, pero con un gesto dulce que solo le pertenece a él. ¿El zar le proporciona algo que pueda llegar a parecerse al afecto que este niño necesita? No sé cómo. Además, el modo como Piotr se aferra a mí me recuerda con dolor que su madre (mi madre, nuestra madre) está muerta.

Incluso Katia se ablanda un poco al verlo.

—¿Vas a deslumbrarme hoy con tu francés, Pierre?

El niño asiente muy serio.

- —He practicado con Zefírov.
- —¡Zefírov no habla ni una palabra de francés! —Katia ríe, señalando al guardia que hay en la puerta, junto a Paul. Zefírov no dice nada, se limita a mantener la mirada fija al frente—. A ver cómo se te da, Peter.

Lo ha llamado Pierre, y ahora Peter. En el pasillo, Vladímir la ha llamado Kathy y, anoche, se había dirigido a mí como Marguerite, a pesar de que, según ponía en la enciclopedia, en esta dimensión me habían bautizado con la versión rusa de mi nombre, Margarita. Por las clases de historia, sé que la nobleza del siglo XIX solía utilizar la forma traducida de sus nombres en los idiomas que hablaban, una afectación aristocrática que ha debido de sobrevivir aquí.

Me vuelvo hacia Paul. Seguro que aquí se llama Pável (la forma rusa), pero soy incapaz de pensar en él con un nombre distinto.

Esta sala no tiene nada que ver con las aulas aburridas que he visto por televisión. En vez de pupitres de plástico y tablones de anuncios, está llena de estanterías que van del suelo al techo. La alfombra persa se ve algo más desgastada que las del resto de las estancias de palacio, y los cortinajes de terciopelo de color verde oscuro parecen un poco raídos. En esta habitación no se pretende hacer alarde de poder y riqueza. En esta habitación me siento como en casa.

Ocupo el que debe de ser mi asiento y me pregunto cómo narices voy a salir de esta. No tengo ni idea de lo que estudian, aparte de francés, así que Katia puede monopolizar la atención del profesor todo lo que quiera. Seguramente yo no sabría contestar ni una sola pregunta.

—Veo que las grandes duquesas han perdido facultades después de la juerga de anoche —dice en ese momento una voz masculina y familiar, con acento británico.

Me vuelvo y descubro a mi padre.

Está vivo. Está vivo y está aquí, y no hay nada que desee más que correr hacia él, abrazarlo y decirle que lo quiero y todas las cosas que deseaba compartir con él una vez más. Es el milagro que he estado esperando desde que ha empezado este viaje.

Sin embargo, permanezco en mi asiento, con las manos cerradas con fuerza sobre los reposabrazos de la silla. ¿Qué está haciendo aquí? No entiendo...

—Bueno, pues empecemos con la clase —dice.

Mi padre debió de venir a Rusia para instruir a los hijos del zar. Y luego conoció a mi madre.

No puedo saltar de la silla para abrazar al «tutor real». Tengo que seguir interpretando mi papel. Sin embargo, apenas soy capaz de reprimir mis lágrimas de felicidad.

Ocupa su lugar al frente del aula, con un maletín desbordado de papeles. Es igual de ordenado en esta dimensión que en casa. A pesar de la extraña seriedad de la ropa que viste (un traje anticuado, con chaleco y anteojos de montura metálica) sigue siendo mi padre, de pies a cabeza. El mismo rostro alargado, aunque atractivo, los mismos ojos de color azul claro, la misma sonrisa burlona cuando algo le preocupa.

- —Su Alteza Imperial, he oído que estaba indispuesta. ¿Ya se encuentra mejor? Ah, claro, esa soy yo.
- —Mucho mejor, gracias, profesor. —Mi voz suena muy forzada, como si a duras penas pudiera hablar. Mi padre sabe que ocurre algo, pero se limita a observarme un instante antes de asentir y darme un respiro.
- —Bueno, pues muy bien. Veo que están locos de entusiasmo por ponerse de nuevo con su francés, así que empecemos.

Peter se está iniciando en la gramática, Katia ha traducido un texto y se supone que yo estoy acabando un trabajo sobre la obra de Molière. Por fortuna, también he estudiado a Molière en casa, así que debería poder apañármelas. Sin embargo, solo

soy capaz de aferrarme a mi libro con manos sudorosas y lanzar miradas furtivas a mi padre, sano y salvo a unos pasos de mí.

Nunca había perdido a alguien, al menos de esta manera. Mis abuelos murieron antes de que yo naciera o cuando era tan pequeña que apenas los recuerdo. El único funeral al que he asistido ha sido al de un pececito que tenía. Desconocía qué era el verdadero dolor.

Ahora sé que el dolor es una piedra de afilar. Afila tu amor, los recuerdos más felices, y los convierte en hojas que te destrozan por dentro. Me han arrancado algo que jamás conseguiré sustituir, jamás, por mucho que viva. Dicen que el tiempo todo lo cura; sin embargo, aunque no ha pasado ni una semana desde la muerte de mi padre, sé que es mentira. Lo que la gente quiere decir en realidad es que, con el tiempo, te acostumbras al dolor. Olvidas quién eras cuando no lo sentías, olvidas qué aspecto tenías sin las cicatrices.

Creo que esa es la línea que establece el paso a la edad adulta. No esas tonterías que se oyen por ahí, como acabar el instituto, perder la virginidad, irte a vivir solo y cosas por el estilo. Cruzas la frontera la primera vez que cambias para siempre. La cruzas la primera vez que comprendes que no hay vuelta atrás.

Cada vez que veo el rostro de mi padre u oigo su voz, tengo que reprimir las ganas de echarme a llorar. Sin embargo, resisto hasta el final de las clases: francés, geografía y, finalmente, actualidad.

- —¿Qué cambios podríamos vivir en las próximas décadas? —pregunta mi padre mientras repasamos la edición más reciente de *Le Monde* de que disponemos (y que data de hace cuatro días; aquí todo viaja despacio). Parece entusiasmarse por momentos, como cuando pone a trabajar su imaginación a toda máquina—. Si este sistema de fabricación en cadena de montaje funciona con los coches, ¿qué otras aplicaciones podría tener? Piensen en los avances en productividad, ¡y en los tecnológicos!
- —O en la guerra —digo en voz baja—. También se fabricarán armas mediante ese sistema.

Mi padre me mira con curiosidad.

—Supongo que tiene razón. La automatización aumenta el potencial de toda la humanidad, tanto para bien como para mal.

Veo a Peter al fondo, intentando no perderse, y a Katia haciendo un avión de papel con una página de *Le Monde*. Cierto, debería dejarles participar, pero no puedo desperdiciar ni una sola oportunidad de hablar con mi padre.

—Sin embargo, ¿no cree usted, Su Alteza Imperial, que los beneficios acabarán superando las desventajas?

Mi padre se sube los anteojos. Seguro que son un incordio; esta versión de papá no dispone de la opción de llevar lentillas.

—No es una operación tan simple. No se trata solo de sumar y restar, tal vez intervengan cálculos más complejos. —Empiezo a juguetear con el pelo antes de

recordar que, por una vez, lo llevo arreglado—. Habrá mayor abundancia de bienes y serán más baratos, pero eso conduce a considerarlos desechables. Cambiaremos la individualidad y el oficio por la previsibilidad y la asequibilidad. Se crearán innumerables puestos de trabajo, pero a medida que la industria se globalice, esos puestos de trabajo se trasladarán en masa hacia países en desarrollo, con menos leyes laborales que protejan...

Todo el mundo me mira. Mi padre, admirado; Peter y Katia, desconcertados. ¿Cuántos anacronismos acabo de utilizar? Tal vez esta Marguerite no le da tantas vueltas a las cuestiones económicas.

—... así que, esto, las consecuencias de la Revolución industrial son complejas, y todo eso. Sí.

Mi sonrisa debe de parecer incluso más incómoda de lo que me siento.

—Revolución industrial —repite mi padre despacio—. Qué expresión tan interesante. Podría resumir gran parte de lo que ocurre hoy en el mundo. Revolución industrial... Muy bien dicho, Su Alteza Imperial.

A pesar de lo absurda que resulta la situación, no puedo evitar disfrutar de los cumplidos de mi padre. Me entran ganas de echarme a llorar una vez más y tengo que apartar la mirada.

Las clases acaban y, con pesar, dejo el aula junto con mis hermanos. Antes de irme, sonrío a mi padre. Es mucho menos de lo que siento, pero no puedo arriesgarme a más. Paul ha estado esperando todo el rato en el pasillo, junto a la guardia personal de Peter y Katia. Aun así, no muestra ninguna impaciencia, es como si estuviera dispuesto a esperarme el tiempo que haga falta, por largo que este sea.

—Otra vez la favorita del profesor —comenta Katia con retintín cuando echamos a andar.

—Ay, calla —protesto.

Peter ríe.

—Eres su preferida y lo sabes. Aunque es normal, porque eres la más lista.

Mi hermano no parece envidiar la intimidad que comparto con nuestro tutor, aunque es obvio que mi hermana sí.

- —Ni tan solo es apropiada la forma que tenéis de enzarzaros en un tema. —Katia se aparta el pelo, que cuelga en una larga trenza sobre su espalda—. Igual le gustaría enseñarte algo más, aparte de historia, ¿eh?
- —¡Yekaterina! —salto de manera fría y cortante. Es evidente que ignora lo grotesca que resulta su broma, pero eso no cambia el hecho de que desee abofetearla —. ¿Cómo te atreves a decir algo tan feo? Y falso.

Yekaterina se encoge. Incluso su beligerancia tiene un límite.

- —¡Solo era una broma!
- —No se bromea con esas cosas, ni siquiera conmigo. El profesor Caine es un buen maestro, de todos nosotros, y deberías respetarlo.
 - —De acuerdo, de acuerdo —masculla entre dientes, dispuesta a olvidar el tema.

Gracias a Dios. Lo último que necesito es que averigüe la verdadera razón de la predilección de nuestro tutor.

Descubro que todos pasamos la tarde de modos distintos: Katia, bordando con una de nuestras primas, cosa que debe de odiar. Peter, tomando clases de equitación y, tal vez, dando una vuelta por los campos de entrenamiento de los soldados con Vladímir, cosa que debe de encantarle. ¿Y yo? Pues se supone que yo debo pasar el resto del día contestando la correspondencia que mantengo con distintos parientes, también miembros de la realeza, y que viven desperdigados por toda Europa.

Un plan con bastantes problemas. Primero de todo: no conozco a ninguno de esos parientes. De acuerdo, tengo una lista, pero ¿se puede saber quién es Su Alteza Serenísima la princesa Dagmar de Dinamarca? Bueno, a ver, es obvio que se trata de una princesa que se llama Dagmar, pero ¿somos primas? ¿Amigas? ¿Prácticamente desconocidas? ¿De qué solemos hablar? Segundo: estoy casi segura de que existen protocolos para este tipo de cosas, fórmulas epistolares reales a las que atenerme, que desconozco por completo.

Aunque, a decir verdad, tampoco sé a qué más podría dedicarme ahora mismo. Hasta que regrese el coronel Azarenko y recupere el Pájaro de Fuego de Paul, tengo que procurar pasar por la verdadera gran duquesa Margarita como sea. Y eso significa escribir cartas. En la biblioteca, doy con un libro titulado *Lista de los miembros de la realeza*, *nobleza y los oficiales más destacados*, en el que aparecen las familias reales de cada país, con anotaciones que explican los lazos familiares que nos unen.

Por lo visto, estoy emparentada con casi todo el mundo.

Paul me acompaña, a varios pasos de mí. Debe de resultarle extraño que necesite este material de referencia, pero no hace absolutamente ningún comentario al respecto y se limita a esperar con paciencia. El libro me ayuda a creer que controlo algo más la situación, aunque sea un desastre con las cartas. La estilográfica escupe tinta y emborrona las palabras, y se tarda mucho escribiendo a mano; en mi opinión, es más fácil mantenerse en contacto con alguien por Skype.

Entre una carta y otra, busco en la *Lista* cualquier referencia a un tal Theodore Willem Beck. Vale, la posibilidad de que Theo también pertenezca a la nobleza es extremadamente remota, pero estoy desesperada por saber dónde está. En un mundo sin Google, resulta bastante más difícil encontrar este tipo de información. Sin embargo, el libro no lo menciona, del mismo modo que, esta mañana, mis doncellas tampoco habían oído hablar de él. El paradero de Theo sigue siendo un misterio.

Mientras me concentro en una carta dirigida a una princesa griega que, por lo visto, es tía mía, soy perfectamente consciente de la presencia de Paul. Se halla junto a la puerta del salón donde he decidido trabajar, y estamos solos en la inmensa y elegante estancia, observados por óleos que representan a algunos de mis antepasados, aunque ninguno de ellos parece aprobar lo que hago. Al final, ya no puedo soportar más el silencio.

—Todo esto debe de resultarle bastante aburrido, Markov —digo.

Paul ni siquiera vuelve la cabeza.

- —En absoluto, mi señora.
- —¿No preferiría estar con su... regimiento? ¿Lo he dicho bien? ¿Con sus... compañeros?
 - —Mi deber me exige permanecer a su lado, mi señora.

Hay algo en el modo en como dice «mi señora» que me pone nerviosa. Vuelvo a concentrarme en la carta, pero lo único que consigo es quedarme mirando el papel.

Vale, ahora sé que Paul Markov no es un asesino. Resulta un alivio, aunque es una realidad que plantea más preguntas de las que responde. ¿Por qué destruiría Paul los datos y la investigación de mi madre y huiría? Y si es del todo inocente, ¿por qué se había revuelto con tanta ferocidad contra Theo en Londres?

Bueno. Theo y yo lo atacamos primero, y Paul había dicho que había sospechado de Theo al verlo...

«Espera. —Abro los ojos de par en par—. Theo... no puede ser.»

No. No puede ser y punto. Theo asumió un gran riesgo cuando decidió ayudar a mi madre y vengar a mi padre; había saltado de una dimensión a otra sin garantías de no acabar convertido en una «sopa atómica». Está tan desconcertado con lo que ha ocurrido como yo. Los mundos cambiantes que me rodean me han hecho dudar de muchas cosas, pero al menos la lealtad de Theo ha quedado demostrada más allá de toda duda.

Paul Markov sigue siendo un misterio.

Sin embargo, es un misterio que debo resolver si quiero conservar la esperanza de recomponer el Pájaro de Fuego.

Intento concentrarme en la carta, pero no puedo. Paul se adelanta al ver que bajo la cabeza y la apoyo en una mano.

- —Mi señora, ¿se encuentra bien?
- —Estoy... saturada, nada más.
- —¿Desea pasear por la sala oriental, mi señora?

¿La sala oriental? Cuando alzo la vista, Paul está sonriendo, aunque con timidez. Incluso aquí, en un mundo donde es un oficial del ejército completamente uniformado, con pistola y cuchillo al cinto, sigue temiendo hablar más de la cuenta.

Me levanto y dejo que abra el camino.

Paul me conduce por los largos pasillos del Palacio de Invierno. Los techos dorados relumbran sobre mi cabeza mientras dejamos atrás columnas de mármol verde y cruzamos habitaciones pintadas de oro, carmesí o azul real; mis zapatillas imitan débilmente el eco que los tacones de las botas lustrosas producen sobre los suelos de madera. Por fin llegamos junto a unas puertas altas y blancas. Paul las abre y se hace a un lado para dejarme pasar primero. Cuando entro, apenas consigo reprimir un grito ahogado.

La sala oriental resulta ser la habitación en que nuestra familia guarda los huevos Fabergé. Cada uno de ellos es una obra maestra de la joyería. Son lo bastante pequeños para caber sin problemas en la mano de un adulto, y tienen incrustaciones de porcelana, u oro, o joyas, aunque la mayoría de las veces se trata de una combinación de los tres. Algunos son de una belleza modesta, como el esmaltado en rosa y adornado con hileras de perlitas; otros son verdaderos ingenios, como el huevo de lapislázuli rodeado de anillos de plata, imitando a Saturno, que descansa en una «nube» de cuarzo lechoso salpicado de estrellas de platino.

En mi dimensión, solo han sobrevivido unos cuantos huevos Fabergé de la época en que los Romanov se los regalaban entre sí como presentes de Pascua. En esta dimensión, dicha tradición ha perdurado más de un siglo. Un par de centenares de huevos lanzan destellos desde las largas estanterías que cubren las paredes. Es como estar dentro de un joyero, aunque resulta mil veces más deslumbrante, porque cada huevo es una obra de arte única en sí misma.

Me acerco de puntillas hasta uno de los estantes, con sumo respeto, y escojo uno de alabastro. Repito para mis adentros: «Que no se te caiga, que no se te caiga, por favor, por favor». El cierre de plata que hay en medio se abre y al levantar la tapa aparece un bailarín de cuerda, una marioneta metálica que empieza a bailar mientras suena una melodía. Es tan bello, tan delicado, que me deja sin habla.

—No es el favorito de siempre —dice Paul en voz baja.

¿Cuántas veces me habrá traído aquí tras sentirme abatida? Tengo la sensación de que esta dista mucho de ser la primera tarde que nos encontramos a solas en esta sala.

—¿Y cuál es mi favorito? —Miro a Paul a sus ojos grises, retándolo a que demuestre lo que me conoce.

Sin vacilar, señala un huevo del vivo e intenso color rojo del vino, decorado con delicadas filigranas de oro. Solo la belleza del rojo... Podría pasarme horas mezclando pinturas sin conseguir la intensidad de ese color.

En ese momento caigo en la cuenta de por qué Paul se mantiene a distancia: seguramente no se le permite tocarlo.

—Bájemelo, Markov —digo alzando la barbilla.

Vacila apenas un instante antes de tomar el huevo entre sus poderosas manos. (Y son muy grandes, y muy fuertes. Creo que podría rodearme la cintura con las dos.) Lo observo mientras levanta la tapa y desvela la «sorpresa», el suplemento de refinamiento y maestría ocultos en el interior de cada huevo. En este caso se trata de un pequeño colgante de plata, un retrato diminuto y enmarcado de mi madre.

—Oh —susurro.

¿Cómo no va a ser este mi favorito, el que tengo en mayor estima? Paul deposita el huevo en mis manos con delicadeza. Sus dedos rozan los míos durante una fracción de segundo, y sin embargo sigo sintiéndolos mucho después de haberlos apartado.

Continuamos en el mismo sitio, muy juntos, contemplando el objeto delicado e inestimable que sostengo en las manos. Soy consciente del silencio de Paul, del ritmo de su respiración. Estamos solos en una sala que se extiende en todas direcciones, con

un techo que forma una bóveda a seis metros de altura por encima de nuestras cabezas y, aun así, nuestra cercanía casi resulta insoportablemente íntima. La luz del atardecer se cuela por los altos ventanales y se refleja en las condecoraciones militares y en el dorado del huevo que sostengo.

—Su madre era muy hermosa, mi señora —dice Paul.

Solo puede juzgarlo por el retrato. Es probable que, en esta dimensión, nunca llegara a conocerla. Pienso en lo mucho que ella lo quiere, en casa, y siento una punzada de dolor ante este nuevo vacío, ante esta otra relación que debería haber existido.

- —Sí, lo era.
- —Igual que usted, mi señora.

No puedo mirarlo. No puedo respirar.

¿Por qué me afecta de esta manera?

Sin embargo, si soy sincera, lo que siento empezó hace tiempo, había pasado de la curiosidad a la esperanza, y de ahí a algo a lo que no soy capaz de ponerle nombre.

- —¡Ay…! —Tuerzo el gesto al ver que uno de los ganchos del interior del huevo de color vino cae en la cáscara y que el retrato de mi madre queda descolgado—. Lo he roto.
- —No se preocupe, mi señora. Estoy seguro de que el tutor podrá arreglarlo. El profesor Caine es muy diestro con sus herramientas de relojero.

¿Cómo no? En casa, mi padre enredaba con relojes viejos de vez en cuando y hacía que volvieran a funcionar. Su portentosa mente científica, privada de retos teóricos en este mundo, se ha centrado en problemas más mecánicos. Aquí debe de estar enredando con maquinaria a todas horas.

Por fin levanto la vista hacia Paul, y sonrío con tal felicidad que imagino su sorpresa. Sin embargo, no puedo evitarlo.

Acaba de ocurrírseme otra vía de escape.

—Profesor Caine. —Resulta muy extraño llamarlo de otro modo que no sea papá.

Aunque, a decir verdad, ¿hay algo aquí que no resulte extraño?

Mi padre entra en la sala oriental acompañado por Paul, a quien he enviado a buscarlo. Cuando ve el huevo de color vino en mis manos, asiente, adivinando la razón por la que lo he hecho llamar.

- —Es ese gancho, ¿verdad? En serio, un día de estos tendrían que decirles a los joyeros Fabergé que vuelvan a engastarlo como es debido, Su Alteza Imperial. Rebusca en su chaqueta y extrae un pequeño rollo de cuero, el estuche de sus herramientas de relojero—. Pero no tema, por el momento puedo arreglarlo.
- —No lo dudo. —Le sonrío, intentando engatusarlo para que me haga ese favor, hasta que caigo en la cuenta de que es un poco ridículo. Cuando se es una gran duquesa de la casa de Romanov, no pides favores, das órdenes.

Sin embargo, sigue siendo mi padre y, más que nunca, deseo tratarlo con respeto.

—Tengo otro trabajo para usted, si no le importa echarle un vistazo. —Con delicadeza, coloco el huevo en una mesita auxiliar y luego meto la mano en el bolsillo. Allí, envuelto con cuidado en mi pañuelo de encaje, están las piezas del Pájaro de Fuego—. Se me ha roto este colgante.

Mi padre me lanza una mirada por encima del huevo, sonriendo.

- —Creo que intenta convertirme en joyero para evitar los exámenes de francés.
- —No, se lo prometo. Se trata de algo importante para mí, y complicado... —Me detengo antes de que empiece a parecer nerviosa. Si mi padre (o Paul, que hace guardia junto a la puerta) se dan cuenta de cuánto me preocupa el Pájaro de Fuego, eso podría motivar preguntas que no puedo responder—. Verá, el colgante es algo más que un adorno. Cuando todas las piezas estén montadas, volverá a funcionar.
- —¿Qué hace? —Mi padre se sube los anteojos mientras yo aparto un poco el pañuelo para mostrarle las piezas de color bronce que oculta—. ¿Música?
- —No. —De todos modos, ¿qué debería decirle? No creería la verdad—. Me temo que no estoy segura.
- —Entonces, dudo que sepa recomponerlo si no sé qué debería hacer. Por descontado que deseo ayudarla, Su Alteza Imperial, pero tal vez debería encomendar esta tarea a un profesional.

Oh, no. Si Paul y yo queremos contar con un plan B para salir de esta dimensión, necesito que alguien como mi padre se concentre en el Pájaro de Fuego. Vale, ha acabado siendo tutor en esta vida, pero eso no cambia el hecho de que sea un genio. Es mi mejor baza, tal vez la única.

No existen garantías de que el coronel Azarenko no haya tirado o vendido el colgante del Pájaro de Fuego de Paul para cuando haya regresado de Moscú. Si no

arreglamos el mío, Paul y yo nos quedaremos atrapados aquí de por vida.

Para calmar el pánico creciente, respiro hondo varias veces y observo a mi padre trabajar en el huevo rojo de Fabergé. Maneja unas tenacillas diminutas con gran habilidad para volver a dar forma al gancho, pero lo que hace a continuación es lo que me deja sin habla.

Coge el retrato de mi madre, el que encargó el zar Alejandro V, quien seguramente no ha vuelto a mirarlo, y lo sostiene largo rato, absorto en la imagen. En su interior descubro la tristeza y la añoranza más profundas que he visto nunca.

(«No sabía cómo era tu padre la primera vez que vino a verme —me contó mi madre una vez mientras cocinábamos en el patio de atrás, durante una caliginosa tarde de verano—. Aunque ya estaba medio enamorada de él.» Mi padre se había echado a reír mientras la abrazaba por detrás. «Y yo me había equivocado de foto al consultar las del profesorado, por lo que pensaba que la tal "doctora Kovalenka" era bastante mayor. —Le tomó una mano y se la besó—. Aun así, habíamos intercambiado alguna que otra ecuación bastante sugerente. Yo también estaba medio enamorado. Ya ves que fue un cortejo muy intelectual… al principio.» «Al principio. —Mi madre esbozó una sonrisa inconfundiblemente pícara—. A ver, acabé de enamorarme cuando nos conocimos en el aeropuerto y descubrí que eras muy, muy atractivo.» «Lo mismo digo —confesó mi padre—. Estuve a punto de abalanzarme sobre ti en la recogida de equipajes.» Josie y yo fingimos que nos entraban náuseas; éramos pequeñas y aún pensábamos que era repulsivo ver a tus padres haciéndose arrumacos de esa manera. Aquello había sido antes de comprender lo raro que es encontrar a dos personas que sigan enamoradas toda la vida.)

Tal vez no hago bien al jugar con sus sentimientos, pero en el fondo de mi corazón sé que mi padre querría ayudarme, y consolar a la versión de mi madre que lo llora en casa, desesperada por que su hija regrese a su lado. Está justificado. Al menos, eso espero.

—Era de mi madre —digo mientras le tiendo una vez más el Pájaro de Fuego envuelto en encajes.

Ahora sí. Mi padre aparta la vista del huevo Fabergé.

- —¿De su madre?
- —Solía enseñármelo cuando yo era pequeña. —La primera regla al mentir, me había explicado Theo una vez, es: «Cuanto menos te enredes, mejor»—. No recuerdo lo que hacía, pero sí que me gustaba mucho. Era algo que compartía con mi madre, por eso me hizo tanta ilusión cuando lo encontré hace unos días. Pero, ya ve, todas las piezas están sueltas y alguien tendrá que volver a montarlo. Usted podría... Sé que sí.

Con suma delicadeza, mi padre vuelve a colocar el diminuto retrato esmaltado de mi madre en el interior del huevo de color vino y lo cierra. A continuación, toma el pañuelo de encaje entre sus manos y levanta una de las piezas del Pájaro de Fuego, un trocito de metal ovalado incrustado de chips informáticos. El alma se me cae a los pies al comprender que es imposible que tenga la más remota idea de qué es un chip

informático. ¿Estoy engañándome? ¿Estoy intentando convencerme de que es posible?

—¿Sabe más o menos qué aspecto debería de tener, Su Alteza Imperial? — pregunta.

Toco la tapa del colgante.

- —Las piezas encajan en este medallón, quedan recogidas de tal manera que parece una joya compacta. Y creo que todo está bien y que no falta nada, solo se ha desmontado. Pero no sé más.
- —Casi todos los mecanismos tienen una especie de lógica interna —dice mi padre tras estudiarlo unos segundos—. Tal vez podría arreglarlo, con tiempo.
 - —¿Lo intentará?
 - —¿Por qué no? Me encantan los rompecabezas.

La esperanza se reaviva en mi interior con fuerza inusitada.

—¡Ay, gracias!

Mi primer impulso es abrazarlo, pero consigo reprimirme.

Mi padre sonríe mientras cubre los restos del Pájaro de Fuego con el pañuelo de encaje.

- —De nada, Su Alteza Imperial. Es siempre un placer ayudarla.
- —No sabe lo que significa para mí.

¿Es posible que al final salga de esta?

—Lo entiendo —se limita a contestar, pero en esas dos palabras oigo el amor que le profesa a mi madre y lo que estaría dispuesto a hacer en su memoria.

Por muy listo que se sea, ni siquiera mi padre puede reparar al instante un complejo mecanismo que no ha visto nunca. Ni hacer que el día tenga más horas. Las Navidades son el punto álgido de la temporada aquí en San Petersburgo, lo que significa que prácticamente cada noche hay una cena, un baile o un evento social. Mi padre está exento de asistir a alguno de esos actos; yo, de ninguno. Azarenko sigue en Moscú y, sin esa máquina del tiempo que mi madre nunca llegó a inventar, no puedo hacer que Año Nuevo llegue antes.

Por el momento, no me queda otra que hacerme a este lugar.

Empiezo por lo básico. Memorizo como puedo la lista real. En mi escritorio aparece un calendario con mis compromisos, así por fin sé qué se espera de mí, y encuentro un mapa del Palacio de Invierno que me ayuda a moverme por él. (Seguramente acabarían con la mosca detrás de la oreja si me perdiera en mi propia casa.)

Lo más extraño de todo es lo poco extraño que me resulta. Al cabo de unos días, encuentro de lo más normal llevar vestidos largos hasta el suelo a diario y el pelo recogido en lo alto de la cabeza en una intrincada corona de trenzas. Mi paladar se habitúa al caviar salado, al sabor agridulce del *borsch* y a la contundencia del té ruso.

Leo y hablo inglés, francés y ruso y cambio de uno a otro sin dificultad. Además, procuro practicar bastante con la esperanza de llevarme un poco de francés y ruso de vuelta a casa.

Todas las mañanas, las criadas me ponen a punto para pasar el día y se encargan de todo lo necesario, desde subirme las medias a sacar brillo a mis pendientes antes de apretármelos en los lóbulos de las orejas con fuerza. (Nada de agujeros para una gran duquesa: en esta dimensión, al menos en San Petersburgo, cualquier tipo de perforación corporal equivale a llevar una camiseta que diga: PROSTITUTA. PREGÚNTEME A CUÁNTO LA HORA.) Incluso cuando, a la cuarta mañana de estar aquí, me viene la regla. Es un verdadero incordio, hay que ponerse una prenda parecida a un liguero, aunque nada *sexy*, y toallas dobladas entre las piernas. Tengo que quedarme allí plantada, tan roja que debo de estar volviéndome morada, mientras me lo cambian cada pocas horas y se llevan las toallas para que las lave a mano alguna pobre desdichada. ¿Por qué no me ha podido venir la regla en la dimensión en la que vivía en un Londres futurista? Seguro que tenían, ¿qué se yo?, tampones espaciales milagrosos o algo por el estilo. Sin embargo, a las criadas no parece importarles, así que intento sobrellevarlo sin perder la compostura.

Todos los días acudo al aula y estudio francés, economía, geografía y cualquier cosa que consigo hacer repasar a mi padre. Él responde a este estallido de curiosidad introduciendo más clases de ciencia sobre los adelantos del momento, como la carrera aeronáutica. (Los aviones ya se han inventado, pero están en pañales, y aún son aparatos hechos de tela y hélices. Hasta el momento, el vuelo más largo de la historia ha durado unos veinte minutos.) A Peter le encanta, y hace tantas preguntas que no sé si no habrá heredado la curiosidad científica de mi madre. Katia hace un mohín ante el trabajo extra, pero sé que también despierta su interés, aunque sea a regañadientes.

Con los días, no se me hace más fácil volver a ver a mi padre, pero agradezco incluso el dolor. Poder disfrutar esta última oportunidad de pasar más tiempo con él es un regalo que hasta ahora nunca supe valorar.

Y Paul siempre está cerca. Siempre está conmigo. Si no en la misma habitación, entonces junto a la puerta.

Al principio, la tranquilidad de saber que lo tengo a mi lado no tiene dobles lecturas. Mientras se encuentre cerca, puedo encargarme de que no le pase nada. Me permite creer que recuperaremos el Pájaro de Fuego, o que mi padre reparará el mío, con el que haré que Paul recuerde quién es. Solo entonces estaré segura de que podemos volver a casa.

Hay programado un nuevo baile, uno más de los muchos que preceden a la Navidad, pero no podré fingir otro desvanecimiento para librarme de este. Por desgracia, no sé bailar lo que suele bailarse en este tipo de eventos, donde parece que el vals tiene bastante peso.

No tengo ni idea de valses. Si la hija del zar sale y hace el ridículo, seré la comidilla de la gente.

Por la tarde, cuando Paul y yo vamos a la biblioteca, en lugar de sentarme como de costumbre en mi pupitre, me dirijo a Paul tan pronto cierra las altas puertas detrás de nosotros.

—Teniente Markov, me gustaría aprender a bailar el vals.

Se queda parado y me mira fijamente. ¿Quién no lo haría?

- —Mi señora, es usted una bailarina experimentada —se atreve a decir al cabo de un momento—. La he visto bailar el vals en muchas ocasiones.
- —Sea como fuere... —¿Eso suena regio? Tal vez exagero un poquito—. Esto... Creo que estoy un poco oxidada. Me gustaría practicar antes de esta noche. Bailará conmigo, ¿verdad?

Paul se pone derecho; parece tan incómodo e inseguro como en casa. Sin embargo, contesta:

- —Como desee, mi señora.
- —De acuerdo. Bien. Primero necesitamos música.

En un rincón hay un viejo fonógrafo con una de esas trompetas que solían servir de altavoz. En las películas parecen muy fáciles de usar: pones el disco, le das a la manivela y listos.

Sin embargo, al acercarme, con unas zapatillas cuyos pasos la gruesa alfombra persa se encarga de amortiguar, me doy cuenta de que este fonógrafo no utiliza discos. Estoy bastante familiarizada con la colección de vinilo de mi padre, pero estos son... ¿cilindros? ¿De cera?

Disimulo mi torpeza como puedo.

—Markov, elija la música.

Se acerca con soltura y escoge un cilindro. Presto atención para poder hacerlo yo la próxima vez si es necesario. A continuación, acciona la pequeña manivela del costado y empieza a sonar una suave música metálica de bellas notas a pesar del siseo y la crepitación del ruido de fondo.

—Sería mejor sobre un suelo despejado, mi señora —advierte Paul cuando me vuelvo hacia él, lista para empezar.

Claro. Los salones de baile nunca están alfombrados.

Lo sigo hasta un lugar cerca de las ventanas, donde no hay alfombras. Los cuadrados que pisamos parecen listados gracias a las magníficas incrustaciones de distintas maderas. Nos baña la cálida luz que se cuela por los estrechos ventanales, en la que el pelo castaño claro de Paul desprende destellos cobrizos al reflejarse en él.

—Si me permite, mi señora.

Extiende las manos de un modo un tanto rígido (las aproxima, pero sin llegar a tocarme) y comprendo lo que me pide: necesita permiso.

Levanto la vista hacia él y me doy cuenta de que... desea tocarme.

—Se lo permito, Markov —contesto, no sé cómo.

Toma mi mano derecha. Dejo la izquierda en su hombro, hasta ahí lo tengo claro. Su otra mano se cierra sobre la curva de mi cintura, cálida incluso a través de la seda blanca de mi vestido.

Me resulta difícil mirarlo a los ojos, pero no aparto la vista. No puedo.

Y entonces Paul empieza a bailar. Se trata de pasos sencillos (UNO, dos, tres; UNO, dos, tres), pero, aun así, al principio me siento torpe. Disimular que no sabes bailar es más difícil; sin embargo, recuerdo algo que mi madre me dijo una vez sobre los bailes formales, que solo había que seguir al hombre. Tenías que dejarte llevar, permitir que él te guiara y te moviera todo el tiempo.

Por lo general, no se me da bien lo de acceder a que otra persona lleve la batuta, pero esta vez cedo y dejo que Paul tome el mando.

Noto la presión sutil de su mano en mi espalda; no me zarandea de aquí para allá, sino que insinúa con suma delicadeza hacia dónde va a dirigirse. Las manos unidas descienden a la vez y modifico mi postura para que él pueda inclinarme un tanto hacia atrás. La posición y las vueltas me marean ligeramente, aunque casi me sirve de ayuda. Ahora puedo entregarle el control. Puedo dejar de pensar, dejar de preocuparme, y vivir solo para el vals.

Paul se percata del cambio y se vuelve más atrevido. Me hace girar en círculos cada vez más amplios. Mi larga falda da vueltas a mi alrededor. Río llena de alegría y me veo recompensada con su sonrisa. Es como si todo mi cuerpo supiera a la perfección cómo va a moverse Paul, y bailamos con abandono, por puro placer. La mano de Paul se tensa en mi espalda, acercándome a él... Momento en que termina la pieza. Nos detenemos en seco mientras la música se desvanece. Solo se oye el ruido de fondo.

Nos quedamos allí plantados unos segundos, en una posición de baile que se ha convertido en un abrazo. A continuación, Paul me suelta y retrocede un paso.

- —Sigue siendo una excelente bailarina, Su Alteza Imperial.
- —Gracias, Markov.

¿Es así como se comportaría una princesa? ¿Alejándose de su pareja de baile sin más, sin un solo vistazo atrás? Eso espero. Me siento detrás de mi pupitre y finjo concentrarme en las cartas que tengo delante, como si hasta la última célula de mi ser no fuera completa y absolutamente consciente de que Paul retoma su puesto junto a la puerta.

Tengo que saber por qué baila conmigo de ese modo, por qué me mira así. ¿Qué había entre la Marguerite y el teniente Markov de esta dimensión?

Esa noche, mientras espero a que mis doncellas hagan acto de presencia y me preparen para el baile, miro entre las pertenencias de la gran duquesa Marguerite en busca de... cartas de amor, un diario, cosas por el estilo. El corazón me da un vuelco al ver un portafolio. ¡Ella también es artista! Ahora mismo, daría lo que fuera por mis óleos.

Sin embargo, esta Marguerite no pinta con óleos. Dibuja.

Lápices y carboncillo, esas son sus herramientas, que descubro en un pequeño estuche de cuero. Mi profundo interés por el color y la profundidad no se refleja en su obra en lo más mínimo; al contrario, le atrae más el detalle, la precisión. Aun así, soy capaz de reconocer elementos en su trabajo que se asemejan a los míos.

Aquí está Peter, leyendo un libro, fascinado, con las cejas ligeramente enarcadas; Katia, esforzándose tanto en parecer mayor que, al final, está un poco ridícula...

Y Paul.

Sentada en la alfombra bordada de mi dormitorio, paso las hojas de papel y veo dos, tres, un sinfín de bosquejos de Paul Markov. Cuando recuerdo el retrato que hice trizas, me avergüenzo. No solo por destruir mi trabajo al pensar algo equivocado sobre Paul, sino también porque, en realidad, nunca he llegado a captar su personalidad en mi pintura. Al menos, en comparación con esta Marguerite; ella es buena de verdad.

Ha conseguido plasmar algo casi intangible en este perfil, esa especie de determinación propia de Paul que impregna todo momento, por informal que sea. Paul aparece en este en posición de firmes, y la entregada minuciosidad con que ha dibujado los hombros me revela que esta Marguerite se fija en el modo como el uniforme cae sobre su cuerpo, en cómo se mueve Paul.

Por último, alzo un dibujo realizado en la sala oriental. No sé decir si Paul ha posado por voluntad propia para los otros, pero no lo ha hecho para este. Los retratos realizados de memoria tienen una cualidad más afable, más afectuosa, aunque también más insegura. Marguerite ha plasmado esa inclinación sutil de la cabeza que significa que está prestando atención, la mirada turbulenta. Los huevos aparecen dibujados detrás de él, más como sombras que como otra cosa, aunque veo que ha sugerido algunos detalles: una insinuación de esmalte en uno, el destello del dorado en otro.

Intento concentrarme en esas cosas y no en cómo ha dibujado a Paul, que mira a la artista a los ojos con una expresión en la que se mezclan el dolor y la esperanza a partes iguales.

(Mirándome. Mirándome constantemente.)

Reúno a toda prisa los dibujos repartidos sobre el regazo de mi vestido y los devuelvo al portafolio. Dejo fuera los lápices y el carboncillo, aunque... nada de retratos mientras esté aquí, creo. Tal vez sea el momento de probar con paisajes para variar.

«¡Qué narices! —pienso—. Si quedo atrapada en esta dimensión, puedo ser la inventora del arte abstracto.»

Aunque no me quedaré atrapada aquí. Ni hablar. Si todo lo demás falla, mi padre me salvará. Tengo que creer en ello.

Si no quedo atrapada aquí, entonces no tendré que preguntarme qué empujaba a Marguerite a dibujar a Paul una y otra vez. Qué veía en él que le permitía plasmar su alma de un modo más completo de lo que yo nunca he sido capaz.

O cómo es que el alma de ambos Pauls parecen la misma.

Mis doncellas se superan a la hora de prepararme para el baile. Mi vestido es absolutamente plateado: la seda, el hilo, las cuentas cosidas alrededor del escote bajo y cuadrado, de los puños y del dobladillo. De nuevo me colocan la tiara de rubíes en el pelo y me hacen entrega de unos pendientes de diamantes tan pesados que no sé cómo voy a llevarlos toda la noche. El reflejo del espejo me deja atónita.

«¿Por qué tengo este aspecto en una dimensión donde no hay cámaras de móvil? —pienso, desesperada, volviéndome a un lado y al otro—. Estaría una hora haciéndome selfies, y serían los únicos que utilizaría el resto de mi vida.»

Sin embargo, cuando salgo de la habitación, veo mi verdadero reflejo en los ojos de Paul.

Al principio parece que se le corta la respiración y luego dice, casi en un susurro:

- —Mi señora.
- —Teniente Markov.

Aunque sé que debe acompañarme hasta el salón, me cuesta reprimir el impulso de tenderle los brazos e invitarlo a otro vals.

¿Podremos bailar esta noche? Seguramente, primero tendré que hacerlo con los nobles, y con Vladímir, claro, porque si bailó con Katia, entonces lo hará conmigo...

«¿Cómo puede ser que no me hayan invitado?».

La voz masculina resuena en el vestíbulo cuando Paul y yo descendemos las escaleras. Por el modo como se detiene la gente que me rodea, sé que son malas noticias.

Katia baja los escalones ruidosamente detrás de mí, con muy poca elegancia, a pesar del vestido blanco largo que lleva.

- —Ha venido —susurra—. Decían que no se atrevería.
- —No pasa nada —la tranquilizo, aunque en realidad no sé si es cierto o no.

Paul se vuelve hacia mí.

- —Si en algún momento a lo largo de la velada cree no sentirse a salvo...
- —Acudiré a usted de inmediato —le prometo.

En ese momento, Vladímir hace acto de presencia, con una cara de pocos amigos que desentona con el uniforme almidonado y las lustrosas medallas.

—Vamos —dice ofreciéndome el brazo—. Está visto que esta noche tendremos que interpretar el papel de familia feliz. Enfrentémonos juntos al dragón, ¿sí?

Con Vladímir a un lado y Katia haciéndonos de carabina, entro en el gran vestíbulo. Una vez más, decenas de nobles enjoyados y cargados de cintas pululan por doquier, fingiéndose ajenos al enfrentamiento apenas disimulado que se produce en medio de la estancia. Allí, el zar Alejandro espera con porte rígido para recibir a... alguien. Un hombre, uno o dos años menor que él, tal vez algo más delgado, aunque igual de alto, que luce una expresión de orgulloso desdén y un uniforme tan

deslumbrante como cualquiera de los que se ven por aquí.

—Tío Serguéi —dice Vladímir haciendo una reverencia. Hasta ese momento, no sabía que incluso las reverencias podían ser sarcásticas—. Qué placer verle. ¡Y justo a tiempo para las celebraciones!

«El gran duque Sergio». La información que he memorizado de la *Lista* acude en mi ayuda. Es el hermano menor del zar y su rival por el poder. No sabía hasta qué punto tomarme en serio los artículos periodísticos que hablaban de dicha rivalidad, pero ahora que veo la mirada envenenada de Serguéi, por fin lo entiendo.

El hombre entorna los ojos cuando se vuelve hacia mí.

—Tus halagos no engañan a nadie, Vladímir, pero al menos tienes la suficiente educación para fingir que te alegras de verme.

Reúno todo mi valor.

—Tío Serguéi, bienvenido.

A continuación, le tiendo la mano para que la bese. Serguéi se la queda mirando tanto rato que me pregunto si no me habré equivocado en algo, pero entonces se inclina sobre ella, la toma en la suya y pega los labios a mis nudillos.

Están fríos. Tengo la sensación de que está imaginando qué tacto tendría mi muñeca sin pulso.

Katia ofrece su mano a continuación, con un gesto tan antipático en su carita obstinada que no puedo evitar imaginármela abofeteándolo. Mientras Serguéi la trata con el mismo empalago que a mí, estudio los rostros que nos rodean: el zar, mi hermano, los nobles, Paul. No hay ni uno solo que no parezca enfadado, y en muchos de ellos también detecto miedo.

Alguien que rivaliza por el poder, desea ese poder para sí, pero tendría que arrebatárselo al zar, al hombre que todo el mundo cree mi padre. Tendría que eliminar a su heredero, Vladímir. Y a Piotr. Y a Katia. Y...

Convertirse en la Marguerite de esta dimensión significa aceptar toda su vida. No solo los vestidos y las joyas, no solo bailar con Paul.

Antes, lo único que temía era no volver a casa. Ahora, temo no salir de esta dimensión a tiempo de esquivar un peligro muy, muy real.

A la tarde siguiente, Vladímir entra en el estudio con un fajo de cartas en la mano.

—¿Ahora te encargas de la correspondencia real? —Sonrío para que vea que no lo digo en serio, aunque en realidad me gustaría saber por qué hace algo tan inusual. Tras una semana y media en esta dimensión, sé lo atípico que es que sea él quien traiga el correo en lugar de un criado.

—Esta mañana ha llegado una carta extraña. El secretario jefe ha pedido mi opinión y no he sabido qué decirle, así que te la he traído yo mismo. —Vladímir golpea el escritorio con el fajo de sobres antes de tendérmelo—. Ha llegado a través de la embajada francesa. Bastante irregular, tal vez no es más que la obra de un perturbado, pero, por lo visto, la carta de presentación era extremadamente persuasiva. Aseguraba que te interesaría ver esto. —Saca el primer sobre del fajo y me lo enseña—. ¿Es así?

Escrito con una elegante y refinada letra inglesa, se lee en el apartado del destinatario: «Su Alteza Imperial, la gran duquesa Margarita de todas las Rusias».

Debajo se lee otro nombre: «Meg».

«¡Theo!». Le arrebato el sobre de la mano con tanta rapidez que se echa a reír, sorprendido, aunque no me interrumpe cuando rompo el sello de cera para leer la carta que guarda en el interior.

Bueno, pues ya ves, soy químico en París, y pensaba que era bastante alucinante hasta que leí un periódico y vi en qué andabas tú. ¿Cómo narices has llegado a ser la hija del zar? No sé cómo te las has apañado, pero... buena jugada, Meg. Buena jugada.

Paul ha saltado a esta dimensión, obviamente, y tú también; eso lo sé por mi Pájaro de Fuego. Casi llevo una semana aquí y ninguno de los dos ha saltado a ninguna parte. Me subo por las paredes intentando imaginar por qué. Estaría más preocupado si no supiera que estás rodeada de guardias que pueden protegerte en mi lugar. ¿Has visto a Paul? ¿Has utilizado tus poderes principescos para que lo ejecuten según alguna cruel tradición rusa?

Me sobresalta leer las palabras de Theo. Es aún peor recordar que, no hace mucho, creía que Paul era un asesino. Miro a Paul por encima de la carta, allí de pie, junto a la puerta. Theo cree que necesito guardias para protegerme de él; en cambio, es Paul quien me protege.

Hablando en serio, estoy preocupado por ti. No sé por qué sigues aquí. ¿Estás esperándome? Por favor, no lo hagas. Es muy difícil obtener un visado para viajar a

Rusia (lo he comprobado), sobre todo cuando no hablas ruso.

Las otras únicas posibilidades que se me ocurren son que tu Pájaro de Fuego se haya estropeado, que estés enferma o que ahora mismo no recuerdes quién eres en realidad. Si se trata de esto último...; vaya, esta carta debe de parecerte demencial! Espero que no estés enferma; leo los periódicos a diario, intentando saber cómo te encuentras.

Si le ha pasado algo a tu Pájaro de Fuego, dímelo, ¿de acuerdo? Será más fácil que tú me escribas a mí que al revés. Tal vez incluso podrías apañar un visado para un químico parisino prometedor. O, eh, podrías pedir que te llevaran a París para ir de compras y estar a la última moda, ¿no crees? Parece que los sombreros gigantescos son la última sensación. Dile al zar que necesitas unos sombreros gigantescos. Haz lo que sea para venir. Es el único modo de que pueda echarte una mano y volver a ver tu carita. No sabía lo mucho que echaría de menos esa cara tuya.

Por cierto, no te preocupes por mí. He rechazado una oferta para trabajar en la investigación del radio y vivo a un par de paradas de metro del Moulin Rouge. En París estoy como en casa.

Solo me faltas tú.

Dejo caer la carta sobre el regazo, abrumada por tantas emociones que no consigo describirlas. La alegría que me produce volver a saber de Theo se mezcla con la esperanza (¿puede arreglar el Pájaro de Fuego si mi padre no lo consigue?), con la preocupación (¿cómo vamos a vernos?) y con la culpabilidad..., porque Theo me echa de menos. Se preocupa por mí. Le importo, y yo no sé qué siento por él.

A veces pienso en aquella noche en Londres, en el modo en que se inclinó sobre mí en la cama y me besó en la clavícula. El recuerdo es embriagador.

Sin embargo, no es tan potente como el de Paul junto a la puerta de mi dormitorio, observándome pintar. O enseñándome a bailar el vals, aquí, en esta misma habitación.

Una vez más me vuelvo hacia Paul, justo en el momento en que él se vuelve hacia mí. Nuestras miradas se encuentran y algo se estremece en mi interior. Paul se pone derecho, más formal que antes, intentando fingir que ese momento no ha existido.

- —Parece como si te hubiera alcanzado un rayo —dice Vladímir. Aunque su intención es la de burlarse de mí, detecto verdadera preocupación en su voz.
- —Es personal —contesto. Cuando levanto la vista, tengo la impresión de haber ofendido a Vladímir; seguramente la Marguerite de esta dimensión se lo cuenta casi todo. Parece el tipo de chico en el que confiarías. Le tiendo una mano, y cuando la toma en la suya, intento sonreír—. ¿Crees que el zar me dejaría viajar a París para comprarme sombreros?
 - —¿Todo esto es por unos sombreros?
 - —En cierto modo.

Vladímir niega con la cabeza.

—Nunca entenderé a las mujeres.

Se marcha enseguida, así que me pongo a escribir a Theo. Luego intento terminar la correspondencia de la tarde, pero soy incapaz de concentrarme. La carta de Theo me ha recordado la extraña posición que ocupo en esta dimensión, lo difícil que será salir de aquí, si es posible, y que ahora mismo no puedo pararme a pensar en lo que siento por él (y por Paul).

Bajo la cabeza y la apoyo en la mano, cansada y superada.

- —¿Se encuentra bien, mi señora? —pregunta Paul al cabo de un momento.
- —Sí. Por supuesto, hoy... Hoy creo que va a costarme acabar la correspondencia. —Busco algo de qué hablar que no sea un completo polvorín emocional. Cosa que, ahora mismo, no es fácil—. Esta carta es para una princesa rumana que vendrá a San Petersburgo. ¿Por qué una gran duquesa rusa le escribe a una princesa rumana en inglés? De hecho, ¿por qué hablamos en inglés ahora mismo?
- —Es costumbre real desde hace generaciones —contesta, obviamente receloso de adónde conduce todo esto.

No ocurre solo en esta dimensión; ahora que pienso en mis clases de historia, me doy cuenta de que también ocurría en la mía: Nicolás y Alejandra se escribían en inglés. La gente de la realeza es rara.

- —¿Preferiría que habláramos en ruso, mi señora?
- —No, no pasa nada. No me haga caso. Solo estoy pensando en voz alta.
- —Además... —Paul endurece el tono de voz, como si hiciera esfuerzos por sonar formal—. La práctica le será de ayuda en su vida futura. Mi señora.

¿De qué está hablando? Se lo pregunto con la mayor naturalidad posible.

—¿Eso cree? ¿Por qué, en concreto?

Paul endereza la espalda.

—Me refería a… a su esperado enlace con el Príncipe de Gales. Discúlpeme por mi anterior comentario fuera de lugar, mi señora.

Por un breve momento, resulta hilarante: «¡Voy a casarme con el príncipe Guillermo! ¡Heredaré los preciosos abrigos de Kate Middleton!». Pero entonces recuerdo por la *Lista* que el heredero del Imperio británico en este universo no es Guillermo, sino alguien bastante más endogámico, bastante menos atractivo. Además, aunque se tratara del príncipe Guillermo, tampoco tardaría en dejar de tener gracia, porque si sigo atrapada aquí, tarde o temprano tendré que casarme con un completo extraño en la otra punta del mundo.

—¿Mi señora? —dice Paul con vacilación.

«Estoy bien», deseo contestar, pero en vez de eso me llevo una mano a la boca y hago todo lo que puedo por conservar la compostura. No debo desmoronarme. No puedo.

—Se refiere a que debería hablar inglés con fluidez. —Me tiembla la voz. Seguro que sabe que estoy pasándolo mal, aunque sea incapaz de comprender la razón—. Ya

que algún día seré su reina.

Vale, menos mal que he pensado en eso, porque tiene gracia la idea de verme saludando torpemente a la gente desde un carruaje, o de llevar un enorme sombrero con plumas.

Sin embargo, Paul parece casi tan desdichado como yo.

—Mi señora, estoy convencido de que Su Majestad Imperial jamás permitiría que se casara con un hombre que no fuera digno de usted —se atreve a decir.

Sospecho que el zar Alejandro se ha limitado a venderme al mejor postor real.

—Ojalá yo estuviera igual de convencida.

Paul asiente, extrañamente serio.

—Mi señora, no cabe duda de que el Príncipe de Gales será un marido abnegado. Resulta imposible imaginar que algún hombre no... no se sintiera afortunado de tenerla por esposa. Que no la amara nada más verla.

Nos separan seis metros, pero es como si estuviéramos tan cerca que pudiéramos tocarnos. Supongo que incluso ha oído que, por un breve instante, me he quedado sin respiración.

- —Cualquier hombre —insiste—. Mi señora.
- —Amor a primera vista. —Apenas es un susurro, pero hasta las palabras más débiles resuenan en esta estancia inmensa y cavernosa—. Siempre he pensado que el amor verdadero solo podía venir después, una vez que la pareja se conoce y confían el uno en el otro. Después de días, o semanas, o meses juntos…, aprendiendo a leer lo que no se dice en voz alta.

Paul sonríe, aunque solo consigue que su mirada parezca más triste.

—Uno puede acostumbrarse al otro, mi señora. —Sus palabras son aún más débiles que las mías—. Eso es algo que sé muy bien.

Cuando volvemos a mirarnos, admite en silencio algo bello y peligroso. ¿Ve él la misma confesión en mis ojos?

Ahora sé que la otra Marguerite le correspondía, sin palabras y sin esperanza.

Ningún soldado raso, independientemente de su lealtad y valor, puede casarse con una gran duquesa. Ninguna gran duquesa puede arriesgarse a despertar la ira del zar con una aventura secreta.

—Gracias, teniente Markov —digo, intentando en vano que suene formal, como si no me afectara.

Paul hace una pequeña reverencia y vuelve a montar guardia, como si no hubiera pasado nada. Disimula mejor que yo.

Llega el día de Navidad. Lo paso en la iglesia. Solo eso ya sería muy extraño para mí, hija de dos personas que se definían como «confuciagnósticos», pero es que aquí por «iglesia» se entiende una catedral ortodoxa rusa, con sacerdotes que llevan altos tocados bordados y largas barbas, coros que cantan himnos en clave menor y un olor

a incienso que impregna el aire de tal manera que no hago más que ocultar la cara detrás de la mano para toser.

Cuando me arrodillo en el banco, pienso en mi madre y en Josie, que estarán pasando sus primeras Navidades sin mi padre, y también sin mí. Ya deben de saber lo que Theo y yo nos proponemos hacer, aunque también deben de haber abandonado cualquier esperanza de que volvamos a casa alguna vez.

¿Creerá que hemos muerto?

Tendría que estar con ella. En cambio, he ido detrás de Paul porque estaba demasiado enfadada para pensar con claridad, demasiado alterada para echar el freno y esperar a que Theo y yo estuviéramos seguros de lo que hacíamos. Aunque sería muy fácil culpar a Theo, él quería a mi padre casi tanto como yo y no pensaba con mayor claridad que yo.

No, la culpa de que no esté con mi madre y mi hermana en las que deben de ser las peores Navidades de su vida es mía. Y también es culpa mía que mi madre esté llorándonos a mi padre y a mí. La vergüenza me asfixia, igual que el humo del incienso, y los ojos oscuros y afligidos de los iconos religiosos parecen condenarme desde sus marcos dorados.

Esa tarde intercambiamos regalos en el despacho del zar. (Gracias a Dios, la gran duquesa Margarita es más organizada que yo y los suyos ya estaban envueltos y etiquetados antes de que yo llegara aquí). Para mi sorpresa, resultan ser objetos bastante habituales: Vladímir me ha dado una pluma estilográfica, yo le he dado a Katia pañuelos de encaje y el zar Alejandro parece la mar de feliz con las botas nuevas que le ha entregado Peter. Imaginaba que las familias reales se hacían regalos asombrosos y excepcionales, como esmeraldas del tamaño de pelotas de béisbol. Aunque tal vez las riquezas pierden su encanto cuando la opulencia te rodea a diario.

El gran duque Sergio no celebra las Navidades con la familia. Nada de lo que sorprenderse.

Más tarde, Paul me acompaña de vuelta a mi dormitorio, como siempre, pero se aclara la garganta cuando llegamos junto a la puerta.

- —Mi señora.
- —¿Sí?
- —Si me hiciera el honor... Si no fuera inapropiado que aceptara... Tengo un regalo para usted.

Parece muy inseguro, tan incómodo como el Paul de mi universo. Soy incapaz de reprimir una sonrisa.

—Yo también tengo uno para usted.

Una sonrisa se esboza en su rostro.

—Si me permite…

Asiento, excusándolo, y corre a una habitación cercana, donde debe de haberlo guardado. Mientras tanto, voy en busca del regalo que he encontrado ya envuelto (en tela roja, no en papel, con un lazo de un blanco intenso) y lo sostengo en las manos

mientras espero. ¿Qué le habrá comprado la otra Marguerite?

Paul regresa con una cajita, también atada con un lazo.

- —Para usted, mi señora.
- —Y para usted.

Nos los tendemos a la vez. Somos un poco torpes, y ambos reímos un instante. Soy vívidamente consciente de que todo ocurre junto a la puerta de mi dormitorio, donde puede vernos cualquiera que pase por el lado; sin embargo, la única otra opción sería invitarlo a entrar, y existen como novecientos motivos por los que resultaría inapropiado.

- —Tenga, usted primero.
- —Muy bien, mi señora.

Paul aparta con destreza la cinta y la tela y aparece un libro. Su mirada se ilumina, está entusiasmado, y echo un rápido vistazo al título: *Las leyes de la óptica o la refracción de la luz*.

¿Cómo no? Este Paul y mi Paul se parecen tanto que a ambos les fascina la ciencia, y la Marguerite de esta dimensión debe de haberse percatado de ello. ¿Pasear por ahí todo el día viendo como escribo cartas? Eso no es suficiente para ocupar la mente brillante de Paul. Pasa la mano con reverencia sobre la cubierta de cuero del libro, como si le hubiera entregado los mayores secretos del universo.

—Gracias —dice, esforzándose visiblemente por encontrar las palabras adecuadas—. Estaba ahorrando para comprármelo, pero ahora... Empezaré a leerlo esta noche.

Este es un mundo donde los libros son caros y la única fuente de información. No me extraña que esté entusiasmado. Reboso de una felicidad que no merezco; después de todo, no soy yo quien lo ha escogido.

Paul ya ha empezado a disculparse.

- —Mi regalo no puede compararse.
- —No sea tonto. —Desenvuelvo su presente lo más rápido que puedo y la cinta revolotea hasta el suelo, junto a mis pies. Cuando retiro la tapa de la caja negra, veo un arcoíris de colores y mi rostro se ilumina—. ¡Pasteles! Me ha comprado lápices para dibujar.
- —Sé que suele hacer bosquejos, mi señora, pero había pensado… que tal vez le gustaría experimentar.

Incluso en mi dimensión, siempre había querido trabajar con pasteles. Paso un dedo por el lápiz rosa, que me tiñe la piel del mismo color.

- —Son preciosos.
- —No tanto como el regalo que me ha hecho...
- —Déjelo ya. ¿No se da cuenta de que nos hemos regalado lo mismo?

Paul ladea la cabeza.

- —¿Mi señora?
- —Cada forma de arte es un modo distinto de ver el mundo. Una nueva

perspectiva, una nueva ventana. Y la ciencia, esa es la ventana más espectacular que existe: desde ella puede contemplarse todo el universo. —Eso era lo que mis padres siempre decían, y por trillado que fuera, yo lo creo. Sonrío a Paul—. Es como si nos hubiéramos regalado el mundo entero, atado con un lazo.

- —¿Quiere que estudie todo el universo? —Su sonrisa es natural, tal vez algo tímida. Ya no somos el guardia y la gran duquesa, solo un chico y una chica, muy cerca el uno del otro—. Lo haré por usted.
- —Y por usted. —Pienso en lo que significan los pasteles, artísticamente—. Paso demasiado tiempo pensando en... líneas y sombras. Quiere que explore los matices y la profundidad.

Paul pone cara triste.

- —No pretendía criticarla, mi señora.
- —Ah, no, no. No me refería a eso. Me refería a que usted… usted quiere que mi mundo sea más hermoso. Y eso es extraordinario. Se lo agradezco.
 - —Y yo a usted.

Poso mi mano sobre la suya, solo un instante, pero saltan chispas al contacto. Nos miramos a los ojos y siento algo que solo he experimentado una vez: esa sensación de mareo, como cuando estás al borde de un precipicio, muerta de miedo y, al mismo tiempo, con la necesidad inexplicable y descabellada de arrojarte al vacío.

- —Feliz Navidad, mi señora —murmura Paul.
- —Feliz Navidad.

Separamos las manos. Él se aparta de la puerta. Yo la cierro, y retrocedo despacio hacia la cama. Con la caja de pasteles bien sujeta, me dejo caer de espaldas sobre la colcha, intentando encontrar una explicación a lo que está ocurriendo.

Esa sensación (la de estar al borde de un precipicio), la única vez que la he experimentado ha sido en casa, la noche que Paul y yo hablamos sobre pintura. La noche que comprendí que él me conocía de un modo más profundo que cualquier otra persona hasta el momento...

No he mentido cuando he dicho que no creía en el amor a primera vista. Hace falta tiempo para enamorarse verdaderamente de alguien. Sin embargo, creo en los momentos. Ese momento en que vislumbras qué hay verdaderamente en el interior de alguien y ese alguien vislumbra qué hay verdaderamente en tu interior. En ese momento, dejas de pertenecerte, al menos por completo. Una parte de ti le pertenece a él y una parte de él te pertenece a ti. Después, ya no puedes recuperarla, por mucho que quieras o lo intentes.

Yo había intentado recuperarla cuando creí que Paul había asesinado a mi padre, pero no lo había conseguido, no del todo. Incluso cuando lo odiaba, seguía... Sabía que podría haberlo amado. Tal vez empezaba a hacerlo.

Y tampoco puedo recuperar lo que acaba de suceder entre el Paul de este universo y yo. Ahora, una parte de mí es suya, y tengo la sensación, sé, que él es mío.

«Has visto los dibujos de esta Marguerite —me digo—. Ella ya sentía algo muy

intenso por él. Tal vez se trata de la otra Marguerite, que está... diluyéndose a través de mí».

No. Lo sé muy bien.

Estoy enamorada de Paul Markov. De este Paul Markov. Absoluta, rendida y perdidamente enamorada.

Aunque ¿estoy enamorada de un hombre o de dos?

Poco después de Navidad, tomamos el tren real con destino a Moscú con el pretexto de la celebración de no sé qué acto oficial, aunque el verdadero plan del zar Alejandro es poner a prueba a sus nobles y oficiales para asegurarse de que siguen siéndole fieles a él y no al gran duque Sergio. Al resto de la familia le parece un fastidio. Yo, en cambio, estoy entusiasmada.

—¿Veremos al coronel Azarenko? —pregunto a Vladímir de pasada, mientras nos preparamos para partir.

Tuerce el gesto.

—Supongo que sí. ¿Por qué te importa ese viejo estirado?

Me encojo de hombros, imaginando el momento en que pueda plantarme delante de Azarenko y exigirle que me devuelva el Pájaro de Fuego de Paul.

Es decir, si es que todavía lo conserva.

Basándome en las clases de historia sobre Napoleón y en un par de documentales que había visto con desgana en la televisión por cable, creía que era imposible cruzar Rusia en invierno. Por lo visto, no es así para los rusos. El tren real puede realizar el trayecto hasta Moscú en cuestión de horas. Estaremos de vuelta para Nochevieja y para el mayor baile de la temporada, el primero de enero.

- —¡Quiero ver al maquinista! —exclama Peter cuando subimos los peldaños forrados de terciopelo que conducen al vagón real—. ¿Puedo esta vez, por favor?
- —Tú te quedas conmigo, igual que tu hermano —insiste el zar Alejandro. Ni siquiera sonríe al menor de sus hijos—. Ya tienes edad para empezar a prestar atención a los asuntos de Estado.

¡Solo tiene diez años! En cualquier caso, me muerdo la lengua. A estas alturas sé que contradecir al zar solo empeora las cosas. Mi padre, ligeramente apartado de los demás y llevando su propio equipaje, tensa la mandíbula del mismo modo en que lo hace cuando está enfadado y trata de que no se le note.

El zar mira a Peter con desdén.

- —¿O prefieres sentarte atrás, con tus hermanas, bordando flores?
- —No, me quedaré con usted —contesta Peter, visiblemente aterrorizado. Pobrecito. En cuanto el zar Alejandro se aleja, mi padre le da unas palmaditas en el hombro.
- —En el viaje de vuelta, tú y yo iremos un poco antes a la estación y así tendrás tiempo para hablar con el maquinista. ¿Qué te parece? —le propone.

Peter se anima, y cuando mi padre y él intercambian una sonrisa, me pregunto si es posible que también sea hijo suyo. Algo me dice que no; aun así, mi padre parece entregado en cuerpo y alma al pequeño. Cuida del hijo de mi madre por ella, un acto de amor que mi madre nunca verá y que continúa ya cerca de una década después de su muerte.

—¿Mi señora? —Paul se dirige a mí en voz baja.

Parpadeo, intentando detener las lágrimas.

—Se me ha metido ceniza en los ojos, nada más.

Mientras los hombretones se trasladan al siguiente vagón para tratar cuestiones diplomáticas y beber vodka o lo que sea que hagan allí, Katia y yo nos quedamos en el coche real. Por una vez, Katia no se empeña en molestarme, está demasiado ocupada jugando a las cartas con Zefírov.

Paul monta guardia al frente del vagón mientras yo leo la última edición del diario, al principio tratando de tranquilizarme, aunque poco a poco con creciente interés.

Es fascinante; lo que Paul dijo acerca de que los patrones se repiten en dimensiones distintas es totalmente cierto. Algunas de las personas que han sido famosas en mi universo también lo son aquí, aunque no como cabría esperar. Por ejemplo, la «afamada vocalista Florence Welch» está finalizando una gira de conciertos por toda Europa, donde ha estado interpretando libretos operísticos. Bill Clinton ha sido reelegido recientemente para su segundo mandato como presidente de Estados Unidos. Se presentó como candidato por el Partido del Alce, y en la foto aparece con unas patillas abundantes y un bigote que sería la envidia de cualquier hipster.

Y este artículo sobre la ciudad de Nueva York viene acompañado de una fotografía del aclamado inventor Wyatt Conley.

Mientras el vagón se mece adelante y atrás, doblo el periódico arrugado y estudio la foto con mayor atención. Conley lleva un traje de aspecto antiguo y se peina con la raya en medio. En serio, ese peinado no le favorece a nadie, ¿cómo pudo ponerse siquiera de moda? Por lo demás, parece el mismo. La sonrisa modesta apenas consigue ocultar la seguridad en sí mismo más de lo que su rostro aniñado logra disimular su crueldad. El artículo habla sobre las imágenes en movimiento, invención suya, y dice que Conley ha grabado películas de «hasta dos minutos de duración», cosa que me hace sonreír. Por lo visto, Conley es famoso por sus innovaciones en cualquier universo.

Los frenos chirrían sobre las vías al tiempo que el tren desacelera. Me sujeto con fuerza al asiento de terciopelo, con el ceño fruncido. Una ojeada por la ventana confirma que nos hallamos en medio de la nada, rodeados de campos y bosques de pinos nevados, lejos de Moscú.

- —¿Por qué paramos?
- —Las vías deben de estar cubiertas de nieve —dice Paul, aunque es evidente que

le asaltan algunas dudas—. Póngase el abrigo, mi señora. Por si acaso.

¿Por si acaso qué? Sin embargo, hago lo que Paul me pide y me enfundo mi largo abrigo de marta mientras él se dirige a otro de los vagones para averiguar qué ocurre.

- —¿Yo también tengo que ponerme el abrigo? —pregunta Katia a Zefírov.
- —No hasta que gane esta mano —responde él riendo.

Aunque percibo algo raro en su risa.

Me pongo en pie, despacio.

- —Katia.
- —¿No ves que estoy ocupada? —me espeta.

Zefírov me mira con un gesto engreído en su rostro carnoso, y me da un vuelco el corazón. Algo va mal, muy mal, y él sabe qué es. Los demás estamos a punto de averiguarlo.

—¡Katia! —Le tiendo la mano. Ella se vuelve hacia mí, enfadada, y habría empezado a insultarme de no ser porque en ese momento se inicia el tiroteo.

—¡Katia!

La agarro por un brazo y tiro de ella hacia mí. Sus cartas caen desperdigadas por el suelo del vagón: escaleras de diamantes y tréboles a nuestros pies.

Zefírov no se mueve, se limita a sonreírnos de un modo tan desagradable que me entran ganas de abofetearlo.

—Veamos ahora quién es el grande y poderoso. Quién tiene que jugar a las cartas con niñas malcriadas en lugar de servir como un verdadero soldado.

Katia se echa a llorar y la estrecho contra mi pecho. Aunque deseo preguntar a Zefírov qué ocurre, lo sé muy bien.

- —El gran duque Sergio. Él está detrás de esto, ¿verdad?
- —No habrá más cobardes —responde Zefírov al tiempo que se levanta—.
 Tendremos un zar de verdad, con el valor necesario para llevarnos a la guerra.

¿Guerra? ¿Cuándo ha entrado en juego la guerra? Creía que empezaba a entender esta dimensión, pero no estoy en casa, el desconocimiento de lo que ocurre me pone en peligro e ignoro las consecuencias que puede tener la trampa que acaba de accionarse.

—Eres el guardia de Peter. Eres nuestro amigo —protesta Katia.

Zefírov ríe mientras se levanta y se lleva la mano a la pistola que cuelga del cinturón.

«Dios mío. —La comprensión de lo que sucede tiene el efecto de un mazazo, me paraliza—. Van a matarnos y luego manipularán el tren para que parezca un accidente. De ese modo, Serguéi será el heredero legítimo al trono. Todo será suyo en cuanto estemos muertos.»

Gritos y chillidos resuenan por todo el tren junto con los disparos. Huiría con Katia si hubiera algún sitio al que huir; sin embargo, solo puedo contemplar horrorizada a Zefírov apuntándonos con su pistola.

Dos estallidos retumban en el vagón, tan estruendosos que me pitan los oídos. Katia chilla, pero es Zefírov quien cae.

Me vuelvo al instante y veo a Paul empuñando su arma.

Sigo conmocionada y me zumban los oídos cuando Paul se acerca.

- —¿Está herida, mi señora?
- -Estamos... estamos bien. ¿Qué ocurre?
- —No todos los soldados que van en este tren son unos traidores. —Nunca había visto a Paul tan enfadado. Acaba de matar a un hombre sin vacilar y no ha dedicado ni una sola mirada al cuerpo ensangrentado que yace en el suelo—. Podrían haber colocado explosivos en el tren. Tienen que correr al bosque.

Varios centenares de metros separan el bosque de las vías. La nieve ha empezado a caer, gruesa y blanda, pero creo que puedo conseguirlo. Tal vez nos disparen, pero

si nos quedamos aquí, moriremos seguro.

—Salga lo antes posible —dice Paul mientras me toma la mano y la aprieta para devolverme a la realidad—. Corra todo lo rápido que pueda y no mire atrás. La encontraré, mi señora, se lo prometo.

Katia se suelta y coge su abrigo. Su instinto de supervivencia debe de ser más fuerte que el mío. La sigo, me dirijo a la puerta, pero vuelvo la vista un momento.

- —Paul, tenga cuidado.
- —¡Váyase! —grita mientras corre de vuelta al vagón de mi padre.

Salgo rápidamente del tren y caigo en la nieve. Hay más de la que creía, casi me llega a las rodillas. Cuesta avanzar, pero hago lo que puedo.

La nieve húmeda se me pega al abrigo, al pelo, a las pestañas. Todo es pesado y blanco, más denso que la niebla. Oigo disparos, pero son cada vez menos frecuentes, más distantes. El combate es ahora cuerpo a cuerpo, leales contra traidores; la nieve se tiñe de rojo en distintos lugares.

—¡Marguerite! —oigo la voz aguda de Peter por encima del fragor. Me vuelvo hacia ella y lo veo en brazos de mi padre, que corre hacia el bosque con esfuerzo, todo lo rápido que puede, aunque me busca con la mirada, con gesto desesperado. Varío el rumbo y trato de seguirlos.

Intento apretar el paso, pero solo consigo tropezar; me tambaleo, y una mano me aferra por el codo con tal brusquedad que adivino que se trata de un enemigo. Me suelto de un tirón, pero el hombre lleva un cuchillo y lo tengo encima...

—¡Deja en paz a mi hermana! —Katia le salta sobre la espalda y empieza a golpearlo con los puños. No puedo imaginar nada más tonto e inútil, pero yo haría lo mismo por Josie.

—¡Katia, no!

Intento apartarla de él para que Katia pueda escapar, aunque yo no lo consiga; sin embargo, en ese momento otro soldado leal nos da alcance. Su cuchillo encuentra las entrañas del traidor y el leal toma a Katia en brazos mientras el hombre muerto se desploma. El soldado leal empieza a correr con mi hermana de vuelta al tren.

Está a salvo, todo lo a salvo que ahora mismo podemos estar cualquiera de nosotros. Hay que correr.

Prosigo en la misma dirección que ha tomado mi padre. Al menos, eso intento. La nevada arrecia por momentos y enturbia mi visión y el rastro de las pisadas. Ya no estoy segura de qué camino he de seguir, pero continúo adelante, consciente de que la menor vacilación puede costarme la vida. Imagino una bala impactando contra mi cabeza a cada segundo y la mancha roja que se extiende en el interior de mi cráneo mientras caigo.

Unos disparos lejanos resuenan a mis espaldas cuando finalmente, con paso tambaleante, alcanzo el bosque. Sin embargo, las ramas apenas consiguen contener la gruesa nevada y no veo a nadie: ni a mi padre, ni a Peter ni a ningún otro miembro de mi familia. Ni a ningún soldado. Estoy sola.

«¿Qué hago?». Nada de lo que haya vivido, en ninguna dimensión, me sirve de guía. Si pido ayuda, podría oírme la persona equivocada. Si me quedo donde estoy, los soldados leales a Serguéi podrían encontrarme. Pero si sigo corriendo, puedo acabar tan perdida que tal vez nadie sea capaz de encontrarme, ni siquiera Paul.

Al final decido creer que he ido en la dirección correcta. Seguro que mi padre y Peter están cerca, en alguna parte. Si ellos se han adentrado en el bosque, entonces eso es lo que debo hacer yo.

Echo a andar, medio aturdida. Gracias a Dios que llevo mi abrigo; sin él, seguramente ya estaría sufriendo hipotermia. En casa, me niego a llevar pieles porque lo considero repugnante, pero ahora mismo doy gracias por el calor que me ofrecen. «Lo siento, pequeñas martas. Os juro que esta vez habéis dado la vida por una buena causa».

Sin embargo, este abrigo es más decorativo que práctico. Los botones negros de trenca dejan pasar bastante aire frío y húmedo. Llevo zapatillas, no botas, y ya están empapadas. Noto los tobillos doloridos por el frío, hasta que empiezan a entumecerse. El sombrero de piel se ha quedado en el vagón, y los copos de nieve se cuelan entre los pinos para posarse en mi pelo y humedecerlo.

Los dientes me castañetean. Mis pasos son cada vez más torpes y me cuesta pensar con claridad.

«Tienes que seguir —me digo—. Tienes que encontrar a papá. Es lo único que importa.»

Tropiezo y me apoyo en un árbol para no caer. La corteza se deshace en mis manos, pero apenas lo noto. Las tengo muy rojas y agarrotadas. Los guantes también se han quedado en el tren.

«Sigue adelante», pienso, aunque camino tan despacio que me cuesta creer que avance. Sigue adelante.

He perdido a mi padre. Y el Pájaro de Fuego. Y a Theo. Y a Paul. Ya no sé dónde estoy. Quién soy. Lo único que sé es que estoy cansada. Al menos ya no tengo frío. Un calor intenso y tentador crece en mi interior y me dice que todo está bien, que ya puedo parar, parar y descansar todo lo que quiera.

«Sigue adelante...»

Caigo de rodillas junto a uno de los pinos más grandes. Apoyo la cabeza contra el tronco mientras me digo que no voy a parar, que no voy a dormir, que solo estoy tomándome un respiro para recuperar fuerzas.

Cuando siento que caigo hacia atrás, la nieve es tan blanda como un lecho, y no tengo miedo.

Me despierto con el crepitar del fuego, íntimo y reconfortante. Ya no tengo frío, y no es por el espejismo mortal del bosque, sino gracias al calor real que produce una estufa real.

Siento que estoy sobre un colchón mullido, cubierta de pieles, y junto a mí... Abro los ojos y veo a Paul tumbado a mi lado.

- —¿Mi señora? —susurra, con el rostro iluminado de pronto por la esperanza.
- —¿Dónde…? ¿Dónde estamos?
- —En una dacha del bosque. Todavía quedan algunas provisiones, suficientes para los dos.

Muchos rusos tienen dachas, pequeñas cabañas en el campo que visitan en verano para cuidar sus huertos y nadar en el lago. Estas casas permanecen vacías durante el invierno, de tan aisladas que se encuentran. Cuando miro a mi alrededor, veo las sencillas paredes encaladas, un icono de la Virgen María y una pequeña estufa de leña que desprende un resplandor anaranjado. Mi vestido húmedo y el uniforme de Paul están puestos a secar en unos colgadores de la pared.

Debajo de mi abrigo de piel y de algunas mantas, Paul y yo apenas llevamos nada más que nuestra ropa interior, tumbados en la sencilla cama de la dacha.

- —Yo... Yo solo pretendía reanimarla, mi señora... —balbucea.
- —Claro.

Es lo que debe hacerse para reanimar a alguien con hipotermia: resucitarlo con el calor corporal de otra persona. Y aunque no lo supiera, estaría convencida de que Paul solo pretendía ayudar. Me doy la vuelta para mirarlo de frente.

- —¿Dónde está mi padre? ¿Y mis hermanos? ¿Y el zar?
- Si Paul se ha percatado de que hablo del zar y de mi padre como si se tratara de dos personas distintas, debe de haberlo achacado al aturdimiento.
- —El zar ha sobrevivido, mi señora, y el zarévich Vladímir. En cuanto a los demás, no lo sé. Nuestras fuerzas recuperaron el tren real, de eso estoy seguro, aunque no pude quedarme demasiado tiempo, mi deber era encontrarla.

¿He llegado hasta aquí para volver a pasar por la muerte de mi padre? ¿Es que está sentenciado en todas partes? ¿Acaso está destinado a pagar con su vida la crueldad y la codicia de los demás?

Si mi padre ha muerto, lo ha hecho intentando proteger a Peter. La imagen del pequeño tendido inerte en la nieve es casi tan desgarradora como el miedo que siento por la suerte de mi padre. ¡Y Katia! Mi hermana convertida en una boxeadora profesional para salvarme. ¿La han matado? Soy incapaz de soportar la idea de que haya muerto por mí, por una impostora.

Además, si han acabado con mi padre, si ha perecido en la nieve, en el bosque, es probable que el Pájaro de Fuego haya desaparecido y ya nunca más vuelva a casa.

- —Mi señora —susurra Paul—, no tema por nada.
- —No sabe si están vivos o muertos, no intente consolarme con mentiras.
- -No lo haría.

Y es cierto. Paul puede ser brusco o torpe o muy directo, pero siempre es sincero conmigo. ¿Cómo he podido llegar a pensar que nos había engañado?

Intento sonreír para él, aunque sé que el gesto debe de parecer tan fuera de lugar

como lo siento.

- —Si no miente, entonces, ¿cómo puede decirme que no tema por nada?
- —Me refería a que está a salvo, mi señora. Mañana por la mañana, cuando haya entrado en calor y haya descansado, nos pondremos en marcha y regresaremos al tren real.

Siento renacer mis esperanzas.

- —¿Estarán allí los demás?
- —No, mi señora. Se dice que las tropas leales al gran duque Sergio se encuentran a las puertas de San Petersburgo. El zar y el zarévich se han adelantado para levantar un campamento y prepararse para la batalla. Yo debo conducirla hasta el tren para que puedan llevarla sana y salva a Moscú, que sigue siendo leal.

Si mi padre y Peter han sobrevivido, ellos también irán al campamento. Sé que el zar Alejandro considera que su hijo pequeño debe aprender a ser soldado e insistirá en que Peter esté cerca del campo de batalla, por crudo que sea. Mi padre nunca dejaría a Peter solo en un lugar así. Insistirá en mantenerse al lado del pequeño para reconfortarlo, aun cuando eso signifique volver a poner en peligro su propia vida.

- —No, no iré a Moscú. —El único motivo que tenía para ir allí era buscar a Azarenko, pero él también estará en el frente, ¿no?—. Debe llevarme al campamento.
 - —Mi señora, he recibido órdenes.
- —Yo también puedo dárselas, ¿no es así? Tiene que llevarme, no puedo ir a Moscú.
- —Debe hacerlo. —El tono de voz de Paul se vuelve más urgente, y se acerca a mí de manera inconsciente, intentando hacerme ver las cosas desde su punto de vista—. El peligro es demasiado grande.
 - —Si muere mi padre, yo también quiero morir.
- —No diga eso. Piense en su deber: al menos un descendiente de la casa de Romanov ha de permanecer a salvo.
 - —Iré al campamento con o sin usted.

Lo único que tengo que hacer es seguir las vías del tren de vuelta a San Petersburgo, ¿no? Seguro que no es tan sencillo, pero me niego a admitirlo. Averiguaré si todavía queda alguna esperanza de volver a casa o moriré en el intento.

- —Debe seguir viva, mi señora —insiste Paul.
- —¿Por qué? —Me aferro al cuello de su camisa—. ¿Por qué, si vivo atrapada en una vida que no es mía?

No sabe qué responder. Simplemente se me queda mirando.

La mano empieza a temblarme, igual que la voz.

—He fallado a todo el mundo. He fallado a mi padre. A mi madre, a mi hermana, a Theo, a ti..., a todos. He fallado en todo. No me quedaré aquí atrapada. No me casaré con un hombre que ni siquiera conozco, pero no encuentro una salida. Si esto es lo único que me queda, si es la única vida de que dispongo, no la quiero.

Paul permanece mudo unos momentos. Seguimos tumbados, cara a cara, mi mano

en su pecho, nuestros pies tocándose. Nunca estaremos tan cerca el uno del otro como ahora. Jamás tendremos la oportunidad de volver a estar juntos y a solas.

—Si no lo hace por usted, mi señora, viva por mí —suplica Paul. Nuestras miradas se encuentran—. No me hace falta un mundo en el que no esté —añade en un susurro.

No sé si lo que siento es por el Paul de esta dimensión, por el de la mía o por el de ambas. Ya no sé diferenciarlo y, ahora mismo, tampoco me importa.

Mis dedos recorren su cuello hasta la mandíbula y siguen la línea de su barba bien recortada hasta encontrar la comisura de los labios. Abre la boca, se queda sin respiración.

- —Paul —murmuro—, llámame por mi nombre.
- —Sabe que no puedo.
- —Solo una vez. Quiero oírte decir mi nombre una sola vez.

Paul acerca su rostro al mío, tanto que casi nos tocamos.

—Marguerite.

Y ya nada importa.

Soy yo quien rompe la última regla, el tabú definitivo, soy yo quien lo besa, y él se rinde. No se contiene. Nos fundimos el uno en los brazos del otro, nos besamos con desesperación, nos aferramos a la escasa ropa que aún llevamos, apenas capaces de respirar, o de pensar o de hacer otra cosa que no sea perdernos el uno en el otro.

Cuando tiro del dobladillo de su camisa, él se la levanta para ayudarme a quitársela. A continuación, me bajo los tirantes de la camisola con un movimiento de hombros. Mi cuerpo larguirucho nunca me ha parecido hermoso hasta ahora, cuando veo cómo se oscurece la mirada de Paul al verme desnuda, cuando Paul se inclina sobre mí para besarme con mayor apasionamiento y avidez que antes.

- —Marguerite —jadea sobre mi hombro—. No podemos... No debemos...
- —Debemos. —Arqueo mi cuerpo, una invitación que ningún hombre podría malinterpretar.

Me besa de nuevo, nuestras bocas se abren, y el modo como nos movemos nos atrae aún más mutuamente.

```
—¿Estás segura?
```

—Sí. Paul, sí, por favor...

Aunque su cuerpo responde, su mente sigue resistiéndose.

- —Perdóname. Perdóname.
- —No hay nada que... Oh. ¡Oh!

Hundo los dedos en sus hombros y me muerdo el labio. Aun así, busco su cuerpo, para recibirlo por completo.

Paul hunde el rostro en la curva de mi cuello. Todo él se estremece ante el esfuerzo que hace para ir despacio.

```
—Eres... —jadea—. ¿Eres...?
```

Lo beso en la frente. Mis manos recorren sus brazos, el arco de sus caderas,

deleitándose en la firmeza de músculos y huesos. En lugar de contestar con palabras, me aprieto contra él. Gime, surca mi cuello con los dientes y se deja guiar.

- —Te quiero —susurra—. Siempre te he querido.
- —Yo también te quiero —contesto, y es lo que siento, aunque no sepa si quiero a uno de ellos, a ambos o todo.

Cuando vuelvo a despertarme, la noche ya ha caído. Una rendija azul oscuro se atisba en la única ventanita de la habitación, sobre un alféizar con varios centímetros de nieve. La estufa todavía desprende calor y Paul yace a mi lado, rodeándome con sus brazos, ofreciéndome el hombro a modo de almohada.

La gravedad de lo que he hecho es obvia, pero no me arrepiento. Sabiendo lo que la gran duquesa Margarita sentía por su Paul, sospecho que ella lo habría deseado tanto como yo, que habría hecho lo mismo, pero es incuestionable que yo he tomado la decisión por ella. La noche que pasó con el hombre que ama me pertenece a mí, un robo que jamás podré compensarle.

En cuanto a mí, bueno, en casa me había enrollado con algunos chicos. En realidad, había ido bastante más allá, aunque nunca había llegado tan lejos. De todos modos, no por eso estoy menos asombrada, menos aturdida.

Los labios de Paul me acarician la línea donde nace el pelo y pienso: «Nunca querré a nadie así. No podría».

Me acuerdo de Theo con remordimientos. Si él hubiera sido un poco más egoísta, si yo no le hubiera importado tanto, nos habríamos acostado en Londres.

También pienso en mi Paul Markov, en el que dijo que solo podía pintar la verdad. Está conmigo, profundamente dormido en el interior del hombre con el que he hecho el amor. No sé si recordará esto, cosa que sería... rara. No lo conozco lo bastante para saber cómo va a reaccionar.

Sin embargo, conozco a este Paul de todos los modos posibles en que una mujer puede conocer a un hombre. Ha demostrado su lealtad y su entrega una vez tras otra. Haría cualquier cosa por mí.

—*Golubka* —susurra. Se trata de una expresión cariñosa rusa que significa «palomita». En ruso es bastante habitual; siempre se dirigen apelativos que hacen referencia a animales pequeños de todo tipo.

Sin embargo, cuando lo dice Paul, hay algo en el modo en que me abraza (estrechándome contra su pecho, con firmeza, al mismo tiempo que sus grandes manos rodean mi espalda con ternura) que me recuerda la forma como alguien sujetaría un pajarillo, algo frágil y palpitante, como si deseara protegerlo y tenerlo cerca.

He tomado una decisión. Levanto la cara hacia Paul, que sonríe con dulzura mientras me pasa los dedos por el pelo.

—¿Está bien, mi señora?

- —¿Mi señora? ¿Aún estamos con esas?
- —Marguerite. —Es obvio que todavía le resulta increíble que se le permita pronunciar mi nombre. Sus ojos grises me miran de manera inquisitiva—. ¿Te arrepientes?
 - —No. Jamás. No podría.

Lo beso de nuevo, y por un momento volvemos a perdernos el uno en el otro.

Cuando nuestros labios por fin se separan, Paul jadea ligeramente.

—Debes saber que jamás revelaré lo que ha ocurrido aquí. Ni de palabra ni de obra.

Lo que hemos hecho está absolutamente prohibido. Si el zar llega a enterarse de que nos hemos acostado... Bueno, dudo que sea tan retrógrado como para hacer ejecutar a Paul, pero lo degradaría y lo enviaría a una guarnición remota, tal vez a Siberia. ¿Qué me ocurriría a mí? No estoy segura, pero sé que nada bueno.

- —Esto queda entre tú y yo —aseguro con ternura—. Esta noche es nuestra y de nadie más. Para siempre.
 - —Para siempre.

Le toco la mejilla.

- —Ahora tengo que contarte otro secreto. ¿Me prometes que también me guardarás este?
- —Por supuesto, mi... Marguerite. —Paul frunce el ceño, obviamente confundido, aunque dispuesto a seguirme a donde sea—. ¿Qué tienes que contarme?

«Respira hondo. Allá vamos.»

—La verdad.

Mis padres me han hablado de lo inteligente que es Paul. He visto personalmente cómo fluyen ecuaciones físicas de su bolígrafo mientras habla de otros temas. Además, ha ayudado a desarrollar la teoría del viaje interdimensional. Sé que es listo.

Sin embargo, nunca he creído tanto en su talento como en estos momentos, cuando (menos de media hora después de explicarle mi historia) ha sabido reconstruir una aproximación a la teoría de las dimensiones paralelas.

- —Eres la gran duquesa Margarita y otra Marguerite al mismo tiempo —dice—. Eres la misma persona, viviendo dos vidas distintas.
 - —No tan distintas, ahora mismo.
- —Y crees que yo soy yo y, al mismo tiempo, ese otro Paul, el que tuvo el privilegio de ir a la universidad y hacerse científico.

El modo como Paul lo plantea me hace recapacitar. Aquí, solo los hijos de la clase acomodada pueden soñar con acceder a estudios superiores. No me extraña que le entusiasmara ese libro sobre óptica que le regalé.

—Es cierto. Está… dormido en tu interior, ajeno a todo cuanto ocurre, pero forma parte de ti.

Cruza los brazos sobre las rodillas, serio y concentrado a pesar de que seguimos juntos en la cama, con la colcha arrugada a nuestro alrededor y el abrigo de pieles echado sobre los pies. Paul tiene una expresión que conozco desde hace mucho tiempo, aunque no he comprendido su significado hasta hace poco. Es la que adopta cuando está dándole vueltas a un problema, sopesando todas las preguntas y las variantes, desentrañando sus secretos.

- —Eso explica mis sueños —dice al fin.
- —¿Sueños?
- —Desde hace dos semanas tengo sueños... intensos y extraños. —No me sonríe a mí, y ha vuelto la vista hacia las imágenes que bailaban en su cabeza—. Soñaba que pintabas en vez de dibujar, y que llevabas el pelo suelto y despeinado. Veía a tu madre, viva, enseñándome física. Al profesor Caine, comportándose conmigo casi como un padre. Las habitaciones no eran tan magníficas como las de palacio, pero contenían maravillas, como esas máquinas que parecen bibliotecas que contienen cualquier dato imaginable.
- —Se llaman ordenadores. Mi madre está viva, en casa, y es tu profesora. Tu asesora universitaria. Ay, Señor, lo recuerdas.
- —También sueño con un amigo, o un hermano, no estoy seguro, que siempre anda metiéndose en líos, aunque no tiene mala intención. —Entorna los ojos, preparándose para ponerme a prueba—. Dime cómo se llama.
 - —Theo. Se llama Theo.

Paul inspira hondo.

—Entonces lo que dices es cierto.

Lanzo una carcajada.

- —Me crees de verdad. La mayoría de la gente pensaría que me he vuelto loca.
- —Si enloquecieras alguna vez, lo harías de un modo más melodramático.

Su franqueza me coge desprevenida.

Se da cuenta de mi reacción.

—Lo que quería decir es... que eres apasionada. Anhelas la emoción y la fomentas siempre que puedes. Si estuvieras perturbada, te gobernarían tus impulsos; en cambio, estás ofreciendo una explicación muy poco ortodoxa de un modo completamente racional. Por lo tanto, estás diciendo la verdad.

¿Tiene razón en eso de que fomento la emoción? ¿Incluso en lo de ser melodramática?

«Te has embarcado en una misión planeada deprisa y corriendo para vengarte de Paul usando un dispositivo experimental que no había sido verificado, pienso. Igual algo de razón sí que tiene.»

Paul me observa con atención, como si él fuera el pintor, el que debe conocer hasta las últimas sombras y líneas.

—Creo que te hubiera creído de todos modos —añade en voz baja.

Nunca nadie había depositado tanta confianza en mí. Noto otra vez ese vuelco en el corazón, el que me hacer sentirme desnuda y expuesta y, sin embargo, más feliz que nunca.

- —Tienes que ayudarme a encontrar el medallón del Pájaro de Fuego, el que te confiscó el coronel Azarenko.
- —No lo recuerdo. Aunque, según lo que me has contado, no tengo por qué recordarlo.

El Pájaro de Fuego tiene esa propiedad de objeto de otra dimensión; no la de la intangibilidad, ni la invisibilidad, sino la facultad de pasar fácilmente inadvertido. Me llevo las manos al pelo alborotado.

- —Lo último que sabemos es que el coronel Azarenko estaba en Moscú. ¿Qué bando crees que habrá escogido?
- —Es leal al zar Alejandro hasta límites que rayan en el fanatismo. Habrá conducido a las tropas de Moscú directamente al campo de batalla. Estoy convencido de que ya se encuentra en primera línea.
 - —Entonces vayamos a primera línea.
- —Tendrías que ir a Moscú. —Me mira a los ojos, sereno y seguro—. Debes comprender el peligro que corres.
 - —Pero ahora ya sabes que, además de mi vida, hay otras cosas en juego.
- —No —contesta de manera cortante—. Para la gran duquesa Margarita este es el único peligro, el único peligro real.

El viento aúlla en el exterior y azota los vidrios de la ventana y las ramas de los árboles como si deseara vengarse por haber quedado aislado al otro lado de la puerta.

Como soldado, podría haber obedecido mis órdenes a pesar de sus protestas. Nuestra relación no volverá a ser tan sencilla. Lo que siente por mí lo obliga a protegerme, aun cuando eso signifique que yo pierda la oportunidad de regresar a casa.

—Igual el gran duque Sergio ya se ha visto obligado a retirarse.

Paul asiente a regañadientes.

- —Sería insensato rebelarse con tan poco apoyo..., pero creo que es un insensato.
- —Entonces, al menos, deberíamos buscar el campamento. Deberíamos averiguar qué ocurre antes de tomar ninguna decisión, ¿no crees?
 - —Vas a estar dándome la lata todo el camino, ¿verdad?

Lo dice como si estuviera a punto de echárseme al hombro y llevarme de ese modo, aunque grite y patalee. ¡Y vaya si podría!

- —Necesito saber si mi... si mis hermanos y el profesor Caine han sobrevivido. Si el Pájaro de Fuego sigue entero. Si lo han destruido y no encontramos al coronel Azarenko, o este ha perdido tu colgante, entonces estaré atrapada aquí para siempre.
 - —Y la gran duquesa Margarita estará atrapada en tu interior para siempre.

Eso me hace recapacitar, la idea de que, por encima de todas las cosas, incluso de mí, defenderla siga siendo lo primero para Paul. Sin embargo, ¿acaso esperaría otra cosa de él?

- —Quiero que las dos seáis libres —añade con mayor delicadeza.
- —Eso me convierte en la celda. —Lo digo en broma, aunque me arrepiento al instante. Es cierto y, por lo tanto, no tiene nada de gracioso. Susurro—: ¿Cómo no me odias?
- —No eres mi Marguerite y, sin embargo..., lo eres. Eso tan esencial que compartís, vuestra alma, eso es lo que amo. —La sonrisa de Paul es más triste y más bella que nunca antes—. Te querría en cualquier cuerpo, en cualquier mundo, con cualquier pasado. No lo dudes nunca.

Ni siquiera puedo mirarlo, es como enfrentarse al brillo y al calor directo del sol sabiendo que está quemándote, pero consciente de que sin él no hay vida posible.

- —¿Qué harás si ocurre lo peor? —pregunta Paul—. Si no conseguimos recuperar y recomponer los pájaros de fuego.
- —Entonces supongo que tendré que vivir la vida de esta Marguerite. Para siempre.

Es como para marearse.

- —¿Y eso sería tan espantoso?
- —¿Cómo puedes preguntarme ahora una cosa así?

Su mano se cierra sobre la mía.

—No importa lo que ocurra, no importa lo que sea de ti: mientras estés aquí, yo siempre estaré contigo.

Entrelazo sus dedos con los míos. Paul se lleva mi mano a los labios y la besa, y permanecemos sentados y en silencio unos instantes.

Al final digo:

- —No quiero pensar en lo que ocurrirá si fracasamos, ¿de acuerdo? Porque no vamos a hacerlo. Vamos a encontrar o a arreglar uno de los pájaros de fuego como sea. Cueste lo que cueste.
- —Sé lo que eso significa —contesta Paul tras un suspiro—. Significa que debo llevarte al campamento del ejército del zar. —Antes de que pueda agradecérselo, añade—: Si se ha iniciado el combate, o si vemos cualquier indicio de peligro, daremos media vuelta, y esta vez ninguno de los dos se detendrá hasta que lleguemos a Moscú. No te pondré en peligro.
 - —De acuerdo. Es decir, sí. Eso es lo que haremos.
 - —Cuando amanezca, entonces.
 - —Cuando amanezca.

Lo que nos deja esta noche.

A pesar de que ambos seguimos desnudos en la cama en la que hemos hecho el amor, ninguno de los dos se acerca al otro. La verdad cambia las cosas. Todavía no sé exactamente cómo, pero sí, la cambia.

- —Tal vez no deberíamos... No deberíamos... —dice Paul—. Ya te he comprometido.
- ¿Comprometido? Ah. Por compromiso se refiere a embarazo. No es que para mí fuera fantástico quedarme embarazada justo ahora en cualquier dimensión, pero para la gran duquesa Margarita (la futura novia virgen del Príncipe de Gales) sería personal y políticamente desastroso. Siento una punzada de pánico en el estómago, pero me digo que solo ha sido una vez.
- ¿Está mal que lo desee, dado lo complicada que resulta la situación? No lo sé. No puedo saberlo. La única certeza a la que puedo aferrarme es que nos necesitamos y que esta noche no se repetirá. Me llevo su mano a los labios y le beso la palma, los nudillos, las yemas de los dedos.
- —¿Es esto lo que ella hubiera elegido? —pregunta Paul en voz baja—. La gran duquesa. Yo nunca... Si ella no hubiera querido estar conmigo, entonces yo...
- —He visto los retratos que te ha hecho. Son muy elocuentes. —En un primer momento me siento culpable confesándole algo así, revelándole los secretos de la otra Marguerite, pero conozco la verdad que Paul necesita saber—. Te quiere. Sueña contigo. Si ella hubiera estado aquí, creo que habría decidido exactamente lo mismo.

Está desesperado por creerme. La lucha por contenerse se atisba en la tensión de todo su cuerpo.

—Pero ¿qué…? ¿Qué parte de ti ha tomado esa decisión?

Me acerco a Paul.

- —Todas —susurro—. Todas las Marguerites. Ambas te queremos con locura. En cuerpo y alma.
- —Todas las Marguerites —repite, y termina el forcejeo. Una vez más, nos entregamos el uno al otro.

El día siguiente amanece frío, aunque despejado. Nos ponemos en marcha a la hora del desayuno, o lo que habría sido el desayuno de haber contado con algo que comer. Me llevo de la dacha un pañuelo de alegre estampado para envolverme la cabeza con él. Aunque no abriga tanto como mi gorro de piel, es mejor que nada. Paul insiste en que me ponga sus guantes. Me van demasiado grandes y el cuero se me arruga en la muñeca y en las costuras, pero agradezco el calor que proporcionan.

La gruesa capa de nieve nos obliga a avanzar muy despacio, hasta que encontramos a un viejo leñador y a su esposa, que buscan leña. Paul les ofrece unas cuantas monedas y les promete que el zar les recompensará con creces en su debido momento. No parecen demasiado convencidos, pero aun así nos prestan el trineo y el caballo y nos dan la hogaza de pan que llevaban para pasar el día. Insisto en acercarlos hasta su casa, no lejos de allí, antes de irnos; una deferencia que, a juzgar por su reacción, seguramente no se le habría ocurrido a la privilegiada gran duquesa Margarita. La pareja de ancianos se me queda mirando, e incluso Paul parece desconcertado, pero los dejamos en su casa antes de seguir nuestro camino.

Cuando partimos en dirección a las vías del tren, enlazo mi brazo con el de Paul, que niega con la cabeza.

- —No debe, mi señora.
- —¿Sigues llamándome «mi señora»? —La verdad es que me encanta, pero creía que a estas alturas ya podíamos tutearnos.

Paul ni siquiera me mira, se limita a mantener la vista al frente mientras se aparta de mí.

—A partir de ahora, podrían vernos en cualquier momento. Mi comportamiento debe ser correcto. Intachable. Eres la hija del zar. Lo olvidamos voluntariamente, durante un breve tiempo. No podemos volver a olvidarlo.

Tiene razón, pero no por eso duele menos. Entrelazo las manos sobre el regazo. Seguimos el uno al lado del otro, pero sin tocarnos.

Igual que antes.

Cuando Paul azuza el caballo para que avance a través de la nieve, el reflejo del sol sobre el suelo blanco y cubierto de hielo me hace parpadear y me digo que los ojos me escuecen por culpa de la luz cegadora, y se me saltan las lágrimas solo por esa razón.

El día transcurre larga y silenciosamente, solo interrumpido por los pasos encharcados del caballo tratando de abrirse camino entre la nieve, el sonido argentino de los patines deslizándose sobre el hielo y mi voz ofreciendo pan y agua a Paul de vez en cuando. Ambos estamos famélicos, y la hogaza desaparece bastante rápido.

¿Y si las tropas del zar se han visto obligadas a replegarse o, peor, han sido aniquiladas? Hasta ahora no he sido consciente de que Paul no solo intentaba evitar que nos pegaran un tiro cuando insistía en ir a Moscú, intentaba que no nos muriéramos de hambre.

Sin embargo, al tiempo que el sol del crepúsculo comienza a teñir las copas de los pinos de oro y naranja, vemos un campamento a lo lejos, y en lo alto ondea la bandera roja y blanca rusa. La bandera del zar. Paul acelera lo que queda de camino, azuzando al caballo, y ya estamos cerca del perímetro externo cuando uno de los soldados corre hacia nosotros. Lo reconozco y me levanto, agitando los brazos.

- —¡Vladímir!
- —¡Margarita! —Me tiende los brazos y me abalanzo hacia ellos. Nos estrechamos con tanta fuerza que apenas podemos respirar. Sin embargo, Vladímir cambia de humor al instante—. Markov, debía llevarla a Moscú cuando la encontrara.
- —No le regañes, ordené a Markov que me llevara contigo y no le quedó otro remedio. —Me vuelvo para mirar a Paul un instante, pero él ya está montando guardia junto al trineo, vuelve a ser el soldado intachable, y tomo las manos de Vladímir entre las mías—. ¿Y Katia? ¿Y Peter?
- —A salvo en Moscú, donde tendrías que estar tú. Aunque no puedo culpar a Markov, ¿verdad? Testaruda insensata.

Vladímir me besa en la frente con tanto entusiasmo que se lleva gran parte de la carga hiriente de su comentario.

Todavía en posición de firmes, Paul pregunta:

- —¿La insurrección ya ha sido sofocada, mi señor príncipe?
- —No del todo, aunque se han batido en retirada. —Los dedos de Vladímir se cierran sobre los míos—. Salvo por un puñado de regimientos, nuestro padre cuenta con la lealtad de todos los demás, y varios de ellos ya han solicitado clemencia en secreto si abandonan la causa de Serguéi y deponen las armas. Por descontado, nuestro padre no quiere ni oír hablar del tema, pero démosle un par de días para que se calme. En mi opinión, tendremos medio camino hecho cuando se entere de que estás bien.

El comentario me incomoda, me recuerda que, por seco y severo que sea el zar Alejandro V, está convencido de que soy su hija, y le preocuparía que resultara herida. En cualquier caso, eso no cambia el hecho de que quiera saber de mi verdadero padre.

- —¿El profesor Caine se encuentra bien?
- —Sano y salvo. Y se merece una medalla después de cómo rescató a Peter. ¡Menudo temple en medio del tiroteo! Habría pasado por soldado sin ningún problema. —Vladímir despide a Paul con un gesto de cabeza, algo del todo normal para él, aunque a mí me resulta muy despreciativo y desdeñoso. En realidad, solo ilustra la distancia que existe entre la casa de Romanov y cualquier ruso, el abismo entre Paul y yo, el mismo que tal vez nunca podamos volver a salvar.

Miro a Paul por encima del hombro de Vladímir. Sus ojos grises se funden con los míos apenas un instante antes de volverse para atender al pobre y cansado caballo.

—Vamos —dice Vladímir—. Haremos que te traigan un café caliente, y puede que le añadamos unas gotitas de coñac. Tienes que contármelo todo sobre esa

desenfrenada huida.

«Todo no», pienso.

El zar se alegra de que siga viva, o eso dice. Más que nada le enfurece verme aquí en lugar de en Moscú, aunque al menos vuelca su ira en mí y no en Paul.

- —¡¿Qué creías que podías hacer en este campamento?! —vocifera mientras cenamos en su tienda un guiso servido en cuencos metálicos—. Mujeres en el frente...;Qué ridiculez!
- —¿Y las enfermeras? —protesto, pero el zar me fulmina con la mirada, como si estuviera loca; nadie le lleva la contraria. Pues tal vez debería oír opiniones distintas más a menudo. Añado con suma naturalidad—: ¿Dónde se encuentra el regimiento del coronel Azarenko? ¿No está aquí?
- —Ha regresado a San Petersburgo para reunir más tropas, pero no tardará en unirse a nosotros —contesta Vladímir—. Mañana, esperamos.
- —¿No me dirás que ahora también te preocupan los movimientos de las tropas? —refunfuña el zar Alejandro, aunque hago caso omiso.

De acuerdo, el coronel Azarenko está de camino, pero ¿qué probabilidades hay de que lleve consigo el Pájaro de Fuego de Paul? ¿Y si su regimiento entra en batalla mientras se dirige hacia aquí? Podrían matarlo, una noticia muy triste para su familia, por descontado, pero confieso que, ahora mismo, lo que más me aterra es la idea de que si muere, el paradero del Pájaro de Fuego muera consigo.

Cuando el grupo se separa después de cenar, en lugar de regresar a la pequeña tienda que han dispuesto para mí, le digo a Paul:

—Quiero ir a ver al profesor Caine.

Asiente.

—Muy bien, mi señora.

Está envarado, muy recto, y se esfuerza tanto en mantenerse imperturbable que consigue justo el efecto contrario al deseado. Cualquiera que prestara atención se percataría de que algo ha cambiado entre nosotros.

Por fortuna, ninguno de los oficiales que pululan a nuestro alrededor repara en su comportamiento. Paul me sigue a pocos pasos cuando nos dirigimos a la tienda que, según Vladímir, mi padre tiene asignada. Y a pesar de que llevo varias semanas viviendo en esta dimensión, a pesar de que pongo especial atención en llamarlo profesor Caine, cuando Paul aparta la puerta de la tienda y veo a mi padre sentado frente a una mesa plegable, escribiendo a la luz de una vela, corro hacia él y lo abrazo. Mi padre ríe, cohibido.

—Su Alteza Imperial. Me habían dicho que se encontraba sana y salva. Gracias a Dios.

Mi voz suena amortiguada en su hombro.

—Me alegro mucho de verle.

—Igual que yo. —Me devuelve el abrazo, solo un instante—. He oído que debemos agradecer al heroico teniente Markov que haya regresado ilesa.

Sonrío a Paul, que parece aún más envarado.

- —Sí, así es. ¿Está seguro de que está bien? ¿No debería haber ido también a Moscú?
- —Su Alteza Imperial desea que informe a mi rey de todo lo que ocurra, de modo que otras naciones conozcan el verdadero desarrollo de la rebelión. —Arrugas de preocupación recorren la frente de mi padre—. Sin embargo, habría preferido permanecer con Peter. Estaba muy conmocionado.
 - —¿Y Katia? —pregunto.

Mi padre sonríe.

- —Katia habría apuntado con un cañón al gran duque Sergio si la hubieran dejado. Tuvieron que llevársela del frente a rastras. Qué lástima que las mujeres no puedan ser soldados. Su hermana posee el espíritu de diez combatientes.
 - —Me lo creo.

Katia se había abalanzado sobre el traidor que había intentado matarme a pesar de que el hombre llevaba un cuchillo y ella solo contaba con sus puños para defenderse. Aunque nadie debería subestimar los puños de Katia.

—Se reunirá pronto con Peter, ¿verdad? Necesita compañía.

Mi padre me retira el pelo de la cara, aunque aparta la mano de inmediato, consciente de que no debería mostrar ese tipo de afecto hacia la «hija del zar».

—Pronto —prometo—, pero primero necesito que me haga un favor. ¿Recuerda el colgante que le di para que le echara un vistazo? ¿Todavía lo tiene?

Mi padre parpadea, cogido por sorpresa.

- —Sí... De hecho, lo llevo en la maleta, pero ¿qué importancia tiene eso ahora?
- —Déjeme verlo, por favor.

Su equipaje de mano descansa en un rincón de la tienda. Mi padre lo abre y extrae el pañuelo de encaje. El alma se me cae a los pies al ver que el Pájaro de Fuego no está reparado del todo. Ha montado varias piezas, pero no las suficientes.

- —Ciertamente es muy interesante —dice mi padre—. Las piezas forman parte de un mecanismo, eso es obvio, aunque no logro comprender qué debe hacer al final. Sin embargo, el montaje sigue una lógica fascinante, compleja, pero innegable. Estoy impaciente por acabar de desentrañarlo.
 - —Necesito que se dé prisa. Necesito que lo arregle cuanto antes.

Mis dedos recorren la cadena del medallón, y he de hacer verdaderos esfuerzos para no cerrar la mano sobre ella. No quiero volver a separarme de esta cosa nunca más.

Es evidente que mi padre no desea llevarme la contraria, sin embargo...

—Su Alteza Imperial, cumplo órdenes del zar. A pesar de que soy plenamente consciente del valor sentimental de su colgante, ahora mismo hay asuntos que exigen mayor atención.

—No, puedo asegurarle que no es así.

¿Cómo se supone que voy a convencerlo?

En ese momento, me vuelvo hacia Paul y pienso: «Él me creyó. ¿Y mi padre? Sobre todo si Paul lo corroborara».

Por segunda vez en veinticuatro horas, le cuento la verdad a alguien de esta dimensión: quién soy en realidad, de dónde vengo y para qué sirven los pájaros de fuego.

Mi padre no me cree.

- —Su Alteza Imperial, deténgase y reconsidérelo. —Habla con dulzura—. Ayer sufrió una gran impresión. Solo el miedo habría desorientado a la mayoría de la gente. Si a eso le suma que ha estado a punto de morir congelada…
- —¡Estoy bien! ¿Le parezco histérica? —Un momento, estoy desvariando sobre dimensiones paralelas, no tendría que haber hecho esa pregunta, así que dirijo su atención hacia el viajero interdimensional más centrado—. ¿Y el teniente Markov? Sus sueños son los recuerdos de mi Paul Markov. ¿Cómo es eso posible si nada de lo que le he contado es cierto?
- —Lo que Su Alteza Imperial dice es cierto —confirma Paul, todavía en posición de firmes—. Yo la creo.

Mi padre suspira.

—Discúlpeme por lo que voy a decir, Markov, pero creo que usted respaldaría a la gran duquesa aunque dijera que viene de la luna.

No me doy por vencida.

—Sé que todo esto de las dimensiones paralelas suena extraño, pero pienso con claridad y le digo la verdad. Por eso necesito que repare el Pájaro de Fuego cuanto antes.

Es evidente que no lo he convencido, seguramente cree que se me pasará en cuanto descanse una noche entera.

—Continuaré trabajando en el colgante, se lo prometo, pero las órdenes de su padre son lo primero.

En ese momento sé cómo convencerlo.

—Sé cosas que la gran duquesa Margarita nunca llegó a descubrir —aseguro—. Cosas que demuestran que provengo de otro lugar. De otra realidad.

Junto a la puerta de la tienda, y muy a su pesar, Paul parece intrigado. Mi padre, en cambio, da la impresión de que me sigue la corriente.

- —¿Como cuáles?
- —Sé que el zar no es mi padre, sino tú —susurro.

—Sophia nunca me lo dijo —asegura mi padre—, al menos con palabras.

Estamos sentados en su tienda, con mis manos entre las suyas. Las piezas del Pájaro de Fuego descansan en la mesa plegable, desprendiendo destellos a la luz de la vela. Me inclino hacia él, deseosa de saber cómo llegué a existir en este mundo.

- —Entonces, ¿nunca has estado seguro hasta ahora?
- —Sí que lo estaba. —Mi padre sonríe, pero se trata de la sonrisa más triste que haya visto nunca, porque no me mira a mí, está mirando al pasado, a mi madre, a quien no volverá a ver nunca más—. Habíamos… Lo nuestro no duró mucho, era muy peligroso para ambos. Evidentemente, Sophia no podía hablar de su delicado estado, pero al cabo de unos meses comprendí que volvería a ser madre. El zar podría haber sido el padre perfectamente. Me dije que debía de ser así. Luego, un día, poco antes de que tú nacieras, Sophia acudió a una de las clases de Vladímir. Mientras tu hermano estaba distraído, ella… ella me tomó la mano. —Se le quiebra la voz—. La colocó sobre su vientre para que pudiera notar tu patada. Aquella fue la única confirmación. La única que me hacía falta.
 - —Oh, papá.

Lo abrazo y me estrecha contra él de forma casi convulsiva. Me doy cuenta de que es la única vez en su vida que ha podido mostrar sus verdaderos sentimientos.

A continuación, mi padre se pone rígido y se aparta.

- —Teniente Markov —dice con expresión vacía—, ¿va a informar sobre esto?
- —¡Pues claro que no! —Miro a Paul en busca de confirmación.

Paul asiente mirando hacia mí.

—Los secretos de la gran duquesa son mis secretos. No le diré una palabra a nadie.

Mi padre se relaja al comprender que no corremos peligro.

- —Katia... es hija del zar, eso es obvio, pero ¿y Peter? —pregunto.
- —Tu madre y yo no volvimos a estar juntos. No podía permitir que arriesgara su vida de ese modo. Fue un alivio que te parecieras tanto a ella. —La mirada de mi padre se suaviza cuando me mira—. Ojalá te hubiera visto crecer.
- —Lo ha hecho. —Me inclino hacia delante, esperando hacérselo comprender—. En mi dimensión, está viva y está bien. Os enamorasteis cuando empezasteis a colaborar en una investigación científica.
- —¿Es científica? ¿Sophia tuvo la oportunidad de hacerse científica? —No hay palabas para describir la alegría que transmite su sonrisa—. Una mente como la suya echada a perder entre la etiqueta de la corte y los bailes de salón. Era un verdadero genio.
- —Lo sé, porque ella inventó esto. —Vuelvo a darle unos golpecitos al Pájaro de Fuego.

Ahora me cree, estoy segura, aunque quiere saber más acerca de ese mundo en que mi madre y él acabaron juntos.

—¿Y estamos casados? ¿El uno con el otro?

Su pregunta me incomoda. Lo cierto es que mis padres nunca han llegado a casarse. Por lo visto, una vez obtuvieron la licencia, pero entonces hubo una especie de adelanto muy importante en el laboratorio, y para cuando acabaron de solucionar sus derivaciones, la licencia había caducado. Mi madre siempre dice que algún día irán al juzgado, cuando tengan tiempo, y que celebrarán una ceremonia de verdad, pero, sinceramente, creo que han olvidado que no están casados. A Josie y a mí nunca nos ha importado, sabíamos que nadie iba a irse a ningún lado. Sin embargo, dudo que el Henry Caine de este mundo más tradicional lo viera del mismo modo.

Aun así, eso es casi irrelevante comparado con el hecho de que mi padre (el Henry Caine que me quería y me crió) está muerto.

No puedo decírselo. Sería espantoso tener que explicarle que lo han asesinado.

—No hay nada que pueda separaros —digo—. Estudiáis física codo con codo, a diario. Incluso... incluso tengo una hermana mayor que yo, Josie. Es decir, Josephine. Es científica, como tú.

Mi padre vuelve la cara con brusquedad y me doy cuenta de que se ve obligado a reprimir las lágrimas al pensar en esa otra hija que nunca tendrá la oportunidad de conocer.

—Por favor —susurro—. Sé que estoy siendo egoísta, pero necesito volver a casa. Mi madre debe de estar muy asustada. Tengo que volver con ella.

Tras una honda inspiración, mi padre vuelve a mirar el Pájaro de Fuego. La voz le tiembla cuando dice:

- —Este artefacto es mil veces más potente de lo que hubiera imaginado. ¿Sigues creyendo que puedo repararlo?
- —Ayudaste a inventarlo, eso te convierte en la mejor opción que tengo para regresar a donde pertenezco. Si no conseguimos recuperar el Pájaro de Fuego de Paul, pasarás a ser la única opción.

Mi padre alza una de las piezas metálicas y la examina a la luz de la vela, con suma atención.

—Entonces, mi querida niña, vamos a enviarte a casa.

El catre sería frío e incómodo cualesquiera fueran las circunstancias, aunque ahora mismo solo lo comparo con la cama en la que he pasado la noche anterior, entre los brazos fuertes y cálidos de Paul.

Esta noche, Paul acampa con el resto de los soldados. Solo está a unos metros de mí, en una tienda bastante similar a la mía, pero, para el caso, es como si estuviéramos en planetas distintos. Mañana lo enviarán a incorporarse a su regimiento, que está a punto de unirse a nuestras fuerzas.

- —Nos encontraremos con el regimiento del coronel Azarenko por el camino me dijo antes de separarnos—. No te preocupes, le preguntaré por el Pájaro de Fuego en cuanto tenga la oportunidad, pero eso no significa que pueda recuperarlo.
 - —¿Cómo? ¿Crees que podría haberlo empeñado o algo por el estilo?
- —No, él no haría una cosa así, pero me sorprendió sin el uniforme reglamentario y me sancionó llevándose el colgante, de ahí que no esté obligado a devolvérmelo al momento.
- —A mí sí —dije. A estas alturas tengo suficiente experiencia como gran duquesa para saber comportarme con cierta actitud regia. Estoy en comunión con mi Beyoncé interior. Me aparté el pelo y añadí—: Si sabe lo que le conviene.
- —Espero no perdérmelo. —Paul sonrió, aunque borró el gesto al instante, temeroso de que pudieran vernos y se descubriera nuestro secreto.

Doy vueltas y más vueltas en el catre. Tengo la sensación de que jamás volveré a entrar en calor. De que no volveré a experimentar el sosiego y la seguridad de anoche. De que no volveré a ser tan yo como en los brazos de Paul.

Finalmente concilio el sueño, aunque a intervalos. Cuando me levanto, Paul ha partido con los demás soldados de su regimiento. Aunque lo primero que se me ocurre es pasar el día con mi padre, sé que debo dejar que se concentre.

Vladímir me ofrece una distracción completamente inesperada.

—Tienes correo —anuncia, mirando con recelo el sobre que lleva en la mano—. Acaba de llegar un paquete de San Petersburgo. Parece que tu extraño corresponsal parisino vuelve a la carga.

«¡Theo!»

Le arrebato la carta de las manos, y Vladímir ahoga una risita ante mi impaciencia. Me apresuro a desdoblar el grueso papel y veo la letra ilegible de Theo, empeorada por los borrones de tinta:

Marguerite:

Hoy he recibido tu carta...

¿De qué fecha es? Faltaban unos días para Navidad. Le había escrito casi una semana antes de esa fecha. Aquí las comunicaciones van a paso de tortuga. No volveré a quejarme de la conexión 3G nunca más.

... Y me he sentado a escribir esto en cuanto he dejado de flipar. No sé qué te contó Paul en Londres, y no me importa. No sabemos lo que ocurrió, y hasta que no lo sepamos, NO PUEDES FIARTE DE ÉL. Guarda las distancias. Dices que no recuerda quién es, y tal vez sea así, pero que ese tío sea tu guardia y esté contigo a todas horas con una pistola... Malo. (O una bayoneta, o un sable o lo que lleven aquí. Me da igual lo que sea, no lo quiero cerca de ti).

Niego con la cabeza. No lo entiende, no ha visto la cara de Paul cuando se enteró de la muerte de mi padre. Además, tampoco conoce al «teniente Markov», no sabe que nunca me he sentido tan a salvo como cuando él está a mi lado.

No vamos a entrar en cómo narices te las apañaste para caerte y cargarte el Pájaro de Fuego. Vale, puede que el Henry de este universo consiga arreglarlo, pero estaría mucho más tranquilo si pudiera echarle un vistazo a ese chisme. Más que nada, para volver a pegar ojo algún día.

Vamos a hacer lo siguiente: tú me consigues un visado para que pueda viajar a Rusia y yo haré lo que haga falta para llegar hasta ti. Como si tengo que ir todo el camino con raquetas de nieve. Hay que sacarte de aquí, sana y salva. Eso es lo único que importa.

Me quedo sin respiración, y lucho por impedir que mi rostro refleje ninguna emoción. Theo está dispuesto a asumir los mismos riesgos que Paul, está dispuesto a pelear por mí con la misma ferocidad, a protegerme como lo hace Paul. Todo lo que he sentido alguna vez por él bulle en mi interior y de pronto lo añoro con tanta desesperación que apenas soy capaz de soportarlo.

No hay CNN en esta dimensión. ¿Theo se habrá enterado ya de la revuelta? ¿Estará loco de preocupación, pensando en que podría estar herida o muerta?

Trabajo en el ESPCI. Tiene suficiente prestigio para que puedas venderme como conferenciante, o como alguien que debería estar en la universidad, o algo por el estilo. Iré de nuevo a la embajada rusa y lo solicitaré por mi parte. De un modo u otro, pronto volveré a estar contigo.

Yo te he metido en este lío, Meg, y yo te sacaré de él, te lo prometo. Para mí no hay nada más importante en ningún universo.

Тнео

Despacio, doblo la carta y la sujeto contra mi pecho. Vladímir emplea un tono suave cuando dice:

- —Sospecho que haría bien en no mencionar esta carta al zar.
- —Por favor. —Como si fuera a chivarse... Le tiendo una mano al único hermano mayor que tendré jamás. Vladímir no sigue indagando, a pesar de que debe de preguntarse qué demonios me ocurre. Pase lo que pase, puedo contar con él.

Ahora sé que voy a echarlo de menos cuando me vaya.

En ese momento oímos gritos en el exterior, y no de un par de hombres, sino de decenas de ellos. De cientos. Asustados, la mano de Vladímir se cierra sobre la mía el instante que tardamos en comprender que no es pánico. Es alborozo.

Abandonamos la tienda a toda prisa y vemos a los soldados lanzando sus gorros

al aire y brindando con vodka de sus petacas por lo que sea que los hace tan felices.

—¡¿Qué sucede?! —vocifera Vladímir—. ¡¿Qué es lo que sucede?!

El zar Alejandro se abre paso a grandes zancadas entre sus hombres y se acerca con una amplia sonrisa en el rostro.

—Los regimientos leales han atacado a las fuerzas del traidor de mi hermano esta tarde. Serguéi ha caído. ¡Igual que su rebelión!

Se une a la celebración por la muerte de su hermano. Teniendo en cuenta que Serguéi también ha intentado matarnos, podría estar justificado. Solo puedo pensar en que es la única vez que he visto sonreír al zar.

Vladímir no se suma a la fiesta, pero su alivio es evidente.

—¿Qué valientes soldados sofocaron la rebelión?

Da la impresión de que, para el zar, no es más que un detalle sin importancia, pero dice:

—El batallón de Azarenko.

Eso significa que Paul ha participado en la ofensiva.

- —El teniente Markov... ¿está bien? ¿Lo han herido?
- —¿Cómo voy a saberlo? —Al zar Alejandro le aburre hablar con sus hijos cuando hay soldados dispuestos a aclamarlo—. Consulta los informes de batalla, si quieres.

Vladímir me mira y me coge de la mano.

—Vamos, Marguerite. Te los conseguiré.

Resultan ser varias hojas escritas a mano, llenas de borrones porque fueron despachadas antes de que la tinta se hubiera secado. En la tienda del zar, estrujando el papel y haciendo esfuerzos por descifrar lo que pone, leo que el gran duque Sergio ha hallado la muerte a punta de bayoneta. Que solo diecinueve soldados leales al zar han pagado con su vida, entre ellos el coronel Azarenko. Y que otros ocho están gravemente heridos.

Y leo que uno de ellos es Paul.

- —¿No podemos ir más rápido? —Me siento mal incluso por decirlo. Los caballos hacen lo que pueden y el trineo avanza sobre la nieve a mayor velocidad de la que podría ir cualquier vehículo motorizado. Aun así, tengo la sensación de que podría superar a los caballos, como si abandonándome al poder absoluto de mi temor por Paul fueran a romperse las cadenas de la gravedad y pudiera salir volando junto a él.
- —Cálmate —dice mi padre. Se ha prestado voluntario para llevarme, cosa que agradezco, porque no sé si ahora mismo sería capaz de soportar la compañía de otra persona que no fuera él, de alguien que no sepa la verdad—. A este ritmo, llegaremos en menos de una hora.
 - —Lo sé. Lo siento. Es que yo...

Sin embargo, ¿qué puedo decir? Mi padre lo dice por mí.

—Es que lo quieres. —Cuando me vuelvo asombrada hacia él, mi padre simplemente mueve la cabeza, con arrepentimiento y pesar—. Reconozco el amor prohibido, Marguerite. Aprendí a hacerlo en los ojos de tu madre.

Rodeo su brazo.

- —Tiene que estar bien.
- —Si el teniente Markov no sobrevive, ¿tu Paul también muere?
- —Nadie lo sabe seguro, aunque... es probable.

Mi padre me lanza una mirada de soslayo.

- —¿Por quién de los dos temes?
- —Por ambos. —El aire frío y cortante me hiere las mejillas mientras avanzamos a toda velocidad—. Estoy atada a Paul, tal vez en todas partes, del mismo modo que tú estás atado a mamá.

Mi padre guarda silencio unos instantes, antes de decir:

- —No estamos juntos en tu mundo. Tu madre y yo.
- —Ya te he contado…
- —Sí, me lo has contado, y nunca he visto a nadie dar una noticia supuestamente buena con una cara tan triste. —Habla con dulzura, como es habitual en él, pero siempre ha sabido cuándo, y cómo, presionarme—. Es muy reconfortante saber que existen infinidad de mundos. Infinidad de posibilidades. Ahora sé que en algún lugar, de algún modo, Sophia y yo hemos tenido una oportunidad. Sin embargo, no debes mentir para evitar hacerme daño.
- —Habéis estado juntos, siempre. Nada hubiera conseguido separaros. —La verdad, mi padre se lo merece—. Nada salvo la muerte.

Aspira aire con fuerza.

- —Jamás la habría obligado a tener más hijos.
- —Ella no —susurro—. Tú.

Después de eso, avanzamos en silencio unos momentos. Lo único que se oye a nuestro alrededor son los cascos de los caballos, los patines del trineo sobre la nieve, el cascabeleo de las riendas. ¿Se ha quedado sin habla? ¿Cómo debe de ser escuchar que has muerto?

Al final me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Mi pobre y querida niña.

Mis ojos se llenan de lágrimas cuando me apoyo en él. Me acerca un poco más, para consolarme. Me doy cuenta de que esto es lo que significa ser padre: enfrentarse a lo más horrible que puede sucederte jamás y, aun así, pensar solo en cómo debe de afectar eso a tu hijo.

—¿Ha sido muy reciente? —pregunta en voz baja.

Asiento, la cabeza apoyada en su hombro.

- —Justo antes de irme.
- —Tiene que ser duro para ti verme de nuevo.
- —No. Ha sido maravilloso volver a estar contigo, porque te pareces en muchos más aspectos de los que te diferencias.
- —¿Era un buen padre? Siempre me he preguntado cómo sería, si hubiera tenido la oportunidad.
- —Eras el mejor. —Todos los pequeños encontronazos con mi padre, porque se negaba a prestarme el coche, o porque se burlaba de mi adicción a *Crónicas vampíricas*, o por lo pesado que se ponía con el sketch de la Inquisición española de los Monty Python, nada de todo eso importaba en lo más mínimo—. Me has permitido ser yo misma, tanto a mí como a Josie. Nuestra casa siempre ha sido muy rara, no se parecía a la de ningún niño, y a mí nunca me ha importado. Los demás tratan de amoldarse. Les preocupa lo que piense la gente. Mamá y tú... A vosotros siempre os ha dado igual. Querías que encontráramos nuestro propio camino, aunque siempre podíamos contar contigo. Todas las noches, antes de acostarnos, nos decías que nos querías. Después de cenar, fregabas los platos y tarareabas canciones de los Beatles. «In My Life» era tu preferida, y nunca más seré capaz de escuchar esa canción sin pensar en ti. Ni querría. Te quiero mucho.

Vuelvo a hundir la cabeza en su hombro, y me estrecha con fuerza una vez más. Al cabo de un buen rato dice:

- —¿Qué tienen que ver los insectos en todo esto?
- —¿Los insectos?
- —Las cucarachas, beatles en inglés.
- —Los Beatles eran un grupo de *rock*. —Eso tampoco va a ayudarlo demasiado. Río entre lágrimas—. Cantantes. Eran unos cantantes que te gustaban.

Me da unas palmaditas en el brazo.

- —¿Y tu madre y yo éramos felices?
- —Casi rozaba el absurdo.
- —¿Sophia está contenta con su vida?

- —Es una científica de renombre que investiga lo que le interesa. Nos tiene a Josie y a mí, y... está bastante bien como madre, aunque supongo que eso ya lo has visto tú mismo. Creo que habría dicho que su vida era casi perfecta, antes de perderte.
- —Gracias —dice mi padre—. Será de ayuda recordar eso. —Guarda silencio un instante—. ¿Y qué hay de la gran duquesa Margarita?
 - —¿A qué te refieres?
- —Cuando te vayas, ¿qué consecuencias tendrá para la gran duquesa? ¿Recordará algo de todo esto? ¿Sabrá...? —Vuelve a quebrársele la voz—. ¿Sabrá que soy su padre?

Mi primer impulso es decirle que no. Había visto cómo se había comportado el Paul de la dimensión de Londres después de que mi Paul saltara a una nueva. Había perdido la memoria por completo y no sabía qué le había ocurrido.

Sin embargo, parece que Paul y yo viajamos de una dimensión a otra de modo bastante distinto.

- ¿Quién sabe lo que las otras Marguerites recordarán o no?
- —No lo sé —admito—. Por su bien, eso espero. Te necesita.
- —Yo también la necesito a ella.

«Recuerda», pienso, intentando marcar a fuego ese momento en mi cerebro para dejar algún rastro cuando me haya ido. El brazo de mi padre se tensa sobre mis hombros, como si supiera lo que intento hacer. Tal vez así es. «Recuérdalo siempre.»

Finalmente divisamos el campo de batalla desde la cima de un monte, aunque al principio solo vemos motas negras y correteos sobre una vasta extensión blanca. Sin embargo, a medida que nos acercamos, empiezo a distinguir las manchas rojas sobre la nieve. El viento cambia de dirección, impregnado del olor a campo de batalla: a pólvora y a algo que solo puedo llamar muerte.

Mi padre apenas ha frenado el trineo. Algunos soldados nos lanzan miradas groseras (¿una dama recorriendo sus filas?) hasta que uno de los generales me reconoce. Cuando me llama «Su Alteza Imperial», los demás se cuadran.

—Llévenme junto a Paul Markov —exijo, irguiéndome como la gran duquesa que soy.

Sé que la medicina está más atrasada en esta dimensión que en la mía, pero no estoy preparada para la primera visión de la enfermería. Los soldados yacen en catres, unos vendajes improvisados envuelven los miembros que han perdido. Cuencos metálicos con instrumental médico y sangre. La mayoría de los hombres sufren dolores espantosos. La morfina existe, pero no hay para todos. Oigo gritos, gemidos, oraciones, y un chico más joven que yo llora lastimeramente mientras llama a su madre.

Paul está callado.

Me acerco a él y lo miro con horror. Está envuelto en vendajes: el hombro, ambas rodillas y, lo peor de todo, el torso. He leído suficientes novelas bélicas para saber qué significa una herida en el vientre en una época en la que todavía no se conocen

los antibióticos.

«No. No es posible. Paul no morirá. No puede». No sé cómo, pero me encargaré de ello. Escribiré a Theo a París y le diré que deje fuera toda la noche unas placas de Petri para que invente la penicilina. No me apartaré de él. Paul saldrá de esta.

Cuando me arrodillo junto a su catre y le tomo la mano, se mueve. La cabeza se le ladea, como si le pesara demasiado. Abre los ojos y, al reconocerme, intenta sonreír. A pesar de la gravedad de sus heridas, quiere reconfortarme.

—Todo saldrá bien —digo. La mentira sabe amarga. Aunque sobreviva, sé que sus piernas no volverán a ser las mismas. ¿Podrá siquiera seguir siendo soldado? No importa. Lo único que importa es salvarlo—. Ya estoy aquí y no voy a dejarte.

Paul intenta hablar, pero no puede. Sus dedos me buscan, como si quisiera tomarme la mano, pero está demasiado débil.

Seguro que hay médicos cerca, seguro que hay soldados que pueden escucharnos. Al cuerno con todo. Inclino la cabeza sobre su mano y la beso.

- —Te quiero, Paul. Te quiero mucho. No volveré a abandonarte nunca más.
- —Marguerite...

Mi padre pone una mano en mi hombro, pero cuando niego con la cabeza, la retira.

Paul inspira hondo y cierra los ojos. No sé si sigue despierto, pero, por si acaso, continúo diciéndole lo mucho que lo quiero y no lo suelto. Aunque esté inconsciente, aunque no pueda verme u oírme, notará mi mano y sabrá que estoy a su lado.

Sé que los demás soldados y los médicos están mirándonos. Lo que acabo de decirle a Paul es algo que ninguna gran duquesa debería decirle nunca a un soldado normal y corriente. Sin embargo, también sé que ni uno solo se atreverá a decir una palabra de esto. Propagar rumores sobre un miembro de la familia real es el modo más rápido de acabar destinado a Vladivostok.

Con la mano libre, le toco el cuello con la vana esperanza de que lleve el Pájaro de Fuego. Ya no me importa lo que me ocurra, pero podría encargarme de que mi Paul continuara viajando, de que al menos sobreviviera a esto.

Aunque también necesito que viva este Paul.

No importa. No lleva el Pájaro de Fuego en el cuello, y cuando ordeno a uno de los soldados sanos que busque en el baúl de Paul, no encuentran nada ni remotamente parecido. El coronel Azarenko ha muerto en el campo de batalla, así que no queda nadie más a quien preguntar.

El Pájaro de Fuego sigue desaparecido y ahora mismo estoy viendo morir a dos hombres en un solo cuerpo.

Al anochecer, Paul vuelve a moverse. Abre los ojos con un parpadeo y mis lágrimas arruinan la sonrisa que le dedico.

- —¿Paul? Estoy aquí, golubka. Estoy aquí.
- —Todas las Marguerites —dice, y luego muere.

Todo es muy confuso a partir de ese momento. Creo que me levanto muy tranquila, salgo de la tienda y me aseguro de estar lejos de la enfermería antes de ponerme a gritar. Los soldados heridos necesitan descansar. No deben oírme chillar y chillar hasta que no puedo soportar el dolor de garganta y me echo a llorar y caigo de rodillas en la nieve.

Después de que ya no puedo gritar más, permanezco fuera, sola, varios minutos. El frío casi me entumece las rodillas y los pies y ordeno a mi mente y a mi corazón que los imiten. Que se congelen. Que pierdan la sensibilidad. Así el resto de mi persona podrá seguir adelante, dando traspiés.

Sin embargo, cada vez que creo haber superado el punto en el que ya no puedo sentir más dolor, me asalta un nuevo recuerdo: Paul en la sala oriental, con un huevo Fabergé en las manos; Paul guiándome mientras bailamos un vals, su mano grande y cálida sobre mi espalda diminuta; Paul besándome una y otra vez mientras nos dormimos, enredados el uno en el otro.

Por fin consigo ponerme en pie, con dificultad. Uno de los médicos espera a pocos pasos de mí. Seguramente le han ordenado seguirme, por miedo a que sufriera un ataque de ansiedad.

—¿Dónde está el profesor Caine? —pregunto con voz ronca, más parecida a la de una anciana que a la mía.

Me conducen a la tienda que parecen haberme asignado, aunque mi padre está allí. Cuando entro, se levanta.

- —Me han dicho que todo ha terminado. Pensé que necesitarías estar un momento a solas.
 - —Así es. Gracias.
- —Lo siento mucho, cariño. No sabes cuánto lo siento. Markov era un buen hombre.

Sus amables palabras reabren la herida, pero reprimo las lágrimas. Entonces veo lo que mi padre ha estado haciendo todas estas horas. Allí, en la mesa plegable, está mi Pájaro de Fuego... aparentemente reparado.

Su mirada sigue la mía.

- —Me he volcado en ello. No sé si lo he conseguido, pero no sé si permitirte hacer algo tan peligroso sin probarlo antes.
 - —Puedo hacer una prueba —digo con voz apagada.

Cojo el Pájaro de Fuego y repaso los movimientos para activar un recordatorio, las piezas metálicas encajan bajo mis dedos, hasta que me atraviesa la descarga. Dolor, intenso, eléctrico y casi insoportable, pero es bien recibido. Ese dolor es el único capaz de entumecer mi corazón. Agradezco la tregua aunque apenas dure unos segundos.

—Eso parece que ha dolido.

Mi padre intenta recuperar el Pájaro de Fuego, pero me niego.

—Se supone que tenía que doler. —Intento sonreír—. Lo has vuelto a montar.

¿Lo ves?, sabía que eras un genio.

Mi padre se pasa una mano por el alborotado pelo castaño.

—¿Estás completamente segura de que tiene que hacer eso?

Está preocupado. ¿Cómo no va a estarlo? La idea de realizar el próximo viaje con este chisme me inquieta hasta a mí. Sin embargo, mi otra única opción es esperar las semanas, o incluso meses, que Theo tarde en llegar a Moscú o yo en viajar a París.

Tengo que volver con mi madre. Tengo que hablarle de Conley, y pronto. El Pájaro de Fuego de Theo le avisará de que he saltado a otra dimensión y él me seguirá. La cuestión es adónde. Mi Pájaro de Fuego aún está programado para ir detrás de mi versión de Paul, que acaba de morir en mis brazos. No obstante, no importa adónde vaya, siempre que termine en un lugar donde Theo pueda encontrarme. Él me llevará a casa, confío en él.

Y por encima de todo, confío en mi padre.

—Funciona —digo, esperando parecer segura—. Voy a irme.

Mi padre asiente, mirándome con tristeza. Esta podría ser la última vez que su hija sepa quién es él de verdad.

Podría ser la última vez que yo vuelva a ver el rostro de mi padre.

Me lanzo a sus brazos y cierro los ojos mientras él me estrecha contra sí.

- —Te quiero —susurra—. Te he querido en todo momento y a todas horas desde que naciste. Incluso desde antes.
- —Yo también te quiero, papá. A pesar de que te lo decía casi a diario, tengo la sensación de que no te lo decía lo suficiente. Por mucho que te lo dijera, nunca sería lo suficiente.

Separarme de él es insoportable. Por eso sigo en sus brazos cuando toco el Pájaro de Fuego. Lo último que siento en esta dimensión es su beso en mi mejilla. Adiós. Adiós.

Cuando aparezco en mi nuevo ser, estoy sentada en una silla, una mullidita. «Bueno, no está mal, para variar», pienso, antes de abrir los ojos y ver...

Mi galería de retratos, en mi propia habitación.

De pronto, me doy cuenta de que estoy sentada en mi sillón del rincón, mirando el cuadro de Josie: los mismos ojos azules, la misma expresión alegre. Las paredes de mi habitación están pintadas del mismo tono crema suave. Las cortinas estampadas se hinchan ligeramente a causa de la brisa porque tengo la ventana abierta, como de costumbre. Incluso llevo uno de mis vestidos preferidos, el rojo con pájaros amarillos y flores de color crema.

Estoy en casa.

Sin embargo, cuando vuelvo la vista hacia la cama, me percato de que la colcha no es exactamente la misma. Se trata de un cobertor de seda que Josie me regaló por Navidad el año pasado, pero los colores y el estampado son distintos. Había estado admirándolo en un catálogo (en el tema de los regalos, no me da vergüenza dar pistas) y recuerdo que la descripción decía: «Todos los artículos son únicos».

Ahora que lo pienso, el retrato de Josie parece el mismo, pero yo lo tenía colgado junto al de mi amiga Angela en vez del de mi padre. Y mi madre aparece en el suyo con una camisa blanca convencional de algodón, en lugar de la camiseta gris que recuerdo haber elegido.

Esta dimensión se parece muchísimo a la mía, pero no estoy en casa.

Al principio siento una profunda punzada de añoranza, que empeora el hecho de estar rodeada de algo tan similar a lo que recuerdo, pero que no es mío. Sin embargo, en ese momento caigo en la cuenta: si he saltado a otra dimensión y mi Pájaro de Fuego estaba programado para seguir a Paul... ¿entonces él también lo habrá conseguido?

Debe de ser eso. Tiene que ser eso. ¡Está vivo! La esperanza embarga mi corazón al comprender que mi Paul ha sobrevivido, que está cerca, en algún sitio...

... y me detengo en seco.

El teniente Markov del Batallón de Infantería de Su Majestad Imperial, el Paul que me salvó, con el que he pasado una sola y perfecta noche de amor, ha muerto, me ha dejado, para siempre.

Me hago un ovillo en la butaca y me rodeo las piernas con los brazos. El hombre que amaba ha muerto. No hay nada que cambie eso.

Recuerdo su cuerpo pesado entre mis brazos, ensangrentado e inerte, y sé que he perdido algo irreemplazable.

Ya no tengo la impresión de hallarme en mi dormitorio. Podría estar de nuevo en Rusia, arrodillada en la nieve, gritando de dolor, ajena a todo. Sin embargo, ahora mismo lo único que puedo hacer es llorar de manera entrecortada.

Las posibilidades se estrellan unas contra otras; los sentimientos se entrelazan en nudos gordianos. Existen miles de modos de amar, dudar y perder a Paul Markov, y tengo la sensación de que solo he empezado a descubrirlos.

Ahora, lo único que puedo hacer es centrarme en el hecho de que Paul, Theo y yo seguimos en grave peligro. Y tal vez mamá y Josie también. Debo seguir adelante. No tengo otra opción.

«Espabila», me digo. Cojo un pañuelo de papel (guardo la caja exactamente en el mismo estante), me sueno la nariz e intento centrarme en el aquí y el ahora.

Cuando miro a mi alrededor, lo cotidiano se vuelve extraordinario. Después de un par de semanas en un mundo donde la electricidad era un invento moderno, es fascinante ver mi móvil, el altavoz portátil, la tableta. Incluso los objetos más mundanos me resultan valiosos por su familiaridad. Los tejanos de trabajo llenos de pintura y una camiseta vieja descansan en la silla. La tela para no manchar está extendida en el suelo y el caballete está dispuesto en su sitio. Por lo visto, estaba a punto de ponerme a trabajar.

Levanto la caja de óleos. Simplemente la visión de los relucientes tubitos plateados, de algo conocido, me llena de alivio.

Salgo al pasillo, pintado con pintura de pizarra y abarrotado de ecuaciones físicas, exactamente como debería estar. En el salón veo las plantas de mi madre, la mesa arcoíris y todas las pilas de papeles y libros que cabría esperar. Con todo, algunas de las espirales de la mesa parecen un poco distintas.

Me agacho para estudiar la superficie (al menos lo que queda a la vista debajo de tantos papeles), pero uno de los pisapapeles me llama la atención. Se trata de un disco grueso, redondo y metálico que descansa sobre una carpeta con el logo de Triad Corporation en la tapa...

«Vaya». Abro los ojos de par en par. Nunca he visto un Premio Nobel, pero estoy segura en un noventa y cinco por ciento de que es así.

Al levantarlo, asombrada de lo que pesa el oro macizo, caigo en la cuenta de que, en esta dimensión, mis padres han debido de dar el gran salto en su investigación un par de años antes. Miro el Premio Nobel y pienso: «Así se hace, mamá».

¿Y los demás? ¿Qué hay de Josie? Sí, todavía estudia oceanografía en el Scripps de San Diego, donde nos compró unos imanes para la nevera que están, ¿cómo no?, en la nevera. De hecho, según el calendario de la pizarra blanca de la cocina, esta noche vendrá a visitarnos por... ¡mierda!, por Nochevieja. Eso es hoy. He perdido la cuenta de los días mientras estaba en Rusia, entre la rebelión violenta y sangrienta y todo lo demás.

¿Y Theo? Aquí también es uno de los ayudantes de posgrado de mis padres. O eso o tienen a otro aspirante a moderno que se ha dejado su sombrero de fieltro de segunda mano en el perchero. De hecho, es probable que Theo esté materializándose en esta dimensión ahora mismo, en su destartalado apartamento de estudiante. Seguro que estará aquí en menos de una hora.

Y Paul...

La puerta de la cocina se abre y oigo que mi madre dice:

- —Si la cognición canina se aproxima más a la humana que la de nuestros parientes primates más cercanos, entonces, ¿debemos empezar a considerar a los perros como nuestros compañeros en el proceso evolutivo?
- —En serio, tendríamos que haber comprado ese cachorro cuando querían las niñas. —Mi padre entra en la cocina detrás de ella, cargados ambos con bolsas de tela llenas a rebosar—. Nos habría proporcionado un sujeto canino que observar y, además, podríamos haberlo llamado Ringo.

Mamá y papá. Ambos están vivos, ambos están bien, ambos están aquí, en nuestra cocina, como si no hubiera pasado nada... porque aquí todo es como debería ser.

Mi madre es la primera que repara en mí.

- —Hola, cariño. Pensaba que a estas horas ya estarías pintando.
- —Hola —contesto. Me quedo muy corta, pero no se me ocurre nada más que decir, así que subo de un salto los dos escalones que conducen a la cocina y los abrazo a la vez.
 - —¿A qué viene esto? —pregunta mi padre entre risas.

No sé cómo, pero consigo que no se me quiebre la voz.

—Es solo que... os echaba de menos.

Mi padre se aparta con recelo.

- —¿Has manchado algo con pintura?
- —¡No! No pasa nada, lo juro. —Los suelto, pero no puedo dejar de sonreír como una tonta. Estar cerca de ellos no cura la herida que ha abierto la muerte de Paul en Rusia, pero me ayuda a volver a sentirme casi completa—. Todo está la mar de bien.

Mis padres intercambian una mirada.

- —Supongo que en algún momento el vaivén hormonal adolescente tenía que jugar en nuestro favor —dice mi madre.
 - —Ya era hora —contesta mi padre.

Les doy un pequeño empujón, aunque en broma. Mis padres podrían lanzarme las peores pullas que hoy no me molestarían.

- —¿Qué habéis comprado?
- —Para hacer lasaña. Y vino tinto, por si a Josie le apetece una copa.

Mi madre empieza a guardar la compra, pero le quito una de las bolsas.

—¿Por qué no me dejáis preparar la cena? Vosotros sentaos y relajaos.

Esta vez, cuando se miran, mis padres ya no parecen tan contentos, pero sí más preocupados.

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi madre.

Mi padre niega con la cabeza.

—Vas a pedirme que te deje el coche.

Suelto una carcajada. Está visto que en esta dimensión me escaqueo tanto de la

cocina como en casa.

—De verdad, dejadlo, no pasa nada. Es que me ha parecido que podría ser divertido, nada más.

A pesar de que es evidente que mi padre no está convencido, mamá dice:

—Henry, no insistas. —Me pone una caja de láminas de lasaña en las manos y luego se vuelve hacia mi padre, lo empuja por los hombros con suavidad y le señala el sofá. Cuando él se va, riéndose entre dientes, mi madre se detiene a mi lado y añade en voz muy baja—: Gracias por la ayuda, Marguerite. En estos momentos, significa mucho.

¿En estos momentos? ¿Qué quiere decir con eso de «en estos momentos»?

- —Vale —contesto. De ese modo no me pillo los dedos.
- —Sé que... no somos los únicos a quienes les ha ocurrido. —Mi madre sigue hablándome con un hilo de voz mientras me acaricia los rizos. Igual que cuando yo era pequeña. Últimamente me resultaba molesto, pero ya nunca más, no después de dos mundos sin ella—. Aunque la policía encuentre a Paul, puede que nunca logremos comprender por qué ha hecho lo que ha hecho. Tu padre y yo retiraríamos todos los cargos de buen grado en cuanto tuviéramos respuestas, pero Triad no, así que... —Se le quiebra la voz—. Lo que nos ha hecho Paul no tiene nombre, pero peor es aún lo que se ha hecho a sí mismo. Ha arruinado toda su vida, y ¿para qué?

No puedo contestarle. Ahora mismo apenas puedo respirar.

—Perdona. Intentabas animarnos. Dejaré que sigas intentándolo.

Mi madre me da unas palmaditas en el hombro y se va con mi padre.

Me quedo en la cocina como un pasmarote, con una caja de pasta en las manos, pensando: «Pero ¿qué...?».

Aun sin conocer los detalles, sé lo que ha ocurrido: Paul ha traicionado a mis padres. Nos ha traicionado de nuevo.

Creía que había empezado a entender a Paul. Ahora creo que nunca lo he entendido; ni a él, ni a nadie ni nada.

Media hora después, sigo enfrascada en la cocina, y cuando digo «enfrascada» me refiero a «dar vueltas medio atontada y en estado de *shock*». No sé cómo he conseguido poner todos los ingredientes para la salsa de tomate en la cazuela, pero he tardado cinco minutos en recordar que tenía que encender el fuego. Mi cerebro está demasiado perturbado por la traición de Paul para concentrarme en algo tan mundano como la cena.

¿Debería contarles a mis padres la verdad acerca de quién soy y de dónde vengo? He conseguido convencer a mi padre acerca del viaje interdimensional en un universo donde nadie había inventado la radio. Aquí me creerían al instante. Lo único que tendría que hacer es asomar el Pájaro de Fuego por el cuello del vestido.

Sin embargo, ahora no necesito su ayuda como he necesitado la de mi padre en

Rusia. Deseo contarles la verdad porque quiero que me consuelen y que me escuchen, para desahogarme por todo lo que he pasado hasta ahora. No es razón suficiente. Ya están desolados por lo que ha hecho Paul; ¿no sería mucho peor si les contara hasta dónde llega su traición?

Aún deseo creer en Paul, y sigo llorando al que ha muerto en mis brazos, pero ahora mismo... ya no me fío de mi instinto.

La puerta de la cocina vuelve a abrirse y me doy la vuelta para ver de quién se trata.

—Eh, ¿qué tal, Meg? —Theo me sonríe—. Feliz año.

Llevo casi tres semanas sin verlo y me parece que han transcurrido tres vidas.

—;Theo!

Le rodeo el cuello con los brazos. Y por más que finge que le trae sin cuidado, la verdad es que me devuelve el abrazo y me estrecha incluso con mayor fuerza.

—Resérvame ese beso a medianoche, ¿vale? —me susurra al oído.

Bromea. Y no bromea. Me sonrojo... y aun así solo puedo pensar en Paul tendido en el catre en el que ha muerto, abriendo los ojos para mirarme por última vez mientras pronunciaba: «Todas las Marguerites».

Me aparto de Theo.

—Deberíamos... Esto... Les he dicho a mis padres que cocinaría yo.

Theo me mira de hito en hito.

—Eres tú, ¿verdad?

Comprendiendo a qué se refiere, engancho la cadena del Pájaro de Fuego con el pulgar y la asomo por el cuello del vestido. Theo se relaja visiblemente, más tranquilo.

- —¡Theo! —lo llama mi padre desde el salón—. Al final has podido venir.
- —Como que me iba a perder la Nochevieja —contesta con una sonrisa.
- —Si no vas a ayudar en la cocina —interviene mi madre—, ven aquí y ayúdame a calcular estas fórmulas para una esfera en treinta dimensiones.
- —¿Sabes qué? —Theo da una palmada—. Me parece que hoy es un buen día para aprender a cocinar.

Mi padre se asoma por la esquina, aunque apenas se le ve por encima del exuberante filodendro de mamá.

- —¿Es que habéis perdido la chaveta los dos a la vez?
- —Sí —dice Theo—, ahorra tiempo.

La respuesta hace reír a mi padre y, aún mejor, le hace volver a lo suyo, de modo que Theo y yo tenemos algo de intimidad.

Empezamos a colocar las capas de pasta, salsa y queso en el molde de cristal. Todo va como la seda. La pasta no se curva, no hay risitas y Paul no está a mi lado. Así no es tan divertido.

Mientras trabajamos, le cuento a Theo en voz baja lo que he descubierto en Londres en el último momento.

- —Si lo hubiera hecho Paul, no habría podido mostrarse tan sorprendido. De verdad que no lo sabía.
- —Mi opinión sobre eso rima con pilijolleces. Venga, eres demasiado lista para dejarte tomar el pelo de esa forma.
 - —Tú no lo viste, yo sí —susurro, ofendida.
- —No necesito verle la cara para saber lo que ha hecho. ¿Crees que no se te puede engañar? Se la ha pegado a los genios de tus padres, así que estoy bastante seguro de que también podría pegártela a ti.

Me niego a aceptarlo. No puedo. Si algo sé de Paul Markov es que carece de la maldad necesaria para matar a mi padre. Y si le debo algo al Paul de Rusia por amarme y salvarme la vida, es el beneficio de la duda a sus otros yoes.

—Él no nos traicionó —insisto—, y yo no voy a volver a traicionarlo dudando de él.

Theo suspira mientras dispone otra capa de ricota.

- —Tienes buen corazón, Meg. Te enfadas enseguida, pero también se te pasa rápido. Eso me encanta de ti, pero no es el momento de andar variando el rumbo. El mundo cambia constantemente a nuestro alrededor y eso significa que debemos aferrarnos a lo que sabemos.
- —No sabemos nada. Ni siquiera nos quedamos para el funeral. Tal vez hayan averiguado algo más después de... —«Examinar el cadáver. Realizar una autopsia». Ni siquiera soy capaz de pronunciar en voz alta esas palabras cuando pienso en mi padre—. Además, en Rusia Paul ha muerto para salvarme. No creo que él sea el malo de la película.

Recuerdo cuando desperté en la dacha, en los brazos de Paul. Su susurro resuena en mi cabeza: «Golubka. Palomita».

Mi cara debe de delatar lo que siento porque Theo redobla sus esfuerzos.

—Vale, Paul Markov no es un hijo de puta en todas partes. Dimensiones infinitas equivale a posibilidades infinitas. Seguramente incluso existe una dimensión en la que las mujeres no me desean en cuanto me ven. —La broma no consigue mejorar el ánimo de ninguno de los dos. Prosigue—: En serio, todo es posible. Todo tiene que suceder, en una dimensión u otra, por lo tanto debe existir un Paul decente en alguna parte, y tú has dado con él. Felicidades. Pero ¿el Paul al que nos enfrentamos en este viaje? ¿Ese Paul? Ese nos la ha jugado bien jugada, y piensa hacerlo de nuevo. No se lo permitas. No te ablandes ahora.

No tengo la sensación de estar ablandándome, tengo la sensación de mantenerme firme.

- —No creo que lo haya hecho él, Theo, nada más. Ha admitido que borró los datos, y claro que robó el Pájaro de Fuego, pero...
- —Vaya, o sea, que lo ha confesado todo menos el asesinato, ¿eso es lo único que se necesita para volver a estar en tu cartilla de baile? —Theo se pasa una mano por su alborotado pelo oscuro, haciendo evidentes esfuerzos por calmarse—. Por cierto, esto

también es duro para mí. Yo quería a Paul. Pensaba que..., ya sabes, que acabaríamos en la misma facultad, en Cambridge o Caltech, y que seríamos una especie de científicos locos. —Su sonrisa es nostálgica y fugaz—. Creo que al final será así en alguna dimensión.

—Hasta tú lo ves —digo, utilizando el cucharón para verter la última capa de salsa de tomate—. Sabes que Paul no es un mal tipo. Debe de haber tenido una buena razón para hacer todo lo que ha hecho.

Theo suspira, con el aspecto de alguien que lucha por una causa perdida.

—Tómate un tiempo en esta dimensión, mientras no pase nada y las cosas no se pongan demasiado extrañas. Piénsalo bien. A conciencia. Y recuerda: el hombre que Paul podría ser no importa tanto como el hombre que es en realidad.

Sé que Theo solo quiere protegerme, pero también que se ha dado cuenta de que Paul y yo hemos intimado en Rusia. No sabe hasta qué punto, pero ha adivinado lo suficiente para preocuparse.

Para estar celoso.

Cuando nuestras miradas se encuentran, veo que sabe todo lo que he estado pensando. Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba, como si quisiera sonreír, aunque no lo consigue.

- —Nunca he dicho que fuera objetivo contigo, Meg.
- —Necesito que seas objetivo con Paul.
- —Uno de los dos ya es objetivo con Paul —contesta Theo—, adivina de quién se trata. Aunque nos jugamos bastante: si apuestas por Paul y te equivocas..., ambos podríamos tener que pagar con nuestras vidas.

La puerta de la cocina se abre y, cuando Theo y yo levantamos la vista, vemos a Josie allí plantada, con una camiseta de Coronado Island y una mochila a la espalda.

Sonríe con picardía.

—¿Interrumpo algo?

Estábamos manteniendo una conversación seria sobre un asesinato cometido en otra dimensión, nada más, pero ¿de qué le serviría a mi hermana mayor esa explicación? Además, ahora mismo, estoy encantada de verla.

- —Eh. —Me acerco a Josie y la abrazo tan fuerte como me permite la mochila—. Bienvenida a casa.
- —Gracias. —Josie me revuelve el pelo como sabe que odio. Por lo general, en ese momento yo pongo cara de enfado, pero ahora mismo incluso me gusta que me incordie.

La última vez que vi a Josie, sollozaba desconsoladamente en brazos de mi madre. Ahora es la chica de la playa despreocupada de siempre, con chancletas y la nariz quemada. Estudio su rostro y en él vuelvo a reconocer todos los rasgos que comparte con mi padre: los ojos azules, la mandíbula cuadrada, el pelo castaño. Yo soy la que me parezco a mi madre, como Vladímir y Peter...

Eso me hace recapacitar de pronto. Acabo de recordar que me encuentro en un mundo en que mis otros hermanos nunca han existido.

- —¿Estás bien? —Josie me mira con cara extraña. Detrás de nosotras, oigo que Theo mete la lasaña en el horno.
- —Sí, estoy bien, es que... —Agito la mano en un gesto que pretende decir algo parecido a: «Es que ahora mismo estoy un poco despistada».

Sin embargo, la expresión de Josie se endurece y me doy cuenta de que cree que estoy hablando de Paul y de las cicatrices que su traición han dejado en la familia. Por eso ha venido a pasar el Año Nuevo a casa en vez de celebrarlo con sus amigos: quiere ayudar a nuestros padres a superarlo.

—¿Papá y mamá están en el salón? —pregunta Josie dejando la mochila junto a la puerta, como siempre ha hecho desde que iba a cuarto. Apoyo la espalda en la nevera, inquieta, mientras ella se dirige a verlos a grandes zancadas.

Theo me mira con curiosidad y le hago un gesto en dirección al salón.

—Ve, pasa un rato con ellos. Necesito unos segundos.

No parece del todo satisfecho con la respuesta, pero asiente y me concede el espacio que necesito.

Después de que Theo salga de la cocina, me quedo mirando por la ventana. (En casa, cuelga un adorno de cristal, una pequeña mariposa de color naranja y amarillo. Aquí, tiene forma de pájaro, azul y verde). Siento una pena infinita, y esta vez no existe cura.

Qué ironía. Durante toda esta aventura he ansiado volver a estar con mi familia, y ahora que estoy con ellos, más o menos, añoro a otra.

Katia y el pequeño Peter... Ni siquiera llegué a verlos después del ataque al tren real. Peter ha debido de pasar mucho miedo. No podrá dormir por las noches, tendría que hacer llevar una cama a mi habitación para él, para tenerlo cerca mientras descansa y poder despertarlo si tiene pesadillas. ¿Y Katia? Seguramente ya está discutiendo sobre el tema de que el zar debería permitir mujeres en el ejército. Y Vladímir estará apremiando a su padre para que se plantee reformas constitucionales con el fin de que ningún otro pretendiente al trono pueda alzarse y sacar partido de las voces disidentes.

«Tendría que estar allí», pienso, antes de recordar que, de hecho, ya lo estoy. La Marguerite que pertenece a esa dimensión ha vuelto a tomar las riendas de su vida. Nos parecemos lo suficiente para saber que cuidará de Peter, y que siempre apoyará a Vladímir ante el obstinado zar Alejandro.

También llorará la pérdida de Paul Markov, de su Paul, al que ha perdido para siempre.

¿Recordará siquiera las últimas semanas que ha vivido con él? ¿Acaso sabrá que ha logrado pasar una noche con Paul, una noche en la que han caído todas las barreras que los separaban? Si no es así, entonces... se lo he robado. Algo sagrado que debería haber sido únicamente suyo ha acabado siendo mío para siempre.

Antes le he dicho a Theo que no creía que Paul fuera el malo de la película.

Ahora comprendo que ese papel podría ser el mío.

—Estaba pensando en los problemas éticos que plantea viajar a otras dimensiones
—comento durante la cena.

Mis padres intercambian una mirada y finjo que no veo a Theo volviéndose hacia mí como preguntándose si estoy loca.

—Lo hemos hablado muchas veces —contesta mi madre mientras se sirve un trozo de lasaña—. Discúlpame, cariño, pero no creía que te interesara.

Debo admitir que tiene bastante razón. Si no desconectara alguna que otra vez cuando se ponen a discutir sobre física pura y dura, ya me habría vuelto loca. Además, ¿cuándo iba a poder aplicar a la vida real todo aquel rollo teórico?

Ahora, claro está, conocía la respuesta a esa pregunta.

- —Siempre que hablabais del tema era en plan, no sé, hipotético. Abstracto, nada concreto. —Espero parecer natural, mostrar el interés justo para animar la conversación—. Ahora las cosas han cambiado.
 - —Sí, han cambiado —dice mi padre con tristeza, y sé que piensa en Paul.

Estamos sentados alrededor de la mesa arcoíris, que hemos recogido temporalmente para hacer sitio a la lasaña, la ensalada, el pan de ajo, el vino y una jarra de cerámica con agua fría. (El Premio Nobel está en el suelo, junto a una pila de

libros, olvidado por completo). En muchos sentidos, esta escena es justo como tendría que ser, acogedora, desenfadada e indiscutiblemente nuestra. Mi madre lleva el pelo recogido en una coleta medio deshecha, que se sujeta con dos lápices. Mi padre, unas gafas de lectura con montura rectangular de carey. Josie huele a crema de coco. Theo tiene los codos apoyados en la mesa. Y yo estoy dándole patadas al pie central, un tic nervioso que mis padres dejaron de intentar corregir cuando iba al instituto. Incluso hay un paquete de gorros brillantes que Josie ha traído, como cada año, aunque no nos los pondremos hasta cerca de medianoche.

Sin embargo, también hay una silla vacía, el lugar que debería ocupar Paul. La presencia más poderosa de la habitación es su ausencia.

- —Creíamos que sería la oportunidad de vislumbrar alguna que otra capa del multiverso a través de otros ojos... y que luego volveríamos a casa para compartir nuestros conocimientos. —Su mirada se ensombrece—. Pero, por lo visto, algunos no tienen suficiente con el conocimiento.
- —Vamos, Sophia. —Theo le dirige su sonrisa más encantadora, que es muy, pero que muy encantadora—. No me digas que estás volviéndote paranoica tú también.

Mi madre niega con la cabeza, y uno de los rizos le cae sobre la cara.

- —No justifico lo que ha hecho Paul, ha sido desleal con todos nosotros, pero eso no significa que estuviera equivocado respecto a Triad.
- —Espera, ¿Triad sigue presionando? —pregunta Josie con la boca llena de ensalada—. Pensaba que les habíais dicho que se lo metieran donde les cupiera.

Mi padre suspira.

- —Lo hemos intentado. Resulta que es bastante difícil conseguir que una multinacional se meta nada en ningún sitio. Sobre todo cuando han estado financiando la investigación.
- —¿Qué es exactamente lo que estáis intentando que Triad se meta donde le quepa?

Theo levanta una mano ante mis padres, un gesto con el que pretende decir: «De esta me encargo yo».

—Algunos investigadores de Triad querían forzar los límites. ¡Cosa que, en teoría, es algo bueno! No es que no queramos saber más sobre las posibilidades de viajar a otras dimensiones, pero Conley no quiere enviar solo energía de una dimensión a otra, quiere enviar materia.

Niego con la cabeza; hasta ahí, llego.

- —La conciencia es energía y viaja con mayor facilidad, pero resulta muy difícil con la materia, ¿no? Que el Pájaro de Fuego posibilite el viaje es una especie de milagro.
- —Correcto —dice mi madre, que ha entrado por completo en modo profesora—. Sin embargo, el Pájaro de Fuego también demuestra que la transferencia de materia entre dimensiones es posible.
 - —Algo que, en sí, no es malo —interviene Theo—. Es decir, ¿no sería alucinante

que pudiéramos traernos adelantos tecnológicos de una dimensión algo más avanzada que la nuestra? Y si pudiéramos traerlos, ¿analizarlos y averiguar cómo reproducir lo que hacen? No tendría precio.

Recuerdo los avances tecnológicos de Londres: pantallas holográficas, anillos que son teléfonos inteligentes y todo lo demás.

- —Hasta ahí, ninguna objeción. —Mi padre parece cansado. Decido servirle un poco más de vino; por lo general, no suele beber más de una copa en Nochevieja, pero esta noche puede que necesite otra—. Sin embargo, Conley persigue un plan oculto más ambicioso. En vez de querer estudiar otras dimensiones, da la impresión de que prefiere, bueno, espiarlas.
- —¿Te lo imaginas? —dice mi madre—. Desea encontrar el modo de que los viajeros se hagan con el control absoluto del cuerpo de sus otros yoes. Durante largos períodos de tiempo, por no decir para siempre. Eso no es lo que nosotros buscábamos. Nunca hemos querido hacer daño a nadie, y lo que pretende Conley va incluso más allá. Los pájaros de fuego se utilizarían para... para robar a la gente su propio yo.

Mi padre niega con la cabeza como si acabara de recorrerle un escalofrío.

—Podrías estar hablando con tu mejor amigo y no saber que lo han sustituido por un espía de otra dimensión. Es verdaderamente aterrador.

Theo y yo intercambiamos una mirada de reojo y nos quedamos muy, muy callados.

Mi madre inspira hondo.

- —Da igual, como ya he dicho, Paul ha ido demasiado lejos. Ya es tarde para impedir que Triad continúe con la investigación. No hay nada que hacer. —Lo dice con evidente pesar—. Solo han sufrido un retraso de unos meses. Habría sido mejor que hubiera trabajado con nosotros. Sigo pensando que podríamos convencer a Conley de que los riesgos superan los beneficios.
 - —Exacto —conviene Theo—. El cambio procede del interior, ¿no?
- —Por eso dejamos que hicieras las prácticas en Triad, aunque no tendríamos que haberlo hecho —dice mi padre—. Te han obligado a trabajar en exceso durante estos últimos meses, ni siquiera sabíamos si íbamos a poder verte esta noche. Eres consciente de que vas muy retrasado con tu tesina, ¿verdad?

Theo lanza un gemido.

—Por favor, ¿podríamos no invocar la tesina en un día de fiesta? Es como decir «Bloody Mary» tres veces delante de un espejo a medianoche.

Mi padre alza las manos en un gesto de rendición. Recuerdo que hizo exactamente lo mismo cuando discutí con él para que me dejaran pintar en mi habitación, así las manchas serían problema mío. El recuerdo me arranca una sonrisa, aunque también siento ganas de llorar.

—Da igual, no me importaba estar en Triad —prosigue Theo—. Me ha ofrecido la oportunidad de defender nuestro trabajo. Y, bueno, sé que Conley quiere algo a

cambio de su inversión. Solo tenemos que hacerle entender los límites, éticos y reales; porque, lo quiera o no, siempre existirán limitaciones para lo que se puede transportar de una dimensión a otra.

- —Recemos para que así sea. Y ahora, ¿podríamos hablar de otra cosa? Confieso que todavía no puedo pensar en Paul sin... —La voz de mi padre se va apagando, y sé que quería decir que está enfadado, pero no es cierto. No está enfadado, está destrozado.
 - —Le hice un pastel de cumpleaños —dice mi madre en voz baja.
- —No te hagas esto. —Theo le toma la mano y se la aprieta, un gesto tan cariñoso como cualquiera de los que yo pudiera tener con ella—. ¿De acuerdo, Sophia?

Ella asiente con tristeza.

En ese momento, mi padre yergue la espalda.

—Marguerite, estamos afectados, pero no tanto.

¿De qué está hablando? Entonces me doy cuenta de que, después de poner vino a todo el mundo, yo también me he servido una copa. En el Palacio de Invierno bebíamos vino y, sinceramente, había olvidado que existía lo de la mayoría de edad.

- —Disculpa —farfullo.
- —Adelante —dice mi madre—. Es Nochevieja. —Enarca una ceja—. Pero no lo tomes por costumbre.
- —Es culpa mía, seguro. —Theo sonríe con picardía—. Todo el mundo sabe que soy una mala influencia.

Josie le lanza una mirada.

—Será mejor que no sea tan mala. —Se refiere a lo que cree que ha visto en la cocina, y eso me hace recordar lo que siento o no por Theo, además del resto de las cosas confusas que han ocurrido...

Le doy un sorbo a la copa de vino. No ayuda.

Después de cenar, mi padre lava los platos. Cuando empieza a canturrear «In My Life», al principio me resulta lo más hermoso que he oído nunca. Luego me doy cuenta de que esta es la última vez que lo oiré tararear a sus amados Beatles... y tengo que morderme el labio para contener las lágrimas.

O podría quedarme aquí, en esta dimensión, para siempre.

Es tentador. Mi padre está vivo. Nuestra familia está unida. No sé qué habrá ocurrido con Paul, pero podemos llegar al fondo del asunto, aclarar las cosas.

Sin embargo, mi madre está en casa llorando la pérdida de mi padre, preocupada por Paul y muerta de miedo por mí y por Theo. Tengo que volver con ella. Tal vez esta dimensión se parezca a mi hogar, pero no lo es, y no lo será nunca.

Me quedo junto a la cocina, escuchando, hasta que mi padre termina. Luego salgo a la terraza de atrás sin que me vean, necesito unos minutos a solas para tranquilizarme antes de que empecemos a ver en la tele cómo celebran el Año Nuevo en Times Square.

Es la misma terraza, el mismo jardín trasero de extraña pendiente, tan desnivelado que ni siquiera se puede poner una silla plegable. Incluso las luces son las mismas, los pececillos tropicales de plástico de Josie brillan por toda la barandilla. Los altos árboles que bordean el patio ocultan las casas aledañas y, aunque nos encontramos en el corazón de Berkeley Hills, permiten creer que estamos aislados, solos. Cuando era pequeña, solía imaginar que los árboles eran un muro de piedra alrededor de nuestro castillo. Ojalá fuera así.

La puerta corredera se abre detrás de mí. No vuelvo la cabeza y sigo sentada en los escalones de la terraza.

Theo me pone sobre los hombros la chaqueta de punto de color verde manzana de mi madre antes de sentarse junto a mí.

—Pues aquí estamos otra vez.

Río a regañadientes.

- —Donde empezó este viaje de locos.
- —Supongo que te arrepientes de que te hablara de los pájaros de fuego.
- —No, me alegro de que lo hicieras. —Pienso en todo lo que he visto, en los aspectos que he descubierto de la gente a la que quiero. Especialmente Paul..., siempre, siempre Paul.
- ¿Dónde está ahora mismo? Si estuviera aquí, tal vez sabría si lo que me gusta de él es lo mismo, si pervive. Lo único que sé es que lo quiero a mi lado, tan desesperadamente que casi me duele.
- —Tienes la mirada distante. —Theo descansa los brazos en las rodillas y se inclina hacia delante para estudiar mi rostro—. ¿Qué tal estás?
- —Creo que podría pasarme la mayor parte de este nuevo año intentando averiguarlo y aun así no sabría decirlo.
- —¿Es duro? Lo de estar con tu padre. Me entran ganas de abrazarlo cada dos por tres. Al menos tú puedes hacerlo sin que Henry se pregunte si vas colocada.

Viniendo de Theo, no se trata únicamente de una broma.

Sin embargo, Theo ha sabido aguantar el tipo, al menos hasta donde yo sé. Será mejor que no le pregunte qué ha hecho en París. Me juego lo que sea a que la absenta ha aparecido en algún momento.

- —Mira —dice—, es obvio que quieres endilgarle la culpa a Triad en vez de a Paul, ¿verdad?
- —Incluso tú has admitido que Triad ha ido demasiado lejos —replico—. ¿Quién sabe qué más se traerán entre manos?
- —Wyatt Conley, él lo sabe. —Theo se pasa una mano por el pelo—. ¿Por qué no le preguntamos a él?

Me lo quedo mirando.

—¿Acercarse sin más a uno de los mayores magnates de la tecnología del mundo, de todos los mundos, y preguntarle en qué anda metido?

—No seas tan literal. En esta dimensión hemos trabajado con Triad de manera más estrecha. Recuerda: llevo meses haciendo prácticas en sus instalaciones, por lo tanto tengo acceso a su sede central, esa pasada de edificio moderno que aquí ya está acabado. Y que será lo primero que veamos mañana cuando entremos por la puerta principal.

Extrae un pase de seguridad plastificado de uno de los bolsillos delanteros de la camisa, con el logo triangular de Triad.

—Podemos entrar en el edificio —musito, empezando a sonreír—. Tienes acceso a sus ordenadores.

Theo alza una mano a modo de aviso.

—Mi autorización de seguridad no me dará vía libre a todo, pero quizá a más de lo que pretendían. Además, ese lugar estará desierto en Año Nuevo, lo que nos brinda la oportunidad de meter las narices donde no nos llaman.

Ahora mismo tengo gran curiosidad por averiguar algo más acerca de quién es Wyatt Conley, porque empiezo a pensar que ha desempeñado un papel más importante en mi vida, y en la muerte de mi padre, de lo que nadie haya sospechado.

—Cuando estemos allí, tal vez incluso podamos averiguar cómo localizar al Paul de esta dimensión —añade Theo—. En estos momentos, está huido y nunca lo encontraremos por nuestra cuenta. Pero ¿Triad? Son los que desarrollaron el *software* que utiliza la NSA, no es fácil esconderse de ellos.

Cierro las manos en un puño sobre mis rizos.

- —¿Por qué sigues estando tan seguro de que fue él quien mató a mi padre?
- —¿Por qué de pronto estás tú tan segura de que no fue él? Y no me vengas otra vez con lo de que «parecía inocente». Eso no sirve de nada.
- —Estos viajes, las dimensiones que hemos visto, ¿no te han enseñado nada? No, no quiero ponerme a la defensiva. Y sobre todo no quiero ser brusca con Theo, no después de todo lo que ha hecho por mí, y por mi padre. Me vuelvo hacia él e intento encontrar las palabras adecuadas—. Todas las Marguerites que he sido eran distintas, tenían sus propias cosas buenas y malas, pero todas eran yo, Theo. No sé si hay algo en esas Marguerites que no haya en mí. Y no solo he aprendido algo más sobre mí misma, sino también sobre Paul. —Si vuelvo a pensar en Paul y en Rusia, no voy a ser capaz de soportarlo, así que me obligo a concentrarme en el aquí y ahora —. Todas esas versiones de Paul son Paul. Lo conozco mejor ahora que antes. No es un asesino. Me jugaría la vida a que no.
- —Ya te la estás jugando, ¿es que no lo ves? —gruñe Theo, restregando una zapatilla de deporte contra el escalón de la terraza—. No tendría que haber dejado que me acompañaras en este viaje.
- —Si alguien está obligado a vengar a mi padre, esa soy yo. Sí, incluso más que tú. Y lo sabes.
- —¿Crees que ha habido un solo segundo en todo este viaje en que no haya tenido ganas de darme de bofetadas por ponerte en peligro? ¿Que no me he odiado por

hacerte pasar por esto? —Los ojos oscuros de Theo buscan los míos—. Ahora te oigo confusa, te veo bajar la guardia y no hago más que repetirme: «Marguerite acabará sufriendo». Si sufres, será culpa mía, y jamás de los jamases podré perdonármelo.

Niego con la cabeza, pero no puedo contestarle. La pasión descarnada de su voz me ha robado la mía.

Se acerca un poco más; de hecho, tanto que nuestros rostros casi se tocan.

- —Dices que has visto versiones distintas de Paul, que has descubierto quién es en realidad. Bueno, ¿qué has descubierto sobre mí, Marguerite?
 - —Theo...

Su mano se cierra sobre la curva de mi cuello, con firmeza, de forma posesiva, y me besa.

Ahogo un grito, y la lengua de Theo se desliza en mi boca abierta. La piel me quema, las piernas no me responden. Aunque mi cerebro no sepa qué ocurre, mi cuerpo lo sabe a la perfección. Theo me rodea con sus brazos y, por un instante, lo único que deseo es devolverle el beso.

Pero entonces recuerdo a Paul, y la dacha en medio de la nieve, y que hemos hecho el amor a la luz del fuego. Recuerdo que quería a Paul más que a mi propia vida.

—Para, Theo, por favor, no —le pido, apartando la cara.

Se queda completamente inmóvil por un instante y luego me suelta. Continuamos sentados el uno junto al otro, jadeando, incapaces de hablar.

—Está afectándote —dice por fin.

Me gustaría rebatir sus palabras, pero solo empeoraría las cosas.

Theo se levanta con un suspiro. Cuando lo miro, me sorprende, y me anima, ver que intenta sonreír.

- ---Empecemos... mañana desde cero, ¿de acuerdo?
- —De acuerdo. Mañana. —Cuando entremos en la sede central de Triad Corporation, los dos juntos. A pesar de todo, y como siempre, Theo es mi aliado. Le pregunto mientras busca las llaves en el bolsillo—: ¿No vas a quedarte al menos hasta medianoche?
- —¿Para lo del beso tradicional? —Theo arquea una ceja. Intenta en vano bromear —. Dudo que mejore mi suerte.

No se merece esto. Aunque «merecer» tiene poco que ver con enamorarse.

Mi habitación. Mi cama. Aun así, no puedo dormir.

No hago más que sacar el tPhone de la base del cargador y quedarme mirando la lista de contactos. Paul Markov aparece en ella, exactamente igual que en casa. Incluso le he asignado el mismo tono de llamada.

Rajmáninov.

Por un instante, es como si hubiera vuelto y estuviera cocinando con Paul mientras ambos fingimos que nuestros brazos no se tocan...

Por lo visto, tampoco tengo claro lo que siento por Paul en esta dimensión.

(He encontrado su retrato hecho trizas en la habitación de los trastos de abajo, el lienzo colgando del marco en jirones).

Las matemáticas o el destino; sea cual sea la fuerza que nos atrae en un mundo tras otro, es poderosa. Innegable. Sin embargo, todavía no sé si esa fuerza significa mi salvación o mi destrucción.

Hacia las dos de la madrugada, cedo a la tentación de enviar un mensaje a Paul. Lo escribo y luego lo borro al menos una decena de veces antes de decidirme por un sencillo: «Tenemos que hablar».

Aunque sigo despierta otro par de horas, no recibo ninguna respuesta. Me duermo pensando en su cuerpo sin vida entre mis brazos.

- —¿Estás bien? —pregunta Theo por enésima vez en un trayecto de media hora.
- —Sí, estoy bien. Solo es que... esta mañana ha sido duro.

Esta mañana ha sido como muchas otras de mi vida: mi padre preparando gofres de arándanos (aunque con su gorro verde de fiesta de anoche); Josie divagando sobre los sueños alocados que tiene siempre; mi madre con su ropa de yoga mientras los demás seguimos con la misma con la que hemos dormido, porque incluso en Año Nuevo se levanta al alba para dar los buenos días al sol. Sin embargo, esta vez lo he vivido y contemplado desde la perspectiva de alguien que sabe qué es perder esos momentos. Hasta ahora jamás había comprendido lo extraordinario que puede ser lo cotidiano.

—Me lo imagino. —Theo se vuelve hacia mí y me mira con ternura, aunque solo un instante. Reserva su atención para la carretera. En estos momentos, superamos en unos treinta kilómetros por hora el límite permitido, mientras Theo sortea el tráfico con el deportivo para llegar a Triad cuanto antes—. Ánimo, Meg.

Jugueteo con la cadena del Pájaro de Fuego, que llevo debajo de mi camiseta. En esta dimensión, Theo y yo hemos procurado ocultar los pájaros de fuego debajo de la ropa de modo que no se adivinara su contorno. En este mundo, mis padres los reconocerían al instante y se darían cuenta de lo que ocurre.

Llevo el teléfono en el bolsillo de la falda, puesto en modo vibración para estar al corriente de cualquier llamada o mensaje. Aun así, lo saco y vuelvo a mirarlo. Nada.

Cuando el coche de Theo alcanza la cima de una colina, tan lejos de los barrios residenciales de las afueras que nos rodean más árboles que edificios, veo una curva brillante y plateada alzándose en el horizonte. De pronto caigo en la cuenta de qué se trata y me quedo boquiabierta. Theo se echa a reír.

—Impresionante, ¿eh?

En casa, las instalaciones ultramodernas de Triad siguen siendo más un proyecto que una realidad, representaciones generadas por ordenador en vallas publicitarias delante del edifico en construcción. Aquí, la obra está acabada y reluce como una especie de espejismo fantástico, surrealista, aunque tan sólido que domina el paisaje. El cubo de espejo del edificio principal está rodeado de una estructura reluciente con forma de anillo: el mayor y más eficiente generador de energía solar del mundo. El edificio de Triad Corporation sigue el mismo diseño estético de sus productos: una sintonía de belleza y poder.

Theo lleva una insignia en la matrícula que nos permite cruzar la puerta de seguridad en el perímetro de la propiedad. Todo el césped parece cortado exactamente a la misma altura, como en un campo de golf. Largas hileras de adelfas bordean el camino recto y llano que conduce al aparcamiento de Triad.

—Venga —dice Theo. Sonríe, como si no pasara nada. Seguramente está nervioso solo de poder echar un vistazo al lugar—. Vamos a buscarte un pase de invitado.

Intento no quedarme atrás, pero no puedo evitar alzar la vista, embobada, ante el edificio descomunal a medida que nos acercamos a la entrada. El sol se refleja en el cristal con tanta intensidad que resulta difícil mirarlo mucho tiempo.

Si Paul tiene razón (si Triad planea rebasar los límites de lo que constituye uno de los mayores temores de mis padres), voy derecha a la boca del lobo.

Las puertas de cristal se abren ante nosotros y accedemos a un vestíbulo incluso más deslumbrante que el exterior del edificio. Mientras Theo tontea con la guardia de seguridad para que se den prisa con mi pase, me entrego a la tentación de contemplarlo todo con mirada pasmada. Este espacio sería espectacular de todas formas, pero resulta un poco surrealista tenerlo solo para nosotros, mientras mis pasos resuenan ligeramente en medio del silencio. El techo tiene una altura de diez pisos como mínimo y está cubierto de pantallas que muestran distintas demos de los productos de Triad, tanto reales como teóricos. Siempre hay al menos una pantalla donde aparece el brillante logo verde esmeralda de Triad, acompañado del lema de la compañía en letras blancas: «En todas partes, en todo momento, para todos».

Un tirón en el dobladillo de la chaqueta de punto hace que me vuelva y veo que Theo me ha prendido el pase de seguridad a la altura de la cadera. Me guiña un ojo.

—Tranquila. Recuerda: no importa lo imponente que parezca todo esto, tus padres siguen siendo lo mejor que le ha pasado a este lugar.

Venga ya. Esta empresa la ha levantado Wyatt Conley, y todo el mundo lo sabe.

Aun así, la sonrisa de Theo me ayuda a calmar las mariposas del estómago. Con él me siento más segura.

Me tiende la mano. Se trata de un gesto natural, o quiere que eso parezca, pero sé que está nervioso. El beso de anoche arde levemente en mi interior, un recordatorio de lo que siento por Theo, y de lo que no siento. Somos incapaces de mirarnos a los ojos.

Sin embargo, le doy la mano.

¿Cómo no?, este edificio también tiene esos espantosos ascensores de cristal. Subimos a uno y Theo dice:

- —Laboratorio once.
- —¿Adónde si no, señor Beck? —responde el ascensor. Vale, este ordenador es un poco listillo. Con suma suavidad, dejamos atrás el vestíbulo y las pantallas brillan con fuerza a nuestro alrededor.
- —Deberíamos de tener el edificio prácticamente para nosotros —comenta Theo. Me acaricia los nudillos con el pulgar—. Jordyn, la guardia de seguridad de la entrada, dice que hoy solo han fichado cinco personas en lo que va de día.

Sin embargo, aún no ha acabado de decirlo cuando el ascensor se detiene con delicadeza en una planta que, por el modo como Theo frunce el ceño, sospecho que no es la nuestra. Las puertas se abren... y entra Wyatt Conley.

Wyatt Conley. En carne y hueso. Sí, el fundador y el director de Triad. Obviamente, alguna que otra vez debe de asomar por la sede principal, pero toparse con él de bruces en el ascensor... Es como visitar los estudios de la Universal y que te dé la bienvenida Leonardo DiCaprio en persona.

Aunque, a decir verdad, no se parece en nada, porque empiezo a pensar que este podría ser el hombre responsable de la muerte de mi padre.

- —Theo. —Conley pronuncia su nombre con tanta naturalidad que nadie diría que tiene más de dos mil empleados, y resulta un poco raro que sepa cómo se llaman todos—. ¿Has venido a trabajar o a presumir delante de tu novia? Si es lo segundo, yo haría lo mismo.
- —No es... Es decir, es Marguerite Caine. —Theo me da un leve apretón en la mano—. La hija de la doctora Kovalenka y el profesor Caine.

La sonrisa de Conley se ensancha.

—Bien, bien. Ya era hora de que nos conociéramos.

Estrictamente hablando, nos hemos conocido en Londres, si mi aparición en escena durante su presentación cuenta como «conocerse». Aunque se trataba de la versión de Wyatt Conley de otro universo. Con todo, la versión que tengo enfrente se viste más o menos igual: con un descuido estudiado, con una informalidad falsa, más como un crío que como un magnate. No parece un... homicida. Signifique eso lo que signifique. Es decir, es evidente que Conley se lo tiene muy creído, pero ¿qué se puede esperar de un magnate de internet de treinta años?

-Encantada de conocerle -miento, esperando que Conley crea que me siento

azorada solo porque es súúúper increíble conocer a alguien famoso.

Por lo visto, Theo piensa que me siento incómoda, porque se apresura a añadir:

- —Pensé que no estaría mal que Marguerite le echara un vistazo a todo esto.
- —Por descontado. —La sonrisa de Conley es natural, tanto que, a pesar de todo, podría llegar a creer que está siendo sincero. Al menos, de momento—. Veo que se parece mucho a la doctora Kovalenka. Sus padres son unas personas excepcionales, Marguerite. Debería estar orgullosa de ellos.
 - —Sí, lo estoy. —«Y no necesito que tú me lo recuerdes».

El ascensor se detiene con suavidad en la décima planta. Theo me conduce fuera, pero Conley nos acompaña; o bien iba al mismo sitio desde el principio o bien le sobra el tiempo. A pesar de que Theo debe de estar nervioso, actúa como si fuera completamente normal que Conley nos acompañe. Enfilamos un pasillo con una pared de cristal que da al vestíbulo, invadida por los colores brillantes de las pantallas. Conley sonríe cuando dice:

- —La hija de dos genios. ¿Quién sabe con qué podría sorprendernos algún día?
- —No soy uno de los genios de la familia —me apresuro a contestar—. Para nada.
- —Marguerite se infravalora. —Theo me lanza una sonrisa de soslayo, un gesto más tierno que de costumbre. A veces olvido lo dulce que puede llegar a ser debajo de toda esa fanfarronería—. No es científica, pero tiene mucho talento. Es una artista, en muchos sentidos.

Conley asiente.

—Eso está bien. Retratos, ¿no es así? Igual debería encargarle uno.

Hace dos meses, esa sugerencia me habría parecido de lo más emocionante. ¿Un retrato de Wyatt Conley? Eso me convertiría en una retratista de prestigio nacional de la noche a la mañana. Ahora, sin embargo, mis prioridades son otras.

Aunque... siempre he pensado que un retrato muestra la verdad. (Oigo en mi cabeza: «Tú siempre, siempre pintas la verdad»). Si Conley posara para mí unas horas, y yo pintara lo que viera, tal vez averiguaría exactamente qué tipo de hombre es.

—Sería genial. —Sonrío mientras lo digo, con gesto radiante y aniñado. Es lo que él espera de mí, ¿no?

Conley ríe entre dientes.

- —Me gustan los jóvenes que saben reconocer una oportunidad de oro cuando se les presenta. Bueno, Theo, ¿ya estás listo para las últimas pruebas de Mercurio?
- —Por supuesto —contesta Theo, al que se le da bastante bien lo de fingir que sabe de qué le habla. O tal vez se ha informado sobre el tema en el ordenador del Theo de esta dimensión y está a punto de salir de esta marcándose un farol con un montón de jerga tecnológica.

En ese momento, mi teléfono vibra dentro del bolsillo de la falda. Me aparto de Theo y Conley y les pido disculpas con el típico encogimiento de hombros que pretende decir: «Un mensaje, ¿qué se le va a hacer?». Ellos siguen hablando mientras

yo saco el teléfono, deseando con toda mi alma que se trate de Paul, aunque consciente de que seguramente es Angela para contarme su fantástica cita de Año Nuevo, o mi madre para decirme que compre leche de vuelta a casa.

Es Paul.

Su mensaje dice sin más: «No entres ahí».

Respondo de inmediato: «Ahí, ¿dónde?».

«Laboratorio Once. Tienes que salir de ahí AHORA MISMO».

Un escalofrío me recorre el cuerpo al comprender que Paul está observándonos en este mismo instante.

Miro a mi alrededor, medio esperanzada de verlo asomar por una esquina, aunque sea imposible. Entonces me fijo en las pequeñas semiesferas de espejo que hay en el techo, espaciadas de manera uniforme y sin función aparente. No son solo parte de la decoración ultrafuturista, algunas de ellas deben de ocultar cámaras de seguridad.

Paul ha trabajado aquí junto a Theo la mayor parte de los últimos meses. No solo ha saboteado los datos de mis padres, también ha pirateado el sistema de seguridad interno de Triad, que debe de ser uno de los mejores del mundo.

El teléfono vuelve a vibrar en mi mano. «No os habéis topado con Conley por casualidad. Theo no está en peligro, pero tú sí».

Cuando miro a Theo y a Conley con disimulo, sé que Theo no sospecha nada. Sonríe mientras hablan, y Conley asiente mientras escucha las ideas de Theo. Por lo que sé, todo es muy normal.

Echo un vistazo a la puerta de la que apenas me separan unos metros, la rotulada como LABORATORIO 11.

«Tienes que salir de ahí ahora.»

Contesto: «Entonces ¿cómo voy a obtener respuestas?». De Paul no, eso es obvio. «¿Cómo voy a averiguar qué quiere Conley?».

Theo me mira, más tranquilo que nunca desde que hemos entrado. Es evidente que no sospecha nada.

—¿Ya?

Mi teléfono vuelve a vibrar. Bajo la vista y leo el siguiente mensaje de Paul: «Conley te quiere a TI».

—¿Marguerite? —Theo parece desconcertado—. ¿Estás bien?

No sé qué decir, ni siquiera sé qué pensar.

Todo se reduce a lo siguiente: ¿confío en Paul o no?

En cuanto me lo planteo en esos términos, sé que no voy a cruzar esa puerta.

—Sí, yo, esto... Eh... —«¡Piensa rápido, piensa rápido!»—. Es mi amiga Angela. Lo siento. Me ha dejado una pulsera y quiere que se la devuelva para la cita que tiene esta noche.

Conley pone esa cara típica, como si yo fuera monísima, como un GIF de cachorritos o algo por el estilo. Qué ganas de abofetearlo.

—Ah, quién volviera a tener dieciocho años...

—El caso es que me la he puesto esta mañana y ya no la llevo. —Levanto la muñeca, confiando en que Theo no se haya fijado en que no llevaba ninguna pulsera esta mañana. Meto el teléfono en el bolsillo de la falda con la otra mano—. Estoy segura de que la llevaba en el coche. ¿Puedo…? Me gustaría bajar un momento y mirar en el vestíbulo, y tal vez también en el coche. Lo siento, pero si he perdido esa pulsera, ¡madre mía!, seguro que Angela me mata.

De acuerdo, hacia el final he exagerado un poquitín el numerito de la adolescente atolondrada, pero ahora mismo necesito que Conley crea que eso es lo que soy. Necesito que sea uno de esos gilipollas que cree que mi cerebro solo es capaz de retener cotilleos y los colores de laca de uñas que más me gustan. Si se lo traga, me dejará ir confiando en que volveré enseguida.

Theo intercambia una mirada con Conley y dice:

—Mujeres. ¡Qué se le va a hacer! —Voy a hacérselo pagar por ese comentario, aunque tal vez se haya dado cuenta de que necesito salir de aquí. Saca las llaves del coche del bolsillo y me las lanza—. Date prisa, ¿de acuerdo? Ah, escucha, hay un Starbucks en la cafetería que sirve a los laboratorios. Creo que hoy está abierto. ¿Te apetece un café con leche?

—Genial. —Le sonrío, aunque la sonrisa no debe de ser demasiado convincente. Espero que solo parezca que me preocupa haber perdido la pulsera.

Incluso darles la espalda mientras espero el ascensor se me hace insoportable. No hago más que temer que Conley me llame en cualquier momento, o sentir su mano en el hombro. Sin embargo, cuando suena la campanilla y las puertas se abren, entro sin ningún problema.

En cuanto el ascensor inicia el descenso, saco el teléfono para ver si Paul me ha escrito más mensajes. «Bien hecho. Ahora sal del edificio. Ve a algún sitio seguro».

Contesto: «Dime ahora mismo dónde estás. No acepto un no por respuesta».

Respuestas..., eso es lo que necesito, y no pienso esperar más a obtenerlas. Sin embargo, mi teléfono permanece mudo mientras yo sigo descendiendo y las pantallas proyectan una luz verde sobre mí con el mensaje: «En todas partes, en todo momento, para todos».

De modo que insisto: «Dímelo o te juro que vuelvo allí arriba».

Además, lo digo en serio. Porque si Paul no está dispuesto a contarme la verdad ni siquiera ahora, tal vez me he equivocado al creerle. Tal vez tenía razón cuando quería verlo muerto.

El teléfono vibra. «San Francisco, en el Tenderloin. Quedamos en Union Square Park».

El ascensor se detiene en el vestíbulo y dice con educación: «Que tenga un buen día, señorita Caine». Esa cosa da escalofríos.

Por si acaso Cowley está observándome desde arriba, finjo que busco la pulsera por el vestíbulo y luego le pido disculpas a la guardia de seguridad cuando le entrego mi pase y me dirijo afuera. A continuación, corro hacia el coche de Theo tan deprisa

que los zapatos bajos casi se me salen de los pies.

Estoy abriendo la puerta cuando Paul me envía otro mensaje: «Sabes que tienes que robar el coche».

—Tomar prestado —digo en voz alta, consciente de que no puede oírme—. Estoy tomando prestado el coche de Theo. Lo entenderá. En algún momento.

Introduzco la llave en el contacto y tecleo rápidamente: «¿Qué significa eso de que Conley me quiere a mí?».

La respuesta llega incluso antes de que haya metido la marcha atrás.

«Todo esto es por ti, Marguerite. Tú eres lo que Conley siempre ha querido».

Theo siempre decía que algún día me enseñaría a conducir un coche de transmisión manual, pero nunca tenía tiempo. Así que, en realidad, esto es culpa suya.

El embrague se gripa, o es el motor, no sé qué parte del coche de Theo hace ese ruido, pero estoy segura de que no es bueno. En cuanto veo una estación de metro, dejo el vehículo en un garaje y me subo a un tren que me llevará a la ciudad.

Voy sentada en el tren (de un aburrido azul claro, muy distinto a los vagones holográficos de Londres) y siento que el corazón me late tan rápido que parece aporrear el medallón.

Corro a los brazos del tipo que supuestamente ha traicionado a todas las personas que quiero, del hombre al que solo creo yo.

Hace tiempo, el Tenderloin era una zona abandonada de la ciudad, o eso dicen mis padres. Sin embargo, ahora Union Square Park está rodeada por cadenas de grandes almacenes como Saks Fifth Avenue, Macy's y Nordstrom. La mayoría de la gente va envuelta en abrigos, aunque, después de varias semanas en San Petersburgo, no tengo la sensación de que haga tanto frío. Todo el mundo parece ir ajetreado y contento, especialmente quienes patinan en la pista de hielo, la que instalan todas las Navidades. Por un momento, las figuras risueñas que dan vueltas sobre el hielo me devuelven a San Petersburgo..., hasta que veo a una persona quieta y callada al fondo.

Paul se halla cerca del pie del monumento Victoria, y lleva el único abrigo bueno de invierno que tiene, el que le regaló mi madre. Debe de haberme visto antes que yo a él, porque ni se inmuta. Al contrario, se pone derecho, como si se preparara para una pelea.

«Paul». La alegría, el dolor y el miedo llenan mi corazón a partes iguales. La alegría de volver a verlo vivo. El dolor porque no se trata del mismo Paul que ha muerto en Rusia, porque su sola presencia me recuerda que el Paul que amaba, el Paul que me amó, me ha dejado para siempre.

El miedo porque sigo sin saber qué ocurre. No sé si Paul quiere salvarme o conducirme a un peligro mayor.

Soy incapaz de decidirme a andar. Es como si estuviera pegada al suelo. Sin embargo, Paul ha empezado a acercarse, a cubrir la distancia que nos separa. Cada paso que da en mi dirección me permite distinguirlo con mayor nitidez y me descubro fijándome en los detalles que me recuerdan al Paul de Rusia, y en aquellos que los hacen distintos.

Él es el primero en hablar.

—Gracias por venir. Por confiar en mí.

Sigo sin poder hacerme a la idea de que vuelvo a verlo vivo.

- —¿Cómo…? ¿Cómo has salido de Rusia?
- —Azarenko me devolvió el Pájaro de Fuego antes de entrar en batalla. He saltado poco después de que empezara.

Paul parece preocupado y me doy cuenta de que desea preguntarme por su otro yo. Si ha sobrevivido. Soy incapaz de hablar del teniente Markov. Me derrumbaría, y no puedo permitírmelo, ahora no.

- —¿Qué está pasando?
- —He alquilado una habitación en un albergue de por aquí cerca. Theo me consiguió un documento de identidad falso el año pasado y lo he utilizado para registrarme. Los albergues aceptan dinero en efectivo. Ni siquiera Conley puede localizarme aquí. Mañana por la mañana, temprano, tomaré el tren del aeropuerto. Tengo que ir a Quito.

No está mal, pero no era lo que le preguntaba.

- —Quito está en Ecuador —añade.
- —¡Sé dónde está Quito! —le espeto, cosa que, estrictamente hablando, es cierta, porque acaba de decírmelo—. Me refería a qué pasa contigo y con Conley y con todo lo demás. No me digas que vuelva a casa como una buena chica. Si vuelves a hacerlo, te juro que…
- —No lo haré. —Aunque no suena tanto a promesa como a... admisión de derrota
 —. Tendrías que haber vuelto a casa cuando te lo dije, ahora ya es demasiado tarde.
 - —Entonces, ¿vas a explicarte por fin?
- —Sí. —Paul alza la vista al cielo, como si temiera que nos observaran. En realidad, Triad tiene satélites. Conley podría vigilarnos desde el espacio si quisiera.

Creo que está contagiándoseme la paranoia de Paul.

—Vamos —dice—, volvamos al albergue.

Caminamos juntos, uno al lado del otro, sin decir palabra. El teniente Markov de Rusia me habría ofrecido su brazo, y si supiera que nadie miraba, me habría tomado la mano. Paul no.

Casi todo lo que sé sobre los albergues es a través de Josie, que un verano recorrió Europa de mochilera, y Australia y el Sudeste asiático al siguiente. Según ella, son para gente que busca la incomodidad de acampar al aire libre, pero no la paz y el silencio. En cualquier caso, a ella le gustan porque se conoce a gente de todo el mundo. Efectivamente, el vestíbulo está abarrotado de estudiantes universitarios suecos que intentan informarse de cuál es el mejor momento para visitar Alcatraz. Paul paga los diez dólares extra que cuesta tener un invitado y me presenta como su «novia», y se muestra tan incómodo que me pregunto si la señora de recepción no habrá creído que soy una fulana. En cualquier caso, me registra, con mi propio carnet falso.

- —¿Los albergues tienen habitaciones individuales? —pregunto cuando Paul cierra la puerta detrás de nosotros.
 - —A veces. Yo he cogido esta porque sabía que necesitaría un poco de intimidad

para trabajar.

La habitación parece un superordenador destripado. Ha conectado cinco portátiles distintos y un par de aparatos más que no sé qué son. Brillantes líneas de códigos se desplazan por las pantallas sin descanso. Aunque el cuarto es oscuro, casi sin luz natural, Paul no enciende la lámpara, tal vez para evitar el reflejo en las pantallas, que parpadean con cada nueva línea de datos.

- —¿Qué haces?
- —Pinchando los servidores de Triad.
- —Creía que ya lo habías hecho.

Efectivamente, la tableta que hay apoyada contra la pared hace un recorrido por las distintas cámaras de seguridad de la sede central de Triad.

—Hay información mejor protegida que otra. Si consigo entrar antes de dejar el país, genial. Si no, tendré que hacer conjeturas.

—¿Sobre qué?

Paul no contesta de inmediato, se limita a quitarse el abrigo. El Pájaro de Fuego lanza un destello apagado sobre el jersey negro.

—Querías respuestas, así que empecemos.

Me siento en el lado de la cama que no está abarrotado de ordenadores. Paul se sienta en el suelo con las piernas cruzadas, a apenas treinta centímetros de mí; la habitación es demasiado pequeña para concedernos un mínimo espacio personal. El teléfono vibra en el bolsillo de la falda, cosa que, ahora me doy cuenta, ha estado haciendo casi todo el rato. Ni siquiera me había fijado. Cuando lo cojo, veo que tengo una veintena de mensajes de Theo en distintas fases de pánico. «¿Dónde…?», «¿Qué has…?», «Esto no es…», «¿Es que Paul…?», «Mi coche…», «¿Por qué…?», «Meg…», «¿Estás bien?».

Torciendo el gesto, pongo el teléfono en modo «No molestar».

—Theo va a matarme —digo, y pienso en lo que debe de estar haciendo ahora mismo—. Conley no le hará nada, ¿verdad?

Cuando salí disparada de Triad, ni siquiera me detuve a preguntarme si estaba poniendo a Theo en peligro.

- —No creo —contesta.
- —¿No lo crees?
- —Hay más de un cincuenta por ciento de probabilidades. —Por lo visto, Paul piensa que eso es más tranquilizador de lo que es en realidad—. Hoy está a salvo. No he visto nada fuera de lo normal en las cámaras de seguridad después de que te fueras. Theo está desconcertado y Conley, enfadado.

Recuerdo que Conley ha actuado como si se hubiera topado con nosotros por casualidad y que luego nos ha acompañado como si el director de una gigantesca empresa internacional no tuviera nada mejor que hacer en Año Nuevo. Intentaba parecer natural mientras nos seguía hasta el Laboratorio Once, donde habría hecho... ¿qué?

- —Theo idolatra a Wyatt Conley —explica Paul—. Ha empezado a darse cuenta de que la situación con Triad es confusa, pero no quiere ver hasta qué punto.
 - —¿A qué te refieres con eso de que no quiere?

Paul niega con la cabeza, aunque con afecto.

- —Theo es... ambicioso, en el buen sentido de la palabra. Cree en las aplicaciones que nuestro trabajo puede tener en el mundo real y desea que todo el mundo se beneficie de lo que hemos descubierto. Trabajar con grandes compañías, convencer a gente como Conley para que nos ofrezca mayor financiación... A mí no se me dan bien esas cosas. Lo intento y me siento ridículo, como un perro caminando sobre sus patas traseras.
 - —¿Le has vendido el trabajo de mis padres a Triad?
- —Básicamente, yo me quedé mirando mientras Theo hacía todo el trabajo —dice Paul—. Habla con ellos y nos llueven cientos de miles de dólares para investigación y desarrollo. Sin embargo, Theo no se limita a usar a Conley y a Triad, está deslumbrado por ellos. Cree en Conley porque quiere creer.

A pesar de que deseo defender a Theo, lo conozco lo bastante bien para saber que Paul dice la verdad.

- —Theo jamás te habría llevado a Triad de conocer las verdaderas intenciones de Conley —prosigue—, que van más allá del simple espionaje. Rozan la coacción, tal vez el secuestro entre dimensiones, y eso es solo el principio.
- —¿Hemos llegado a la parte en que, no sé cómo, todo esto es por mí? Porque no tiene ningún sentido. ¿O solo lo has dicho para sacarme de Triad?

Se oyen risas en la escalera y a alguien hablando bastante alto en italiano o en portugués, un idioma que no consigo acabar de identificar. Esperamos hasta que sus pasos se alejan, como si pudiera resultar peligroso que oyeran cualquier palabra.

Cuando reina el silencio de nuevo, Paul se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada.

- —No lo he dicho por decir, es la verdad.
- —Sigue sin tener sentido. ¿Qué tengo que ver yo en todo esto? Mis padres son los genios que han logrado esos avances tecnológicos. Luego venís Theo y tú. Yo soy la que se sienta a la mesa arcoíris haciendo preguntas tontas.
- —Deja de llamarte tonta. No lo eres. —Paul inspira hondo—. Tienes otro tipo de inteligencia. Tienes valor por ti misma. Aunque eso no es lo que Conley quería de ti.
 - —Conley ni siquiera me conoce.
- —No, pero sí a nosotros: a tus padres, a Theo y a mí. Necesita manipularnos, necesita controlarnos. Y solo hay una manera. ¿No lo entiendes, Marguerite? Eres la única persona a la que queremos los cuatro.

Siento que me arden las mejillas.

—Eso es... es... ¿Por qué iba a importarle eso a Conley?

La luz parpadeante de los códigos que nos rodean esculpen con mayor profundidad los rasgos angulosos de Paul, la firme mandíbula, su mirada perspicaz.

- —Por el momento, ya has viajado a tres dimensiones paralelas. ¿Hay algo que te haya llamado la atención acerca de los viajes? En lo que respecta a cómo te afectan... A ti, particularmente.
- —Lo recuerdo todo mejor que vosotros —contesto—. No he necesitado ni un solo recordatorio.
- —Exacto. Theo y yo necesitamos los recordatorios para saber quiénes somos. Tú no. Conservas el control en todas las dimensiones a las que viajas. ¿Te das cuenta del valor que tiene eso?

Recuerdo lo que mis padres dijeron anoche y, de pronto, sus miedos inconcretos cobran forma y construyen un muro a mi alrededor.

Paul ladea la cabeza, como si me escrutara.

- —En esta dimensión he averiguado, o este Paul ha averiguado, que Conley ya está enviando espías a otras dimensiones. Han encontrado el modo de estabilizarlos durante períodos de tiempo más largos de lo que permiten las descargas del recordatorio, durante uno o dos días, pero sus métodos todavía tienen fallos. Cualquiera que viaje a otra dimensión sigue siendo vulnerable. Cualquiera menos tú.
 - —Tiene que haber más gente —protesto—. Si yo puedo, otros también.
 - —No. En nuestra dimensión, eres la única.
- —¿Cómo lo sabes? Piénsalo un poco, ¿vale? —Después de todo, tal vez Paul esté paranoico. Apoyo las manos en la cama intentando controlar mi frustración cuando pregunto—: ¿Qué probabilidades hay de que la única persona de nuestra dimensión que puede viajar de ese modo resulte ser la hija de las personas que inventaron la tecnología que lo hace posible?

Paul niega con la cabeza.

- —No es una casualidad, es deliberado. Te lo ha hecho Conley.
- —¿Me lo ha hecho?
- —El Accidente. El día de la «prueba de sobrecarga». Lo recuerdas, ¿no?

Revivo ese momento incluso con mayor intensidad que cuando sucedió. El extraño aparato que nos dio Triad, el modo en que Paul y Theo perdieron los papeles, la sensación de que me había encontrado en verdadero peligro... La forma en que Paul me sujetó entre sus brazos, como si hubiera estado a punto de perderme...

Mi cara debe de delatar lo que acabo de comprender, porque Paul asiente.

- —Solo puede crearse ese tipo de alteración una vez en cada dimensión. Solo puede utilizarse para modificar a una persona. Conley lo programó para que el dispositivo te modificara a ti.
 - —Josie también estaba allí.
- —Ella le habría servido de reserva. El objetivo alternativo de Conley, alguien más a quien usar para manipular a tus padres. Aunque creo que te quería a ti desde el principio.
- —¿Por qué yo? —Aunque no había olvidado lo que Paul había dicho, lo de que soy la única persona a la que todos quieren—. Desea usarme en vuestra contra,

¿verdad?

Paul asiente.

Destino y matemáticas. Tengo a mi alcance infinitas versiones distintas de mis padres, las personas que han descubierto el viaje interdimensional, los mismos que Conley se verá obligado a controlar en un universo tras otro si quiere quedarse la tecnología para él. A pesar de que deseo creer que Conley jamás podría manipularme a su antojo, sé que no es cierto. Lo único que tendría que hacer es amenazar a alguien al que quiero.

- —¿Qué Conley está haciendo esto? —pregunto—. ¿El de esta dimensión o el de la nuestra?
- —Creo que este Conley lleva un tiempo visitando nuestra dimensión. Meses, seguramente. Diría que ha estado usando nuestra versión, aunque me pregunto si no estarán trabajando juntos. —Paul esboza una sonrisa triste y amarga—. Una conspiración personal.

Mis padres habían dicho que el espionaje podría haber empezado ya en esta dimensión, pero jamás se me hubiera pasado por la cabeza que Triad estuviera espiándonos a nosotros. Me estremezco, y Paul parece atormentado, como si odiara preocuparme. Ha hecho todo lo posible para mantenerlo en secreto y no preocuparme.

Y por fin, por fin lo entiendo.

—Por eso eliminaste la información —murmuro—. Por eso robaste el Pájaro de Fuego. Sabías que cuanto antes dispusiéramos de la tecnología, antes vendría Conley a por mí.

Paul asiente.

- —Cuando comprendí lo que te habían hecho, supe que no tardarían en ponerte a prueba. Pensé que si me llevaba el único Pájaro de Fuego que funcionaba y entorpecía la construcción de otro, aplazaría las pruebas durante meses. Un tiempo que podría aprovechar para intentar llegar a esta dimensión y averiguar algo más acerca de sus planes, quizá incluso descubrir algo que pudiéramos utilizar.
 - —Entonces ¿para qué hemos ido a las otras dimensiones?

Cuando se inclina hacia delante, con los anchos hombros caídos, parece al borde de la derrota. Su cabeza queda cerca de mi rodilla.

- —Han sido... desvíos equivocados. Dimensiones matemáticamente similares a esta. Los universos más próximos. Al principio pensé que Londres sería el lugar perfecto, y fui allí a enfrentarme a Conley, pero entonces apareciste tú y él no te reconoció. En cuanto a Rusia, me habría ido de inmediato si Azarenko no se hubiera llevado mi Pájaro de Fuego.
 - —Después llegaste aquí, y este es el mundo que estabas buscando.

Paul parece muy cansado.

—Creí que podría sabotearlos desde dentro, pero este Paul había descubierto lo que sucedía y ya había ido detrás de Triad por su cuenta. Creo que él... él quería

proteger todas tus versiones. En todas partes.

Lo mismo que intentaba hacer Paul cuando empezó todo esto: tratar de impedir que averiguaran que me habían convertido en su espía perfecta. Y entonces yo fui tras él, porque estaba enfadada, desbordada y no sabía nada, y he acabado demostrando justo lo que él quería ocultar.

- —Lo estropeé todo cuando fui detrás de ti, ¿verdad?
- —Theo conservó los otros pájaros de fuego. —Cierra las manos en un puño y luego se relaja, como si todavía necesitara obligarse a aceptar que su plan ha salido mal—. Tendría que haber sabido que no se desharía de ellos. Cuando os vi en Londres, al principio sospeché de Theo, pero luego me di cuenta de que intentaba cuidar de ti, sin saber cuáles serían las consecuencias. Yo no tenía ni idea de lo de Henry.

Ahora lo entiendo todo, salvo lo que le ocurrió a mi padre, aunque me lo puedo imaginar. Seguramente había empezado a darse cuenta de lo que pretendía Conley. Sabía demasiado y Conley hizo que lo mataran. Mi padre no lleva muerto ni un mes y hace un par de horas Conley ha entrado en el ascensor y me ha sonreído. Se me revuelve el estómago solo de pensarlo.

- —¿Por qué no nos lo contaste? —pregunto.
- —No dije nada antes porque quería que todos actuaseis con normalidad. De ese modo, Conley no sospecharía. En realidad, dejé un mensaje codificado a Sophia para que lo recibiera cuarenta y ocho horas después de que yo me fuera.
 - Si Theo y yo hubiéramos esperado un día más, lo habríamos comprendido todo.
 - —Podrían haberte matado. Aún pueden hacerlo.
- —Pues tengo la intención de seguir viviendo, si es posible —responde Paul, muy serio.
 - —Pero lo arriesgaste todo.

Aparta la mirada, y luego, con evidente esfuerzo, se obliga a mirarme de frente.

—Estabas en peligro... Tenía que protegerte como fuera —dice. Sus ojos buscan los míos—. Los riesgos no importan. Tú eres la única que importa.

Ninguno de los dos puede hablar. Continuamos sentados, en la penumbra, aislados del resto del mundo.

Hasta que suena mi teléfono.

Ambos damos un respingo, y Paul ríe levemente, intentando disimular el momento embarazoso. Sin embargo, me estremezco de miedo al recordar que he puesto el teléfono en modo de «No molestar». No tendría que poder llamarme nadie.

Lo saco del bolsillo. La llamada la realiza un «número desconocido».

Igual que el setenta y cinco por ciento de la gente de Estados Unidos, utilizo un móvil Triad.

—¿Conley puede pinchar los tPhones? —pregunto.

Paul cambia su expresión al comprender lo que ocurre.

—En teoría.

- —No creo que sea solo en teoría. —El teléfono sigue sonando. Ya tendría que haber saltado el contestador, pero está visto que Conley también sabe cómo desactivarlo—. No puedo contestar. Si contesto, sabrá dónde estoy.
- —La antena de telefonía móvil ya te habrá ubicado. —Paul mira la puerta, como si la policía fuera a echarla abajo en cualquier momento. Y puede que sea así—. Adelante. Contesta.

El asesino de mi padre está al teléfono. ¿Qué querrá? Aunque ya sé la respuesta. Solo me quiere a mí.

Deslizo la barra de la pantalla del teléfono y contesto:

- —Hola, señor Conley.
- —Marguerite —saluda él, con la misma campechanía que cuando estaba en la sede central de Triad. Tiene una voz incluso más juvenil que su aspecto, parece uno de esos estudiantes de posgrado de mis padres que se pasa por casa para sentarse a la mesa arcoíris. Tengo el volumen bajo, pero tanto Paul como yo nos inclinamos para oírlo por encima del zumbido de los ordenadores—. Qué alivio poder hablar con usted al fin. Supongo que ya habrá encontrado la pulsera de su amiga, ¿no?

Estoy furiosa. Si Conley estuviera aquí, le estamparía un puñetazo en su cara pecosa.

—Por favor, ¿cree que tiene derecho a acusarme de no jugar limpio? No soy precisamente yo la que miente, así que déjese de gilipolleces y diga lo que tenga que decir.

Paul me mira como diciendo: «Maldita sea». Creo que lo he impresionado.

- —Pues entonces dejémonos de gilipolleces —responde Conley en el mismo tono amistoso que ha empleado antes—. Es una jovencita con talento y creo que deberíamos discutir el modo de sacarle provecho, de avanzar.
 - —No soy su viajera. No soy su espía. No hay nada que discutir.
- —Veo que ha hablado con el señor Markov. ¿Está ahí con usted? —No contesto, aunque seguramente es como si lo confirmara. Paul se mantiene en silencio y entorna los ojos. Conley prosigue—: Ojalá las cosas fueran así de sencillas. Se ha convertido en una persona muy importante en un lugar muy importante. Eso significa que hacerse con su talento es una de las máximas prioridades de Triad Corporation.
 - —Sus prioridades no me interesan —replico.
- —Las personas que me ayudan a conseguir mis propósitos reciben una recompensa, Marguerite. Podría recompensarla con mayor generosidad de la que imagina.
 - —El dinero no compensa lo que ha hecho.

Siento un nudo en la garganta al pensar en mi padre, muerto en un río a un universo de aquí.

—Puedo compensarla con creces.

Paul se levanta despacio. Veo que se prepara para irse. Claro, si Conley está intentando localizar nuestra ubicación, podría enviar a alguien en cualquier momento. Yo también me levanto y me aparto para que Paul pueda empezar a desconectar los ordenadores y meterlos en la bolsa.

Me pongo a hablar de nuevo para tapar el ruido que hace Paul al recoger.

- —¿Es esta la parte en que empieza a amenazar a toda la gente que quiero?
- -¿Se refiere al señor Beck? Se encuentra a la perfección. Un poco molesto

porque le ha robado el coche. Se ha metido en su despacho, a la espera de que el coche de la compañía lo lleve a casa. En algún momento.

La sutil amenaza me produce un escalofrío. Paul se detiene un instante, tan preocupado por Theo como yo, aunque no tarda en seguir recogiendo. Se nos acaba el tiempo.

- —Tenemos que vernos, Marguerite —insiste Conley—. Debo realizarle ciertas pruebas para determinar el verdadero alcance de su potencial. Nada doloroso, se lo prometo.
 - —Sus promesas no valen mucho —replico.
- —Me subestima. Algo que la gente no suele hacer. —Casi da la impresión de que la novedad le divierte—. Veámonos. Escoja un lugar neutral. Paul puede acompañarla, si eso la hace sentirse más cómoda. Permítame sopesar qué tiene para negociar y luego negociaremos.

¿Cómo es posible que no capte el mensaje?

—¡No tiene nada que yo pueda querer!

La voz de Conley se convierte en un susurro.

—Sí, sí que lo tengo. Tengo algo que desea con todas sus fuerzas.

Y hay algo en el modo como lo dice que me empuja a creerle.

¿Está hablando de Theo? Miro a Paul, que tiene los ojos abiertos de par en par. Sabe a qué se refiere Conley... y sea lo que sea, es importante. Es real.

—En la Puerta del Dragón de Chinatown —digo. Es el primer lugar que me viene a la cabeza—. Nos vemos allí dentro de una hora. Usted solo, sin compañía. ¿Entendido? Una hora a partir de... ya.

Cuelgo sin más y apago el teléfono. Ni siquiera los piratas informáticos de Conley pueden hacer algo contra el viejo botón de apagado.

Paul me mira fijamente.

- —No irás a quedar con Conley...
- —Ni en broma, pero hemos ganado una hora. Mientras él está en Chinatown, nosotros iremos al aeropuerto.
- —Esto se te da bien. —Una sonrisa ilumina el rostro de Paul—. Lo de darte a la fuga.
 - —Estoy entrenando bastante.

Paul y yo nos sentamos en el vagón del metro de San Francisco, con la enorme bolsa de tela gruesa de Paul encajada entre ambos, como si fuera una tercera persona. Se tarda una media hora en llegar al aeropuerto, cosa que nos deja más tiempo para hablar.

Aunque, a decir verdad, hay tanto que decir, tantas preguntas, que no sé ni por dónde empezar.

Finalmente, me decido por lo más sencillo que se me ocurre.

- —¿Por qué Ecuador?
- —El otro Paul hizo los planes, no yo. Supongo que es porque Ecuador no tiene firmado ningún acuerdo de extradición con Estados Unidos.

Claro. Borrar la información de mis padres es una cosa, pero cuando Paul atacó Triad cometió un crimen que no pasarán por alto. El Paul de esta dimensión tiene que escapar y este Paul está encargándose de ello.

- —Siempre te aseguras de que haya una puerta trasera, ¿verdad?
- —Antes de meterte en líos, vale la pena pensar cómo saldrás de ellos. —Se vuelve hacia mí, con una intensidad que le oscurece la mirada—. Tú también tienes que salir de esta, Marguerite.
 - —Vaya. ¿Quieres que me fugue contigo a Ecuador?
- —Tú no vienes conmigo —afirma, categórico. A pesar de que no tengo absolutamente ninguna intención de salir corriendo a Sudamérica, me ofende su rotunda negativa. Paul guarda silencio un instante y añade a continuación—: Quería decir que debes volver a casa.
 - —Ambos volveremos a casa, ¿verdad?

Supongo que Paul no saltará hasta que haya llevado esta versión sana y salva hasta el aeropuerto.

Sin embargo, Paul vacila un segundo más de la cuenta antes de contestar a mi pregunta.

- —¿Adónde irás después?
- —Todavía no puedo decírtelo.

Me entran ganas de estrangularlo.

—¿Es que ha habido algún momento a lo largo de todo este viaje en el que los secretos hayan servido de algo? ¿Por qué no confías en mí?

Cierra los ojos, como si yo le produjera dolor de cabeza.

- —No tiene nada que ver con la confianza.
- —Entonces, ¿con qué? He confiado en ti, incluso cuando los demás me decían que no lo hiciera...
 - —Creías que había matado a Henry —replica Paul. Y no le falta razón.
- —Eso no cuenta. Conley te tendió una trampa. Hizo que pareciera que tú habías cortado los frenos del coche de mi padre.

Paul se encoge de hombros. Cree que debería haberlo sabido, y puede que no se equivoque.

- —Lo siento —susurro.
- —No, no te disculpes. Entiendo que en esos momentos no eras tú. Y Conley puede llegar a ser muy convincente cuando quiere.

Sin embargo, Paul sigue tenso. Si no está enfadado, entonces, ¿por qué...?

«Oh.»

—En Rusia… —No sé qué decir, por dónde empezar—. Tú y yo… No sé si lo recuerdas todo, o algo…

—Recuerdo que nos acostamos.

Miraría hacia otro lado, pero ¿no sería ridículo que ahora me entrara la timidez? Paul se da cuenta de que ha vuelto a ser demasiado directo.

- —Yo, esto... También recuerdo que me hirieron. ¿Sobrevivió?
- —No. Moris... Murió en mis brazos.

Paul agacha la cabeza, como si lamentara la pérdida tanto como yo. Tal vez sea así.

—Lo siento.

Las lágrimas anegan mis ojos, pero intento contenerlas.

- —Sé que lo querías —añade en voz baja—. A él, no a mí.
- —Puede. No lo sé —contesto con un hilo de voz.

Inspira hondo, lleno de asombro, y me doy cuenta de que incluso un «puede» es más de lo que Paul se ha atrevido a soñar. Todo lo que ha hecho, todo a lo que ha renunciado y lo que ha arriesgado por mí, ha sido sin saber que era correspondido.

- —Marguerite...
- —No sé dónde termina él y empiezas tú.

El tren aminora la velocidad hasta que se detiene en la siguiente parada; por lo visto, la mitad de los habitantes de este barrio se dirigen hoy al aeropuerto. Paul y yo guardamos silencio, incapaces de mirarnos a los ojos, mientras una horda de pasajeros abarrota el vagón, arrastrando sus maletas consigo.

Pienso en el tono de llamada de Rajmáninov. ¿Qué somos el uno para el otro en esta dimensión? Debemos de ser prácticamente los mismos si esa canción sigue recordándome a él. Si una vez estuvo dispuesto a renunciar a todo, a echar su vida por la borda, para proteger el trabajo de mis padres y a mí...

El tren se pone en marcha con gran suavidad y todo el mundo empieza a hablar o a escuchar música. El rumor de sus conversaciones nos envuelve y nos ofrece una vez más una atmósfera de intimidad.

—¿Y Theo y tú? —pregunta Paul finalmente—. Creía que era él el que… bueno. Creía que era él.

Theo me importa. Es innegable, es algo que está ahí. Sin embargo, sea lo que sea lo que siento por él, no es lo que siento por Paul.

—No. No era Theo.

Me he enamorado de un Paul. Me he enamorado de su alma inmutable. ¿Significa eso que me he enamorado de todos los Pauls, en todas partes?

Paul se apresura a llenar el silencio, se atropella con las palabras, como si las hubiera contenido tanto tiempo que es incapaz de retenerlas ni un segundo más.

- —Sé que no soy... Nunca he sido... —Se queda mirando sus anchas manos sobre la bolsa de lona—. No se me da bien hablar. Nunca sé lo que debo decir, porque contigo... Cada vez que hablamos, parece que meto la pata.
 - —No siempre metes la pata.

Niega con la cabeza levemente, esbozando una triste sonrisa.

- —No soy el Paul de Rusia. No sé hablar como él lo hacía. Ojalá.
- —No me refiero a eso. —Todo sería mucho más sencillo si estuviera segura de que solo quería al teniente Markov. Sin embargo, ¿desde cuándo el amor ha sido algo sencillo?—. Esa vez que te quedaste a verme pintar y me dijiste que siempre pintaba la verdad… Esa vez acertaste. Del todo.

La sonrisa de Paul se suaviza, como si empezara a creerme.

- —Has dicho que no sabes dónde termina el teniente Markov y dónde empiezo yo. Asiento mientras me abrazo y me hundo en mi sitio.
- —Recuerdo que formaba parte de él. —Habla en voz baja. Lo miro a los ojos. Es como si me costara mirarlo a la cara y, al mismo tiempo, me resultara imposible apartar mis ojos de los suyos—. Sé que a ambos nos gustaba el modo como buscas la belleza en cada uno de nosotros. En cada momento. Él deseaba ser tan ingenioso como tú, tan seguro al hablar, igual que yo. Ambos fantaseábamos con besarte, apoyada contra una pared. Ambos pensábamos que no teníamos nada que hacer con alguien tan increíble como tú. Ambos habríamos hecho cualquier cosa, hubiéramos renunciado a todo, para que no te pasara nada.

Las lágrimas me emborronan la visión. Paul debe de verlo, por eso vacila, como si se sintiera culpable por disgustarme. Pero no se detiene.

—El teniente Markov y yo no somos el mismo hombre —dice—. Nadie lo sabe mejor que yo, pero tampoco somos completamente distintos. En lo que más nos parecíamos era... era en lo que sentíamos por ti.

El tren se detiene con una sacudida en la última parada, el aeropuerto. Todo el mundo empieza a sacar su equipaje mientras yo me enjugo las lágrimas y ayudo a Paul a pasar la bolsa por la puerta. Sin embargo, en vez de seguir a los demás, se queda en el andén apenas iluminado y sé que quiere despedirse de mí a solas.

- —Paul... —digo, cuando ya no queda nadie.
- —Te quiero.

Me quedo sin respiración. No por la sorpresa; ya lo sabía, lo sabía con mayor certeza de lo que nunca he sabido nada, pero sigue siendo como navegar por unos rápidos, saltar una catarata y precipitarse hacia el rugido de las aguas.

Paul prosigue, como si no se atreviera a confiar en la manera en que he reaccionado.

—Me decía que no importaba si nunca llegaba a estar contigo; me bastaba con quererte. Cuando supe que estabas en peligro, sencillamente tuve que ponerte a salvo. No me debes nada. No tienes que decir... Que fingir...

Alargo la mano y pongo dos dedos sobre sus labios. Por abrumada que esté en estos momentos, tengo que tocarlo. Tengo que saberlo.

Paul deja escapar el aire con brusquedad, como si hubiera recibido una fuerte impresión. Me atrae hacia sí; sus manazas envuelven mi rostro como si fuera frágil y delicada. Como una pequeña paloma. Despacio, Paul acerca su rostro al mío, me roza la sien, las mejillas, la comisura de los labios con la nariz. Aspiro el olor de su piel

mientras cierro mis dedos alrededor de sus brazos y tiro de él con suavidad, con suma suavidad, hacia abajo.

Claro que siempre he sabido que Paul era grande, mucho más alto que yo, pero nunca había sido consciente del modo en que podía envolverme en él. Del modo en que podía aislarme en la oscuridad y convertirse en todo mi mundo.

Deposita un tímido beso en mi pómulo. El contacto es suave, incluso vacilante, pero la intensidad de la emoción contenida me abruma y me arrolla con mayor contundencia que una avalancha. Echo la cabeza hacia atrás y Paul responde a la invitación besándome en la depresión del cuello, hasta que encuentra el punto donde el pulso late con fuerza. Cuando me estrecha contra su pecho, siento su corazón desbocado igual que el mío. Ambos estamos aterrados, pero ninguno quiere apartarse.

Paul recorre con sus dientes mi cuello. El filo cortante entre el dolor y el placer me hace gritar un instante antes de que me silencie con un beso.

Nuestras bocas se abren. Siento su lengua contra la mía mientras nos quedamos sin aliento. El mundo da vueltas a mi alrededor. Cierro los puños aferrándome a su camiseta. Sus anchas manos rodean mi cintura y lo único que pienso es que esto es perfecto, absolutamente perfecto, igual...

Igual que cuando el otro Paul me besaba en Rusia.

Eso tendría que tranquilizarme y, en cambio, me horroriza. El hombre que amaba ha muerto hace dos días y ahora estoy en brazos de otro... Aunque ni siquiera sé si puedo llamarlo otro...

Aparto la cabeza e interrumpo el beso.

—Para —susurro—. Por favor, para.

Paul se detiene de inmediato, aunque se niega a soltarme.

- —¿Marguerite? ¿He hecho algo mal?
- —Nada. —Me tiembla la voz—. Tengo la sensación de estar siendo infiel. Sé que es de locos, pero no... No puedo.
 - —Vale, no pasa nada.

Paul me atrae hacia sí, aunque no de modo apasionado. En vez de eso, me acaricia la espalda, lenta y delicadamente, consolándome mientras intento contener las lágrimas y pienso en el Paul que he perdido.

¿Estoy traicionándolo? ¿O soy una tonta porque el hombre que amaba ha vuelto a la vida y no puedo volver a amarlo?

—No estás loca —murmura Paul—. Esta situación... Es difícil saber qué pensar. Qué sentir.

Asiento. Sus labios rozan la línea del nacimiento del pelo con tanta delicadeza que apenas puede llamársele beso, y sigue acariciándome la espalda.

En ese momento oímos las interferencias de un walkie-talkie, es decir, la policía.

Ambos nos ponemos tensos a la vez, sin soltarnos, mientras la agente se pasea por el andén. No parece que nos haya visto besándonos. Solo se trata de la ronda habitual..., espero.

- —No nos buscan. ¿Por qué iban a hacerlo?
- —Conley podría haber hecho que Theo denunciara la desaparición del coche. Incluso podría haber dicho que te he secuestrado, cualquier cosa con tal de volver a tenerte bajo su control. A estas alturas, ya debe de haberse dado cuenta de que no vas a presentarte en la Puerta del Dragón.

Paul tiene razón. No hay tiempo que perder.

- —Este Paul necesita salir de aquí. Tienes que irte —le apremio.
- —Está bien. —Vacila un segundo más. Sé que quiere besarme, pero yo no sé si quiero que lo haga. Y no lo hace.

Ambos dedicamos unos instantes a arreglarnos: yo me aparto los rizos de la cara y Paul se saca la camiseta por fuera de los pantalones. Lleva una mancha de lápiz de labios rosa oscuro en la mejilla y alargo la mano para limpiársela con el pulgar. Me mira y sonríe cuando lo toco.

Sin embargo, la sonrisa no tarda en desvanecerse.

—Vuelve a casa —dice—. Cuéntale a Sophia lo que ocurre y espérame allí.

Me siento tan abrumada que casi olvido que sigue ocultándome cosas.

- —Le contaré a mi madre lo que ocurre cuando lo sepa. Dime adónde vas.
- —Todavía no.
- —Pero ¡has encontrado la dimensión correcta! ¡Tienes toda esa información de apoyo sobre Triad y Conley! ¿Qué queda por hacer?
- —Cuando estuve repasando la información de esta Triad, encontré... algo que debo comprobar. Dejémoslo ahí.

No sabía que era posible pasar de enrollarse con alguien a desear darle una sonora colleja en menos de un minuto, y mira tú por dónde...

- —¡Aún me ocultas cosas!
- —Marguerite...
- —¡Se acabaron los secretos! No sé cuánto más han de empeorar las cosas para que lo entiendas de una vez por todas.
- —Escúchame, por favor. —Paul me toma la mano y acerca su cabeza. Por el modo como me mira, no parece alguien a punto de inventarse una excusa. Está serio, y decidido, y casi exasperantemente seguro de sí mismo—. Sé que he cometido un error al ocultarte tanta información, pero esto es distinto. Si te cuento lo que creo que ocurre y me equivoco, sería horrible. No, peor aún. No podría hacerte más daño.

¿De qué está hablando? Soy incapaz de imaginarlo. ¿Hasta dónde llegan los crímenes de Triad?

Los dedos de Paul se cierran sobre los míos.

—Sé todo lo que te has visto obligada a creer a ciegas y no puedes imaginar lo que significa que hayas recuperado tu confianza en mí, que sigas creyendo en mí. Pero necesito que continúes haciéndolo un poquito más.

No sé ni cómo decirle lo harta que estoy de que me oculten cosas y, aun así, a pesar de todo, le creo.

—Vale, de acuerdo. Está bien. —Creer a Paul no es lo mismo que hacer todo lo que diga—. No tienes que darme explicaciones si es tan importante, pero voy contigo.

Paul gira mi mano sobre la suya y me acaricia la palma con el pulgar.

- —Estaría más tranquilo si supiera que estás a salvo.
- «Esto no va contigo», deseo decirle, pero sé que Paul ha pasado por tanto como yo en estas últimas semanas. Ambos estamos al límite, por eso nos necesitamos mutuamente para ser fuertes, para ver las cosas con claridad.
- —Wyatt Conley me busca en distintas dimensiones, ¿no? Eso significa que no puedo estar más a salvo que cuando estoy contigo.
 - —Eres muy, muy cabezota.
 - —Creo que será mejor que te acostumbres.

Sonríe a regañadientes. Esa expresión... no se parece en nada a la del Paul de Rusia, pertenece únicamente a mi Paul, y aun así es como si me iluminara por dentro.

- —Vamos —dice Paul. Tiendo la mano hacia el Pájaro de Fuego, pero me detiene
 —. Todavía no. Voy a entrar en el aeropuerto y a sacar la tarjeta de embarque antes de saltar. Si no, puede que el otro Paul no comprenda qué ocurre a tiempo.
 - —Está bien. ¿Unos quince minutos?
 - —Quince minutos, luego me sigues.

Supongo que, de todos modos, es mejor que me quede en la estación de metro. Después de arrastrar a esta versión de Marguerite hasta la otra punta de San Francisco, al menos debería ponérselo fácil para volver a casa. Por un momento se me pasa por la cabeza enviar un mensaje a Theo para explicarle lo que ocurre, pero no es necesario: su Pájaro de Fuego le indicará que Paul y yo hemos saltado y seguro que nos seguirá.

Estamos listos. Aun así, Paul y yo permanecemos un poco más en la oscuridad, abrumados por lo que hemos descubierto el uno sobre el otro y por la idea de que dentro de cinco minutos podríamos volver a encontrarnos a medio mundo de distancia.

Paul se recoloca la bolsa de lona mientras sus ojos grises buscan los míos.

- —¿Estás bien?
- —Más de lo que voy a estar durante un rato. Ten... cuidado.

Asiente. Incluso esa tontería, decirle que tenga cuidado, para él es como una señal. Una razón para tener esperanza. Ojalá pudiera decirle que su esperanza tiene fundamento, ojalá lo supiera.

A continuación, Paul da media vuelta y se aleja en dirección al pasillo que conduce al aeropuerto, pero justo antes de perderlo de vista, se vuelve para mirarme una última vez.

«Nos encontraremos —me digo cuando desaparece—. Siempre nos encontramos.»

Aprieto el Pájaro de Fuego en mi mano y cuento los segundos que faltan para

seguir a Paul.

Esta vez, cuando me precipito sobre mi nueva versión, me despierto; tengo la sensación de que acabo de meterme en la cama. Medio grogui, me incorporo sobre los codos para mirar a mi alrededor. A pesar de que esta habitación es mucho más pequeña que la de casa, se ve a las claras que es mía: cuadros colgados en la pared que queda más cerca, y hay un pañuelo de estampado vistoso en la mesita de noche que podría pasar por mío.

A juzgar por la oscuridad que me envuelve, debe de ser de noche, lo cual hace que me pregunte dónde estoy. Los pájaros de fuego me permiten viajar de una dimensión a otra, pero no a través del tiempo, y puesto que he salido de mi casa en California poco después de comer, debo de encontrarme en la otra punta del mundo, en un lugar donde sea o muy tarde o muy temprano.

Tres de los retratos de la pared me resultan más que familiares: mamá, papá y Josie me miran desde sus lienzos. Mientras estemos juntos, seguro que esta dimensión está bien.

Sin embargo, los retratos son distintos: mi madre lleva el pelo más corto; y Josie, recogido. Mi padre parece más resuelto, menos distraído. Y mi técnica tampoco es exactamente la misma: las capas de pintura son más gruesas, me decanto por una visión más impresionista. Es distinta tanto de mi estilo fotorrealista habitual como de los esbozos delicados y detallados de la gran duquesa Margarita. Paso el dedo por el cuadro de Josie y noto las crestas y los remolinos de pintura seca contra mi piel.

El despertador suena en la mesita de noche y se activa una música pop que no reconozco. Cuando lo apago, miro la hora con el ceño fruncido: las 7.00. Aunque es invierno, lo normal a estas horas es que ya hubiera un poco de luz fuera. Entonces me acuerdo de Rusia, y de que San Petersburgo disfrutaba de muy pocas horas de luz al día en diciembre. ¿Aquí también vivimos en el lejano norte?

Saco los pies de la cama y me acerco a una de las extrañas ventanas oscuras y curvadas con la esperanza de averiguar dónde me encuentro esta vez. Cuando miro fuera, al principio no veo nada..., hasta que un banco de peces tropicales pasa nadando por delante.

No hay luz porque estamos debajo del agua.

Vaya, esto es nuevo.

Mi hogar resulta ser la estación oceanográfica *Salacia*, situada en pleno mar del Coral. La *Salacia* es una de las estaciones más sofisticadas de su clase en el mundo entero, razón por la que está a cargo del ilustre oceanógrafo doctor Henry Caine.

Tras un rápido vistazo a internet descubro que, en esta dimensión, el nivel del agua ha subido bastante más y a mayor velocidad en todo el planeta que en casa,

como si se hubieran hecho realidad las peores proyecciones del cambio climático que había para dentro de un siglo. ¿Se debe a una contaminación más alta? ¿A algún otro fenómeno? Por increíble que parezca, los políticos aún siguen discutiendo sobre el tema en un planeta cuyos continentes tienen ahora una forma completamente distinta de la que yo conozco. Mientras la gente continúa a la greña por la causa, la humanidad ha tenido que buscar otras maneras de vivir. La amplia mayoría de la población mundial vive en tierra firme, aunque a veces en ciudades nuevas que no existen en mi dimensión, o en versiones semiacuáticas de las antiguas. (Nueva York ahora se parece más a Venecia.) Sin embargo, cada vez es mayor el número de personas que viven en el agua en grandes barcos que funcionan como ciudades, o se instalan en estaciones científicas como esta.

Aquí, la oceanografía es la materia de estudio científico de mayor importancia. Qué ocurre con la vida marina; los niveles de hierro, oxígeno y contaminantes en el agua; el comportamiento de las mareas y las olas gigantes, que se han vuelto impredecibles... Este es el tipo de información que la gente necesita para crear una sociedad nueva que se ve obligada a ser parcialmente acuática. Por lo tanto, mi padre nunca llegó a dejar la oceanografía para volcarse de lleno en la investigación de mi madre; aquí, mi madre también se ha dedicado a la oceanografía, y se conocieron cuando formaban parte de la tripulación de un barco científico (eso según sus entradas en la Wikipedia. Mis padres no son tan conocidos aquí como en casa, aunque sí lo suficiente para que se publique su biografía en internet). Llevamos cinco años en la *Salacia*. Para mí, esto es mi hogar.

Sin embargo, en una estación oceanográfica, nadie puede estar desocupado, ni siquiera los niños. Todo el que vive aquí trabaja duro para mantener la estación en funcionamiento, tal como descubro cuando mi ordenador se ilumina con una LISTA DE TAREAS DIARIAS.

Por eso me encuentro trepando por uno de los tubos de mantenimiento antes de desayunar, para salir a comprobar los sensores de viento (vete a saber qué serán). A medida que asciendo, el agua cambia del negro casi absoluto a un azul translúcido, hasta que salgo a la luz del día. La visión del mar a mi alrededor, perdiéndose en el horizonte, me deja sin respiración. El brillo y la intensidad de la luz sobre las olas cambian a cada momento y producen un efecto deslumbrante.

¿La otra Marguerite todavía es capaz de apreciar lo increíble que es esto a pesar de verlo a diario? Sonrío al comprender que, si nos parecemos en algo, entonces seguro que es así.

Vestida con unos tejanos y una camiseta, camino por la plataforma de la superficie, construida con metal estriado para ofrecer mayor agarre cuando esté húmeda, que debe de ser siempre. Todo huele a sal y a sol. La brisa marina me revuelve los rizos y enseguida entiendo por qué Josie y mi madre llevan aquí el pelo diferente. Me apresuro a recogerme el mío en una coleta descuidada cuando oigo que alguien me llama desde el otro extremo de la plataforma.

—¡Sí que has tardado!

Me vuelvo y veo a Josie, que está rascando unas algas junto al agua. Ya debe de llevar un rato aquí fuera, pero sé cómo enfrentarme a las pullas de Josie en cualquier universo. Sonrío mientras le hago una peineta y luego empiezo a subir la escalera metálica que conduce a los sensores de viento.

No soy muy amante de las alturas. No tengo fobia ni nada por el estilo, pero cuando Paul habla de la escalada en roca, me resulta imposible creer que alguien haga algo así por gusto. Por eso, mientras asciendo los peldaños me recuerdo que, para esta Marguerite, subir doce metros de altura no es nada del otro mundo.

«¡Llevas unas botas con puntera metálica y una suela de dibujos tan profundos que se te hunden en los travesaños de la escalera! —me digo intentando mantener el ánimo mientras estoy cada vez más arriba—. ¡Llevas un cinturón de seguridad del que estás un ochenta y cinco por ciento segura que te has puesto correctamente! ¡No hay nada de lo que preocuparse!»

Al menos la vista del mar que nos rodea mejora a cada pocos peldaños. La superficie de la *Salacia* parece un laberinto para hámsteres desproporcionado: una maraña de tuberías y tubos metálicos gigantescos que se comunican a través de distintas plataformas. Sin embargo, para Marguerite, esto es su hogar.

Tengo que concentrarme en las instrucciones que he leído en mi habitación mientras repaso los sensores, uno por uno. Básicamente compruebo que todo esté bien y... ¿espero que así sea?

Ni siquiera todo esto basta para acallar el miedo que anida en mis entrañas, esa voz que no deja de repetir: «De mí. Triad va detrás de mí».

A pesar de que las familias cenan en sus dependencias, por lo visto el desayuno y la comida se sirven en la cafetería, aunque esta no se parece a ninguna otra que haya visto jamás. Está sumergida, aunque cerca de la superficie, y posee unos enormes ventanales arqueados por los que se cuelan los destellos de luz que se reflejan en el agua azul. La gente saluda a sus amigos mientras ocupan varias mesas redondas, y las familias están al completo, incluso hay niños pequeños y alguna que otra persona mayor. Aunque se trata de una estación científica, es evidente que también está diseñada para dar cabida a gente normal y corriente. Es mitad laboratorio, mitad pequeña ciudad.

Cuando entra mi padre, la gente no se pone firmes ni nada por el estilo; saben que ha entrado el jefe, pero tan solo sonríen. Él se detiene en todas las mesas para interesarse por ellos y saber qué tal les va. Es raro verlo al mando, aunque no me sorprende comprobar que se le da bastante bien. Lo observo desde la otra punta de la habitación, con la bandeja en las manos. A estas alturas he aprendido a soportar la extraña y dolorosa sensación de echar de menos a mi padre aunque no se haya ido del todo.

—Buenos días, Marguerite. —Mi madre me besa en la mejilla mientras toma asiento—. ¿Estás bien?

Me doy cuenta de que ya llevo un rato de pie, con la bandeja en las manos.

—Ah. Sí, sí.

En cuanto nos sentamos, Josie ocupa otra silla y le pregunta a mi madre:

- —¿Qué dice el servicio meteorológico?
- —Empezaremos a ver algunas olas esta noche, pero lo peor del frente tormentoso se espera para mañana al mediodía. —Mi madre le da un sorbo al té, completamente ajena a la pastinaca gigantesca que pasa nadando por detrás de ella—. Es probable que también suframos cortes en las comunicaciones.

Josie tuerce el gesto.

—Menos mal que ya me he bajado el concurso de surf.

¿Por qué no volvemos a tierra si se aproxima una tormenta peligrosa? Entonces recuerdo lo que he leído sobre la *Salacia* en mi habitación, sobre todo, acerca de dónde estamos. Las masas continentales más cercanas (Nueva Zelanda y Papúa Nueva Guinea) se hallan a varias horas de viaje por aire, así que debemos hacer frente a las tormentas cuando estas se presentan. La *Salacia* está diseñada para soportar ese tipo de inclemencias, supongo... Eso espero. Aunque, según lo que ha dicho mi madre, podríamos pasar horas, o incluso días, aislados del exterior.

Espera. ¿Solo dispongo de un rato para comunicarme con el mundo exterior?

—¿Sabes qué? No tengo hambre —digo al tiempo que engullo un par de bocados de tostada—. Me voy un rato al camarote, ¿vale?

Mi madre me lanza una de esas miradas que significan: «Está claro que ocurre algo y lo sé, y tú sabes que lo sé, pero todavía no voy a obligarte a contármelo».

—Date prisa. No lo olvides: hoy tienes el gran examen.

«¿"Gran examen"? Mierda.» Por lo visto, las vacaciones no se alargan demasiado en una estación científica. Aunque esa es la menor de mis preocupaciones.

Tras mirar a mi padre una vez más, salgo de la cafetería y regreso a los niveles residenciales de la estación. Estoy bastante segura de que recuerdo dónde vivimos. A pesar de que mi padre está al mando de la *Salacia*, parece que nuestras habitaciones son exactamente iguales que las del resto: dormitorios diminutos y una especie de cocina-salón con las dimensiones justas para resultar cómoda, pero ni un milímetro cuadrado mayor. Sinceramente, quitando el hecho de que está debajo del agua, nuestro hogar parece el de siempre: hay latas de Coca-Cola en la nevera y las chancletas de Josie están junto a la puerta principal, como de costumbre.

Cojo la tableta para empezar a buscar, aunque me detengo de pronto y me la quedo mirando. En el logo pone ConTech... que era la empresa de Wyatt Conley en la dimensión de Londres. Y, por lo visto, en esta también. ¿Hasta dónde llega su influencia?

Hasta el mar del Coral seguro que no. La tensión que siento en el pecho se relaja al comprender que a Conley no le será fácil llegar hasta mí, aquí no.

«¿Por eso ha elegido Paul esta dimensión? ¿Porque Conley no representa una amenaza?» En esta dimensión, los científicos han volcado todos sus esfuerzos en adaptar a la humanidad a la vida dentro y sobre el agua. Eso significa que mi madre no ha inventado el Pájaro de Fuego y, por lo tanto, Conley no tendría motivos para viajar aquí.

Sin embargo, la explicación no acaba de convencerme.

El objetivo de Paul continúa siendo exasperadamente oscuro. No sé qué lo ha traído aquí, a esta dimensión, pero está visto que se trata de algo demasiado importante para hablar de ello.

He decidido confiar en Paul, aunque eso no significa que me resulte más fácil seguir adelante sin respuestas.

Hasta el momento, la *wifi* de la estación funciona sin problemas. Introduzco «Paul Markov, físico» en la casilla de búsqueda, pero luego lo borro y lo sustituyo por: «Paul Markov, oceanógrafo». Es el objeto de estudio al que se dedicarán los mejores y más brillantes científicos de este mundo.

Resulta que Paul está realizando su trabajo de investigación de doctorado en un barco, tomando muestras de profundidad en el Pacífico, aunque no consigo averiguar dónde exactamente. Podría encontrarse solo a un par de horas de aquí o en la otra punta del planeta. Intento conectar con la cuenta de su barco, pero no debe de estar delante del ordenador, así que toco la pantalla para grabar un mensaje de vídeo.

—Hola, Paul, soy yo. Me refiero a que soy yo de verdad. —Engancho la cadena de mi Pájaro de Fuego con el pulgar, para que la vea—. Aquí estoy segura, y con mi familia, así que... no tienes que preocuparte por mí. Parece que a ti también te va bien. De todos modos, puede que no disponga de acceso a internet durante bastante tiempo. Llama cuando recibas esto, ¿vale?

Espero que Paul haya usado un recordatorio cuando vea esto; si no, va a quedarse a cuadros.

Por lo visto, Theo está estudiando en Australia, en una ciudad portuaria llamada New Perth, que se encuentra a unos trescientos kilómetros tierra adentro de lo que solía estar Perth. También intento contactar con él, y aunque en New Perth deben de ser las tantas de la mañana, contesta casi al instante. Su rostro cobra forma en la pantalla (el pelo alborotado y con barba de tres días) y dice de inmediato:

- —¡Me has robado el coche!
- —Hola a ti también.

Soy incapaz de reprimir una sonrisa.

- —¿A qué narices ha venido eso? Estoy hablándole a Conley de lo maja que eres cuando de pronto te veo salir del aparcamiento a toda leche. —Theo está cabreado, y sé que no es por el coche—. Dime que no fuiste a ver a Paul.
 - —Fui a ver a Paul.
 - —Por Dios.
 - -Estabas equivocado, Theo. Por fin me ha explicado lo que ocurre de verdad,

con Conley y con... —Soy incapaz de decir «conmigo». Admitir en voz alta que soy el verdadero objetivo de Conley lo hace demasiado real—. Es complicado. Preferiría contarte todo esto en persona. ¿Crees que podrías venir? No está tan lejos.

—Estoy a miles de kilómetros, Meg. Tendrías que ponerte al día con la geografía. —Theo se echa hacia atrás, y se da con la cabeza en la pared. La camiseta arrugada vuelve a ser de los Gears; los Beatles tampoco han debido de lograrlo en esta dimensión—. Pero, sí, puedo ir. Parece ser que las estaciones científicas y los institutos oceanográficos trabajan juntos codo con codo en esta dimensión. Si los llamo por radio, les digo que estoy en un vuelo o en un crucero de observación y que necesito un camarote, me lo ofrecerán. Ahora solo tengo que encontrar uno de esos.

Si hay alguien con suficientes recursos para lograr algo así, ese es Theo. Le sonrío encantada.

- —Fantástico.
- —¿Está Paul contigo? —pregunta con sequedad.
- —No. Está en un buque de investigación oceanográfica. —Es la primera vez que dispongo de más información que Theo, y es evidente que no le gusta estar a oscuras, aunque entiendo que esté impaciente por obtener respuestas. A pesar de que acepté continuar confiando en Paul a ciegas, estoy más que decidida a averiguar qué ocurre.
- —Si te llama —dice Theo con mayor suavidad—, o se presenta ahí... Mira, sé que crees que Paul es inocente, pero ¿te importaría ir con un mínimo de cuidado hasta que llegue? ¿Una duda razonable?
- —¿Exactamente qué crees que va a hacer Paul? Si tenía intención de hacerme daño, le han sobrado oportunidades.
- —Ya nos ha hecho daño a todos. —El modo en que lo dice despierta el dolor que siento por la muerte de mi padre, en cierta manera mayor al ser compartido. Alargo la mano para tocar la tableta y él también toca la suya. Nuestros dedos parecen encontrarse a través de la pantalla—. Yo solo quiero protegerte, procurar que no te ocurra nada. ¿Es que no lo ves? Ojalá pudiera hacértelo comprender, aunque fuera una sola vez.

—Theo...

No me deja acabar.

—Está bien, Meg. Hasta pronto.

Su imagen desaparece, aunque yo permanezco sentada, con los dedos en la pantalla, preguntándome si le he partido el corazón.

Vivo el día de esta Marguerite y, por suerte, resulta bastante agradable. Aquí voy al colegio, aunque en lugar de tratarse de una de esas escuelas inmensas, insulsas y elitistas que veo en la televisión, consiste en un grupo de unos cincuenta estudiantes, desde niños de preescolar hasta chicos de mi edad, y todo discurre de manera bastante tranquila y desenfadada. El «gran examen» resulta ser de francés; menos mal que me

he pasado casi tres semanas en Rusia estudiando a Molière. Mientras escribo sobre el *Tartufo* sin ningún esfuerzo, pienso: «He tomado prestado el cuerpo de esta Marguerite, pero al menos esta vez le devolveré el favor».

Pienso en Paul. La necesidad de saber cómo está, qué hace, por qué ha venido aquí... Todo eso me consume por dentro con la misma intensidad que la llama de una antorcha. Cada vez que tengo un momento, consulto mi cuenta para ver si me ha devuelto la llamada; sin embargo, las comunicaciones caen antes de comer. Lo único que recibo son pantallas negras e interferencias.

La cena consiste en algo parecido a pollo en una bolsa al vacío y verduras que salen bastante mustias de la ultracongelación. Es probable que, en este lugar, lo único fresco sea el marisco, cosa que a mí no me importa, pero sospecho que el resto de mi familia, tras años en la *Salacia*, está bastante harta.

En cualquier caso, la baja calidad de la comida me da bastante igual. Estamos todos juntos, Josie, mis padres y yo, algo que no he sabido valorar en mi dimensión hasta que me lo han arrebatado, y no pienso volver a cometer el mismo error. A partir de ahora, soy muy consciente de que cada momento que paso con mi padre podría ser el último.

- —Solo nos ha dado tiempo a enviar la mitad del paquete de información antes de que cayeran las comunicaciones —le dice mi madre a mi padre mientras se sirve un poco de té—. Y el pronóstico del tiempo no hace más que empeorar.
 - —Ya nos mecemos como una hamaca —comenta mi padre, animado.
- —Por eso eres el jefe. —Josie niega con la cabeza—. Solo a un friki como tú pueden gustarle las tormentas en medio del mar.

Mi padre sonríe sinceramente halagado.

—En cuanto a lo de friki, me declaro culpable.

Ahora que lo menciona, es cierto que el suelo se mece levemente. Claro, la *Salacia* debe de estar construida para resistir cierto grado de deformación y así moverse con las mareas y las corrientes en vez de tener que hacer frente a sus constantes embates. Normalmente, estaría tan mareada que no podría ni moverme, pero esta Marguerite debe de haberse acostumbrado hace años.

- —Esta noche estás muy callada —me dice mi madre—. ¿Estás segura de que te encuentras bien? Llevas todo el día un poco ausente. —Me toca la frente con el dorso de la mano para comprobar si tengo fiebre, como si todavía tuviera cinco años.
 - —Solo estoy pensando, nada más.

Echo de menos a mi verdadera madre, la que está en casa. Se me forma un nudo en la garganta, pero consigo dominarlo. No quiero estropear la velada.

Después de cenar, Josie me pregunta si quiero ver el concurso de surf con ella. Me cuesta creer que el surf me interese mucho más en esta dimensión que en casa (es decir, nada), pero cualquier distracción es bienvenida, así que me siento junto a ella

en el sofá mientras mi padre friega los platos, aunque cuando él empieza a tararear, debo luchar una vez más para contener las ganas de echarme a llorar.

Josie me mira de reojo.

- —Mamá tiene razón. Hoy estás más rara que de costumbre.
- —Ja, ja.

Me retiro el pelo hacia atrás, intentando actuar con naturalidad, y en ese momento recuerdo la camiseta que Theo llevaba, la de los Gears.

Mi cerebro trabaja a marchas forzadas, comparando lo que sabe de cada dimensión.

Aquí nunca han existido los Beatles. En los Gears estaban Paul McCartney y George Harrison, pero no John Lennon. Sin embargo, John Lennon fue el que compuso «In My Life» para los Beatles. Estoy segura. Esa canción no existe en esta dimensión.

Entonces, ¿cómo es posible que mi padre esté tarareándola?

Vuelvo a pensar en lo que Paul me ha dicho en San Francisco. Había encontrado la dimensión que nos espiaba y había demostrado qué se traía Conley entre manos. Sin embargo, no podía regresar conmigo porque había descubierto algo más, algo importante. Algo que no podía contarme porque, si se equivocaba, no podría hacerme más daño...

Cuando viajamos a otra dimensión, nuestros cuerpos «dejan de ser observables». Cuando me fui, las autoridades todavía no habían recuperado el cuerpo de mi padre del río. Estaban dragándolo en su busca, habían echado las redes al agua y enviado submarinistas al lecho lodoso. Me resultaba muy duro pensar en estas cosas, porque las imágenes eran horribles. Y peor aún la idea de que mi madre tuviera que identificar el cadáver después de haber pasado varios días en el río y ya no se pareciera ni a mi padre ni a nada remotamente humano.

Pero ¿y si la corriente no lo arrastró? ¿Y si su cuerpo simplemente dejó de ser observable porque lo secuestraron y se lo llevaron a otra dimensión?

¿Y si mi padre no estuviera muerto? ¿Y si estuviera aquí mismo?

—¿Marguerite? —Josie imita el gesto de la mano en la frente de mi madre—. Tú estás muy ida.

Ni siquiera me molesto en buscar una excusa.

—Ahora vuelvo.

Con el corazón desbocado, me acerco a la zona de la cocina, donde mi padre está fregando los platos. Me dedica una sonrisa agradable, aunque algo distraída.

- —No me digas que te has quedado con hambre.
- —¿Podemos hablar?
- —Claro.
- —Aquí no. En el pasillo, si te parece.
- —De acuerdo —accede, a pesar de su evidente confusión.

Nadie se fija en que salimos. Mi madre está en el dormitorio que comparte con mi

padre, y Josie vuelve a estar concentrada en el ordenador. Los pasillos de la *Salacia* no ofrecen demasiada intimidad, pero la mayoría de la gente debe de estar cenando a estas horas, por lo que mi padre y yo estamos solos. Los únicos testigos son los peces que pasan nadando por el ojo de buey.

Mi padre no lleva un Pájaro de Fuego. Aunque, si lo han secuestrado, eso significa que alguien lo ha traído hasta aquí y luego lo ha abandonado. Sin un Pájaro de Fuego, mi padre no solo no podría volver a casa, sino que tampoco podría activar recordatorios. No tendría ni idea de quién es. Únicamente sería un reflejo en el interior de esta versión del doctor Henry Caine, una parte de su subconsciente.

La parte que seguiría tarareando una canción de los Beatles.

- —¿Va todo bien, cariño? —Mi padre cruza los brazos sobre el pecho—. ¿Qué ocurre?
- —Necesito que confíes en mí un momento. —Ha empezado a temblarme la voz—. ¿De acuerdo?

Mi padre parece profundamente preocupado, pero asiente.

Me quito el Pájaro de Fuego y se lo pongo. Enarca una ceja, pero hago caso omiso y me dedico a realizar los movimientos que activarán un recordatorio. Lo dejo caer sobre su pecho, consciente de que estoy conteniendo la respiración...

—¡Aaah, maldita sea! —exclama mi padre, tambaleándose hacia atrás al tiempo que cierra la mano sobre el Pájaro de Fuego. Sin embargo, de pronto se queda de piedra. Primero, baja la vista, despacio, hacia el colgante, y luego la levanta y me mira—. ¿Marguerite? —dice con voz ahogada—. ¡Dios mío!

Se trata del mismo rostro, de los mismos ojos, pero es distinto. Conozco a mi padre.

Me echo a reír y a llorar al mismo tiempo, pero no importa, porque mi padre me abraza, y estamos juntos, y está vivo.

Y ahora sé por qué Paul nos ha traído aquí.

- —Por todos los santos. —Mi padre se pasa las manos por el pelo, tan absolutamente desconcertado como lo estaría cualquiera que se despertara en otra dimensión—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?
 - —Casi un mes. El 5 de enero hará un mes, así que faltan tres días.
- —Un mes ausente. No, ausente no. Lo recuerdo, era consciente, pero de un modo extrañísimo, Marguerite, como a veces ocurre en los sueños, donde observas lo que ocurre alrededor y lo vives al mismo tiempo. Jamás se me ocurrió preguntarme dónde estaba o por qué.

Tal vez ese estado de fuga es lo que experimenta la mayoría de la gente al viajar de una dimensión a otra.

—Ahora lo recuerdas —digo tomándolo de la mano—. Y tengo el Pájaro de Fuego, así que puedo hacértelo recordar tanto como sea necesario.

Estamos sentados en la cafetería. A estas horas no hay nadie y la luz que se cuela por las ventanas procede en su mayor parte de los focos externos. En las aguas oscuras que se extienden al otro lado, aún se ve algún pez, pero las corrientes son más fuertes a medida que avanza el frente. Incluso los peces buscan un rincón donde refugiarse. Mi madre y Josie ya han debido de percatarse de que mi padre y yo estamos teniendo una charla íntima sobre algo, aunque no se les puede reprochar que ni siquiera imaginen sobre qué.

- —Mi pobre y querida Sophie. —Mi padre cierra los ojos, como si le apenara—. Y Josephine. Dios mío.
- —Estarán bien en cuanto regreses a casa. —Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro. A casa. Tengo que llevar a mi padre a casa.
- —No sé si estrangular a Paul y a Theo o darles las gracias. Supongo que ambas cosas.
- —No te enfades, papá. Han sido muy fuertes, te han defendido y me han protegido. Antes de todo esto, no sabía lo asombrosos que eran. Paul y Theo te quieren mucho. —Deseo contarle lo que Paul y yo sentimos el uno por el otro, pero eso puede esperar hasta que todos estemos de vuelta en el lugar donde tendríamos que estar—. ¿Fue Conley el que te secuestró?
- —No, fue otra persona, alguien a quien no había visto nunca. Una mujer... —Su voz se va apagando, y luego niega con la cabeza—. Me temo que es todo muy confuso. Fui a la universidad para enterarme de qué demonios había pasado con la información y, al bajar del coche, esa mujer se acercó a mí. Recuerdo que pensé que debía de tratarse de una nueva estudiante de posgrado o de un futuro miembro del equipo docente de la facultad. Supongo que tenía un aire demasiado formal para tratarse de una estudiante normal y corriente. —Suspira—. Lo siguiente que recuerdo es que me hallaba a veinte mil leguas bajo el mar. Conservé la memoria unos

minutos, pero no llevaba un Pájaro de Fuego. Comprendí que me habían abandonado en esta dimensión, seguramente para siempre. Eso fue... duro.

La expresión de la cara le cambia de un modo que no había visto desde la muerte de la abuela hace años, y me doy cuenta de que el recuerdo del miedo y la impotencia lo ha llevado al borde de las lágrimas. El odio hacia Wyatt Conley se apodera de mí y me prometo que nos ocuparemos de él cuando volvamos. Ahora mismo, Conley tiene la sartén por el mango, pero todo ese poder depende de la mente brillante de mi madre y del trabajo duro de mis padres. Nosotros tenemos a Paul. Tenemos a Theo. Y si yo soy el arma definitiva, me tienen a mí.

¿Contra todos nosotros? ¿Juntos? Conley está perdido.

—Es como si estuviera atontado —dice mi padre—. O drogado. Formaba parte de una persona que era y no era yo al mismo tiempo, pero ni siquiera poseía suficiente conciencia para hacer algo al respecto. Estaba encerrado en la prisión perfecta. — Inspira hondo y, cuando me mira, sonríe—. Hasta que ha venido mi niña valiente y me ha encontrado.

Había llegado a pensar que nunca volvería a ser tan feliz.

—Ahora solo tenemos que llevarte de vuelta a casa.

Aunque mi padre sigue sonriendo, noto su tristeza.

- —Marguerite, ya habrás echado las cuentas: somos dos y tú solo tienes un Pájaro de Fuego.
- —Por ahora. Hiciste uno, por lo tanto, puedes hacer otro. Y Paul y Theo podrán ayudarte en cuanto lleguen.
- —Se tardan meses en hacer un Pájaro de Fuego... Espera. ¿Acabas de decir que Paul y Theo vienen hacia aquí?
- —Theo ya está de camino. Puede que Paul también, pero las comunicaciones llevan tanto tiempo interrumpidas que no lo sé.
- —¿Venir hasta aquí con una tormenta como la que se avecina? Eso es una locura. —Suspira—. Aunque, bueno, saltar de una dimensión a otra detrás de un muerto también. Hacía tiempo que sospechaba que estaban chiflados, pero esta confirmación no deja de resultar inquietante.
 - —¿Lo ves? Todo va a salir bien.

Mi padre me aparta el pelo de la cara, como solía hacer cuando yo era pequeña y acababa despeinada de estar jugando en el patio trasero.

—Fue muy difícil obtener los materiales necesarios para construir un Pájaro de Fuego. En esta dimensión, tal vez sea imposible.

—¿Imposible?

De pronto entiendo a qué se refiere. Uno de los metales que se usan en los pájaros de fuego solo se encuentra en un valle del planeta, y lleva más componentes que también son raros y valiosos. Ahora nos encontramos en un mundo en que incluso el agua desalinizada supone un lujo; los países ya no disponen de recursos con tanta libertad como antes. Conseguir los materiales que necesitamos será un verdadero

desafío.

- —Si tuvieras que regresar sin mí —dice en voz baja—, dile a tu madre que la quiero muchísimo. Y también a Josie. Y debes advertirles sobre Triad. Si Conley es capaz de hacer algo así, lo es de cualquier cosa.
 - —Ni hablar. Nos las apañaremos, ¿vale? Ya lo verás.

Mi padre vuelve a abrazarme como única respuesta.

Mientras lo estrecho con fuerza, con la mirada perdida en el mar revuelto, sé que voy a llevarlo de vuelta a casa, cueste lo que cueste.

Aunque tenga que darle mi Pájaro de Fuego. Aunque sea yo la que se quede aquí para siempre.

Cuando regresamos a los camarotes, acaba siendo una noche tan agradable como suelen serlo casi todas. Mi madre no se entromete en la charla padre-hija y Josie está tan absorta en su concurso de surf que no sé si se ha dado cuenta siquiera de que nos hemos ido. Me acurruco en el sofá, junto a mi padre, como solía hacer cuando era pequeña, disfrutando de haberlo recuperado.

Aunque no paro de darle vueltas al asunto.

Triad secuestró a mi padre, pero ¿por qué? ¿Para presionar a mi madre? No, porque entonces tendrían que haberle contado lo que habían hecho en vez de dejarle creer que su marido había muerto.

¿Fue para... presionarme a mí? Si Theo y yo no nos hubiéramos ido cuando lo hicimos, ¿Wyatt Conley u otra persona de Triad habría acudido a mí y me habría dejado claro que si no viajaba para ellos, si no hacía lo que me pedían, mi padre no volvería nunca a casa?

Sí. Eso es lo que habrían hecho.

Todo esto es para llegar hasta mí. Toda la angustia que han causado a mi madre y a Josie, lo mal que nos lo han hecho pasar a Theo y a mí... Todo ha sido para que Triad pudiera controlarme.

Después de años de apenas prestar atención desde la otra punta de la habitación mientras mis padres, Theo y Paul se devanaban los sesos en busca de este increíble avance tecnológico, todavía me cuesta hacerme a la idea de que soy la pieza clave. Sin embargo, parece que ese es mi papel. Tampoco sé cómo voy a impedir que Triad haga daño a la gente que quiero o intente controlarme.

Sin embargo, si tengo un poder que Triad desea, eso significa que, efectivamente, lo tengo. Y pienso usarlo.

A la hora de irme a dormir, me tambaleo hasta la cama completamente rendida. Aunque no estoy tan cansada como para no fijarme en la luz parpadeante que me informa de que he recibido un mensaje. Me abalanzo en su dirección, despabilada al instante. Las comunicaciones deben de haberse restablecido unos minutos, el tiempo suficiente para que a Paul le haya dado tiempo de enviarme algo.

El mensaje es de él, aunque no se trata de un vídeo, ni siquiera de un archivo de audio. Seguramente a esas alturas tendría que haber aprendido a no esperar una carta de amor de un chico que se expresa mejor con actos que con palabras. Son solo tres, aunque me bastan: «Estoy de camino».

—Ponte el impermeable —dice mi madre a la mañana siguiente mientras busco el despertador a tientas—. La tormenta nos ha dado una tregua, pero no durará mucho.

Sí, el mantenimiento matinal debe llevarse a cabo incluso en condiciones meteorológicas infernales. El impermeable resulta ser una parka y unos pantalones de plástico de color naranja fluorescente; no se puede estar más atractiva. Cuando cruzo la cocina en dirección a la puerta, mi padre sale de su habitación y pasa junto a mí con una sonrisa somnolienta, como si no recordara nada de la noche anterior. Vuelve a ser el Henry Caine de aquí, y mi padre no es más que un reflejo en su interior, un observador sin conciencia de serlo.

«Puedo traerlo de vuelta —me recuerdo mientras toco el contorno del Pájaro de Fuego que descansa sobre mi pecho—. Cuando quiera y, pronto, para siempre.»

- —¿Esto es lo que mamá considera una tregua? —le pregunto a Josie cuando salimos a la plataforma.
 - —¡Venga ya, las has visto peores! —contesta mi hermana riendo.

¿En serio? Porque hace un tiempo espantoso. El viento racheado, aún más cortante por culpa de la sal y el agua, me golpea con dureza. El impermeable holgado se agita y se sacude en medio del vendaval, y la capucha cae hacia atrás casi al instante. No pasa nada por llevar el pelo un poco húmedo, pero lo noto muy frío a causa del viento y el agua, a pesar de que estamos en pleno verano. Por encima de nuestras cabezas, el cielo está encapotado y las nubes forman unas ondulaciones concretas que solo pueden significar problemas.

Me espabilo en terminar el mantenimiento, doblemente agradecida por el arnés de seguridad. Vuelvo a estar dentro en cuestión de minutos, y ya me encamino hacia la puerta cuando oigo gritar a Josie.

—¡Tenemos refugiados!

Miro en la dirección que indica y, a lo lejos, veo el helicóptero que se aproxima.

Josie reúne a un puñado de personas para preparar el helipuerto. Yo no hago nada. No tengo ninguna intención de fingir que soy quien no soy para salir de esta: esa gente necesita ayuda, no mis meteduras de pata. Sin embargo, miro cómo los demás lo disponen todo para asegurar el helicóptero al muelle en cuanto este se pose.

Las palas del rotor revuelven el aire aún más mientras espero, entornando los ojos para protegerme de la lluvia. A nuestro alrededor, el mar se ha oscurecido hasta adquirir el color del acero. En cuanto el helicóptero toca tierra, la gente se pone en marcha y empieza a sujetarlo con cables incluso antes de que el rotor deje de dar vueltas. Me dirijo a la puerta del piloto para ayudarlo a bajar. En cuanto la abro, este

levanta las manos y dice:

- —¿Qué iba a hacer? Este tipo insistió en que me pagaría el triple. Y más le vale.
- —Soy legal, tío. Relájate. —Theo se inclina sobre él y me sonríe—. No, en serio, tenemos que dejar de vernos así.

Diez minutos después, aunque no he desayunado y me rugen las tripas, sigo en el muelle de aterrizaje con Theo, rebosante de felicidad por todo lo que he averiguado, mientras él se empeña en llevarme la contraria.

- —Son imaginaciones tuyas. Algo normal, llegados a este punto. Ha sido el mes más desquiciante de tu vida —dice mientras nos sentamos en uno de los bancos de plástico de escasa altura que se extienden entre las taquillas para el equipo—. Si lo sabré yo, que también ha sido el más desquiciante de la mía. Y eso que, por mucho que quisiera a Henry, no era mi padre.
- —«Quieres.» —No puedo parar de sonreír—. «Quieres», en presente. Mi padre está aquí.

Theo suspira en la toalla que está usando para secarse el pelo húmedo y la cara.

- —¿No ves que todo lo que ha dicho Paul es justo lo que tú querías escuchar? Ladeo la cabeza y me lo quedo mirando.
- —No sabía que fueras tan escéptico.

Le gustaría replicar, pero justo entonces aparece mi padre y lo fulmina con su mirada más penetrante.

- —He oído que tenemos gente que busca refugio de la tormenta —dice—, aunque me interesa mucho saber, exactamente, cómo es posible que uno de esos refugiados conozca a mi hija.
- —Lo siento —me disculpo con mi padre al tiempo que me levanto y le paso el Pájaro de Fuego por el cuello. Unos cuantos clics, un recordatorio que le hace maldecir de dolor y...
- —¡Theo! —Mi padre ríe con ganas y, de inmediato, toca la cadena del Pájaro de Fuego de Theo, que asoma por debajo del traje de vuelo—. Por Dios, Theo, juro que voy a matarte por llevarte a Marguerite contigo. ¿En qué estabas pensando? Aunque, primero, ven aquí, hijo.

Theo abre los ojos de par en par cuando mi padre lo rodea con sus brazos.

- —Maldita sea —murmura—. Uau. ¡Uau!
- —Te lo he dicho. —Me echo a reír sin poder evitarlo.

Theo le devuelve el abrazo, con fuerza y emoción.

—Henry, me alegro de que estés bien. No sabes... no sabes cuánto.

Mi padre le da una palmada en el hombro, dejando así claro que el abrazo ha sido del todo varonil.

—Lo he dicho en serio: estás en un buen lío por meter a Marguerite en esto, aunque parece que mi hija es una viajera más intrépida de lo que nunca hubiera

imaginado.

Siento la tentación de decir que Theo no me ha metido en nada. Sabiendo lo que ahora sé sobre mis particularidades y las verdaderas intenciones de Triad, soy consciente de que tarde o temprano habría acabado involucrada. Sin embargo, lo primero es lo primero.

- —Ahora, lo único que Theo tiene que hacer es apañárselas para construir otro Pájaro de Fuego. Tú reajustaste los otros, así que podrías montar uno nuevo desde cero, ¿no, Theo?
- —Puede ser. Tal vez. Uau. Tengo que pensar. —Por la cara que pone, parece completamente aturdido, como si lo hubiera atropellado un camión. Lo entiendo—. Voy a tardar un rato en decir algo más coherente que «uau».
- —Tómate tu tiempo y respira tranquilo. —Mi padre echa un vistazo a la ventana reforzada de la puerta que cierra el muelle de aterrizaje—. Tiene pinta de que vamos a disfrutar de una buena tregua. Nos han informado de que llegan otro par de refugiados, en barco... Parece que podrán desembarcar. ¿Quién sabe? Tal vez uno de ellos sea Paul. Estaría bien, todos juntos otra vez.

Sonríe con ternura, y sé que la felicidad que alegra su corazón es un reflejo de la mía.

En cuanto mi padre regresa dentro para dirigir la estación, Theo y yo volvemos a quedarnos solos. No puedo evitarlo.

- —Ya te lo he dicho.
- —Sí, sí, me lo has dicho, pero tenía que verlo con mis propios ojos. —Niega con la cabeza, despacio—. No puedo creer que Paul... Que lo averiguara todo.
- —Yo tampoco. Cuando volvamos a casa, tenemos que aclarar las cosas con Triad.
 —En ese momento pienso en lo despiadado que es Conley, en el riesgo que le pido a Theo que asuma—. Sé que enfrentarse a ellos es peligroso. Jamás querría que te hicieran daño. No tienes que…
- —¿Estás preocupada por mí? —La voz se le quiebra en ese último «mí»—. Acabas de descubrir que te buscan en varias dimensiones y te preocupas por mí.

Me gustaría decir que todos debemos cuidar los unos de los otros, pero Theo se ha levantado y me toma entre sus brazos.

—Déjalo, ¿vale? —dice mientras me estrecha con fuerza—. Es a ti a quien hay que cuidar. No pierdas el tiempo preocupándote por mí.

Nos separamos, y Theo sonríe como si estuviera azorado, algo que, viniendo de él, es prácticamente una novedad. Sin embargo, antes de que pueda decir nada, alguien entra en el muelle. No recuerdo quién es, ni siquiera si lo he visto antes de ahora, pero el mono que lleva se parece mucho al de mi padre y el hombre actúa como si tuviera alguna autoridad.

—Señorita Caine, la necesitamos en el batiscafo. Alguien tiene que salir y recuperar el cabestrante que ha caído.

Mi madre estaba hablando de eso esta mañana: anoche se había caído un

cabestrante de una de las grúas, zarandeado por los vientos. Ahora se hallaba en el lecho marino, en la plataforma no excesivamente profunda que ocupa la *Salacia*, pero las corrientes, azuzadas por la tormenta, podrían empujarlo hacia una fosa que hay cerca.

¿Y qué es lo que se supone que debo hacer? ¿El batiscafo? ¿Qué significa eso?

Justo entonces abro los ojos como platos, al recordar que un batiscafo es una embarcación sumergible, un submarino.

¿Estoy destinada a la inmersión?

- —Es de dos tripulantes —le comenta a Theo—. En tu bío pone que también tienes carnet de piloto. ¿Quieres salir con ella? Para echar una mano mientras estás aquí.
- —Sí... —responde Theo, despacio—. Claro. Sí. Soy... muy bueno... esto... pilotando submarinos.

El tipo se nos queda mirando, pero se limita a decir «Embarcadero cuatro» antes de alejarse, momento en que Theo se vuelve hacia mí y musita: «Mierda».

- —¿Se supone que debemos pilotar un submarino? No. Ni hablar.
- —De hecho, he realizado algunas simulaciones de camino aquí, que el Theo de esta dimensión tenía en cola en el ordenador...
 - —Theo, no.

Me pone su mejor cara de cordero degollado (y, en serio, es muy, pero que muy bueno).

- —Eres un muermo —dice al final.
- —No podemos.
- —¿Y qué hacemos?

Me paso una mano por el pelo húmedo.

—Vamos... vamos al embarcadero cuatro y... —¿Y qué? ¿Decimos que le pasa algo al submarino? Averiguarán que está perfecto y sabrán que mentimos—. Y luego llamamos a mi padre. Él enviará a otra persona.

Encontramos el amarradero cuatro sin demasiados problemas. No se trata de uno de esos submarinos nucleares gigantescos de *La caza del Octubre Rojo*, sino de una embarcación diminuta y esférica, de paredes blancas y relucientes y consola táctil suave y negra, como un tPhone. Al otro lado del vidrio curvado y transparente, una gran masa de agua azul oscuro se extiende hasta el infinito.

- —Mira esto —dice Theo mientras estudia los controles—. Es como el simulador. Me refiero a que es idéntico.
 - —Theo...

Se encoge de hombros, pero esa expresión suya de niño travieso le anima el rostro.

—Jugué durante horas de camino aquí. Es mejor que cualquiera de los videojuegos que he visto nunca. —Theo le da unas palmaditas al respaldo de uno de los asientos—. No todos los días tienes la oportunidad de jugar a un videojuego en la

vida real...

- —No. Ah, ah. Ni hablar.
- —¡Vamos! ¡Sé lo que hago!
- —¿Porque has jugado con un simulador?
- —Porque he acumulado unas siete horas de práctica, y porque no hay que recorrer ni un kilómetro antes de dar media vuelta. Y porque sería el alucine total, completo y absoluto. En el fondo, sabes que es verdad.

Por difícil que resulte, el alucine absoluto no es motivo suficiente para subirse a un submarino. Sin embargo, debajo del entusiasmo de Theo, se esconde una melancolía que delata la tristeza que siente.

Ha hecho mucho por mí en este viaje. Ha arriesgado su vida para ayudar a mi padre y lo único que pide a cambio es un rato de diversión. No es pedir demasiado, ¿no?

—Si en algún momento tienes la más mínima duda sobre lo que estás haciendo, damos media vuelta de inmediato —digo todo lo seria que puedo. Aunque soy incapaz de reprimir una sonrisa cuando Theo empieza a tamborilear los dedos sobre el asiento, celebrándolo.

Cinco minutos después estamos listos para partir, y debo admitir que parece saber cómo se maneja este cacharro.

—A punto para soltar amarras —advierte—. ¿Estás lista?

Asiento y él le da al interruptor que libera el sumergible de la *Salacia*. Nos mecemos en el agua unos segundos, hasta que Theo pone en marcha las hélices al mínimo, lo justo para salir del muelle sumergido.

La parte frontal del batiscafo es de cristal extragrueso, por lo que disponemos de una vista panorámica perfecta del océano y que en estos momentos consiste en arena blanca y terrosa, corales con forma de abanico que se proyectan desde las rocas y el mar infinito. Theo y yo ocupamos los asientos contiguos de la cabina delantera, aunque las puertas del compartimento estanco de detrás no están cerradas. Según Theo, como nadie saldrá a bucear en esta salida, no es necesario sellarlo.

Me alegro, porque de otro modo esto podría resultar demasiado íntimo. En un submarino no sobra el espacio, por lo que nuestros muslos prácticamente se tocan. Esta mañana solo llevaba una camiseta de tirantes y unas mallas negras debajo del impermeable, y eso es todo lo que llevo ahora mismo. Él viste una camiseta blanca normal y corriente, pero sigue un poco húmeda por la lluvia. Theo no es tan grande como Paul, por lo que a veces se me olvida lo musculoso que es, algo que, en estos momentos, resulta imposible olvidar.

- —Bueno, ¿cómo vamos a buscar el cabestrante que se supone que debemos encontrar? —pregunto.
 - —Activando el sónar.

Las manos de Theo se mueven con destreza sobre el panel de control, como si llevara años haciendo esto.

Se inicia el barrido verde del sónar y miro la pantalla con los ojos entornados, intentando identificar qué formas son solo rocas y cuáles podrían ser lo que estamos buscando.

—Ahí, ¿qué te parece?

Señalo la mancha a la que me refiero. Theo hace lo mismo. Nuestras manos se tocan, y no creo que haya sido por casualidad.

—Sí —conviene Theo, sin mirarme. Su perfil se recorta contra el fondo azul—. Vale la pena echarle un vistazo.

Hace avanzar el sumergible a velocidad media. Mientras nos desplazamos en la oscuridad y los faros iluminan la masa de agua que nos rodea, no dejo de mirar a Theo de reojo, quien da la impresión de estar luchando por encontrar las palabras. ¿Va a disculparse por dudar de Paul? ¿O intentará besarme otra vez?

- —Debes de estar... —Titubeo, porque no sé qué decir—. Está bien saber que Paul ha sido leal desde el principio, ¿no?
- —Sí, claro. —Theo abre la boca para añadir algo, pero vuelve a cerrarla. Parece más atormentado de lo que hubiera imaginado.

Justo en ese momento, mi padre nos interrumpe a través del intercomunicador.

- —¿Qué diablos estáis haciendo vosotros dos en un batiscafo?
- —Nos las apañamos bien —asegura Theo—. Y nos lo estamos pasando de miedo. Admítelo, estás celoso.
- —Estoy preocupado. Y también celoso, sí, pero solo un quince por ciento celoso frente a un ochenta y cinco por ciento preocupado. ¿Cómo va por ahí?
- —Hasta el momento, bien —digo mirando el altavoz que hay en el techo—. Creemos que hemos localizado el cabestrante.
- —Genial. Entonces rebajo la preocupación a un cincuenta por ciento. Escucha, uno de los barcos de refugiados acaba de comunicarse con nosotros. He pensado que podría poneros en contacto. —Por el tono, sé que sonríe—. Ya hablaremos luego.

Se oyen interferencias mientras la nueva comunicación sustituye a la primera, hasta que una voz grave dice:

—¿Marguerite?

Es como si estallaran fuegos artificiales.

- —¡Paul! Lo has conseguido.
- —Casi. Tendría que atracar en cuestión de diez minutos.
- —¿Y has hablado con mi padre?
- —Sí. Gracias a Dios que estaba aquí. Lo suponía por los archivos de Triad… pero no estaba seguro, al menos hasta que hemos hablado.
- —Ahora podremos construir otro Pájaro de Fuego y volver a casa. —Sonrío al altavoz como si estuviera viendo a Paul, aunque mi felicidad no me hace olvidar que no estamos solos—. Theo también está aquí.
- —Eh, hermanito —saluda Theo. Tiene cara triste—. Por lo visto has ido un paso por delante de todos desde el principio.

- —Tendría que haber acudido a ti de buenas a primeras. —Es fácil imaginar la expresión de Paul mientras habla: seria y arrepentida—. No sabía que estaban dispuestos a llegar tan lejos con Henry; si no, lo habría hecho.
- —Eso ya es agua pasada. —Theo levanta la vista hacia el resplandor lejano de la superficie del agua por encima de nuestras cabezas y añade—: Y no iba con segundas.

Sigo sin poder creer que Paul haya conseguido llegar hasta aquí.

- —¿Dónde estabas? —pregunto—. ¿Te has puesto en camino enseguida o has necesitado un recordatorio?
- —Me he puesto en camino en cuanto he llegado aquí. Ya no necesito los recordatorios —responde Paul.
 - —¿No los necesitas? —Frunzo el ceño. Theo se pone derecho a mi lado.
- —En la última dimensión que hemos visitado, Triad ha encontrado el modo de que sus espías conserven la conciencia durante los viajes. Se trata de una droga, nociva, y a veces difícil de conseguir, por lo que no es una solución definitiva, pero funciona en dosis pequeñas —explica Paul—. Se obtiene a partir de sustancias químicas normales y corrientes que pueden encontrarse sin dificultad en casi todas las dimensiones a las que vayas. La llaman «ladrón nocturno». Es un líquido inyectable, de un color verde brillante...

Paul sigue hablando. No oigo lo que dice.

Despacio, me vuelvo hacia Theo, que está mirándome. No dice nada: sabe que lo sé.

Ladrón nocturno. El líquido verde que vi a Theo inyectarse en Londres. Son uno y lo mismo.

«Theo jamás…»

No. Mi Theo no.

Pero este no es mi Theo.

—El ladrón nocturno causa alucinaciones, y dolor agudo, pero a cambio conservas la conciencia durante días. Sabía que lo necesitaría para llegar hasta ti.

Paul continúa hablando por el intercomunicador, ajeno a que lo oímos, pero no lo escuchamos.

Clavo mis ojos en Theo. Él no aparta los suyos, y en su cara veo vergüenza, aunque también alivio, como si pensara: «Por fin lo sabe».

Todo mi ser se niega a creerlo. «Theo sería incapaz. Nunca espiaría para Triad, nunca le haría daño a mi familia. Nunca me haría daño a mí.»

Mi Theo no lo haría jamás. Pero este no es mi Theo, y hace mucho tiempo que no lo es.

Desde antes que empezara este viaje...

Grito en el mismo momento que Theo se abalanza sobre mí.

—¡Paul, es Theo! ¡Theo es el espía!

Sin embargo, Theo corta la comunicación con el codo al tiempo que me empuja contra la pared. Intento quitármelo de encima, pero el submarino es tan pequeño que estoy encogida debajo de él y no encuentro nada a lo que agarrarme o donde apoyarme.

- —¿Quieres…? ¿Quieres escucharme un momento? —Theo se mueve con rapidez para inmovilizarme y me aprisiona los antebrazos con los suyos—. Por favor, no quiero hacerte daño.
- —Has sido tú desde el principio. Por eso tenías los pájaros de fuego. —Claro, no se había quedado los descartados y los había «reparado». Este otro Theo, de la dimensión en la que Triad va un paso por delante de nosotros, sabía cómo utilizar los materiales necesarios para replicar su tecnología más avanzada—. Tú manipulaste el coche de mi padre y le tendiste una trampa a Paul para que lo acusaran de homicidio.
 - —Culpable de todos los cargos, Meg.
 - —¡Deja de llamarme así! —siseo en su cara.

Theo me levanta del asiento con brusquedad y ambos caemos al suelo del submarino. Noto que la nave se inclina hacia abajo, vamos a chocar contra la arena, pero no puedo quitarme a Theo de encima. Me sujeta las piernas con las rodillas y sus manos retienen las mías contra el suelo metálico.

- —¿Vas a seguir resistiéndote o vas a escucharme? —Lanza un bufido, como si el indignado fuera él—. Puedo explicarlo.
 - —Y un cuerno.

Theo me sujeta con más fuerza. Su cara está justo sobre la mía.

—Llegué a tu dimensión hace tres meses. Éramos conscientes de que tus padres estaban a punto de realizar el gran avance. Por lo que sabemos, sois la segunda única dimensión capaz de desarrollar esa tecnología que puede compararse remotamente a

la nuestra y, por lo tanto, debíamos formar una alianza estratégica.

Fue hace tres meses cuando empezó a tomar drogas, a ausentarse durante horas, a llamarme Meg... A actuar de manera completamente distinta. ¿Cómo no me di cuenta? A pesar de que intento revolverme debajo de él, apenas consigo moverme.

- —¿A esto… llamáis… hacer amigos?
- —Todas las alianzas tienen un líder. —Por su cara, Theo parece más apenado que enfadado—. Igual que todas las guerras tienen un general.
- —¿Guerras? ¿Tú te estás escuchando? ¡Dos dimensiones no pueden... entrar en guerra la una con la otra! Es de locos.
- —Tiempo atrás, se pensaba que la invención del avión acabaría con las guerras. Ya sabes, ¿quién iba a trasladar las tropas en secreto si podían verlos desde el aire? Pero luego, a alguien se le ocurrió cargar los aviones con bombas y todo cambió. El hombre ha vuelto contra sus congéneres todos los avances tecnológicos de la humanidad. Es solo cuestión de tiempo. Si no iniciamos la batalla, lo hará otra dimensión, y podría ser muchísimo peor que la nuestra.

Recuerdo el discurso de Conley en el Londresverso acerca de que la guerra evoluciona con nosotros. Eso me hace pensar un instante. Sigo estando furiosa con Theo, pero solo imaginar lo que podría haber ahí fuera, vigilante, a la espera, aguardando el momento de atacar...

Theo asiente, repentinamente esperanzado.

- —Ahora lo entiendes, ¿verdad? Tenemos que unirnos. Tenemos que hacernos con el poder antes de que nos lo quiten.
- —Nadie os amenaza. —Me duelen las muñecas, su presión alrededor de ellas es mayor que la de unas esposas—. Sois vosotros los que os habéis lanzado al ataque, no lo niegues.

Theo continúa hablando como si yo no hubiera dicho nada.

- —Cuando fui a tu dimensión, al principio solo debía ralentizar a tus padres un poco para poder sacaros cierta ventaja, pero ya era demasiado tarde para eso. Lo que sí podía hacer era crear un viajero. Un viajero perfecto. Solo es posible uno por dimensión, ya lo sabes. Conley es el nuestro. Para la tuya, de entre toda la gente del planeta, te escogimos a ti.
- —Vaya, me siento muy especial —le escupo. Literalmente. Esa es la distancia que separa nuestras cabezas. El submarino se mece de un lado a otro, sin timón, y una medialuna de arena blanca asoma por la ventana—. ¿Por eso dejaste que raptaran a mi padre?
- —Paul estaba fastidiándolo todo. Se llevaron a Henry y yo... Bueno, conduje el coche hasta el río, manipulé los frenos y me aseguré de que se precipitara al vacío. Si el coche caía al agua, nadie esperaría encontrar el cuerpo de inmediato, si es que aparecía alguna vez. Solo se trataba de ganar tiempo para Triad.

Claro. Theo siempre era el que trasteaba con los coches. ¿Cómo no me di cuenta de que si alguien cortaba unos frenos, ese tenía que ser él?

- —Dejaste que creyera que mi padre había muerto. Mi madre aún lo cree, y Josie también. ¿En algún momento te has parado a pensar en lo que nos hacías?
- —Venga ya, ¿quieres escucharme? ¿Sabes el poder que tienes? Es una oportunidad única, si sabes aprovecharla. —Theo niega con la cabeza y veo lágrimas en sus ojos—. No sabes cómo he odiado mentirte. A todos vosotros. Lo que yo siento por ti no es solo lo que sentía tu Theo, ¿sabes? En mi dimensión, parecía que no tenía nada que hacer contigo, y cuando me di cuenta de que podría tener otra oportunidad, decidí no desperdiciarla. Pero no me he aprovechado, sabes que es verdad. En Londres me contuve. Quería que decidieras por ti misma. Te dije: «Cuando ambos seamos nosotros mismos», ¿lo recuerdas?
 - —Sí, te mereces una medalla.
- —Te juro por Dios que te sacaría de todo este lío si pudiera, pero no puedo, Marguerite. No puedo. El único modo de salvarte es logrando que entiendas cómo debes jugar tus cartas.
 - —¿Jugar mis cartas? ¡Esto no es un juego, Theo! Habríais matado a Paul.

Ahora mismo estoy tan al borde de las lágrimas como Theo, aunque las mías son de rabia.

—Siempre he tenido la intención de acabar confesando. ¿Qué crees que iba a pasar en el Laboratorio Once? ¿Qué iba a decirte Conley si te hubieras presentado en la Puerta del Dragón? Íbamos a contarte la verdad, toda la verdad, a explicarte que podías hacer que Henry volviera a casa sano y salvo. ¡Conley quería que te subieras a bordo! ¿No lo entiendes? Lo más inteligente es unirte a él. A nosotros. Si te unes a nosotros, jamás volverán a hacerte daño. Nunca. Me aseguraría de ello el resto de mi vida, Meg. Te lo prometo.

«Querrás decir que ibais a chantajearme reteniendo a mi padre como rehén.» Es lo que estoy a punto de gritarle, intentando sacarlo del engaño en el que Conley lo tiene sumido, cuando el submarino se sacude con violencia debajo de nosotros y veo que toda la panorámica se vuelve blanca por la arena. Chillo instante antes de estrellarnos.

El submarino encalla y las hélices se parten contra las rocas con un chirrido. Damos vueltas y más vueltas, Theo y yo rebotamos varias veces el uno contra el otro, pequeños choques que nos hacen sangrar con cada colisión. Consigo aferrarme a mi asiento en el momento en que el batiscafo resbala hasta el borde de la fosa y nos precipitamos hacia las profundidades infinitas.

Theo me había explicado que esta embarcación solo puede sumergirse hasta los cuatrocientos cincuenta metros. Después de eso, la presión del agua nos aplastará como un puño cerrado alrededor de una lata de refresco.

—Mierda.

Theo se apuntala contra una pared y se da impulso hacia el panel de control. Intenta volver a poner en marcha las hélices, pero el espantoso chirrido que producen nos informa de que no funcionan. El indicador marca doscientos metros...,

doscientos quince..., doscientos treinta...

Regreso a mi asiento como puedo, tratando de hacer caso omiso de las sacudidas y los crujidos que nos arrastran hacia la oscuridad.

- —¿Qué hacemos?
- —Intentar aguantar.

Con manos magulladas y temblorosas, Theo acciona la pinza de recuperación, que se despliega e intenta encontrar algo que asir.

Theo y yo continuamos sentados el uno al lado del otro, mudos, escuchando el ruido sordo del metal contra las rocas. La caída no se ralentiza. Empiezo a sentir que el miedo raya en el pánico cuando la pinza encuentra una estribación o una piedra sobresaliente a la que aferrarse. Nos detenemos con una sacudida y empezamos a balancearnos, suspendidos. Por el momento, estamos a salvo, pero, como ambos sabemos, la pinza podría haberse agarrado a algo muy frágil. El peso del submarino podría hacer que se desprendiera en cualquier momento y volveríamos a precipitarnos hacia el fondo, hacia nuestra muerte.

—Está bien —dice Theo inspirando hondo. Vuelve a accionar el botón del intercomunicador—. ¿*Salacia*? *Salacia*, el... ¿qué? ¿Batiscafo Uno? Theo y Marguerite al habla. Cambio.

Nada, ni siquiera el típico zumbido. El sistema de comunicación no funciona a esta profundidad.

Se pasa una mano por el pelo.

—Pues tendremos que guardar la calma y pensar cómo...

Le estampo la cabeza contra la consola, con todas mis fuerzas.

Durante la milésima de segundo que Theo queda aturdido, le rodeo el cuello con las manos y lo sujeto con fuerza contra los mandos del mismo modo que él ha hecho antes conmigo.

—No somos socios. —Las palabras salen con esfuerzo entre mis dientes apretados—. Jamás lo seremos. Díselo a Conley.

Theo es más fuerte que yo; se me quita de encima de un empujón y me tambaleo hacia atrás. Sin embargo, antes de que pueda seguirme, entro en el compartimento estanco y aprieto el botón que lo separa de la cabina del submarino. Las puertas herméticas se cierran de golpe y me aíslan de Theo; él ocupa la parte delantera, con el panel de control ahora inutilizado, y yo la trasera, con el equipo de buceo.

Por suerte, el modo de cierre está claramente indicado, y me aseguro de que esté activado y nos mantenga separados.

- —¿Marguerite? —El rostro de Theo aparece en la estrecha rendija de cristal extragrueso—. ¿Qué narices crees que estás haciendo?
 - —Salir de aquí.

Porque otra de las cosas claramente indicadas en la parte de atrás es el MÓDULO DE ESCAPE.

Puedo escurrirme sin problemas por el pequeño pasillo circular. Lo que me

aguarda al otro lado es una esfera diminuta y oscura que me obligará a hacerme un ovillo. ¿Y qué hay del aire? ¿Y de volver a la superficie? Supongo que este tipo de módulos están bastante automatizados, pero no me gusta hacer suposiciones a casi trescientos metros debajo del agua. Sin embargo, la única alternativa es quedarme aquí de brazos cruzados. Tarde o temprano, Theo acabará descubriendo cómo funciona la cerradura. Seguramente temprano. Así que tengo que irme.

- —No lo lograrás sola a esta profundidad —dice Theo a través del cristal grueso
 —. No te suicides intentando alejarte de mí, ¿entendido? No voy a hacerte daño.
- —Voy a salir de aquí y a volver a casa —repito acercándome a la puerta—. Y voy a llevarme a mi padre conmigo.

A continuación, estampo la mano contra el cristal y Theo pone los ojos como platos al ver lo que sujeto con la palma: su Pájaro de Fuego.

El mismo que le he arrancado del cuello durante la pelea. El mismo con el que él contaba para salir de esta... y el mismo que devolverá a mi padre al lugar que pertenece.

—Vamos. No hagas eso.

Theo está blanco. Bien.

—Creíais que esta dimensión estaba lo bastante bien para abandonar a mi padre en ella —digo mientras me dirijo hacia la puerta del módulo de escape—. Espero que a ti también te guste que te abandonen aquí.

—¡Marguerite!

Me deslizo en el interior del módulo y las palabras de Theo quedan amortiguadas, ya no lo oigo con claridad.

Ahora mismo me encuentro en mayor peligro que él. El submarino parece estar intacto y aunque no pueda moverse en estos momentos, es estanco y está presurizado. Sí, Theo está atrapado, pero un equipo de la *Salacia* bajará en cuanto sea posible. Por mucho que se enfade mi padre cuando se entere de lo de Theo, jamás abandonaría a nadie a su suerte.

¿Y yo? Yo voy a arrojarme al mundo hostil que aguarda fuera del submarino, a la fría y aplastante oscuridad.

Si me quedo aquí, Theo acabará atravesando esa puerta, recuperará su Pájaro de Fuego y entonces mi padre y yo volveremos a estar a merced de las intrigas de Wyatt Conley.

Eso no va a pasar.

Temblando, golpeo el panel amarillo donde pone: «Inicio de lanzamiento».

Unos discos metálicos asoman alrededor de la puerta y se cierran en espiral para aislarme en el interior por completo. Oigo unos golpes lejanos; seguramente se trata de Theo embistiendo las puertas en un último y desesperado intento por captar mi atención, pero me niego a mirar.

Aquí no hay amplios ventanales, solo una rendija transparente que me permite ver el intimidante exterior. No hay nada a nuestro alrededor, nada salvo la fosa abisal. Sin embargo, no tengo alternativa. Inspiro hondo, poso la mano sobre el panel rojo donde dice «Lanzamiento final»... y aprieto.

Al instante, las bridas metálicas producen un chasquido y un ruido sordo y, acto seguido, el módulo se precipita hacia el abismo.

Al principio estoy aterrorizada. «¡Estoy cayendo! Voy a caer hasta el fondo…» Pero entonces, una especie de motor se pone en funcionamiento y me propulsa hacia arriba. Me siento liberada. A pesar de la oscuridad absoluta y de lo estrecho que es esto, soy libre.

A esta profundidad hay muy poca luz y es imposible ver la superficie del agua. Tal vez sería distinto en un día despejado, pero la tormenta impide que lleguen los pocos rayos que hubieran alcanzado la grieta. La única iluminación procede de la pintura fluorescente del interior del módulo... aunque es escasa, apenas unas cuantas líneas por dentro de los paneles. Tal vez tendría que haberme traído una linterna o algo así. «Me lo apuntaré para la próxima vez», pienso, aunque no tiene gracia.

Seguro que el módulo dispone de algún sistema de calefacción o que hay unas mantas térmicas que no he encontrado. Lo único que sé es que este frío no puede ser bueno. Estoy rodeada de metal, y de una masa de agua a apenas unos grados por encima del punto de congelación, de ahí que esté temblando. A medida que mis miembros se entumecen, mis movimientos se hacen cada vez más torpes.

Otro factor con el que no he contado es el cansancio. Theo y yo nos hemos zurrado por turnos... y eso después de una mañana que he empezado encaramada a una estación meteorológica en medio de vientos huracanados. Es importante mantenerse despierta, pensar cómo voy a pedir ayuda cuando llegue a la superficie, pero el frío y la extenuación se apoderan de mí. La adrenalina tiene un límite, pero estoy decidida a superarlo.

«Tú puedes hacerlo —pienso, aunque suena desesperado y poco realista, incluso para mí—. Fijo que este cacharro es seguro. Pronto llegarás a la superficie, no puede quedar mucho.

»Por Dios, ¿cuánto queda? ¿Cuánto?»

Y entonces, radiante como un amanecer, la luz se abre paso a través del agua y se cuela por la única y estrecha ventana del vehículo, que se abre al mar del otro lado.

Los focos me bañan con su resplandor, tan intenso que me veo obligada a volver la cabeza y a entornar los ojos. A medida que se acercan, se perfila la silueta que los acompaña: es un submarino, pero no pertenece a la *Salacia*.

Lo que significa que solo puede tratarse de una persona.

Lentamente, la visión enturbiada del mundo que se cierne sobre mí adopta la forma de la panza blanca del sumergible a medida que este desciende sobre el módulo de escape; es como levantar la vista hacia el cielo. Un acceso semicircular se abre por encima de mi cabeza como una media luna del color de la noche. El módulo asciende hacia el acceso dando cabeceos y se adentra en el muelle del submarino. La puerta vuelve a cerrarse y el módulo se asienta en el suelo del muelle a medida que,

poco a poco, desciende el nivel del agua al ser bombeada fuera del sumergible.

Me siento muy pesada. Agotada. Pero consigo mantenerme despierta, incluso bastante tranquila a pesar del mareo y las náuseas, que reconozco como señales potenciales de un problema de descompresión.

El agua se aleja del módulo de escape, solo quedan algunos reguerillos en el suelo. Desde donde estoy, enroscada en el interior de la cápsula, veo que el indicador de presión de la pared emite una luz roja, fija, y luego verde.

Aprieto el panel verde donde dice «Apertura de puerta». Las espirales metálicas se separan y consigo abrir la puerta del módulo de un empujón. Caigo sobre la rejilla húmeda del suelo como un pez en un anzuelo, débil y temblorosa. Boqueo en busca de aire al tiempo que oigo que se abren las puertas que hay a un lado, y cuando me vuelvo, veo a Paul corriendo hacia mí, con algo plateado en la mano.

—Marguerite —susurra mientras me coloca una mascarilla sobre la nariz y la boca—. Estás a salvo, ¿de acuerdo? Estás a salvo. Coge aire y suéltalo, respira todo lo hondo que puedas.

Lo único que puedo hacer es asentir, y respirar.

Tras un par de inhalaciones me siento algo mejor. Es decir, estoy hecha un trapo, pero ya no tengo la sensación de que estoy a punto de desmayarme.

- —¿Qué es esto?
- —No hables —dice Paul mientras despliega una manta térmica brillante, me la echa por encima y me la remete alrededor de los hombros y las piernas—. Estás respirando un gas especial pensado para contrarrestar la presurización. Alta tecnología. Obra de la brillante oceanógrafa doctora Sophia Kovalenka.

¿Cómo no?, mi madre ha resultado ser tan buena en oceanografía como lo era en física. ¡Cómo no! Se me escapa una sonrisa debajo de la mascarilla.

Paul se sienta en el suelo mojado, a mi lado, lo bastante cerca para levantarme la cabeza y descansarla sobre su rodilla. Sus manos me reconfortan, me frota los brazos y las piernas frías al tiempo que se inclina sobre mí para besarme en la frente.

- —No estaba seguro de que fueras tú —murmura—. Podría haber ido Theo en el módulo… Y pensé que si te había dejado allí abajo, si te había hecho daño, si te había abandonado…
- —No. Quien ha quedado abandonado es él. —Alzo la vista hacia Paul como puedo a través de la mascarilla plateada que me cubre la cara—. Me he llevado el Pájaro de Fuego de Theo. Lo que significa que mi padre puede volver a casa.
 - —Dios mío.

Paul se inclina sobre mí y me estrecha entre sus brazos, como si deseara protegerme del mundo. Cierro los ojos y, a pesar de todo, creo que nunca me he sentido tan segura.

Ascendemos hasta que el agua se vuelve azul a nuestro alrededor una vez más. La mascarilla ya no es necesaria. Paul únicamente se separa de mí para atracar el submarino, uno de esos modelos de larga distancia y de mayor tamaño, que solo

viajan con los buques de investigación más importantes.

- —Volveremos a casa —susurro. Momentos antes estaba agotada y aterrorizada; ahora, ya he entrado en calor y me encuentro a salvo en los brazos de Paul. Incluso podría dormirme en su regazo, con la cabeza apoyada en su ancho pecho. Sus músculos se flexionan mientras acciona los controles. Me encanta que tripule el submarino sin soltarme—. Hemos ganado.
 - —La batalla, no la guerra.
- —Sé que Triad volverá a por mí. Lo sé. Y que creen que pueden manipularme a placer. —Soy vulnerable, mientras haya gente en el mundo a la que quiera, será así. Sin embargo, vulnerable no es lo mismo que impotente—. Pues van a llevarse una sorpresa.

Paul sonrie.

—Triad no sabía dónde se metía cuando fue detrás de ti.

Devuelve la atención a los controles para terminar de atracar la embarcación. Las bridas se cierran alrededor del submarino con un sonido metálico contundente y oigo el zumbido del compartimento estanco de la estación acoplándose al nuestro. Paul pasa una mano por debajo de mis rodillas, me levanta en vilo y me lleva a la salida.

Cuando la puerta se abre con un silbido, Josie está esperando al otro lado para recibir a los últimos refugiados y da un respingo al verme.

- —¿Marguerite?
- —Hemos tenido un accidente —le informo—. Theo sigue allí abajo. Yo he ascendido los primeros trescientos metros, donde me ha recogido Paul.
- —Maldita sea. ¿Has estrellado el batiscafo? —Josie se pone en jarras—. ¿Y se puede saber cuántos chicos van a venir a verte hoy?
- —Creo que está un poco atontada —dice Paul mientras me deja en pie con delicadeza—. En cualquier caso, no le vendría mal algo caliente para beber y bastante reposo. Y me consta que quiere ver a su padre.
 - —Te estoy escuchando, lo sabes, ¿no?

Aunque tal vez Paul no vaya demasiado desencaminado en eso de que estoy atontada. Me siento abrumada física, emocionalmente y de todas las maneras que uno pueda imaginar. Ahora mismo, lo único que quiero es acurrucarme en los brazos de Paul.

Acepto la mano de Josie y dejo que me ayude a subir el escalón y me conduzca hasta uno de los bancos.

- —¿Tú no vienes? —pregunta a Paul.
- —No —contesta este.
- —¿Paul? —Me vuelvo hacia él. Sigue allí, en su submarino, con la camiseta y los pantalones anchos mojados y el Pájaro de Fuego colgando del cuello. Me mira como si no quisiera que se le escapara nada, como si intentara memorizarme—. ¿Qué estás haciendo?
 - —Se avecina una buena tormenta y Theo está en un submarino averiado,

suspendido al borde de una sima. No puedo dejarlo ahí.

Josie se vuelve hacia mí.

—Un momento, ¿qué? ¿Habéis tenido un accidente en la sima?

Hago como que no la he escuchado.

- —Si es peligroso para él, es peligroso para ti. Y todo esto es obra suya.
- —Es obra del Theo que nos espiaba —reconoce Paul—, pero el Theo de esta dimensión no nos ha hecho nada. No tiene por qué pagar los pecados de otro. Además…, se trata de Theo.

Tiene razón, tanta razón que me avergüenzo.

- —No tendría que haberlo dejado allí abajo.
- —¿Has dejado a ese chico allí abajo? ¿A propósito?

Josie está fuera de sí.

Paul da un paso hacia mí y sus ojos grises se clavan en los míos.

- —Has hecho lo que tenías que hacer para poneros a tu padre y a ti a salvo. No te culpes por la difícil situación en que te ha colocado otra persona; pero, si está en mi mano, debo rescatar a Theo.
 - —Tenías que volverme a dar plantón en este viaje, ¿eh?
 - ---Marguerite...

Sin embargo, ya no puedo soportarlo más.

—Vete, y vuelve sano y salvo, o te juro por Dios que te patearé el culo.

Paul me acaricia (me pasa el pulgar por los labios, todavía húmedos, a modo de beso) y luego regresa a su submarino. Estampa la mano contra uno de los paneles de la pared y las puertas se cierran de nuevo.

Cuando me vuelvo hacia Josie, está mirándome fijamente, como si me hubiera salido otra cabeza.

- —Mejor ni pregunto lo que ocurre, ¿verdad? —dice con un hilo de voz.
- —Verdad.

Lanza un bufido, deja escapar el aire con gesto frustrado, pero se repone al instante.

—Necesitamos el compartimento estanco, así que en marcha.

Al cabo de pocos minutos me hallo frente a uno de los ventanales más bajos, contemplando cómo el submarino blanco de Paul se pierde en las aguas turbias. Pongo la mano en el cristal helado.

—¿Marguerite? —Vuelvo la cabeza y veo que mi padre se dirige hacia mí, con la preocupación grabada en cada una de las arrugas de su rostro—. Josie está nerviosa. Acaba de contarme lo que ha ocurrido, o lo que cree que ha ocurrido, pero lo que dice no tiene mucho sentido. ¿Estás bien?

Ahora mismo, no sé si recuerda quién es o no. No importa.

—Estoy bien. —Saco el otro Pájaro de Fuego y se lo pongo en la mano—. Nos vamos a casa.

Abro los ojos.

Esta vez no hay sensación de resistencia, no hay momento de desorientación. Es como si me hubiera quedado traspuesta y me hubiera despertado sin brusquedad. Miro a mi alrededor, despacio. Ha anochecido, aunque hace poco; hacia el oeste, el cielo sigue siendo de un azul tenue, teñido de suaves tonalidades rosas en el horizonte. Estoy sentada en los peldaños de la terraza, llevo el vestido de encaje con la chaqueta de punto de mi padre echada por encima y sostengo entre las manos el Pájaro de Fuego, unido a la cadena que cuelga de mi cuello. En otras palabras: exactamente en la misma postura que cuando me fui, hace un mes.

—Estoy en casa —musito—. En casa.

Subo los peldaños a toda prisa y con torpeza y me dirijo a las puertas corredizas. Como de costumbre, mi madre no las ha cerrado, así que entro corriendo. La visión de mi hogar me llena de una felicidad casi desbordante: ¡pilas de papel! ¡Ecuaciones físicas en las paredes! ¡Las plantas de mi madre! Incluso la mesa de arcoíris.

Y, sentada en el sofá, mi madre.

Da un grito ahogado.

- —¡Marguerite!
- —¡Mamá! —Corro hacia ella, pero ella también viene a mi encuentro. Me abraza con tanta fuerza que vuelvo a pensar en lo mal que he debido de hacérselo pasar estas últimas semanas—. Lo siento mucho, mamá, pero lo he conseguido. Lo hemos conseguido.
- —¿Estás a salvo? ¿Estás bien? —Las lágrimas resbalan por sus mejillas mientras me aparta el pelo de la cara—. No le habéis hecho nada a Paul, ¿verdad? Desciframos su mensaje horas después de encontrar el vuestro...
- —¡Ay, mi madre, has vuelto! —Josie sale corriendo de la cocina y se abalanza sobre mí hasta tirarme sobre el sofá—. Voy a matarte por asustarnos de esta manera, pero primero tengo que decirte que te quiero, niñata loca.
- —Yo también te quiero —aseguro mientras la abrazo con fuerza—. Aunque hay mucho de qué hablar.
- —Triad —dice mi madre, y su sonrisa se apaga, aunque levemente—. Lo sabemos. Eso ahora no importa, cariño, mientras estés sana y salva en casa.
- —¿Lo sabéis? Pero ¿cómo…? —Mi voz va apagándose cuando una tercera persona asoma por el pasillo.

Theo.

Intenta esbozar una amplia sonrisa, aunque no acaba de conseguirlo.

—Bienvenida.

Al principio, lo único que siento es pánico. «Me ha seguido hasta aquí, de algún modo ha conseguido escapar del submarino y me ha seguido hasta aquí...» Hasta que

me doy cuenta de lo que sucede en realidad. Ese chico de ahí, con su camiseta de Mumford & Sons y sus pantalones cargo, es mi Theo, el Theo que Triad suplantó hace meses para que su espía actuara en su lugar. Este Theo jamás nos habría hecho nada, ni a mí ni a nadie de mi familia.

Lo sé. Lo creo. Aunque a mi corazón le cuesta aceptarlo.

- —Entonces, lo sabes todo. Lo veo en tu cara. —Hace una mueca—. Antes no me tenías miedo.
- —No te tengo miedo —me apresuro a decir—. Es solo que... Es difícil de asimilar. Y sí, lo sé todo.
- —¿Te ha hecho daño? —A Theo se le quiebra la voz—. Si ese malnacido te ha hecho daño...
 - —No —respondo, lo cual no es del todo mentira.
- —¿Y Paul? ¿Paul está bien? —En ese momento, al ver que Theo está tan preocupado por Paul como lo estaba por mí, recuerdo el cariño que se profesaban y que, ahora mismo, a una dimensión de distancia, Paul está arriesgando su vida para salvar a un Theo al que ni siquiera conoce. A un Theo que, además, ha querido matarlo.
 - —Paul está bien. Volverá pronto —aseguro.

Josie lanza un suspiro de alivio y veo que los hombros tensos de Theo se relajan mínimamente.

—Theo vino a vernos en cuanto se fue el espía de Triad —interviene mi madre—. Nos lo contó todo, pero para entonces ya era demasiado tarde. Os habíais ido, y sabíamos que Triad podía llegar hasta ti y nosotros no, de modo que no había nada que pudiéramos hacer o decir sin ponerte en peligro. Hemos estado trabajando en nuestros propios pájaros de fuego con la esperanza de poder seguiros, pero es un proceso muy lento. El último mes ha sido un infierno. —Al oírla, tengo la sensación de que ha envejecido más de cuatro semanas—. Pero ahora estás aquí. Has vuelto a casa.

Me libero del abrazo de Josie como puedo y la sonrisa vuelve a mi rostro.

- —Hay que ponerse en marcha. Todos, sin perder tiempo.
- —¿Adónde vamos? —pregunta mi madre frunciendo el ceño.

No entiende nada. Ninguno de ellos entiende nada. Todavía no saben la mejor noticia de todas.

—A la universidad. —Tomo a mi madre de las manos para mitigar el impacto y los miro a la cara, uno a uno, antes de añadir—: Tenemos que recoger a papá.

A pesar de todo por lo que he pasado en estas últimas dos horas, soy la única que aún conserva algo de calma para sentarse al volante de un coche, así que conduzco el Volkswagen plateado de Josie por las calles empinadas. En el asiento trasero, mi madre y Josie alternan entre sollozos de alegría y angustiantes momentos de duda.

Siguen abrumadas, todavía tienen miedo a creer.

Theo ocupa el asiento del copiloto y mantiene la vista al frente con expresión seria. No hemos vuelto a hablar desde que hemos subido al coche. Creo que no sabemos qué decir.

De pronto sé lo primero que necesito conocer.

—¿Qué sentías cuando, ya sabes..., cuando te suplantaban?

Aunque sigue sin mirarme, se relaja un poco.

—Al principio era como si tuviera lagunas. Como si me desmayara o algo por el estilo. Pensaba que estaba trabajando demasiado en el proyecto del Pájaro de Fuego, saltándome horas de sueño, algo así. No se lo mencioné ni a Henry ni a Sophia porque creí que me dirían que me lo tomara con calma y que entonces me perdería algo. —Theo suspira—. Si lo hubiera hecho, tal vez uno de ellos se habría dado cuenta de lo que sucedía. No fui muy listo.

—¿Cómo ibas a saberlo?

Me descubro pensando para mis adentros en las otras Marguerites que he ocupado. En su momento, creía que tomaba decisiones responsables, o que si cometía algún error, eran los mismos errores que esas Marguerites habrían cometido en mi lugar. Sin embargo, ahora que veo la profunda sensación de violación de Theo, me pregunto si ellas también se sienten así.

—Después de que el otro Theo empezara a usar esa sustancia verde, todo cambió. Yo era consciente de lo que ocurría, pero de un modo... distante. Borroso. Me recordaba a cuando te sedan en el dentista. Luego se iba. Regresaba a su dimensión a, no sé, informar o lo que fuese, y en cuanto yo tenía la sensación de que empezaba a despejarme, él volvía.

Ahora recuerdo la charla sobre esas «prácticas» con Conley, que a Theo le robaban tanto tiempo en el Triadverso. En realidad, Theo estaba viajando de una dimensión a otra como espía de Conley y regresaba lo justo para mantener su tapadera.

Theo me mira por fin, aunque indeciso.

—Cuando ese malnacido se fue de manera definitiva, solo recordaba lo más gordo: que le habían hecho algo espantoso a Henry, que le había tendido una trampa a Paul y que iban detrás de ti. Han ido detrás de ti desde el principio y yo ni siquiera podía avisarte. No nos quedó otro remedio que esperar aquí, sin saber si volveríamos a verte.

Por mucho que comprenda el dolor que detecto en su voz, no puedo dejar que Theo siga fustigándose de esta manera.

- —He vuelto, ¿vale? Deja de preocuparte por el pasado, preocúpate por el futuro, porque te aseguro que Triad va a seguir intentándolo.
- —Oh, he estado pensando en Triad. Créeme, le he dado muchas vueltas. Han tenido la oportunidad de sorprendernos y ahora van a encontrarse con algunas sorpresitas a cambio. —Theo incluso sonríe, aunque se trata de la sonrisa más

espeluznante que he visto nunca. Ahora mismo no me gustaría ser Wyatt Conley.

Llegamos al campus de la universidad. Entre semestres, es un lugar tranquilo, casi abandonado, con los aparcamientos desacostumbradamente medio vacíos y por donde solo deambulan unos cuantos estudiantes extranjeros con caras tristes. Me dirijo al laboratorio a toda velocidad pisando a fondo el acelerador y aparco lo más cerca posible.

El Volkswagen de Josie es tan diminuto que debemos de parecer payasos saliendo de un coche circense. Escudriño en la oscuridad, a mi alrededor, pero no veo a nadie.

Mi madre se adelanta.

—¿Henry? —Su voz tiembla cuando vuelve a llamarlo—. ¿Henry?

En ese momento veo lo que ha visto: la forma que sale corriendo de entre las sombras.

—¡Sophie! —grita mi padre precipitándose hacia sus brazos.

No sé cómo, pero todos acabamos en el suelo, en un abrazo de grupo, y todo el mundo llora y todo el mundo ríe y seguramente parecemos unos chiflados, pero no me importa lo más mínimo.

Aun así, en mi fuero interno, sigo preocupada.

«¿Y Paul?»

Cuando conseguimos desenredarnos y levantarnos, mi madre besa a mi padre. Y no me refiero a, no sé, un beso normal, me refiero a que parece que se lo vaya a comer. Siempre me he alegrado de que mis padres se quisieran tanto, pero nunca había tenido la sensación de ser testigo de algo tan personal. Josie suelta una risita cuando vuelvo la cabeza para dejarles algo de intimidad.

- —No pasa nada —dice secándose las lágrimas de las mejillas—. Tú no estabas la vez que entré y los pillé en plena faena. Un horror freudiano de verdad.
- —Viste a tus padres en su mejor momento —murmura mi madre, antes de que mi padre vuelva a reclamar otro beso.
- —Adelante —dice Josie—. Apareaos en público. Esta noche nos da igual. Merecéis saltaros varias ordenanzas cívicas.

No puedo soportarlo más.

—Tengo que irme. Tengo que encontrar a Paul.

Theo asiente, despacio.

—Vamos. Te acompaño.

Cruzamos el campus a oscuras a la carrera, dejamos atrás edificios gigantescos y vacíos y entramos en una residencia de estudiantes. Las residencias son más bonitas de lo que esperaba, parecen bloques de apartamentos. La cerradura de la puerta es ultramoderna: un lector de tarjetas negro que me hace pararme en seco.

—Lector de carnets —dice Theo mientras saca su identificación de estudiante de la cartera. Una pasada y, tras un chasquido, la cerradura nos deja entrar en el edificio.

Theo y yo subimos dos tramos de escaleras y enfilamos el pasillo hasta llegar a la habitación de Paul. Sin perder la esperanza, golpeo la puerta con los nudillos y lo

llamo:

—¿Paul?

No hay respuesta.

Nos quedamos allí, en el pasillo, sin poder hacer nada salvo esperar.

—¿Dices que Paul está en peligro porque está salvando a mi gemelo malvado?

Theo se apoya contra una pared y cruza los brazos delante del pecho.

- —Y a tu otro yo, al oceanógrafo de esa dimensión. Al que acabó metido en esto en contra de su voluntad, igual que tú.
 - —Hermanito... —dice Theo en voz baja.
 - —Sabes que él nunca te abandonaría si estuvieras en peligro.
 - —Ya. Lo sé. Pero ¿incluso al malvado?

Lo pienso con calma para encontrar el mejor modo de expresarlo, porque resulta algo difícil de aceptar, y seguramente aún más si se ha pasado por lo mismo que Theo.

—Ese Theo malvado sigues siendo tú —digo con la mayor dulzura posible—. Él estaba convencido de que me ayudaba. No es un monstruo. Solo una... versión un tanto inferior.

Theo suspira.

—Si tú lo dices...

El silencio se instala entre los dos. No dejo de mirar la puerta, deseando que Paul aparezca de pronto al otro lado y la abra para mí. No ocurre nada.

La tormenta arreciaba. ¿Y si el submarino de Paul no ha podido atracar? ¿Y si ha tenido un accidente, como nos ha ocurrido a Theo y a mí? Igual están ahogándose ahora mismo, o está aplastándolos la presión insoportable...

—Dime una cosa —musita Theo.

Sigo sin apartar los ojos de la puerta de Paul.

- —Claro, sí. ¿Qué?
- —Ese otro Theo... Se ha cargado cualquier posibilidad de estar contigo, ¿verdad? Vencida, me vuelvo hacia Theo, quien me sonríe débilmente.
- —Porque tenía una oportunidad, ¿verdad? No duró mucho, pero habría jurado que la tenía. —Se encoge de hombros—. Sin embargo, ahora estás aquí, mirando la puñetera puerta de Paul del mismo modo que solía desear que me miraras a mí.

Hace unos meses, si Theo hubiera dicho algo..., ¿eso habría cambiado de quién me hubiera enamorado? No lo sé, y nunca lo sabré.

Así que me limito a responder:

- —Lo siento.
- —Yo también. Pero si tengo que dejar que te vayas con otra persona, al menos que sea él.

Theo señala la puerta con la cabeza.

Y algo se mueve en el interior de esa habitación.

Me quedo sin respiración. Theo y yo intercambiamos una mirada, y me pongo a

gritar.

—¡¿Paul?! ¡Paul, ¿estás ahí?! —Llamo a la puerta con impaciencia—: Soy yo. Soy...

La puerta se abre y mi puño golpea el pecho de Paul.

Es como si me hubiera quedado muda de repente. Solo puedo levantar la vista y mirarlo fijamente mientras él sonríe despacio. Me arrojo a sus brazos. Paul me estrecha con fuerza, como si no quisiera soltarme jamás.

- —Finales felices en todas partes, casi —dice Theo mientras retrocede un par de pasos—. Salgo un momento, chicos.
- —¿Theo? —Paul no me suelta, pero levanta la vista, casi igual de contento con esta segunda reunión—. ¿Eres tú de verdad?
- —El único e inimitable —dice Theo—. No acepte imitaciones. Cosa que, por lo que veo, últimamente es más fácil de decir que de hacer.

Parece que vuelve a ser el mismo de siempre y se me escapa una sonrisa.

Paul le tiende una mano, que Theo acepta en un gesto que va más allá de un simple apretón de manos, me recuerda a una pintura antigua de unos romanos jurándose lealtad mutua, jurándose morir uno al lado del otro. Su vínculo es demasiado fuerte para que pueda destruirlo su rivalidad o lo que sienten por mí.

Sin embargo, Theo es incapaz de seguir fingiendo que no le incomoda vernos abrazados de ese modo. Cuando suelta a Paul y retrocede unos pasos, su sonrisa es forzada.

- —Voy a... Recogeré a la doctora Kovalenka, al resucitado doctor Caine y a la futura doctora Josephine y los traeré aquí. La banda pronto volverá a estar junta.
 - —Gracias, Theo —susurro.
 - —Vosotros a pasarlo bien, niños —dice, da media vuelta y se va.

Lo seguimos con la mirada, hasta que Paul me hace entrar en su habitación y empuja la puerta.

Sin embargo, la realidad hace acto de presencia nada más cerrarla. La incertidumbre, mis sentimientos por el teniente Markov, que yace muerto a un universo de aquí, asedian todo lo que sé de Paul, todo lo que siento por él.

No digo nada, pero Paul lo sabe. Inspira hondo y se acerca un poco más.

- —No soy la persona que tú amabas. Lo sé.
- —¿Cómo puedes saberlo si no lo sé ni yo?

Niega con la cabeza, sin intención de desmentirme, pero sí de pasar página.

—Debemos compartir algo, Marguerite. Sé que ambos sentimos lo mismo por ti. Después del modo como lo has perdido, no espero que... tomes una decisión apresurada, que aclares de inmediato lo que sientes. Pero, por nosotros, me gustaría saber si lo que sentías... Si todo no era solo por él. Si algo de lo que sentías era por mí.

También era por él. Es. Lo sé, siempre lo he sabido.

—¿Me darás una oportunidad, Marguerite? —suplica Paul.

Noto que una sonrisa se dibuja en mi cara y prende en mi interior. —Sí —susurro mientras le tomo de la mano—. Ya lo creo que sí.

Agradecimientos

Este libro no podría haberse escrito sin Jordan Weaver (anteriormente, mi publicista en Australia); Dan Wells y Lauren Oliver (mis compañeros de la gira de promoción donde tuve la idea para este libro por primera vez); Diana Fox (mi agente y destructora de agujeros argumentales); Ruth Hanna, Edy Moulton y Amy Garvey (lectoras beta y animadoras sin par); Sarah Landis (mi antigua editora en HarperTeen, cuya contribución al primer borrador fue inestimable); Rodney Crouther, Jesse Holland, Whitney Swindoll Raju y Eric O'Neill (por su aliento constante); Walter Wolf y Alexandra Mora (quienes me recomendaron un libro que acabó siendo inspirador); mis padres y el resto de mi familia (por todo su entusiasmo y ánimo); Kiersten White (por servir de apoyo continuo); Florence Welch (famosa por Florence and the Machine); y por último, aunque no menos importante, Marina Frants (cuando escribes un libro relacionado con Rusia y la oceanografía, es muy útil tener una amiga rusa y oceanógrafa). No todas las personas que he mencionado sabían que estaban contribuyendo al libro (estoy convencida de que Florence Welch ignora la influencia que ha tenido), pero todas ellas han aportado algún elemento fundamental que ha acabado apareciendo en *Mil lugares donde encontrarte*.

Claudia Gray no es mi verdadero nombre y, al contrario de lo que muchos puedan pensar, no utilizo un seudónimo porque siempre haya soñado con llamarme de otra forma, ni tampoco para esconderme de la organización dedicada al tráfico de diamantes que ayudé a desarticular (por suerte, la Interpol ya se ha ocupado de ellos). La verdad es que no hay ninguna razón concreta por la que escriba con seudónimo y, en ocasiones, ese es el mejor motivo para hacer las cosas. Vivo en Nueva York, donde he ejercido de *discjockey*, abogada, periodista y camarera (con muy poca maña, por cierto). Me encanta viajar, leer y escuchar música, pero lo que más me gusta en el mundo es, sin lugar a dudas, escribir.



CLAUDIA GRAY (Nueva York, EEUU, 1970). Es el seudónimo usado por Amy Vincent para firmar su producción literaria. Eligió como seudónimo Claudia Gray porque mientras pensaba en uno, tenía en su DVD Claudius. En un primer momento su seudónimo iba a ser Claudia Lake, pero descubrió que ésta era una presidenta de un club de fans de *Lestat el vampiro*, por lo que decidió ponerse como apellido Gray.

Hasta el momento ha trabajado (entre otros) como *disc-jockey*, abogado, periodista y camarera. Le gusta viajar, ir de excursión, leer, escuchar música y, sobre todo, le encanta escribir.

Es la autora de la saga Medianoche, de la que ya se han publicado todas sus novelas de esta saga: *Medianoche, Adicción, Despedida, Renacer y Balthazar*. Además, ha participado en otros libros como *Inmortal* (en la historia *Free: A story of Evernight*) y Vacaciones en el infierno colaborando con otras autoras.

Su primera novela fuera de la saga Medianoche es *Aguas oscuras*, y actualmente se encuentra escribiendo su próxima saga Spellcaster.